

A photograph of a person from the waist down, wearing a white t-shirt and blue denim jeans. The person's right hand is clenched into a fist, resting on their hip. A large white circle is overlaid on the center of the image, containing the title text. Two thin black lines extend from the top and bottom of the circle towards the person's waist.

**La suerte de  
haberte conocido**

**CIARA GIANNETTI**

# **La suerte de haberte conocido**

Ciara Giannetti

Gracias por salvarme la vida cada día.  
Más que mía, siempre tuya.

## 1.

Me tiemblan las manos. En realidad, me tiembla todo el cuerpo. El corazón me va a mil latidos por minuto, creo que me va a dar un infarto. Sabía que no tenía que venir sola, debía haber esperado a que mami aparcara y subir juntas. Me voy a desmayar, lo presiento. Bueno, planta dos, ya solo quedan cuatro. Este ascensor tiene una pinta muy extraña, es todo de acero y con aspecto muy tétrico. Vamos, que yo puedo. Pero, ¿por qué se para? Se va a subir alguien. ¡Uf...qué agobio! El ascensor abre sus puertas cuando llega a la tercera planta y se sube un médico bastante joven, aunque diría que mayor que yo, observando el aspecto de su barba de tres días. Se para a un lado y apoya un hombro contra la pared de forma despreocupada. No puedo negar que es muy atractivo. Aunque también está el evidente hecho de que me ponen muchísimo los uniformes de trabajo, pero mi agobio no me permite reaccionar, ni siquiera responderle a su “buenos días”. Venga va, seguimos subiendo, ya queda menos. Miro hacia el suelo y, ¡joder! lleva los zuecos llenos de sangre. No quiero pensar la cantidad de bacterias que puede haber ahí. Necesito salir. Respiraré lo más lejos posible de él hasta que llegue a la sexta planta. ¿A cuánta gente con enfermedades habrá tocado hoy este hombre? ¡Dios qué calor! y qué lento va este ascensor. De repente, se para en seco y hace un movimiento extraño. Noto que durante unos segundos caemos al vacío.

- ¡¿Qué pasa?! - grito casi sin voz porque la ansiedad no me deja ni respirar.

- Tranquila, no es la primera vez que pasa- Responde el médico tratando de tranquilizarme- Este ascensor ya ha tenido alguna que otra "parada cardíaca". No te preocupes, que están acostumbrados a arreglarlo rápido - Eso no me tranquiliza en absoluto.

- ¡Necesito salir de aquí! - Exclamo- No puedo respirar y estoy mareada - Digo desesperada. Qué vergüenza, siento que voy a vomitar o a desmayarme y este hombre me va a ver. Me agobio, me falta el aire. ¡Ay! La tripa ya empieza a dolerme.

- A ver, espera- Responde poniendo una mano sobre mi hombro para tratar de ayudarme- Tranquila, solo es un ataque de pánico. Coge aire por la nariz y expúlsalo por la boca despacio - Me dice haciendo una demostración - No te va a

pasar nada, confía en mí- Añade con una pequeña caricia tierna sobre mi hombro- Ven, siéntate que estás temblando, te encontrarás mejor.

- ¡No, por favor! -Exclamo- No me toques, necesito aire - Le digo desesperada.

- Está bien, ¿cómo te llamas? - Pregunta alejándose un poco para darme espacio. El chico tiene mucha paciencia porque a decir verdad estoy siendo un poco borde con él.

- Mía- Le contesto casi sin aire.

- Un nombre precioso- Responde- Cálmate, no estás sola, ¿vale? estoy aquí contigo, Mía. – Me contesta. Es sorprendente que sea tan compasivo después de la manera en que le acabo de hablar.

- Vale, pero no te acerques, por favor - Le pido con amabilidad- Llevas los zapatos llenos de sangre, y seguro que has estado en contacto con miles de enfermedades.

De repente empieza a reírse a carcajadas y durante esos instantes, me olvido de mi ataque de ansiedad. Sin darme cuenta empiezo a reírme también, y de repente, me salen un par de lágrimas. No sé si será de la risa, de los nervios, o de qué, pero el caso es que su risa contagiosa me ha tranquilizado. Increíble. Nunca me había pasado algo así en todo el tiempo que llevo enferma.

- Puedes estar tranquila – Responde cuando consigue parar de reír- toda bacteria que haya en esa sangre está tan muerta como este ascensor. No corres ningún riesgo de contagiarte con alguna enfermedad infecciosa por más que me acerque a dos centímetros de ti.- Me dice mientras se acerca y me demuestra la distancia que hay entre los dos. En ese momento me vuelvo a poner muy nerviosa. Pero esta vez no tengo ansiedad. Siento un pequeño cosquilleo subiéndome por la espalda y me quedo paralizada. Es como si el mundo se parara durante esos segundos en que se queda mirándome fijamente a los ojos.

- Lo siento -Me dice alejándose de mí - No pretendía que te sintieras incómoda, disculpa.

- N..no te pre..ocupes, no pasa nada- Le respondo a duras

penas. Casi no puedo hablar. En ese preciso momento, se abren las puertas del ascensor en la sexta planta y aparece el técnico que lo está arreglando.

- ¿Estáis bien? - Pregunta asustado- Este cacharro no deja de dar problemas, creo que va a ser mejor que lo cambien.

- Sí, tranquilo. Tienes razón, deberían cambiarlo por el bien de nuestra salud- Contesta el médico con un tono risueño. El técnico se ríe mientras afirma con la cabeza y guarda sus herramientas.

- Perdona, ¿me dejas salir? - Le digo al chico desesperada por salir ya de ese cubículo- Esta es mi planta, bueno en realidad no es mía, es la planta a la que tengo que ir-. A veces no soy consciente ni de cómo mi cabeza consigue hilar las palabras para crear frases con sentido.

- ¡Sí, claro! - Me contesta intentando en vano no reírse de mi respuesta - Solo si me prometes que te encuentras bien - Me dice. Le respondo con una de mis sonrisas más forzadas y asintiendo con la cabeza. En realidad, no me encuentro bien, pero sí mejor que antes.

- Muchas gracias, y disculpe el apuro - Le digo con toda mi sinceridad - Que tenga un buen día.

- Te aseguro que ya lo es, Mía- Responde- Hasta luego.

Sin dejar apenas que acabe, empiezo a caminar a paso rápido. ¡Qué lío! Miro hacia los lados y solo veo carteles: "Consultas externas", "Área infante-juvenil"... ¡Deberían organizar mejor esto! Por fin encuentro mi cartelito "Consulta psiquiatría nº2", así que me siento en la sala y espero. Esto está lleno de gente extraña, hay un hombre con unas ojeras enormes que no para de mirar fijamente hacia la ventana, una chica extremadamente delgada sentada junto a la que debe ser su madre. Tiene cortes en los antebrazos y su mirada es muy triste. Se le notan los huesos de la mandíbula. Tengo mucho miedo, necesito que llegue ya mi madre.

Podía haberle pedido a aquel médico que me acompañara hasta que llegara mi mami. Con él me sentía bien, y es muy raro que me sienta bien con un extraño, incluso estando con mi prima me siento mal a veces, teniendo en cuenta que es una de las personas en las que más confío en el mundo. La verdad es que era bastante atractivo. Siento nostalgia pensando en que, en otra época de mi vida habría hecho todo lo posible

por tener algo con él. No es que me sienta orgullosa de ello, pero en mi mejor momento conseguía todo lo que me proponía. Pero ahora ni siquiera me siento atractiva. Las ojeras me llegan casi a los orificios de la nariz, estoy extremadamente pálida, ya no me apetece maquillarme y tengo el pelo como si fuera paja porque me lo he descuidado muchísimo. Además, ¿a quién le puedo gustar con lo gordas que tengo las piernas? Encima llevo siempre leggins, jersey y deportivas porque me da mucha pereza vestirme bien. Dudo mucho que un médico se fuera a fijar en una chica que parece una vagabunda. De repente, llega una señora no muy mayor, con la mirada perdida. Viene acompañada por la que parece ser su hija o su sobrina. Se sientan un asiento más allá del mío y la señora me mira con la mirada fija en mis ojos.

- Mi amigo dice que eres muy guapa, pero quiere que te vayas de aquí - Me dice con gesto asustado, los ojos extremadamente abiertos y agitando las manos -¿Su amigo? ¿Qué amigo? ¡Dios mío qué miedo!

- Tía, deja a la chica en paz - Contesta su sobrina - Lo siento, es esquizofrénica y a veces no es consciente de lo que dice. Disculpa - Me dice mientras coge del brazo a su tía y se cambian de sitio. No me da tiempo de contestar cuando llega mami y se sienta a mi lado:

- ¿Qué tal? ¿ya te han llamado para entrar? - Pregunta intentando coger aire. Nunca he entendido por qué, pero mi madre va a todos lados corriendo y siempre llega agobiada. Bueno, en este caso sé que no le gusta dejarme sola, pero independientemente de mí, siempre ha estado estresada.

- No, aún no me han llamado- Respondo- Aquí hay gente muy rara que da miedo, ¡y encima me he quedado atrapada en el ascensor! - Exclamo. Mi madre me mira con gesto preocupado, pero rápidamente le cuento la historia de cómo mi nuevo amigo el médico me ayudó.

- Bueno, por lo menos estabas con un médico -contesta- No te habría pasado nada, a menos que te hubiera tirado un zueco con sangre a la cara- Añade riéndose de mi situación. La verdad es que fue una circunstancia graciosa y digna de contar.

Pasados quince minutos, sale una enfermera de la consulta y dice mi nombre y apellidos. Es mi turno. En el trayecto de la sala de espera hasta la consulta, voy temblando como si fuera a entrar en el infierno. Entro, me siento en una de las sillas y mami en otra. Me voy a desmayar, lo presiento. Se abre una especie de puerta trasera en la consulta, y entra un hombre muy grande y gordo, con el pelo blanco y unas gafas que se usaban cuando yo tenía diez años. Cuando digo pelo me refiero al que tiene detrás de su enorme frente, porque es igual que Einstein ¿Y este hombre es psiquiatra? Si tiene una cara de loco que no la describirían tan bien ni los mejores libros de psiquiatría. No me inspira mucha confianza la verdad, pero bueno. A pesar de que sea un buen amigo de uno de los compañeros de mi padre, y me haya conseguido la cita, no creo que funcione. Ya he probado demasiadas terapias, demasiados psicólogos y técnicas de relajación. Lo único que podrá hacer este hombre será mandarme muchas pastillas para dormir, lo cual me niego en rotundo a tomar.

- Veamos, señorita... Mía Ferrándiz- Dice mirando una carpetita que contiene mi nombre- ¡Ah! usted es la hija del amigo de Pedro, ¿verdad?

- Sí, así es - Contesta mi madre.

- Perfecto, pero déjeme que hable primero con ella y luego con usted, por favor- Responde el doctor- Si es tan amable, ¿le importaría esperar afuera? La enfermera la llamará en cuanto vaya a hablar con usted- Le pide a mi madre amablemente y con una sonrisa.

Pensé que sería antipático como todos los médicos que conozco, excepto mi médico de familia y ese chico que me he encontrado en el ascensor, pero no. Aunque, sí es cierto que habla un poco extraño, cómo si le costara hablar y respirar a la vez. Me pide que le cuente mi historia, desde el inicio de mis ataques de ansiedad.

Mientras yo voy hablando, él va asintiendo y tomando nota en la carpetita roja que pone mi nombre. De vez en cuando repite alguna de las frases que yo digo. No sé si lo hace porque quiere darme a entender que me está prestando atención, o porque realmente está pasando de mí y simplemente se limita a escribir para luego recetarme un chute de



pastillas.

Cuando termino de contarle los datos importantes, y ya empiezo con detalles que no son muy relevantes, se levanta de la silla y se dirige hacia una especie de estantería que tiene a su espalda. Coge un libro pequeñito, y tan antiguo, que tiene las paginas amarillentas. Me lo da y me señala algo que parece una lista.

- Lee eso, y dime cuáles de esos síntomas sientes en tu día a día y cuando te dan los ataques de pánico- Me pide. Yo empiezo a leer:

*“Palpitaciones, taquicardia, temblor, sensación de falta de aire, mareos, sensación de desmayo inminente, náuseas, sensación de muerte inminente, dolor en el pecho o espalda, hormigueos o adormecimiento de las extremidades...”*

- Los siento todos- Le contesto sin entender cómo pudo saber a la primera lo que me pasa. Bueno, es médico, supongo que es su trabajo. Aun así, sigo impresionada.

- Está bien- Responde con media sonrisa- Lo que a usted le pasa es algo muchísimo más común de lo que piensa. Hoy en día, un 21% de la población mundial lo padece y no es nada grave- Añade tranquilizador- Es algo que tiene solución, aunque es un proceso largo, pero que da sus frutos. No le aseguro que vaya a volver a ser la misma de antes, no la voy a engañar, pero sí que va a notar una enorme mejoría en su calidad de vida- Ya suponía que nunca volvería a ser la misma - El tratamiento que le ha puesto su médico de familia no creo que sea el más correcto para su situación. Este es un caso que hay que tratar con antidepresivos de base, combinados con algún ansiolítico- Me explica con todo detalle.

- Sí, lo sé- Respondo- Me habían comentado algo así, pero es que soy muy reacia a tomar pastillas, sobre todo antidepresivos...- Añado - Desde pequeña mi madre me ha advertido sobre el abuso de las drogas y la medicación, y no me gustaría tener que depender de una pastilla para vivir- Le respondo como si fuera toda una experta.

- A ver...- Se ríe compasivamente- Está claro que existen ciertos medicamentos que son adictivos, porque al

tomarlos te sientes muy bien. Pero piensa que debes tomar una decisión – Añade tajante- Ya has intentado tratar tu dolencia con otros medios que no te han funcionado. Quizá sea el momento de darle una oportunidad a las pastillas, aunque te den miedo. Pero al menos debemos saber si te pueden ayudar a tener una mejor calidad de vida.

La verdad es que visto de esa manera me da qué pensar, pero no es suficiente para erradicar mi miedo a cualquier tratamiento. Y más cuando se trata de pastillas... No obstante, decido acabar con la conversación porque creo que no llegaremos a un acuerdo.

- Está bien, voy a intentarlo- Le contesto a sabiendas que no le pienso hacer caso.

- Muy bien, pues se lo vamos a comentar a tu madre a ver qué le parece- Me dice como si estuviera segurísimo de que me ha logrado convencer. Después, le solicita a la enfermera que haga pasar a mi madre. ¡Pobrecita! ya sé lo que va a pensar. Pensará que tiene una hija depresiva y en tratamiento psiquiátrico y todo el mundo tendrá lástima de ella porque "su niña no está muy bien". Qué vergüenza...

En cuanto entra a la consulta, el psiquiatra le pide a mi madre que le cuente "su versión de los hechos". Le explica el tratamiento, y le comenta que las pastillas no son nada malo, que son algo que me ayudará a mejorar psíquica y físicamente. No es que salga muy convencida que digamos. Ha aceptado a regañadientes porque piensa que es lo mejor para mí en este momento.

- Mami, no te preocupes- le digo- No voy a tomar ninguna pastilla. Seguiré intentando controlar mi mente para sentirme bien - Añado una vez estamos fuera de la consulta para intentar tranquilizarla.

- ¿Cómo que no vas a tomarte las pastillas? - pregunta retóricamente- Si el doctor te ha puesto el tratamiento es porque te va a ayudar a estar bien. Tienes que tomártelo en serio, porque a tu padre y a mí nos ha costado mucho llegar hasta aquí, y si lo hemos hecho es porque queremos que estés bien -Añade- No queremos verte llorando desde que te levantas de la cama. Queremos que seas feliz, por eso hemos intentado todas las opciones posibles. Probemos con esto, y si

veamos que no te sientes mejor, pues probaremos otra cosa, pero inténtalo, por favor- Me pide desesperada, como si ya no supiera qué más hacer.

- Vale mami, lo intentaré - Le contesto agachando la cabeza.

- ¿Quieres ir a tomar algo a la cafetería? - Me pregunta tratando de suavizar la situación.

Sinceramente no tengo hambre, y el hecho de meterme en una cafetería rodeada de gente mirándome, me agobia muchísimo. Pero le he prometido que lo iba a intentar, y, a decir verdad, me pirro por el café de máquina. Y ya si le unes un donut, puedo ser muy feliz, a pesar de que me cueste comerlo entero. Asiento con la cabeza mientras emprendo el camino hacia el ascensor para bajar hasta la cafetería. No puedo. Soy incapaz de volver a subirme ahí, así que le pido a mami que bajemos por las escaleras. Sé que son seis plantas, pero el pánico no me permite hacer otra cosa. Al entrar en la cafetería, observo que hay mucha gente. Empiezo a marearme y se me entrecorta la respiración así que busco una mesa apartada. Preferiblemente dónde mi espalda dé hacia la pared para no sentir que nadie me observa. Encuentro una, y justo al sentarnos se acerca el camarero.

- ¡Buenos días!, ¿qué desean? - Pregunta muy amablemente.

- Yo quiero un cortado y un sándwich mixto, ¿y tú? - Me pregunta mami. Intentando que no me salga el corazón por la boca, le pido al camarero un cortado y un donut de chocolate, a lo cual me responde con una sonrisa y regresa a la barra para hacer el pedido.

En menos de cinco minutos, nos sirven lo que hemos pedido. Mami sabe que no puedo estar en sitios donde hay mucha gente porque me entra el pánico, así que trata de distraerme contándome anécdotas graciosas de su trabajo. Me cuesta muchísimo comer, sobre todo si es en público, así que puedo estar veinte minutos comiéndome el donut perfectamente. Una de las veces que levanto la taza a la altura de mi boca para soplar el café, miro hacia la puerta y observo que entra un grupo de chicos y chicas vestidos de hospital. Casi todos llevan el pijama manchado de una especie de pintura blanca. Qué cosa más extraña... ¡Mierda! Uno de ellos es el chico del ascensor.

Bajo la mirada de nuevo hacia mi café, intentando que no se percate de que estoy ahí. "*por favor que no me vea*" pienso para mis adentros

una y otra vez. Por el raballo del ojo observo que se dirigen a una mesa alejada de la nuestra, así que respiro tranquila. Cuando veo que se va a sentar, levanto la cabeza disimuladamente. ¡Mierda! ¡Me ha visto! Si es que soy torpe... ¿viene hacia aquí? ¡No! ¡Por Dios! ¡Qué vergüenza!

- Parece que ya te encuentras mejor, te veo reponiendo fuerzas- Me dice esbozando media sonrisa al llegar a nuestra mesa.

- Hola... sí, estoy algo mejor- Le contesto tímidamente sin casi poder pronunciar una sílaba de los nervios que llevo encima.

- Bueno, me alegro mucho- Responde- Pero trata de no tenerle pánico a los ascensores - Añade riendo.

- ¿Tú eres el chico que estaba con ella en el ascensor? - Pregunta mi madre metiéndose de lleno en la conversación. Él asiente con la cabeza y antes de poder articular palabra mi madre se levanta para darle la mano y agradecerle su ayuda.

- No hay de qué, es mi deber. Aunque no quisiera, estoy obligado a ayudar - Le contesta.

- Eres médico, ¿no? - Pregunta mi madre - Te entiendo, yo soy enfermera y también me siento en la obligación de ayudar- Le añade haciéndose la interesante. ¡Por Dios! ¿qué le importa a este chico nuestra vida? Pienso mientras la miro intentado decirle con los ojos "calla por Dios".

- Bueno, más que médico...soy traumatólogo- contesta con una carcajada. No entiendo la gracia sinceramente... ¿los traumatólogos no estudian medicina? Mi madre le sigue la risa, supongo que entenderá la gracia. Yo, por si acaso, hago amago de reírme para no quedar mal.

- Bueno, encantado de conocerla- dice- Mi nombre es Diego. Antes con el agobio no te dije ni mi nombre, Mia - Contesta dirigiendo la mirada hacia mí. ¡Se acuerda de mi nombre! qué buena memoria. Yo en su lugar habría intentado olvidar el hecho de que me encontré con una loca en un ascensor.

- No te preocupes, es normal. Pero muchas gracias - Le contesto. Intento no parecer borde porque el pobre no me ha hecho nada malo, pero no me apetece entablar una conversación. Estoy algo incómoda con la situación en la que me encuentro.

- Bueno, no os molesto más-dice percatándose de mi incomodidad- Disfrutad de vuestro desayuno. ¡Y por cierto! si

necesitáis algo no tenéis más que preguntar por Diego Ruiz en la séptima planta - ¡Qué amable por favor!- Qué tengáis un buen día... ¡ah se me olvidaba! Si te quedas atascada en un ascensor, llámame - Me dice mientras se despide riendo.

Una vez se ha despedido me doy cuenta de que de nuevo tengo la misma sensación que esta mañana. Mientras hablábamos con él me sentía dentro de mi zona de confort, y ahora que se ha ido vuelvo sentir que voy a desmayarme. Qué extraño.

Apuro los dos últimos sorbos de mi café y me levanto. Necesito ir al baño para refrescarme la cara y lavarme las manos. Mientras lo hago, mami se dirige a la barra para pagar la cuenta. Cuando ya he acabado salimos de la cafetería y nos despedimos de Diego desde lejos. Bonito nombre. Tengo la manía de analizar los nombres buscando algunos que me gusten para mis futuros hijos, pero ese en concreto jamás se me había ocurrido. Antes de llegar a casa, pasamos por la farmacia para comprar mis pastillas. Me quedo en el coche mientras mami se baja a por ellas. Cuando llega, trae la bolsa llena. No es que las bolsas de las farmacias sean especialmente grandes, pero ver tanto medicamento junto y pensar que es solamente para mí me da vértigo.

## 2.

Al llegar a casa me tumbo en el sofá. No me apetece hacer nada, como cada día. Mami en seguida empieza a hacer cosas, pero se da cuenta de que estoy desanimada. Mientras se esmera en preparar la comida, me acerca la Tablet y pone unos videos de autoayuda. Aunque pueda parecer mentira, es una mujer muy mística y cree en todo ese tema de los chacras, el pensamiento positivo y demás. Yo pienso que eso no sirve de nada, pero me da pena cortarle el rollo, así que total, como no tengo nada mejor que hacer, me pongo a verlos.

- Ponte los auriculares y escúchalos, para que veas que todo está en la mente- Me dice. ¡Bingo! ¡Ha dado en el clavo! Me resistía a creer que el origen de mi ansiedad estaba en mis tobillos...

Me río para mis adentros y me pongo a escuchar a una mujer que habla durante dos horas sobre cómo el pensamiento positivo puede llegar a curar el cáncer. Quizá sea verdad, pero no acaba de convencerme. A pesar de eso, me quedo con la parte en la que dice que somos los responsables de todo aquello que atraemos. En cierto modo tiene razón. La verdad es que no le presto mucha atención al vídeo, estoy más concentrada en controlar mi respiración y en pensar en todo lo que debería hacer y no hago o no me atrevo a hacer. Entro en un bucle de pensamiento del que se me hace muy difícil salir. No entiendo en qué momento empecé a tenerle miedo a la vida, a depender de todo el mundo. Antes no necesitaba a nadie, entre más tiempo pasaba sola más feliz era. Sin embargo, ahora... no soy capaz ni de subir sola a mi azotea porque me da miedo caer abajo. ¿En qué momento perdí mi identidad? No lo sé, pero me siento un completo lastre. No me atrevo a quedarme sola en casa porque tengo miedo de que me pase algo. Siempre tengo que estar acompañada, y le estoy amargando la vida a la gente de mi alrededor.

De repente empiezo a llorar desconsoladamente. No lo puedo controlar. Mami se da cuenta, y como siempre hace la misma pregunta: "*¿por qué lloras?*". Me siento la persona más impotente del mundo, pero

lo única respuesta que encuentro siempre es: "no lo sé".

- Bueno venga, ponte las pilas y ayúdame a poner la mesa para que cuando comamos te tomes las pastillas, ¿vale? -  
Me dice intentando animarme.

A duras penas me levanto del sofá, y empiezo a poner la mesa. Durante ese tiempo llega mi hermana de la universidad y se une a nosotras en la cocina. Me pregunta que tal me ha ido en el médico y le hacemos un resumen de lo que me ha dicho. He de mencionar que mi madre añade al doctor Ruiz en ese resumen, cuando realmente no viene a cuento. Creo que le gustó o al menos le cayó bien. Mi hermana empieza a bombardearme con preguntas sobre lo que me pasó en el ascensor. ¡Joder! parece que soy la primera persona en el mundo que se queda atascada en un ascensor.

Después de acabar con mi "súper historia del día", empieza a contar sus anécdotas diarias en la universidad y llega mi padre a comer. Entra en la cocina y pregunta por mi visita al doctor. De nuevo hay que repetir la historia. Ya me aburro de tanto contar lo mismo. Al sentarnos en la mesa, mi padre nos corta el buen rollo como de costumbre, y me pide que por favor me tome en serio mi tratamiento. Bla, bla, bla...de nuevo lo mismo de siempre. Tengo muchas ganas de llorar porque no me gusta que mis padres piensen que necesito ayuda psiquiátrica. Ni siquiera a mí me gusta la idea de tener que pedirle ayuda a nadie, pero me aguanto y asiento con la cabeza mientras me levanto a por las pastillas para que vea que lo voy a llevar a raja tabla.

Una pastilla que no sé exactamente para qué es, un betabloqueante, un ansiolítico, un antidepresivo... cuatro pastillas. Me siento como si tuviera ochenta años, diabetes y problemas del corazón. Parezco mi abuela. Lo único que me consuela es saber que irán reduciéndose poco a poco, pero realmente siento como si ya no fuera dueña de mí misma. Después de comer, me tumbo un rato a ver la tele. Doy un repaso a mis redes sociales y de repente, me llega un mensaje:

*"Te confieso que a esta hora suelo estar durmiendo la siesta, pero antes quería asegurarme de que no habías vuelto a quedarte atrapada en ningún otro lado por hoy. No quiero tener que salir corriendo a socorrerte..."*

Estoy en shock y el corazón me late a dos mil por hora, a pesar de todas las pastillas que he tomado. Sé perfectamente que es él, pero le pregunto para cerciorarme.

*“¿Quién eres y por qué tienes mi número?”*

*“Soy Diego, el que te ha rescatado esta mañana. Digamos que a tu madre le he caído bien y ha aprovechado mientras ibas al baño para darme tu número disimuladamente.”*

Él me responde entre caritas sonrojadas, pero yo ni le contesto. Directamente voy a la cocina a cantarle las cuarenta a mi madre.

- Pero, ¿en qué momento y por qué le diste mi número? Si no lo conozco de nada... ¡Me haces pasar vergüenza sin necesidad!- Le reprendo intentando no despertar a mi padre de la siesta. Ella mientras se ríe como si le estuviera contando un chiste.

- A ver, hazme caso que yo sé por qué hago las cosas- Responde tan tranquila- A ese chico le gustaste, no había más que verle la cara y quiero que te distraigas un poco, que vuelvas a salir por ahí con los chicos, con tus amigos o con quien quieras. Solo quiero que te diviertas- Añade como si fuera la dueña de mis actos.

- Joder mamá, vale que quieras que me divierta, pero de ahí a darle mi número a un completo desconocido, solo porque me miraba de forma "especial", según tú...- Le contesto

- Bueno, no tienes nada que perder ¿no? -Me dice- Además, sabemos cómo se llama y donde trabaja. Si intenta hacerte daño sabemos dónde encontrarlo- Me responde convencidísima de lo que está diciéndome. Se creará que es una súper heroína del amor o algo así.

Pongo los ojos en blanco y me vuelvo al sillón. Ella se queda riéndose sola. Pues maldita la gracia que me hace oye...Bueno, me siento mal con el pobre chico, así que le contesto pidiéndole disculpas por la actitud quinceañera de mi madre.

*“No te preocupes, si no me lo hubiera dado ella lo habría buscado en el historial del hospital para encontrarte. Es broma, no soy ningún acosador, y no estoy autorizado para buscar datos personales de*



*quienes no son mis pacientes. Bueno, quizá estoy haciendo suposiciones estúpidas pensando que eras tú la paciente hoy y en realidad podría haber sido tu madre, ¿todo bien? Me refiero al motivo de la visita, fuera cual fuese y para quien fuese...”*

Dios...seguramente me habrá buscado en sus ordenadores y ya sabrá que he ido al psiquiatra. Me muero de la vergüenza. Aunque pensándolo mejor, si creyera que estoy loca no me habría escrito, ¿no? A menos que lo esté haciendo porque le doy pena...

*“Tranquilo, no pienso que seas un acosador. Lo poco que te conozco me ha dado a entender que eres una persona muy atenta. En cuanto a la visita al hospital, todo perfectamente. Muchas gracias por preguntar”*

*“Oye, te tengo que dejar. Estoy de guardia y me llaman de urgencias. Quizá te parezca una locura, pero me gustaría quedar contigo. No te asustes, simplemente quisiera que me des la oportunidad de conocerte, cómo amigos. Si me dices que no, lo entiendo perfectamente, es un poco precipitado. Pero si me dices que sí, te invito a cenar mañana por la noche, ¿te apetece?”*

*Un saludo y que pases buena tarde”*

¿Qué hago? ¿Qué le digo? Odio salir de casa, pero la verdad es que esta mañana con él me he sentido muy a gusto. Aunque, por otro lado, no creo que le convenga alguien como yo. Pero bueno, si solamente quiere ser mi amigo... ¡Uf! Solo al pensar que iremos a algún sitio donde haya mucha gente y no habrá nadie que conozca, me mareo. Si al menos pudiera acompañarme mi hermana, pero no quiero parecer una idiota. No importa, me llevaré un ansiolítico en el bolsillo, y si veo que me encuentro mal me lo tomo o le pido que me lleve a casa. Puede que me quede dormida, pero al menos no querré llorar o salir corriendo.

*“Vale, me apetece. ¿Te parece bien a las nueve? Ya me dices algo (carita sonriente). Un saludo y que tengas una buena guardia.”*

Necesito planear las cosas con semanas de antelación y tener un plan de hoy para mañana no me hace mucha gracia, así que lo mínimo sería poner una hora.

Hace horas que leyó mi mensaje y no me ha contestado si le parece

bien o no. Me estoy agobiando. Cómo se le ocurra decirme de quedar antes de las nueve le digo que no. Necesito mi tiempo para prepararme. Pero... ¿por qué me agobio? Ni que me importara ese chico, si solamente me cae bien. Mía, deja la paranoia y empieza a pensar en qué te vas a poner mañana. Encima eso... toda mi ropa me queda mal, me hace gorda o está pasada de moda. Quizá mami tenga algo para prestarme. Pero si le digo que voy a quedar con Diego es capaz de decirle que venga a cenar a casa. Aunque, por otro lado, tendré que decirle que voy a salir. Hace meses que no salgo ni me preparo en condiciones, así que puede que vaya a sospechar algo. Bueno, ya pensaré mañana en alguna mentira piadosa que ahora va a empezar mi serie favorita.

### 3.

- Mía, despierta que es tarde. Nos hemos quedado dormidas- Me susurra mi hermana desde su cama con un ojo abierto y otro cerrado.

- ¿Qué haces aquí? ¿Por qué no has ido a la uni? -  
Le pregunto riéndole.

- Me dolía la cabeza...- Me contesta. Si claro...yo también tuve muchos dolores de cabeza en mi época estudiantil.

- ¿Te has tomado algo? - Le pregunto.

- Sí, un antiinflamatorio. Ya se me está pasando.

- Vale pues...venga, vamos a levantarnos. Hay que ordenar la casa antes de que lleguen mami y papi- Le digo mientras empiezo a agobiarme antes de salir de la cama.

Solo tengo en mente que esta noche voy a salir y ya estoy estresada. No sé qué ponerme. ¿y si me pide que elija el sitio? No sé ni a donde ir. Solo pido que sea un sitio pequeño, cercano y que no haya mucha gente. A ser posible que no haya nadie, pero eso es imposible un viernes por la noche.

Después de desayunar, y casi tener que tirar por mi hermana para que me ayude a recoger, preparo algo para el almuerzo. No me entusiasma para nada la cocina, y desde que empecé a tener ansiedad apenas me apetece comer, pero debo echarle una mano a mi madre en casa ya que no estoy haciendo nada ahora mismo. Me siento en la cama, con el armario abierto de par en par, observando todas y cada una de mis prendas de ropa. Ninguno de mis conjuntos me gusta. Desde que he adelgazado un par de kilos la mayoría de mi ropa me queda suelta y parezco una foca del antártico cuando me intento vestir decente. En fin, me voy al armario de mami a ver si tiene algo que me convenza.

¡Ala mira! Qué falda más bonita. Pero me queda enorme. Encuentro un vestido de la talla S que creo que me puede quedar bien. Definitivamente no. Odio ir enseñando las piernas. Las tengo gordas y los muslos muy fofos. Además, soy tan bajita que al ponerme vestido parezco un Minion. Encuentro una camisa mona, pero no me llega a agrandar del todo. Ya ha llegado mami, así que es hora de comer. Más tarde seguiré con la búsqueda de algo que me quede medianamente bien.

- ¿Estás mejor? - Pregunta mi madre a mi hermana- ¿Qué habéis hecho hoy?

- Sí, ya no me duele tanto la cabeza - Contesta- Pues, yo me he puesto a estudiar mientras Mía recogía la casa- Me mira con una cara que dice "no te chives de que me he dormido, por favor".

- ¿Y tú?, ¿estás mejor Millita?, ¿te han hecho efecto las pastillas? - Parece que me esté haciendo un interrogatorio. Cuando era pequeña me decían "Miíta" en tono cariñoso. Luego nació mi hermana, y jamás supo pronunciarlo, lo único que le salía era "Millita". A mi prima pequeña, que nació un par de meses antes que mi hermana, le pasaba lo mismo, así que me quedé con ese apodo y en mi familia todos me llaman así.

- Sí, bueno, por lo menos pude dormir casi toda la noche, aunque cuando se me pasó el efecto de la pastilla volví a sentirme agitada - Le respondo

- Poco a poco - Responde tranquilizadora- El médico te dijo que los antidepresivos tardan un par de meses en empezar a dar resultados. Ten paciencia - Me dice. ¿Paciencia? ¿yo? ¡Pero si es ella la que cree que las pastillas son milagrosas y me pondré bien de hoy para mañana! No hay quien la entienda...

- Ya lo sé, no tengo prisa, tranquila- Respondo- Por cierto, esta noche he quedado con Luci y Adriana. Están empeñadas en que salgamos a comer algo para que me distraiga, aunque no me apetece mucho la verdad - Le comento. La cara de asombro de mi madre no tiene desperdicio en estos momentos, pero mi hermana es la irrelevancia en persona.

Luci es mi prima, así que por eso espero que cuele mi mentira piadosa. Bueno, ella más que mi prima, es mi mejor amiga. La hermana mayor que nunca tuve, aunque a veces parezca que yo soy la mayor por mi manera de ser tan clásica. Adriana es su novia y llevan dos años saliendo. Al principio nadie daba un duro por su relación, ni se fiaban de las intenciones de Adri, pero con el paso del tiempo ha demostrado que la quiere de verdad y ha sabido callar bocas sin tener que decir nada. A mi simplemente, me encantan. Se llaman una a la otra "mi pastelito" y yo no puedo parar de reírme cada vez que lo pienso.

- ¿Y eso? - Pregunta mi madre sin salir de su asombro, a la vez que intenta moderarse- ¿A dónde vais a ir?

- Pues...aún no sabemos - Respondo- Supongo que iremos a comer algo a alguno de los sitios dónde solemos ir siempre y luego no sé si les apetecerá dar una vuelta. Si veo que hacemos algo después de cenar, te aviso por si llego tarde - Le contesto convencida. Dios mío, me va a pillar y verás...

- No hace falta preguntarle si le agrada que salga. Su cara de ilusión lo dice todo.

- Pao, ¿por qué no vas tú también con ellas? - Le pregunta a mi hermana. ¡No, no, no! Mi mentira va a caer por su propio peso.

- Es que...no me apetece mucho la verdad. Tengo examen el lunes y quería estudiar hoy, pero si quieres que te acompañe, yo voy contigo- Me responde Paola. ¡Uf! Salvada por la campana

- No, no te preocupes- respondo- Quédate estudiando que yo intentaré venir pronto. Tú sabes que a mí no me gusta mucho estar hasta tarde en la calle.

Mi hermana asiente después de preguntarme mil veces si estoy segura de que no quiero que me acompañe. Cuando finalmente logro convencerla de que no es necesario, mi madre empieza a hacerme preguntas sobre cómo les van las cosas a Luci y Adriana. Una cosa lleva a la otra, y divagamos hasta que la conversación llega al nuevo novio de la vecina del edificio de enfrente.

Cuando me doy cuenta son las cuatro de la tarde. ¡Jolín qué tarde! Y yo aún sin saber qué ponerme... Sí, sé que aún quedan cinco horas para que me vaya, pero quiero prepararme con tiempo, tengo que lavarme el pelo, peinarlo, plancharlo, etc. A veces pienso seriamente en raparme la cabeza al cero. Total, no creo que a nadie le importe. Lo único que consigo teniendo el pelo largo es desviar la atención de la gente sobre mis chichas y mis piernas gordas. ¡Oh no! Se me olvidaba que tengo que depilarme, incluyendo las cejas. ¿Por qué no podría haber heredado los rasgos de mi madre? Tanto mi hermana como yo fuimos "bendecidas" con el color de vello de mi padre: negro cual carbón. Cuando miro a mi madre y observo su rubio íntegro y sus ojos verdes, siento ganas de volver a crearme a mí misma. Pero bueno, dicen que la naturaleza es sabia, así que, por algo seré como soy.

Las seis y media y aún me queda hacer algo con este pelo. Mi pelo de origen rizado, que con el paso del tiempo se ha vuelto una masa que no se decide entre ser rizada u ondulada, es otra de las cosas que heredé de mi padre. ¿Por qué a mí? A Dios pongo por testigo que, desde que tenga dinero me convertiré en una nueva versión de Jlo. ¡Cómo adoro a esa mujer! No se puede ser más perfecta. A sus cuarenta y cinco años, tiene el cuerpo de una chica de mi edad, y yo con veinticuatro años casi tengo que recogerme las tetas con pinzas porque las tengo caídas. Qué injusta es la

vida.

Al llegar la hora de vestirme, casi no me queda tiempo para elegir modelito. Aun así, me pruebo infinidad de conjuntos que voy amontonando sobre la cama porque al mirarme al espejo me siento cual ballena varada en una playa de Miami. Llego a un punto en el que me deprimó tanto que me acuesto en la cama a llorar. Mientras estoy tumbada, mi hermana entra a la habitación.

- ¿Qué te pasa? - Pregunta asustada

- Nada - Le contesto tajante. No es que no quiera desahogarme, pero sé que estoy llorando por una estupidez que a sabiendas de lo que es, para mí es una desgracia, así que prefiero callarme a parecer una estúpida.

- ¡Venga! dime qué tienes- Insiste mientras se acerca a mí y se sienta a mi lado en la cama con su pijama de Minnie.

Me siento tan desbordada que necesito desahogarme contándole a mi hermana la verdad sobre mi salida de esta noche. Aunque es dos años más pequeña que yo, espero una bronca por su parte, ya que no le gusta que salga con desconocidos. Pero en lugar de eso, me comprende y se alegra porque vaya a hacer algo diferente. Le confieso que estoy a punto de decirle a Diego que no puedo salir. Me inventaré cualquier excusa, no estoy dispuesta a salir si me veo fea y mal vestida, y menos sabiendo que se trata de un médico. Estará acostumbrado a ir de punta en blanco y a sitios caros en los cuales voy a destacar porque no encajo para nada.

Mi hermana se niega en rotundo a lo que le digo. Se levanta de la cama y se dirige a mi armario para empezar a decirme qué puedo ponerme. Nada de lo que me enseña me gusta, así que decide empezar a sacar piezas de su armario. Más de lo mismo. Noto como empieza a desesperarse y le comento que esta mañana vi una camisa en el armario de mamá que me gustó. En seguida me pregunta cómo es y corre a buscarla. Cuando la trae, me pide que me la pruebe a ver qué tal me queda.

- ¿No me hace gorda? - Le pregunto dudosa de la camisa.

- ¡No! Te queda súper bien – Responde- Puedes ponértela con un vaquero y un collar mono. A ver, voy a mirar lo que tienes- Luego empieza a rebuscar entre mis pantalones y mis joyas a la vez.

- ¿Ese? ¿no queda mal con esta camisa? - Le pregunto después de que me haya dado un pantalón vaquero claro- ¿No te

gusta más con este? - Le enseño un pitillo azul marino que adoro porque me hace parecer más alta y a la vez más delgada de piernas.

- ¡Sí! Ese también me gusta – Exclama- Puedes ponértelo con este collar y tus zapatos beige, ¿tienes un bolso beige?

- No, pero creo que mami tenía uno que viene bien con estos zapatos- Le digo instándola a que vaya a buscarlo al otro armario por mí.

Una vez me lo ha traído, me pruebo todo en conjunto. Parece que no me queda tan mal, incluso hasta me veo guapa. Camisa celeste, pantalón azul marino, bolso y zapatos color beige y complementos plateados. No está mal. Puedo pasar por una chica con clase. A mi hermana y a mí nos encanta, pero miro hacia el montón de ropa acumulada sobre mi cama y me da calor. Cómo mi madre se dé cuenta me va a caer una...

- Tengo que colocar todo eso y no me va a dar tiempo- Le digo sintiéndome frustrada.

- No te preocupes, yo voy doblándolo todo – contesta Paola- Mientras tanto, maquíllate, que se te hace tarde - Si es que no pude tener más suerte con los hermanos que me han tocado.

¡Ah sí! tengo un hermano mayor, pero falleció hace tiempo y no me gusta hablar de ello porque estábamos muy unidos... Mientras me maquillo, me llega un mensaje al móvil:

*"¡Hola! ¿cómo estás? Lamento no haberte escrito en todo el día, pero he estado ocupado. Espero que nuestra cena siga en pie. Dame tu dirección y paso a recogerte sobre las nueve menos cuarto, ¿te parece bien?"*

*Solo espero que no vivas a una hora de mi casa jajaja..."*

¡Al fin! el susodicho se ha dignado a dar señales de vida. Daba por hecho que quedaríamos, pero al ver que no me había escrito en todo el día ya me estaba empezando a cabrear. Le contesto un tanto cortante, para que se note mi pequeño enfado, y le envío mi dirección.

Cuando acabo de maquillarme me miro al espejo durante un par de segundos. Hacía tiempo que no me maquillaba y me veo extraña, incluso hasta me veo guapa. Apuesto a que cuando salga del baño y mami me vea le va a encantar, pero no creo que eso haga que me sienta mejor. Sinceramente estoy tan nerviosa que me ha costado muchísimo utilizar el delineador sin haberme sacado un ojo. Me tiemblan hasta los párpados.

Es una faena, esperaba que las pastillas me hicieran efecto para esta noche. ¡Qué ilusa! Salgo del cuarto de baño y no paro de dar vueltas por mi habitación. Si me siento seré consciente de que estoy nerviosa, porque mi cuerpo parece un auténtico flan. Ya que estoy más o menos arreglada, le pido a Pao que me haga una foto para subirla a Instagram. Bueno, quien dice una dice veinte, pero ninguna me gusta. En todas salgo con cara de pan o pies de cerdito, ¿cómo lo harán las influencers? En fin, quizá con alguna pueda hacer un apaño.

- ¿Ya te vas? - Pregunta mami entrando por la puerta de nuestra habitación. Ah, por si no lo había comentado, aún sigo compartiendo habitación con mi hermana. Cuestión de espacio en casa - ¿Esa camisa es mía? - Ya verás la bronca que me cae...

- Sí...pensé que te quedaría pequeña, por eso la cogí-  
Contesto

- Te queda bien. Va a juego con los zapatos pero, ¿no te has echado demasiado colorete? - ¡Hala! Ya tenía que decirme un fallo para rayarme definitivamente- Rebájalo un poquito para que parezca más natural.

- No me da ni tiempo de ir al baño, en seguida tiene en la mano la brocha para rebajarme el maquillaje. Cuando miro el reloj me doy cuenta de que ya son las menos cuarto, así que cojo el bolso, me pongo perfume por octava vez y termino de retocarme el pelo.

- No vengas tarde - Me dice. A veces (o la mayoría de las veces) me trata como si aún tuviera 12 años - Luci te trae hasta aquí, ¿no? - Me río por dentro intentando que no se note que la estoy engañando y observo cómo mi hermana se ríe por detrás, también intentando disimular.

- Sí, no te preocupes que ellas me acompañan hasta casa. No vendré tarde, hasta después - Les digo.

- ¡Ten cuidado! y para cualquier cosa que necesites, llámanos- Me dice Paola. A veces no sé quién es la mayor y quién la menor.

#### 4.

Bajo la pequeña cuesta de mi casa intentando no caerme rodando. Diego aún no ha llegado y no me gusta esperar sola en la calle, mucho



menos si es de noche. Observo cómo mi madre y mi hermana están asomadas en la ventana esperando a que me recojan, así que tengo que esconderme. Como vea que no es el coche de Luci va a darle un ataque. Giro un poco hacia la derecha hasta un punto dónde ya no me puedan ver, y allí espero a que me recoja el “señor impuntual”. Después de que diez coches me hayan pitado y once tíos me hayan dicho cosas del estilo “adiós, guapa”, observo cómo un coche negro se va acercando por el carril de en frente hacia donde estoy yo y va parando poco a poco. Me muero de miedo. Estoy a punto de salir corriendo cuando veo la cara del conductor. ¡Al fin llegó! Cruzo la calle y me subo al coche.

- ¡Hola! ¿qué tal? ¿llevas mucho tiempo esperando? - Me pregunta a la par que me saluda con dos besos. Qué guapo está sin su uniforme de trabajo. No es que no me guste el uniforme, pero lo veo especialmente más guapo que ayer por la mañana. En la radio suena “Just the way you are”, y me parece una casualidad del todo romántica.

- No mucho, un ratito - No soy capaz de decir nada más, porque el corazón me va a mil por hora. En seguida busco el botón para bajar la ventanilla, necesito aire. Tengo ganas de llamarle la atención por haber llegado tarde, pero prefiero no hablar por si acaso vaya a perder los nervios. Su coche es precioso, tiene los asientos de cuero blanco, una pantallita en el tablero y se nota que es relativamente nuevo.

- Bueno, ¿a dónde te apetece ir? - Me pregunta. ¡Lo sabía! Sabía que me preguntaría a dónde quiero ir. Odio que un hombre me pregunte ese tipo de cosas cómo: ¿a dónde quieres ir? ¿qué te apetece hacer? o ¿qué quieres comer? ¡Joder! No sé a dónde quiero ir. Me muero de la vergüenza en estos momentos.

- Pues...no sé. Me da igual- Respondo- A dónde a ti te apetezca, aunque tampoco es que tenga hambre como para comerme un costillar- La verdad es que no tengo hambre ni para comerme una mísera fresa. En este momento mi estómago tiene puesto el cartel de cerrado hasta nuevo aviso.

- ¡Está bien! Elegiré yo, pero la próxima vez te toca a ti- ¿próxima vez? En cuanto me conozca un poco querrá salir corriendo, así que dudo mucho que haya una próxima vez- Por cierto, estás muy guapa- Hacía años que un chico no me decía esa frase. Me encanta,

pero creo que no estoy lo suficientemente guapa cómo para merecerle.

- ¡Gracias! - Le contesto sonrojada- Tú también estás muy bien sin el pijama verde.

- Aunque parezca mentira, hay días en los que no lo llevamos puesto- Me contesta mientras se ríe. Sinceramente no sé qué le habrá hecho fijarse en mí. No soy guapa, soy bajita, regordeta y mis ojeras casi se unen con mis labios. He de admitir que cuando voy maquillada eso no se nota, pero...mis piernas y mi cuerpo amorfo no se arreglan con maquillaje. Además, se le nota desde lejos que ha visto muchísimo más mundo que yo. Tendrá que tener mil experiencias que contar. Sin embargo, mi vida es más aburrida que el telediario un domingo cualquiera.

- ¿Te ha costado mucho llegar hasta mi casa? - Le pregunto intentando disuadir el silencio.

- Pues, vas a reírte, pero, somos casi vecinos y jamás te había visto. Vivo justo en la avenida de Badalona- Me contesta. No salgo de mi asombro, ¡vive casi al lado de mí! Pero, ¿cómo es posible? Si llevo toda la vida yendo ahí y nunca lo había visto.

- ¡¿En serio?! Me estás vacilando, ¿verdad? - Le pregunto asombrada.

- Para nada, estoy hablando totalmente en serio- Responde tajante- Cuando me diste la dirección de tu casa me quedé alucinando. He pasado millones de veces por tu calle y nunca se me habría pasado por la cabeza que vivieras tan cerca de mí. Ya ves, las cosas de la vida- Me dice intentando parecer interesante.

- Pues me dejas sin saber qué decirte. No me puedo creer que seamos casi vecinos y no nos hayamos visto en todos estos años- Le contesto alucinada.

- Seguramente nos habremos visto antes, pero nunca nos habríamos fijado el uno en el otro- Me dice.

Sin salir de mi sorpresa, seguimos hablando del tema durante el trayecto. Resulta que tenemos hasta conocidos en común, e incluso conozco a miembros de su familia y el de la mía, pero jamás nos habíamos percatado de la existencia del otro. Durante nuestra conversación, me doy cuenta de que me encuentro a gusto. Ya no estoy nerviosa ni tiemblo. Ahora mismo me gustaría quedarme aquí hablando

con él durante toda la noche, pero ya hemos llegado. Es un chico con suerte, y no porque esté pasando la noche conmigo, sino porque ha encontrado aparcamiento a la primera. Cuando me bajo del coche observo que estamos junto al paseo marítimo, ¿pretenderá llevarme a su casa? ¡Espero que no! Ojalá comamos en algún sitio al aire libre, de lo contrario puede que necesite una pastilla.

Caminamos unos doscientos metros desde el coche, y nos adentramos en un restaurante pequeñito pero lleno de gente. Ya empiezo a notar el sudor frío por la espalda y todo me da vueltas. Hay varias mesas libres, pero me dirijo lo más rápido posible hacia alguna que esté junto a la pared. No puedo sentarme en el centro del local, de lo contrario, el pánico me hará salir corriendo antes de que nos sirvan el pan.

- ¡Menos mal que no tenías mucha hambre! - Exclama Diego- De la forma en que has corrido hacia la mesa diría que llevas tres días sin comer- Me dice en tono de burla.

- No...solo quería sentarme- Le contesto avergonzada.

- ¡Estoy de coña! No te asustes- Un poco tarde para decirme que no me asuste. Hace rato que está entrándome el pánico.

- El camarero nos sirve las bebidas mientras observamos la carta. Intento buscar un plato que sea lo más pequeño posible para acabar rápido de comer. Soy exageradamente lenta comiendo y me da mucha vergüenza que la gente me vea o me digan cosas del tipo "¿vas a estar comiendo hasta mañana?", me pongo incluso más nerviosa aún. Finalmente me decido por una ensalada César. Aparte de los entrantes, creo que es lo más pequeño que puede haber en la carta. Espero que sea así.

- Bueno... ¿y qué tal por el hospital el otro día? - pregunta- No sabía que tu madre era una de las enfermeras de psiquiatría. Nunca la había visto por el hospital. - Me dice curioso. Supongo que habrá sacado sus propias conclusiones.

- No, en realidad mi madre trabaja en un consultorio – le contesto- Es enfermera de ginecología. El otro día no estaba trabajando

- ¡Ah, vale! – exclama- Me había dicho que era enfermera, y como te bajaste en la planta de psiquiatría supuse que trabajaba allí. Disculpa.

- No, no te preocupes, es lógico. Oye, ¿y vives por aquí

cerca o por el otro lado de la avenida? - Le pregunto intentando desviar el tema.

- ¡No, no! - Exclama- Yo vivo al otro lado

Mientras que llega el camarero con la comida, creo que se ha dado cuenta de que quiero cambiar de tema, así que me cuenta casi toda su vida en lo que a su trabajo se refiere. Se nota que le apasiona lo que hace, porque realmente lo vive. La verdad es que me empieza a dar un poco de rabia que solo hable de ese tema, pero como en este momento estoy más pendiente de intentar no desmayarme o vomitar por los nervios, prefiero estar callada y que siga contándome cosas sobre él.

Ya él ha acabado su plato, yo apenas he comido media ensalada.

- ¿No quieres más? - Me pregunta.

- No, la verdad es que no venía con mucha hambre- Le contesto. Qué vergüenza, pensará que soy anoréxica o bulímica con lo poco que he comido- Si quieres un poco...

- No te preocupes, si no quieres más no sigas comiendo. No quiero que te sienta mal tu primera cena conmigo- Me responde- Pediré la cuenta, ¿te apetece dar un paseo por la avenida?

Le respondo afirmando con la cabeza. Me disculpo un segundo porque necesito ir al baño y tomarme la pastilla, de lo contrario voy a empezar a convulsionar. Una vez estoy dentro del baño, trato de relajarme. Intento convencerme a mí misma de que puedo controlar la situación y que no necesito una pastilla para estar bien. Me mojo las manos y respiro hondo. Me retoco el maquillaje y me miro al espejo. Durante esos segundos me siento la persona más débil del mundo; ¿Cuándo me convertí en esto? Estoy a punto de romper a llorar, pero no estoy dispuesta a que Diego me vea llorando ni a que se me escurra el maquillaje y mancharme toda la cara. Una vez más, la ansiedad puede conmigo y termino por ponerme la pastilla bajo la lengua. Trato de sosegarme y salgo del baño.

Al dirigirme hacia la mesa ya no está. ¿A dónde ha ido? Giro la mirada en dirección a la entrada y allí está esperándome apoyado en la puerta.

- ¿Vamos? - Me pregunta cuando llego a su posición.

Salimos del restaurante y noto que ya puedo respirar mejor. Aún sigo un poco mareada, pero siento como la sensación va desapareciendo poco a poco. Supongo que la pastilla empieza a hacer su efecto porque

cada vez me noto más libre. Caminamos durante un rato por la avenida hasta que nos sentamos en uno de los bancos. Desde que salimos del restaurante Diego no ha parado de hablar sobre su trabajo, hasta que de repente empieza a relacionarlo con el fútbol.

- No me digas que eres un obsesionado del fútbol- Le digo
- Bueno...-se ríe- es mi único hobby- Me responde.

A mí personalmente me gusta el fútbol, pero para nada me obsesiono con ningún deporte.

Ya me encuentro mucho mejor, así que sorprendentemente empiezo a hablar muchísimo. Le hablo sobre mi familia, le cuento que en teoría soy profesora de inglés, pero aún no me he atrevido a dar clases. En general, le hago un pequeño resumen de mi vida, ignorando el detalle de que llevo año y medio enferma. Normalmente, cuando creo que tengo suficiente confianza con la gente como para contarles lo que me pasa, al final siempre acaban diciéndome que soy demasiado joven para estar así o simplemente se apiadan de mi por no tener remedio. Luego están los que me repiten hasta la saciedad que el problema está en mi cabeza y que yo tengo la solución. Ojalá supieran que no soy capaz de controlar mi cabeza por más ganas que le ponga, que mi enfermedad me ha controlado hasta el punto de querer quitarme la vida. Pero soy tan débil que ni siquiera me atrevo a hacerlo.

- ¡Parece que te ha sentado bien la cena! Desde que hemos salido del restaurante has hablado más que en todo el tiempo que estuvimos allí - Me dice. Si supiera que todo se debe a un ansiolítico...

- Me río porque en realidad me hace gracia mi situación; parezco un muñeco a pilas que no para de hablar. De pronto se crea un silencio entre los dos y por unos segundos nos quedamos mirándonos fijamente a los ojos.

- Oye... no sé por qué te he caído tan bien cómo para querer invitarme a cenar- le digo- En cualquier otro momento de mi vida, ya habría estado encima de ti y no habría esperado ni a los entrantes, pero honradamente no me gustaría que te hicieras ilusiones porque ahora mismo no soy una persona buena para ti. Hace tiempo que ni siquiera soy buena para mí misma. Hay muchas cosas de mí que no sabes y que si las supieras no estarías aquí sentado conmigo- Añado- No quiero ser un lastre para nadie, y mucho menos para

alguien cómo tú.

- ¿Has matado a alguien y tienes el cadáver guardado en tu casa? - Me pregunta burlándose- Si es así puedo ayudarte a deshacerte de él- Se ríe y yo no puedo negar que me hace mucha gracia así que me río con él, pero al instante me pongo seria.

- De verdad, te estoy hablando en serio- le digo- No te convengo y creo que no estaré a tu altura ni aunque tuviera siete vidas más- Le respondo.

Jamás me he desprestigiado a mí misma. Siempre he tenido claro lo que valía y que no permitiría que nadie me dijera lo contrario. Hasta que dejé de quererme y ahora me siento por debajo del resto del mundo. Y mucho más en este momento: un chico joven, guapo, con una profesión de prestigio y la persona que toda mujer querría a su lado. Lo único que puede hacer con él, alguien como yo, sería amargarle la vida.

- A ver, Mía: en primer lugar, no vuelvas a repetir jamás que no estás a mi altura- me dice en tono enfadado- De lo poco que sé de ti, estoy seguro de que estás muy por encima de muchas de las personas que conozco. En segundo lugar: creo que ya soy mayorcito como para saber por mí mismo quién me conviene o quien no; y yo aún no he visto ningún indicio de que no puedas ser una persona a la que tener cerca. Y, por último, te tengo que decir que en ningún momento te he dicho que quiera algo más que estar contigo hablando aquí ahora mismo. ¿Por qué te adelantas a los acontecimientos? Simplemente te dije que quería conocerte, nunca mencioné que quisiera pasar el resto de mi vida contigo- Me responde

- Es verdad, tienes razón- contesto- tal vez lo único que estás buscando es pasarlo bien un rato y yo ya estoy creando castillos en mi cabeza. Disculpa - Le respondo.

- ¡Pero por Dios! ¿Quién crees que soy? - exclama- tengo treinta años, ya no estoy para líos de una noche y si te he visto olvídate. Te confieso que antes si era así, pero, ¿no puedo simplemente saber más de ti sin tener que pensar en el sexo? - Me contesta indignado. Creo que voy a callarme de una vez, porque entre más hablo más meto la pata.

- Lo siento, no quería ofenderte - Estoy a un minuto de soltar la lágrima.

- Tienes alguna persona especial, ¿verdad? - Me pregunta. Su

duda me causa una pequeña risa.

- ¡No! ¡Para nada! - Exclamo- Si te soy sincera, hace casi seis meses que dejé a mi ex novio. Y no, no me arrepiento. Yo nunca lo quise cómo él merecía así que creí que la mejor decisión era acabar con la relación - No entiendo qué hago contándole esto, la verdad, pero es que no quiero que se haga ideas equivocadas. Mejor me callo, porque el tema de mi ex me da escalofríos solo al pensarlo- Bueno, sé que esto no te importa así que, en resumen, ahora mismo no tengo a ninguna persona especial.

- Y yo sé que no es de mi incumbencia, pero sí que me importa, únicamente por el hecho de que me gustaría saber más sobre ti- contesta- Pero entonces...no entiendo por qué me dices esas cosas de que no quieres ser un lastre o que no eres buena para mí...- Me dice intentando encontrar una respuesta. Sin embargo, yo no sé qué decirle y me quedo en silencio - Bueno, discúlpame. Tal vez te estoy agobiando o no tengas la suficiente confianza conmigo como para contármelo. Es normal, nos acabamos de conocer, aunque yo tengo la sensación de que te he conocido toda la vida- Añade

- No, no es que no confíe en ti- respondo- No sé nada más de tu vida excepto lo que me has contado, pero desde el momento en que te conocí tuve la sensación de que eras una buena persona. Y no solo porque me ayudaras en el ascensor- Le digo entre risas- Pero, ahora mismo es lo único que te puedo decir...

Él asiente y trata de aceptar lo que le digo, aunque percibo que no es lo que quisiera escuchar. Realmente no es lo que yo querría decirle tampoco. Me parece un buen chico, está más que claro que me atrae bastante y le veo en los ojos que sus intenciones son sinceras, pero no puedo permitirme amargarle la vida a otra persona con lo que tengo encima. Y mucho menos a alguien que podría encontrar a una persona que esté mejor que yo, tanto física como psíquicamente. Es cierto que siempre me he querido muchísimo y he intentado sacarme el mayor partido posible, pero también tengo que ser realista; hay muchísimas chicas que están muy por encima de mí y sé que muchas de ellas podrían darle a Diego la estabilidad que yo no tengo.

Rápidamente intenta cambiar de tema. Percibo que trata de no agobiarme, así que le sigo el juego con el cambio de conversación. Pasamos un buen rato hablando sobre nuestras carreras universitarias. Me

hace varias preguntas sobre la mía, pero evidentemente la suya acapara un mayor porcentaje de la conversación. Y no porque sea más importante, sino porque no puede parar de hablar de su profesión, se ve que le apasiona muchísimo. Después de un largo rato poniéndonos al día con nuestra vida, miro mi reloj. ¡Las tres de la mañana! Se me ha pasado el tiempo volando sin darme cuenta. Debía haberme percatado de que ya no había nadie en todo el paseo desde hace rato. Decidimos que ya es hora de irnos a dormir.

Cuando llegamos a la puerta de casa, agradezco que sean las tres de la mañana. De lo contrario podría encontrarme con cualquier miembro de mi familia.

- Muchísimas gracias por traerme- Le digo- Y también por la cena. Lamento haber comido tan poco, pero te aseguro que estaba llena - Le respondo avergonzada.

- No tienes por qué disculparte, no tiene la más mínima importancia- contesta- He disfrutado mucho con tu compañía y te engañaría si te dijera que no me encantaría repetir - Añade agarrándome la mano con mucha delicadeza.

- Bueno, otro día repetimos para que me sigas contando tus historias de hospital- Le contesto - Ha sido un placer. Que tengas buena noche - Me despido con una sonrisa nerviosa temiendo que intente besarme.

- Adiós, Mía. Gracias por tu compañía.

En el pequeño lapso de tiempo en el que me dirijo hacia mi portal, me muero de la vergüenza, así que intento aligerar el paso lo más disimuladamente posible. Nunca me ha gustado que me miren de espaldas, mis piernas tienen que verse horribles, por no hablar de mis nalgas inexistentes. Por detrás soy tan plana como un folio.

Abro la puerta, y como sé que está esperando a que yo entre para irse, una vez dentro le digo adiós con la mano. En cuanto cierro la puerta me vengo abajo. Me siento en uno de los escalones de mármol del portal y empiezo a llorar. Sentía que necesitaba desahogarme, pero, como de costumbre, no encuentro el motivo para mi malestar. Acabo de pasar un rato súper agradable con un chico maravilloso, y, aun así, necesito llorar. Pasados unos minutos ya me encuentro mejor, pero me doy cuenta de que tengo toda la cara manchada de rímel ¡Mierda! Entro en casa casi sin hacer ruido y me meto en el baño lo más rápido que puedo.



Mi hermana está despierta, veo la luz de su ordenador encendida. Intentaré disimular diciéndole que necesitaba hacer pis. Una vez estoy dentro del baño, aprovecho para desmaquillarme y así evitar preguntas innecesarias.

- ¿Qué tal te ha ido? - Me pregunta Pao cuando entro a la habitación.

Al quitarme la ropa, la tiro dónde puedo y me pongo el pijama, le voy contando cómo ha ido la noche. Soy un desastre, así que cuando ya me meto en la cama veo que he dejado el pantalón sobre el perchero, la camisa encima de la cómoda, cada zapato en un lado de la habitación y... ¿mi bolso? Mierda, lo he dejado en el baño. Mañana será otro día, y la verdad es que no me apetece seguir hablando, así que le digo a Paola que estoy cansada. Evidentemente no me quedo dormida, nunca lo consigo hasta que no pasan al menos dos horas desde que pongo la cabeza en la almohada. Durante ese tiempo mi cabeza empieza a dar vueltas, y pienso en tantas cosas que me es imposible explicarlas. Sin embargo, esta noche el centro de mis pensamientos es Diego.

Tengo un conflicto interno que ni siquiera yo entiendo. Me gusta ese chico. No soy de la opinión de que existan las personas perfectas, pero por lo que me ha demostrado es el prototipo de persona que siempre he deseado conocer y eso me da miedo. No quiero enamorarme de él, porque sé que sería hacerme daño a mí misma, y también sé que no sería justo para él tener a su lado a una persona como yo. Me siento tan confundida que empiezo a agobiarme y sin querer se me cae alguna que otra lágrima... ¿por qué? Si acabo de conocerle. Aun así, me gusta estar con él, me siento cómoda y, sobre todo, hace que me olvide de mi enfermedad durante la mayor parte del tiempo. ¿Será que lo estoy echando de menos? No lo sé, no entiendo nada ahora mismo, pero parece que ya llega el sueño...

## 5.

- ¿A dónde fuisteis anoche? Llegaste como a las tres de la mañana, ¿no? - Pregunta mi madre mientras desayuno. No entiendo por qué, a la edad que tengo, mis padres siguen hablándome mientras desayuno si saben perfectamente que en ese momento del día odio a todo el mundo. Ya luego, cuando me tomo mi café, soy otra persona. Intentando disimular le contesto.

- Sí, es que... fuimos a cenar y luego nos sentamos en una terraza a tomar cervezas, vinieron unas amigas de Luci y estuvimos hablando y eso - Le respondo.

- ¿Lo pasasteis bien?

- Sí, el sitio estaba guay, no había mucha gente, así que era tranquilo- A veces me sorprendo a mí misma con mi capacidad de improvisación.

Ahora ya empieza a hacerme todo tipo de preguntas sobre lo que comimos, dónde estaba el sitio, si era caro o barato... me va a estallar la cabeza de tanto improvisar. Cuando acabo de desayunar, voy a quitarme el pijama. Es sábado, así que, como uso y costumbre, hoy es día de limpieza en casa. Me pongo alguna camiseta de propaganda, unos leggins viejos y ¡manos a la obra! Mi hermana, como siempre, va a su ritmo. Cuando ya yo he limpiado el polvo de toda la casa es cuando ella empieza a ayudar.

Después de almorzar me doy una ducha, me plancho el pelo y me pongo algo para estar por casa. Mi única intención en el día de hoy es revisar mis redes sociales y tumbarme en el sofá a ver cualquier película

romántica que estén poniendo en la tele hasta que sea la hora de dormir. Por décimo quinta vez, están dando "Love Actually", pero nunca me canso de verla. Paola está estudiando, así que el sofá del cuarto es todo para mí. Mientras estoy viendo la película me llega un mensaje de Diego al móvil:

*"Me apetece mucho verte. Prepárate que te recojo en una hora y te invito a ver algo bonito, aunque no más que tú"*

¿Verme ahora? ¿En una hora? Pero... ¡Dios! Odio con toda mi alma los planes improvisados. No tengo nada que ponerme y tengo muy poco tiempo. Ya está, le diré que no puedo, inventaré cualquier excusa. Pero...la verdad es que yo también tengo muchísimas ganas de verle. ¡Ay qué agobio! ¿Qué hago? Antes de contestarle voy a mirar en mi armario a ver si veo qué ponerme.

- ¿Qué haces? - Pregunta mi hermana confundida al verme hurgar en el ropero.

- Diego me ha mandado un mensaje para quedar, pero no sé qué decirle porque no me da tiempo de prepararme y encima no sé qué ponerme - Le respondo agobiada.

- ¡Dile que sí! Yo te ayudo a buscar algo ¡anda corre! - Me dice casi exigiéndolo.

Le contesto al mensaje diciéndole que intentaré estar lista para dentro de una hora, pero que quizá tarde un poco, y me dice que no pasa nada, que puede esperar. Como si acabara de tomar una bebida energética empiezo a dar vueltas por toda la habitación buscando qué ponerme. Para evitar mi estrés dejo que mi hermana escoja lo que me voy a poner, yo me ocupo de los complementos. Finalmente escoge un pantalón estampado en colores cálidos y una blusa beige. Me gusta. Extraño pero cierto. Lo conjunto con unas sandalias del color de la camisa, bolso y complementos marrones, y una cazadora vaquera. Si hubiera tenido más tiempo para pensarlo no me habría quedado tan bien la combinación. Cuando estoy vestida solo me queda maquillarme, así que me dirijo al baño de mami a por su sombra de ojos color ocre.

- ¿A dónde vas? - Me pregunta cuando me ve pasar al baño. ¡Mierda! ¿Y ahora qué le digo? Piensa, Mía, ¡piensa!

- Pues...hoy es el cumpleaños de una de las amigas de Luci, de las que estaban anoche con nosotras, y me acaba de enviar un

mensaje para que vaya a su casa que va a hacer una especie de merienda/cena - Le contesto. Deberían contratarme en Hollywood por mi capacidad de actuar.

- Ah...vale, ¡genial! ¿Dónde es? ¿Luci te recoge? – Pregunta sorprendida.

- Sí, es aquí al lado, vive en la urbanización de Las Casas Blancas - A mi favor diré que esto no es inventado, es cierto que una amiga de mi prima vive ahí. Así que...no estoy mintiendo al cien por cien.

- Vale, pues tened cuidado con el coche. Por cierto, hacía un montón de tiempo que no te ponías ese pantalón, te queda muy bien - Me dice. Le contesto con media sonrisa y sigo a lo mío con el maquillaje.

Tras tres intentos por fin tengo las dos rayas de ambos ojos a la par. Miro el reloj y ya solo quedan diez minutos para que llegue Diego. Me doy los últimos retoques con el brillo de labios y ya estoy lista. Suena mi móvil:

*"Estoy aquí abajo. Si aún no estás lista no te preocupes, te espero aquí"*

*"Dame cinco minutos"* Le contesto. ¡Se me ha olvidado meter las cosas en el bolso!

A toda prisa meto todo lo necesario: mi cartera, mis gafas, un paquete de pañuelos, mis pastillas, el maquillaje, las llaves de casa... ¡no me cabe el móvil! Bueno, lo llevaré en la mano.

- ¡Mami me voy! No te preocupes si llego tarde, estaremos en casa de Clara. Te mando un mensaje cuando lleguemos - Le digo a mi madre mientras me dirijo a la puerta de casa.

- Está bien, hasta después. ¡Pasadlo bien! - Me responde.

- Cuando abro la puerta del portal, el coche de Diego está aparcado justo en frente. Camino hacia él, y cuando voy a subir miro hacia la ventana de mi habitación. ¡Mierda, mi madre está asomada! Me hace un gesto para preguntarme que está pasando, a lo que yo le contesto con otro gesto de "después te cuento". No hago más que subir al coche y ya suena mi móvil. No me da tiempo ni de saludar a Diego.

- Disculpa un segundo, es mi madre - Le digo mientras

descuelgo la llamada- Dime mami.

- ¿Te creías que no me iba a dar cuenta? ¿a dónde vas a ir? - pregunta notablemente enfadada- ¡No me gusta que me engañes Mía, que luego te pasa algo y no sé dónde estás ni con quién! - Me reprende desde el otro lado del teléfono.

- Lo sé, lo sé, pero...luego hablamos-susurro- Voy a salir con Diego, el chico al que "muy disimuladamente" le diste mi teléfono. Habla con Pao que ya yo luego te digo, pero no te preocupes - Le contesto.

- Está bien, hablare con ella- dice algo más calmada- Pero, ¡tened cuidado! Y para cualquier cosa que necesites llámame. Hasta después- Me cuelga el teléfono sin dejarme despedirme.

- Creo que la he liado. Pero ya lo solucionaré... ¡Hola! - Le digo a Diego mientras me río y le doy dos besos.

- ¿Qué ha pasado? - pregunta. Le voy contando todo lo que ha pasado mientras él conduce. No sé a dónde vamos, así que no le presto mucha atención a la carretera.

- O sea que, ni siquiera le has contado nada a tu prima y la has metido en toda esta historia sin comérselo ni bebérselo, ¿no? - Me responde riendo- ¿Te daba miedo decirle a tu madre que ibas a quedar conmigo? ¿o te avergüenzas de mí? - Pregunta intentando poner tono de tristeza.

- ¡No! ¡Para nada! -exclamo- Pero es que mi madre es muy cotilla, y sé que si le dijera que voy a quedar contigo empezaría a hacerme un interrogatorio que ni los del FBI- Le digo- Oye...no sé a dónde me llevas, pero como intentes llevarme a un descampado y abusar de mí te advierto que tengo el GPS del móvil activado- Añado en tono de broma.

- No tengo por qué abusar de ti, sé que te rendirías a mis encantos- Me dice con un tono chulesco haciéndose el gracioso - No, en serio, ¿alguna vez has visto la puesta de sol? – Pregunta. Yo me quedo anonadada con la pregunta.

- Pues...hombre, obviamente la veo cada día cuando se hace de noche, pero nunca me he puesto a observarla a modo amante de los paisajes, la verdad. No es algo que me haya llamado la atención- Le digo.

- Bueno, a mí tampoco me había llamado la atención antes,

pero hoy me apetecía verla contigo- me dice quitando por un momento la mirada de la carretera para mirarme a los ojos- así que, pregunté a un amigo que suele observarla, dónde se vería mejor, y me explicó el lugar hacia dónde estamos yendo -Responde- Así que no te asustes, que no voy a secuestrarte ni nada por el estilo- Añade.

- Bueno...yo te lo advierto- respondo en tono interesante- además, he visto muchas pelis de acción y sé los puntos clave dónde hay que pegar cuando estás en peligro - Le digo orgullosa. Él no para de reírse de mí. Lo entiendo, hasta yo me reíría de mí misma.

Después de unos quince minutos, llegamos hasta una explanada en un acantilado cubierto de hierba y unas piedras, que, a pesar de ser simples piedras, solo por lo que hay a su alrededor me parecen preciosas. Me bajo del coche y observo todo lo que me rodea. Es realmente precioso. Al borde del acantilado hay una valla de madera, supongo que será para que la gente no pase más allá. No obstante, si la cruzas aún hay un trocito de tierra con algunas de esas piedras enormes por dónde también se podría caminar. Hay dos parejas haciéndose fotos junto al borde y una familia con tres niños correteando por la hierba de la explanada. El sitio es realmente precioso, se puede observar cómo se unen el cielo y el mar en el horizonte. Y si miras hacia abajo, ves cómo las olas chocan contra las rocas, a pesar de que el mar está muy tranquilo hoy. Es impresionante.

- ¿Te gusta? Nunca había estado aquí, pero me parece súper bonito - Me dice Diego.

- Me encanta, es precioso - Le respondo impresionada por el paisaje. En este momento no tengo nada en la cabeza. Me siento muy relajada y tranquila. Noto como el aire puro me entra en los pulmones, solo escucho el mar y el viento y una sensación de paz me recorre el cuerpo. No sé por qué no había venido antes a este lugar - Pero conmigo no necesitas disimular. Seguro que traes aquí a todas las chicas con las que has salido- Le digo para molestarle.

- ¿No crees que, si hubiera venido antes, no habría tenido que poner el GPS en el móvil para encontrar el lugar? - Me pregunta

- Pura estrategia. Seguro que lo tenías todo planeado- Respondo.

- Sí, claro. Esta mañana en la ducha lo planeé todo maléficamente- Me contesta con risas.

- Bueno, me da igual. Seguiré en mi ignorante felicidad y

pensaré que es la primera vez que vienes - Le contesto y él se ríe.

- Anda, ven. Vamos a sentarnos - Me dice mientras cruza la valla y se dirige hacia unas rocas.

- ¿Ahí? Pero, ¿estás loco? ¡qué podemos caernos abajo!

- Tranquila, sé nadar. Si no sabes creo que podría enseñarte- Me contesta intentando dejarme en evidencia piadosamente.

Pongo los ojos en blanco y levanto mi ceja izquierda. Posteriormente y con la sensación de que todo me tiembla, procedo a cruzar la valla. ¡Uf! Esto está demasiado alto ¡Qué miedo! Camino a medio kilómetro por hora hacia dónde está sentado. Me ofrece su mano y me ayuda a sentarme a su lado. Prometo que de aquí no me muevo, me tiemblan hasta las pestañas, pero observo lo que tengo delante y la imagen es preciosa; el mar, el sol, el cielo... indescriptible. Miro hacia Diego y observo como está contemplando el paisaje. Qué guapo está. Me encanta su barba recortada al milímetro y sus ojos marrones con unas pestañas que los hacen especiales. Dios mío... ¿me está gustando de verdad? ¡Uf! No sé, no quiero pensar ahora mismo. Solo quiero disfrutar de la maravilla que me rodea.

Cuando dejo de observarle me doy cuenta de que me siento bien. No he sentido ansiedad desde que salí de casa. Es cierto que me dio un poco vértigo cruzar la valla, pero algo leve. Maldito el momento en que me acordé de eso. Ya empiezo a tener palpitaciones. Diego me está hablando, pero no soy capaz de contestar. Solamente hago gestos con la cabeza mientras entrelazo los dedos e intento tener las manos en movimiento para no notar el temblor.

- ¿Estás bien? Hace rato que no dices nada- Me pregunta.

- Sí, sí. Estoy bien - Le respondo con media sonrisa.

- ¿Estás segura? Creo que te pasa algo y no me lo quieres contar – Insiste.

- No, no te preocupes - contesto cortante- Solo me siento un poco mareada pero ya se me pasará, tranquilo. Siempre me pasa, pero no es nada.

- Te diría que es cuestión de la altura a la que estamos, pero si me dices que siempre te pasa creo que no se trata de algo puntual- responde mirándome con gesto serio y yo arqueo una ceja- Comprenderás que como buen médico tengo que tener

en cuenta todo lo que me dice la gente - Me responde intentando ser amable- ¿Qué te pasa, Mía? ¿Por qué no quieres que sepa lo que te sucede? - añade.

- ¿Lo que me sucede? ¡No me sucede nada! - Exclamo nerviosa- Estoy bien, de verdad. Solo es un mareo tonto - Repito.

- Mira...yo sé que solamente me dedico a curar huesos, pero en algún momento de mi vida estudié medicina, y sé perfectamente cuándo una persona está enferma. No lo hago porque quiera, es porque me dedico a ello - Me dice tajante.

- ¡¿Enferma?! ¡Yo no soy ninguna enferma! - Le respondo indignada - Oye, no intentes analizarme como si fuera uno de tus pacientes o un conejillo de indias. Si pretendes hacerlo, olvídalo.

- Lo único que pretendo es ayudarte, o al menos intentar que confíes en mí para contarme lo que te pasa – me dice en tono tranquilizador - Sabes perfectamente que no tengo más que buscar tu nombre en el historial de cualquier ordenador del hospital, pero si no lo he hecho hasta ahora es porque quiero que seas tú quien me lo cuente. Sé que estabas en el hospital el otro día por ti, no por tu madre. Lo supe desde que vi cómo reaccionaste en el ascensor - En este momento me lanzaría al mar para que me tragara - No pretendo analizarte, ni diagnosticarte ni ninguna de esas cosas que estás pensando. Por favor, confía en mi - Me pide cogiéndome de la mano.

- Está bien, pero antes te diré que no me gusta pedir ayuda a nadie así que no necesito que me ayudes. No me digas que tienes algún amigo que sepa del tema y puede ayudarme. Por favor, solo te pido eso - Le digo

- Está bien, lo prometo - Me responde.

- Hace año y medio empecé a sentir que me pasaban cosas extrañas- respondo un poco asustada- Me agobiaba con mucha facilidad, no podía concentrarme, temblaba como si tuviera hipoglucemias constantes, cuando me encontraba en lugares con mucha gente sentía la necesidad de salir corriendo, tenía náuseas y mareos continuamente, el corazón se me descontrolaba ... en fin, una serie de cosas que jamás había



sentido en mi vida. Mis padres acababan de separarse, y yo estaba acabando mi último año de carrera universitaria. Ya sabes, la presión del trabajo final y demás- explico- Además de eso, hacía un mes que había roto con mi ex, con el cual no había tenido una relación para nada idílica... Por todo eso, mis padres y yo supusimos que lo que me estaba pasando era debido al estrés del momento, pero los síntomas eran cada vez más fuertes. He llegado a pesar cincuenta y dos kilos, cuando toda la vida he sido más bien rellenita. No sabíamos lo que me pasaba, así que mis padres decidieron acompañarme a mi médico de cabecera para contarle lo que me pasaba... te estoy aburriendo, ¿verdad? - Le pregunto al observar que no gesticula.

- Para nada, sigue contándome. Aunque ya sé lo que te pasa, pero quiero ver si mi instinto médico todavía no falla - Me responde tratando de hacerse el gracioso.

- Bueno...el caso es que mi médico me diagnosticó un trastorno de ansiedad temporal y me prescribió un tratamiento con benzodiacepinas, el cual nunca llegué a tomarme en serio...

- Muy mal hecho por tu parte - Me interrumpe- Pero...si me permites mi opinión, yo te habría recetado antidepresivos y habrías acabado de golpe con tu problema.

- ¡Oye! ¿no querías que te contara lo que me pasa? ¡Pues no me interrumpas, sabelotodo! - Le reprendo. Se ríe y me hace un gesto intentado decir que no me interrumpirá más - Sí, sé que estuvo mal por mi parte. Mi madre se oponía totalmente a los antidepresivos, y mi médico se veía en una circunstancia difícil, porque me decía que era demasiado joven y que intentara superarlo sin ellos. No es que fuera una mala profesional, pero le pedimos que evitara por todos los medios recetarme ese tipo de pastillas. Seguí tomando tranquilizantes únicamente cuando era necesario, pero la cosa fue cada vez a peor – explico- Lloraba por cualquier cosa, tenía miedo de quedarme sola en casa, tenía miedo de ir a clase, de salir sola a la calle e incluso he pensado varias veces en el suicidio, pero no te asustes, soy muy cobarde como para hacerlo. Un día,

mientras estaba en clase, tuve que salir de allí porque no aguantaba la ansiedad. Necesitaba llorar; era como si alguien estuviera torturándome. Llamé a mi madre y se enfadó muchísimo conmigo. Nos sentamos en el coche y me dijo que no me iba a llevar a casa hasta que no le contara lo que me pasaba, pero como la mayoría de las veces, no sabía lo que me pasaba ni por qué estaba llorando así que no supe qué contestarle. Estuve una hora sentada en el coche de mi madre, llorando y sin saber qué decirle, solo que todo me daba miedo. Luego hablamos con mi padre de lo que me había sucedido, ya que no era la primera vez que me iba de clase por esa razón. Mi padre decidió hablar con un amigo suyo que a su vez era amigo de un psiquiatra muy conocido por su trabajo y bueno... visitándolo fue dónde te conocí.

- El doctor Pérez Gallardo, ¿verdad? Es el mejor psiquiatra que he conocido. Y conozco a varios - Me vuelve a interrumpir.

- El mismo - Respondo- Me ha dicho que tengo un trastorno de ansiedad generalizada. Que es una enfermedad como otra cualquiera, pero no hace falta que me engañen. Sé que estoy mal- añado concienciada- La verdad es que mis padres han puesto mucha esperanza en este doctor, y no quiero decepcionarles, pero sé que no voy a volver a ser la misma de antes. Lo único bueno que he sacado de todo esto es que, a raíz de mi "enfermedad" mis padres han vuelto a estar juntos, y ahora valoro muchas cosas que antes no valoraba, pero, por favor, no quiero que pienses que estoy loca, aunque sé que es inevitable pensarlo. Las cosas que me pasan no son nada normales... Tienes todo el derecho a dejar de hablar conmigo si quieres o hacer como si no me hubieras conocido. Es más, creo que es lo mejor para ti y no te reprocharé absolutamente nada. Sé lo que tengo, y ya mi familia ha sufrido bastante con esto, no quiero hacer que nadie más lo pase mal por mi culpa...

- Mira Mía, voy a dejar las bromas para que te tomes en serio lo que te voy a decir – me dice con un tono muy serio- Lo que tienes, tiene solución. Las enfermedades mentales también existen, no solo las físicas, así que gracias a los avances de la

medicina y por suerte, tiene cura. Sé perfectamente que no estás loca, conozco todos y cada uno de los síntomas de lo que te pasa y sé que no lo puedes controlar. Hay personas que pueden, pero hay otras que llegan a un punto en que necesitan pedir ayuda para superarlo, y ese es tu caso. Te pasan ciertas cosas que dificultan que tu día a día se desarrolle con normalidad, por tanto, necesitas ayuda de los demás para ponerle remedio- añade seriamente- No pienso para nada que seas una cobarde por no atreverte a tomarte un bote de pastillas o a cortarte las venas, para nada. Creo que lo realmente cobarde por tu parte sería haberlo hecho, pero tú has sido valiente y has logrado dejar esos pensamientos de lado - Mientras habla no puedo evitar que las lágrimas me salgan solas - ¿para qué si no existimos los sanitarios y los medicamentos? Para ayudar a quienes nos necesitan, y tú desde ahora mismo eres la paciente número uno de mi lista.

- Pero Diego, yo no quiero ser una carga para nadie más. Ya tengo suficiente con ser un lastre diario para mis padres y mi hermana - Le contesto.

- Por eso me dijiste ayer que no me convienes y todo eso de que merezco algo mejor, ¿verdad? – Pregunta.

- Pues sí... porque no quiero joderle la vida a nadie con mis cosas - Le contesto y él me mira con una cara muy seria.

- Por un lado, estoy muy enfadado porque pienses así. Sé lo que debo hacer para ayudarte, y comprendo lo que te ocurre en cada momento – me dice- Pero por otro lado no te puedo negar que me alegra muchísimo saber que la razón por la que no quieras "estar conmigo" sea esa, porque realmente no es ningún impedimento para nada -Me dice.

-Para mí si lo es...- Le respondo- No sabes lo difícil que se me hacen cosas tan simples como pisar la calle o coger un autobús sola. No puedo...tomo cuatro pastillas al día ahora mismo, ¿crees que mereces a una enferma como yo? ¡No! – exclamo enfadada conmigo misma- Por mucho que sepas la teoría sobre lo que me pasa, no eres capaz de imaginarte las cosas que se me pasan por la cabeza cuando estoy mal- Añado.

- Pero...-Me interrumpe.

- Déjame terminar, por favor- Le pido- Quizá desde fuera lo veas fácil, pero no quiero hacerte pasar por esto desde la perspectiva que lo vive la gente que me rodea. Lo veo algo muy injusto para ti... Sin embargo, debo ser sincera y es que cuando estoy contigo, la mayoría del tiempo me olvido de todo. No sé por qué, no sé cómo lo consigues porque realmente te he visto tres veces nada más, pero contigo me siento en casa. Es como si no pudiera pasarme nada, y si me pasa no me importa, porque siento que estás ahí para solucionarlo. Siento que eres mi salvavidas.

De repente y sin mediar palabra, Diego me besa. En este preciso momento no pienso en nada ni en nadie. Ya ni siquiera escucho el ruido de las olas. Sólo huelo su perfume y le siento muy cerca de mí. Noto cómo entrelaza sus dedos suaves en mi pelo tratando de acariciarme la mejilla con el pulgar. Siento un cosquilleo que me recorre todo el cuerpo y percibo como la brisa del atardecer me hace cosquillas en los hombros. Ahora mismo puede comenzar una guerra que me daría exactamente igual. Solamente existimos él y yo. Siento como se aleja sin soltar su mano de mi cabeza. Se queda a dos centímetros de mi cara:

- Perdona... pero tenía que hacerlo - Me dice.

- Te perdono, pero no te he pedido que dejes de hacerlo- Le respondo. Él me contesta con una sonrisa y vuelve a besarme. Me encanta. Pruebo cada uno de los besos y noto como se me eriza la piel cuando me toca. No quiero que acabe nunca este momento.

Después de un largo e intenso lapso de tiempo entre besos, se aleja de mi cara. Nos quedamos mirándonos a los ojos uno al otro durante un rato y sonreímos. Creo que en el fondo los dos estábamos deseando este momento, aunque no lo supiéramos.

- Bueno... ¿qué?, ¿me merezco una oportunidad? - Me pregunta mientras sonrío.

- Quizá tengas que ganártela un poco más - Le contesto y él ríe. Me abraza y me dan ganas de estrujarlo. Siento una intensa sensación de paz inmensa. Me alejo un poco de él sin soltarle del todo. Si después de haberle contado todo eso, aún tiene interés en mí, supongo que sus intenciones son verdaderas - ¿De verdad estás dispuesto a estar con una loca empastillada?

¿No te importa lo que diga la gente?

- Nunca me ha importado la opinión de nadie cuando se trata de conseguir algo que quiero - Me responde- Y en cuanto a lo de tus dichas pastillas, creo que tiene usted un concepto muy equivocado de los medicamentos, señorita - Añade. Intentando ponerse serio.

- ¿A qué te refieres? - Pregunto.

- A ver cómo te lo explico...- Me dice mientras pone cara pensativa- Por ejemplo, ¿un diabético! Las personas diabéticas necesitan inyectarse insulina o tomar una pastilla cada día, ¿no? Porque si no lo hacen, tienen el gran riesgo de morir, ¿verdad? Pues bueno, lo que a ti te pasa es exactamente lo mismo, a excepción de que tu no corres el riesgo de morir, claro.

- ¡Anda! – Exclamo pensando que es una exageración- No puedes comparar lo que me pasa a mí con una enfermedad como la diabetes o la hipertensión, que necesitan medicamentos para sobrevivir - Le respondo

- ¿Ah, ¿no? - pregunta arqueando una ceja- Y lo tuyo, ¿qué es exactamente? Pues una enfermedad como las demás, solo que en lugar de manifestarse dañando órganos, tiene lugar en tu mente, y que esté en la mente no quiere decir que la gente que la padece no necesite también ciertos fármacos para sobrevivir - Me dice- Mía, soy consciente de que todo medicamento es una droga, pero cuando un médico pone en tratamiento a sus pacientes es porque estos realmente lo necesitan, y porque nuestra mayor afán es conseguir curar a las personas de todo aquello que les afecte negativamente en su vida.

Después de escucharle decir eso me quedo reflexionando un buen rato. La verdad es que nunca lo había visto desde esa perspectiva, pero tiene toda la razón. Si realmente quiero curarme y hasta ahora no he encontrado otra solución, quizá esa sea la que más me convenga. Aunque me aterre el hecho de pensar que pueda estar toda la vida dependiendo de una pastilla para poder tener una vida normal. Si bien, es cierto lo que él dice; un diabético no tiene más remedio que necesitar un medicamento para sobrevivir.

- Está bien, quizá tengas algo de razón... no puedo competir en contra de tu sabiduría en el campo de la medicina - Le digo con burla. Él me mira y pone los ojos en blanco.

- Si es que a mi iban a darme el Premio Nobel, pero me dijeron que era demasiado joven todavía- Me dice mientras se ríe.

- Me parece a mí que eres un poquito ególatra, ¿no? - Le pregunto con ironía

- Para nada, hay muchísimos hombres por ahí que me superan con creces- Responde- Y al haber tantos, no entiendo qué haces aquí conmigo pudiendo estar con uno de ellos- No puedo evitar que sus palabras me derritan por dentro. Simplemente, me encanta.

- Pues porque quizá haya algo en ti que no he conseguido encontrar en nadie más - Le respondo con la máxima sinceridad posible. A continuación, vuelve a besarme y me siento como en una nube. Ni siquiera me acuerdo de la altura que hay bajo mis pies. Bueno, mejor no pensar en eso.

Siento un poco de frío y se me ha olvidado coger un abrigo. El sol está a punto de ponerse del todo, aunque realmente no hayamos apreciado del todo la puesta, pero lo poco que he visto me ha encantado. Es un espectáculo que jamás me había parado a observar. Qué estúpido por mi parte.

- Tengo un poco de frío- Le digo.

- Sí, yo también estoy notando algo de fresco, ¿quieres que entremos al coche? - Me pregunta.

- Sí, porque si me pongo mala mi madre me encierra en cuarentena- Le respondo con risa.

Una vez estamos en el interior de la parte trasera de su coche, de nuevo nos miramos fijamente y sonreímos los dos como dos tontos. Esta vez soy yo quien lo besa y él, parecía que estaba deseando que lo hiciera, porque rápidamente pasa su mano por mi cintura. Entre más lo beso, más ganas tengo de seguir haciéndolo. Paso mi mano por su costado y posteriormente subo hasta su pecho. Introduzco mi mano por dentro del cuello de su camisa y comienzo a besarle desde la mejilla, pasando por su cuello, hasta llegar a la parte superior del dorso. Observo como me mira de manera fija y penetrante. Posteriormente noto como toca mis muslos con sus manos, para acabar introduciéndolas debajo de mi falda. Sin darme cuenta, ya estoy encima suya desabrochando los botones de su

camisa. Comienza a besarme el cuello y sumerge sus manos por debajo de mi camisa hasta conseguir quitármela. Observa mis pechos como quien admira por primera vez una obra de arte. Luego comienza a besarlos dulcemente, y logra deshacerse de mi sujetador. A partir de ahí todo es mágico. Las sensaciones que recorren mi cuerpo son increíbles. Él es increíble, y yo siento que este es probablemente el momento más feliz de mi vida.

## 6.

- Si hubiera sabido antes lo que me estaba perdiendo, te habría buscado hace mucho- Me dice mientras acaricia mi pelo, con mi cabeza sobre su hombro.

- Bueno, puede que no me hubieras encontrado- Le respondo irónicamente- Yo soy muy delicada para mis elecciones. Aunque sin duda, esta ha sido una gran elección - Añado.

Después de un largo rato de caricias, decidimos que ya es hora de incorporarnos y vestirnos. Nunca había conocido a nadie que llevara ropa interior de marca. Bueno, quizá nunca habría estado con alguien que pudiera permitírselo. En realidad, su dinero no es algo que me importe, pero en el fondo me da un poco de miedo. Vengo de una familia sencilla, en la que nunca sobra dinero a fin de mes y siempre hemos tenido que apretarnos el cinturón para pagar las facturas. Por esa parte, la situación es un poco complicada para mí, porque sé que él podría ofrecerme cosas que yo no tengo la posibilidad de ofrecerle.

- ¡Uf! ¡Qué hambre tengo! - Exclama.

- Sí, yo también. Me suenan las tripas- Le respondo.

- ¿Comemos algo? Aunque a esta hora lo único que puede estar abierto es un restaurante de comida rápida- Me dice mirando el reloj. Son las doce de la noche y ni me había dado cuenta. Con este hombre pierdo la noción del tiempo por completo.

- Bueno, podemos ir ahí. Mientras comamos algo...-Le digo agotada.

- Es un poco cutre por mi parte, pero realmente es el único lugar dónde nos atenderían. ¿Me perdonas? - Me pregunta con cara de pena.

- ¡Quedas disculpado! -exclamo- Se me olvidaba que la gente con dinero estáis acostumbrados a lugares de no menos de cincuenta euros el cubierto - Le contesto irónicamente mientras pongo los ojos en blanco. Él se ríe y me besa con ternura.

Cuando llegamos al restaurante, él pide la comida y yo le espero en la mesa. Mientras, le observo desde lejos. Después de mi curriculum sentimental, me parece mentira que esté en estos momentos con alguien como él. Creo que jamás había estado con una persona tan centrada y con las cosas tan claras en la vida. Ya estoy rezando para no perderlo... En este momento me doy cuenta de que realmente me importa mucho más de lo que pensaba. No puedo decir que sea amor, porque apenas hace una semana que nos conocemos. Pero sí sé que es algo muy intenso.

Mientras comemos, está continuamente limpiándose las manos. No sé si es una manía o quizá pretende parecer educado, pero me gusta. No soporto a la gente que se mancha las manos y la boca comiendo, y odio con todas mis fuerzas que la gente haga ruiditos mientras come. Me pone histérica. Pero él es perfecto hasta comiendo. Si me escuchara a mí misma escupiría corazones. A veces soy demasiado cursi.

- Bueno, creo que es hora de irse - Me dice- Ya el sueño está tocando a mi puerta.

Cuando salimos del restaurante de comida rápida para dirigirnos hacia el coche, él me coge de la mano. En este momento tengo una sensación muy extraña. Es como si tuviera cogido de mi mano algo muy valioso y todo el mundo a mi alrededor tuviera envidia de mí. No entiendo por qué, pero le agarro muy fuerte de la mano para que no me suelte y noto como me suben unas cosquillitas por el estómago. Llegamos a casa y aparca delante de mi portal:

- Gracias por otro rato increíble- Me dice mirándome a los ojos- Aunque, a decir verdad, todos me saben a poco. Y ahora que te he besado no sé si podré acostumbrarme a pasar tiempo sin ti.

- No sé si intentas hacerme la pelota o estás siendo



sincero, pero prefiero pensar que eres sincero- Le respondo con media sonrisa. Luego me inclino hacia él para besarle- A mí también me ha encantado estar contigo. Espero que no te arrepientas- Le digo cogiéndole las manos.

- Puedes estar tranquila. Creo que nunca en mi vida había tenido tan clara una decisión- Responde mientras me acaricia la mejilla. Posteriormente me besa y nos fundimos en un abrazo profundo.

Después de desearle una buena noche y despedirnos, me bajo del coche. Caminando hacia el portal me doy cuenta de que sigue ahí esperando a que entre a casa. ¡Qué tierno! Una vez estoy dentro, levanto el brazo para despedirme y él arranca su BMW X1 negro.

Me quito el maquillaje antes de darme una ducha rápida, me meto en la cama y empiezo a curiosear las redes sociales. Es en ese momento cuando me doy cuenta de que no lo he agregado a ninguna de mis redes así que me dispongo a escribir su nombre y su primer apellido en el buscador. Tras de ojear el perfil de varios "Diego Ruíz", la mayoría sudamericanos, le encuentro. En su foto de perfil se le ve sentado delante del puente "Tower Bridge", en Londres. Eso me quita las ganas de seguir mirando sus fotos, porque seguramente habrá viajado a mil lugares y me provoca envidia sana. Para mi sorpresa no es así. No tiene una gran cantidad de fotos, pero en las pocas que veo sale de fiesta con sus amigos o en la playa con los que también parecen ser compañeros de trabajo. De repente encuentro una foto suya con una chica rubia de ojos verdes; ¿quién será? Continúo viendo varias imágenes con ella hasta que, en una, la chica sale con un ramo de flores precioso y leo "gracias mi amor". No cabe duda de que es su ex novia. Es realmente guapa ¿Qué habrá pasado? Me causa mucha intriga, pero me sorprende a mí misma cuando me doy cuenta de que no siento celos de esa chica. Esto es algo muy extraño en mí porque suelo ser una persona muy celosa. Pero, ¿qué me está pasando con este hombre? Finalmente reviso de arriba abajo su perfil de Facebook y lo único que puedo sacar en claro es que adora los deportes de balón y la medicina, y siempre está rodeado de amigos. Supongo que nada nuevo, ya que las dos primeras cosas me las ha dejado más que clara en sus temas de conversación, por tanto, le envío una petición de amistad. ¿La aceptará? ¡Uf! Quizá estoy yendo demasiado rápido... ¡qué lío tengo! De repente escucho que suena un mensaje en mi móvil.

*“Ya veo que no soportas dejar de ver mi cara. Incluso me has agregado a Facebook para fisgonear mis fotos”*

Es un mensaje de Diego. ¡Dios mío, qué vergüenza! En este momento me siento bastante patética. Pensará que soy la típica chica celosa y controladora que necesita saber todo lo que rodea al chico que le gusta. ¿A quién pretendo engañar? En realidad, soy así, pero no quiero que él lo piense obviamente.

Tengo que responderle y aclararle que no pretendo controlarlo ni nada por el estilo.

*“Lo siento, simplemente tuve curiosidad y te busqué. No creas que pretendo controlarte ni nada de eso, de verdad. Simplemente fue pura curiosidad.*

*PD: tienes razón en eso de que no soporto dejar de ver tu cara. Me encanta esa barbita”*

Después de responderle, me llama. Descuelgo el teléfono:

- Eres la persona más inocente que he conocido, y teniendo en cuenta que soy muy bromista creo que me voy a divertir contigo- Me dice desde el otro lado del teléfono en tono alegre.

- ¿Por qué me dices eso? - Le respondo.

- Porque jamás he pensado que pretendieras controlarme. La verdad es que hace días pensé en agregarte cuando vi tus apellidos en el hospital, pero preferí que fueras tú quien diera ese paso, y por fin lo hiciste - Me comenta- ¿Me permites echar un vistazo a tus gustos y aficiones? – Pregunta.

- Bueno, solo si me prometes que no dejaré de gustarte cuando veas mis fotos antiguas- Le digo riendo- y que no volverás a cotillear mi historial médico.

- Creo que es imposible que dejes de gustarme. Un bombón como tú no se encuentra tan fácil- Responde obviando mi advertencia ¿Bombón? Creo que este hombre tiene falta de vista. Tengo pies de cerdito y tres chichas por barriga, lo único que tengo de bombón es la cantidad diaria de chocolate que ingiero. Eso sin contar con los dos gatos acostados que tengo por cejas y mis pechos en declive total.

Después de sugerirle sutilmente que le haga una visita al oculista, me despido de él deseándole que descanse. Es tarde, y no quiero despertar a Paola mientras hablo por teléfono. Como cada noche, al poner la cabeza en la almohada mi cabeza empieza a divagar. Pienso en todo lo que me ha sucedido hoy. Por una parte, me siento feliz porque Diego me encanta y no puedo negar que estar con él me hace sentir maripositas en el estómago, pero, por otro lado, los pensamientos negativos se abren paso en mi cabeza y pienso en todo lo que pueda salir mal. Demasiadas cosas para pensar en ellas en este momento. Tengo sueño y me quedo dormida en menos de lo que creía.

- ¿No me vas a explicar qué hiciste ayer? - Me pregunta mi madre mientras estoy sirviéndome el café.

- La culpa es tuya, que le diste mi número de teléfono- Le respondo con mucha antipatía. no lo hago porque no me guste que le haya dado mi número a Diego, sino porque sabe perfectamente que odio hablar mientras desayuno y aun así pretende sacarme conversación.

- Sí, pero eso no quiere decir que no me cuentes lo que haces o con quien. Si te pasa algo y me dices que estás en un sitio, pero resulta que estás en otro, ¿qué hago? - Me reprende. En realidad, tiene razón, pero es que nunca me ha gustado contarles a mis padres mi intimidad o cualquier detalle de algún chico. Sé que si lo hago pueden empezar a dar vueltas al asunto o a opinar y sacar conclusiones erróneas. Además, después de lo de mi ex sé que cualquier cosa que salga mal podría decepcionarles, así que intento ir con pies de plomo y buscar chicos que valgan la pena. En primer lugar, por mí, y en segundo lugar por lo que puedan sentir o pensar mis padres.

Al final acabo contándole todo. Evidentemente no lo hago de manera detallada, pero sí le hago un resumen de lo que ha pasado en mis últimos días. Mi madre intenta mantener la compostura, pero su cara no dice lo mismo. No puede negar que se le ilumina la cara al pensar que yo pueda tener algo con Diego. Desde que era pequeña siempre me ha dicho que buscara un hombre maduro, que me tratase bien y, sobre todo, un hombre al que no tenga que mantener ni viceversa, y creo que Diego, por ahora, cumple todos sus requisitos, así que, dejando a un lado el hecho de que para mí es una persona perfecta por cómo me trata, creo que para mi

madre es el hombre ideal en todo su conjunto.

- Entonces, ¿es tu novio? - Me pregunta ilusionada.

- No, mamá. Aún no hemos hablado sobre eso... ¡sólo nos hemos visto dos días! - Le contesto. Sí, han sido solo dos días, pero para mí es como si llevara con él toda la vida.

- -Bueno, yo lo único que quiero es que tú estés bien y sobre todo que él te trate bien - Responde. He tenido únicamente dos relaciones serias en toda mi vida, pero parece que esa frase la he escuchado quinientas mil veces.

- -Que sí mami... puedes estar tranquila- Le contesto dando un sorbo a mi café. En parte sé que me responde eso por todo lo que pasé en mi relación anterior con Carlos, mi ex.

Empezamos muy bien, pero no resultó ser lo que me había intentado hacer creer. Yo tenía muchas aspiraciones en la vida y a él le daba todo igual. Ni trabajaba, ni estudiaba, ni hacía el intento de hacer algo por sí mismo. La monotonía de su situación unida a sus celos patológicos hizo que yo me diera cuenta de que en realidad no lo quería como pensaba y que nunca llegué a estar enamorada de él. Era lo que mis amigas denominan "una relación tóxica": peleas diarias, celos, posesión e incluso violencia que por suerte solo llegó a ser verbal. Estando con él no me reconocía, había perdido toda mi esencia. Me pasaba las veinticuatro horas del día controlada por otra persona que incluso cuestionaba la hora a la que debía ducharme. Era una situación surrealista, hasta que llegó un punto en el que abrí los ojos y me di cuenta de que no podía seguir así, porque no era algo sano ni para él ni para mí, así que decidí ponerle fin a la relación. He de decir que era la quinta o sexta vez que le ponía fin, pero esa fue la definitiva. Él no se lo tomó nada bien y se dedicó a insultarme por todas las redes sociales de manera anónima y sin dirigirse a mí en ningún momento, hasta que un día, después de meses me confesó que todas esas cosas feas que escribía eran por mí. Yo no entendía cómo alguien con quien había compartido tres años de mi vida podía pensar todas esas cosas de mí, aun así, no le guardo rencor. Sé que estaba despechado y que él en realidad sí me quería, pero yo no podía seguir echando mi vida por tierra de la manera en que lo estaba haciendo. Desgraciadamente, cuando mi relación terminó mis padres tomaron la decisión de separarse, y todo eso junto me causó tal estrés que he llegado al punto en el que estoy ahora.

Aunque pensándolo bien, si todo eso no hubiera pasado yo no habría tenido por qué ir al psiquiatra y quizás jamás en la vida habría conocido a Diego. Tal vez todo lo malo pasa para que llegue algo bueno.

De repente suena el telefonillo y mi padre se levanta desde el sofá para abrir.

- ¿Quién es? -Pregunto. Sé que es una costumbre muy fea, pero desde que era pequeña siempre pregunto eso cuando alguien llama a la puerta o cuando alguien está hablando por teléfono. No puedo evitarlo.

- Para entregar unas flores, pregunta por ti- Me responde mi padre con cara de extrañado.

- ¡¿Para mí?! ¿Unas flores? - Pregunto entusiasmada a la par de asombrada. Corro hacia la puerta y cuando voy a abrir, ya el chico con las flores ha subido la escalera. Tengo que admitir que mientras corría hacia la puerta estaba rezando para que no fuera Diego. Si me viera con mis pintas acabada de levantar, en pijama y sin maquillaje seguro que saldría corriendo.

- Hola, ¿Eres Mía Ferrándiz? - Me pregunta el chico con uniforme de repartidor.

- Sí, soy yo- Respondo.

- Okey, aquí tienes. Fírmame por aquí, por favor- Le firmo un papelito que supongo que certifica que ha entregado las flores. Luego me da las gracias y se despide.

Cierro la puerta y observo bien el ramo: rosas rojas y blancas, me encantan. Son preciosas, grandísimas y además son mi flor favorita, aunque sea el prototipo de flor que suele gustar a las mujeres. Sí, no destaco mucho, soy una chica muy clásica y a la que le gustan las cosas de toda la vida. Las observo desde arriba y veo que hay una nota: *"Cada vez que te veo sonreír, no sé quién de los dos es más feliz"* Firmado: un sabelotodo

Pero, ¿se puede ser más lindo? ¡Ah! Nunca me habían regalado flores. Bueno sí, la típica florecilla, pero nunca un ramo de rosas tan bonitas. ¡Por Dios, qué me enamoro! Bueno, tranquilicémonos. No vaya a ser que luego lleguen las decepciones... aunque mi sonrisa de oreja a oreja habla por mí.

- ¿Quién te mandó eso? - Pregunta mi padre con todo el "tacto" que le caracteriza.

- Un amigo- Le respondo.

- ¡Guay! - Exclama- Esa es su única respuesta antes de seguir tumbado en el sofá viendo la televisión. Sinceramente me causa una pequeña risilla y me hace un favor porque así no tengo que estar dándole explicaciones de nada.

Mi madre está tan emocionada que solo le falta dar saltitos de alegría. Cuando me doy cuenta, ya tiene en la mano un jarrón para poner las flores en agua y se deshace en halagos hacia las mismas. De repente la veo leyendo la nota:

- ¡Mamá! - Le reprendo. Ella se ríe y me devuelve el papelito. Cojo el jarrón con las flores y me lo llevo a mi habitación.

- ¿Y eso?!- Pregunta Paola entrando en la cocina acabada de despertar.

- Me las ha enviado Diego- Le contesto emocionada. Mi hermana se levanta de un salto para leer lo que pone en la tarjeta. Con ella no me da vergüenza porque es la persona en la que más confío en el mundo así que no me importa que lo lea. Sonríe y me comenta que están preciosas, tanto las flores como la tarjeta. Mientras camino hacia mi habitación, le hago una foto a las flores y se la envío a Diego.

*"No tenías por qué molestarte, pero tengo que decirte que vas ganando puntos en eso de sorprenderme cada día más. Muchísimas gracias, son las flores más bonitas que me han regalado nunca. Me encantan"-* Le escribo.

A los dos segundos tengo una llamada suya. El teléfono suena.

- ¡Es él! - Le digo a Paola al borde del ataque.

- ¡Pero cógelo que va a colgar! - Me contesta acelerada.

Descuelgo el teléfono y escucho su voz al otro lado:

- Me alegro mucho de que te hayan gustado las flores. Sé que hay chicas a las que no les gusta que les envíen flores, pero me quise arriesgar, y por lo que veo he acertado - Me dice- ¿Cómo te has despertado hoy? Yo me he quedado con las ganas de dormir contigo - Añade ¡Ay por favor! Es para comérselo a besitos. Soy la chica más cursi que pueda existir, y

encima este hombre me hace estas cosas... solo me falta tener un aura de corazones alrededor de la cabeza.

- Pues muy bien, la verdad- contesto- A excepción de que he tenido que contarle todo a mi madre con su correspondiente enfado por no haberle dicho dónde y con quien estaba, pero bueno, creo que ella es la que más feliz está de que haya salido contigo- Le respondo riéndome. Mientras, observo como mi hermana se ríe sola en su cama. Le hago señas para que pare porque me va a entrar la risa tonta y no quiero que Diego escuche mi risa de cerdito ya que sé que luego la usará en mi contra.

- Oye, quería proponerte una cosa. Si no te apetece dímelo sin ningún problema, ¿vale? -Me dice.

- Está bien, dime. ¿Me vas a proponer ir a un intercambio de parejas? - Le respondo a modo de broma. Él se ríe al otro lado del teléfono.

- Bueno, ¡nunca lo he probado! Si te apetece, yo estoy abierto a todo tipo de propuestas- Responde siguiéndome el rollo- No, ahora en serio. El martes es el cumpleaños de mi prima, la más pequeña, y ellos para mí son como mis hermanos. Ya sabes que soy hijo único y he crecido con ellos así que les he contado lo nuestro- ¿Lo nuestro? Pienso para mis adentros, esto se pone serio- y me han dicho que te invite. Haremos un almuerzo en casa de mis tíos, algo informal... ¿te apetece venir? - Me pregunta ¿Un almuerzo con su familia? Dios mío...esto ya se está poniendo más que serio. Creo que va un poco rápido, y yo quiero hacer las cosas con tranquilidad y bien, pero no voy a negar que me encantaría conocer a su familia y pasar un rato agradable con ellos... ¡¿qué hago?!

- ¡Uf! Me da un poco de vergüenza. No les conozco y seré el centro de atención- Le contesto avergonzada.

- No te preocupes, haré todo lo posible para que estés cómoda, y si empiezas a sentirte mal no tienes más que decírmelo y te llevo a casa si te apetece. Pero confía en mí, que lo pasaremos bien - Me contesta. No me gusta nada la idea de ser el centro de las miradas en medio de tanta gente nueva, desde ya empiezo a agobiarme. Aunque, por otra parte, si no

empiezo a enfrentarme a mis miedos nunca voy a superar esto. Creo que debo arriesgarme, pero le pediré que no me deje sola a menos que yo le diga que me encuentro cómoda. Qué faena... ¿y si no les gusto o no les caigo bien?

- Está bien, pero por favor no me dejes sola. Me daría muchísima vergüenza ponerme mal delante de toda tu familia el primer día que los conozco. Pensarán que soy una maniática paranoica- Le respondo- Me da muchísima vergüenza, pero si no lo hago ahora nunca lo superaré - Añado.

- Así me gusta, que te enfrentes a tus miedos y a tu enfermedad. Me siento orgulloso- Me responde.

Después de un buen rato hablando, me cuenta que irá a comer con unos compañeros del trabajo y me pide que nos veamos esta tarde. Dudo un momento, pero no le doy muchas vueltas porque me apetece verle. Tengo la necesidad de estar con él a todas horas y no es realmente una necesidad, es por la sensación que tengo cuando estoy con él. Cuando estamos juntos todo está bien, todo está en paz y soy yo misma. No tengo preocupaciones, voy tranquila, sin prisa y sin pensar en lo que sucederá después. Es la sensación más parecida a la felicidad que he experimentado nunca.

Terminamos de hablar y concretamos que nos veremos sobre las siete en la puerta de mi casa para ir al paseo marítimo que está dónde él vive. Nos despedimos, cuelgo el teléfono y vuelvo a observar mis flores. ¿Será real todo lo que me está pasando o quizá me estoy ilusionando demasiado? En este momento siento cierto miedo e inevitablemente me viene a la cabeza su propuesta de conocer a su familia. De un momento a otro empiezo a notar cómo me agobio. Noto una presión en la zona del cuello y mis piernas tiemblan. Empieza a costarme respirar. Es ahí cuando recuerdo que he dejado las pastillas junto con la mitad de mi café sobre la mesa de la cocina, así que vuelvo para acabar de tomarlo.

- ¿Qué te pasa? - Pregunta mami. Desde que empiezo a sentirme mal todo el que esté a mi alrededor se da cuenta. Se me pone la cara muy seria y pálida, no hablo, agacho la mirada y hago un movimiento extraño con la boca. Es como una especie de tic.

- Nada, que me encuentro un poco mal, pero no te



preocupes ya me voy a tomar las pastillas -Le respondo. Me pregunta que si me ha pasado algo malo con Diego porque ha escuchado que me llamaba.

Es mi madre y no le puedo esconder las cosas, básicamente porque siempre acaba enterándose de todo. No me preguntes cómo lo hace porque jamás lo he sabido. Le comento que me ha invitado a comer con su familia y ella me dice que vaya, que si me encuentro mal va a recogerme, pero que no deje de ir por eso porque seguro que lo pasaré muy bien y estaré a gusto. Asiento con la cabeza y con eso le confirmo que iré.

Después de tirarme en la cama a curiosear mis redes sociales, como suelo hacer cada mañana, decido que es el momento de activarse. Desde que estoy tomando las pastillas ya no me cuesta tanto decidirme a hacer las cosas. Anteriormente podía estar dos horas tirada en la cama antes de pensar en recoger mi cuarto. Me levanto, recojo el cuarto y me doy una ducha. Mientras me ducho vuelve mi pesadilla de no saber qué ponerme hoy. Realmente tengo el armario lleno de ropa, pero nunca sé que puedo ponerme. Quizá sea que no sé combinar lo que tengo. No lo sé, pero me agobio de nuevo, aunque no tengo síntomas físicos gracias a las pastillas. Cuando salgo de la ducha me pongo algo para estar por casa mientras me seco el pelo y me lo plancho. Una vez he terminado, me siento delante del armario con las puertas abiertas y empiezo a observar una por una mis piezas de ropa. Saco un pantalón vaquero y me lo pongo. Hoy me apetece ir un poco más "sport" así que me pondré mis Converse. Entre camisas y camisetas tengo aproximadamente unas cincuenta, pero ninguna me gusta. Me pruebo una, dos, tres...las voy amontonando sobre la cama, y cuando llego a la quinta me deprimó porque ninguna me queda bien. Todas me hacen gorda o son demasiado escotadas. No me gusta enseñar los pechos porque siempre los he tenido grandes y me ha creado cierto complejo. Me miro al espejo y me siento como una vaca de cien kilos. ¿A quién pretendo engañar? Por más que haya bajado algunos kilos desde que estoy mal, siempre seré la amiga gordita que acompañaba siempre a su amiga para que quedara con su novio mientras ella se quedaba mirando y pensando que eso jamás le llegaría. De repente empiezo a venirme abajo y me tumbo en la cama a llorar. Creo que voy a enviarle a Diego un mensaje y le diré que hoy no podemos vernos, que no me encuentro bien.

Cojo mi móvil:

*“¡Hola! Espero que hayas comido algo muy rico, aunque no tanto como yo. Oye, creo que no vamos a poder quedar, la verdad es que no me encuentro muy bien. Estoy de bajón y no quiero salir ni hacer nada, me quedaré tumbada en el sofá” - Le escribo*

*“¿Cómo que no te apetece hacer nada? Vístete que te recojo a las seis y media, y no acepto un no por respuesta. Tanto tú como yo, pero sobre todo tú, sabemos que si te quedas en casa es peor. Debes salir y distraerte para que te olvides de todos esos pensamientos absurdos que te vienen a la cabeza. Además, sé que te mueres de ganas por verme, así que no se hable más. Nos vemos luego, preciosa” - Responde.*

La verdad es que su mensaje me anima un poco, pero sigo con la idea de que estoy demasiado fea y gorda como para salir hoy. Paola entra en la habitación y me pregunta qué me pasa. Le explico la situación, y como siempre, trata de consolarme. Sinceramente no sé qué haría yo en la vida sin mi hermana. Es lo más importante que tengo y mi mayor apoyo. Siempre ha confiado en mí y siempre hemos estado ahí la una para la otra. Desde que caí enferma he notado que tiene cierto miedo de perderme o de que yo esté mal, y siempre trata de animarme. Me acompaña a todos lados, me da ideas de cosas que hacer para que no me aburra, o me encuentra remedios para calmar la ansiedad. Es como mi pilar fundamental, así que por ella siempre trato de sacar mi mejor parte y seguir adelante, porque se lo debo a ella.

- Venga, va. Ese pantalón te queda súper bien, te hace parecer más flaca- No es que mi hermana piense que estoy gorda, pero sabe que la frase "te hace parecer más flaca" me alegra la vida. Por eso siempre me la dice para animarme - Espera, que si quieres yo te elijo una camiseta y un bolso ¡y listo! - Me dice.

No sé cómo lo hace, pero al final siempre logra convencerme de que la ropa e pongo me queda bien. Supongo que es porque lo veo desde la perspectiva de otra persona que no soy yo. Al final me escoge una camisa de botones de topos celestes y fondo blanco, un bolso color azul marino a juego con mi reloj nuevo y una cazadora vaquera. Pues no me veo nada mal... ¡si hasta parece que estoy guapa! Es un look bastante desenfadado y

ese tipo de looks me chiflan. Adoro la ropa y la moda, pero siempre me ha encantado vestir cómoda antes que presumir de zapatos nuevos.

Cuando voy a salir por la tarde tengo la costumbre de vestirme primero y luego hacer todo lo demás, es decir, almorzar y cosas así. Prefiero estar sentada en el sofá con la ropa puesta a que se me haga tarde preparándome. No me gusta nada que tengan que esperar por mí. Una vez he acabado de vestirme, solo me queda el maquillaje, pero eso siempre lo dejo para una hora antes de salir. En mi casa los fines de semana solemos levantarnos tarde, así que almorzamos sobre las tres o cuatro de la tarde. Es como una especie de costumbre que hemos adoptado con los años. Son las cuatro menos cuarto cuando mi madre nos dice que ya podemos ir a comer, así que entre todos ponemos la mesa y nos sentamos.

- ¿Vas a salir? - Pregunta mi padre.

- Sí, voy a ir al paseo marítimo a dar una vuelta-

Respondo.

- ¿Con quién?

- Con un amigo- Le contesto.

- ¿El de las flores? - Pregunta. ¡Joder, joder! No quiero tener que explicarle toda la historia. Me da vergüenza contar a mi padre mis intimidades. No por nada en especial, sino porque nunca hemos tenido ese tipo de confianza el uno con el otro.

- Sí, pero no te preocupes, mami lo conoce - Es lo único que se me ocurre responderle para intentar salir del paso.

- Ah, ¿sí? - Pregunta dirigiéndose a mi madre- ¿y quién es? - Tierra trágame y escúpeme en una isla desierta. Qué momento tan incómodo mientras comemos.

Al final Pao termina tomando la palabra y le explica a mi padre toda la historia. Bueno, a decir verdad, solo le explica cómo nos conocimos. El resto de detalles se los ahorra y lo agradezco infinitamente.

- Interesante- Responde mi padre.

Es un hombre que habla hasta por los codos, pero cuando se trata de los temas serios de casa, jamás sabe qué decir ni cómo responder, así que la mayoría de las veces responde con una sola palabra o simplemente asintiendo con la cabeza. Supongo que no le gusta hablar de temas serios, pero realmente lo agradezco, porque así no tengo la necesidad de dar

ciertas explicaciones sobre temas de los que no quiero darlas. Automáticamente mi hermana cambia de tema y empieza a hablar sobre sus exámenes. Le hago un gesto con los labios en agradecimiento. Sé que hablando de eso mi padre se olvidará del tema y no preguntará nada más.

Cuando hemos acabado de comer y de recoger la cocina ya son las cinco y diez, así que me dispongo a empezar a maquillarme. Me pongo los auriculares y empieza a sonar “Get right” de Jlo. Mientras me maquillo siempre escucho música, y entre el anti ojeras y el colorete me marco algún que otro baile. Esa es la razón por la cual tardo tanto en maquillarme siempre. Mi móvil suena:

*“Tardo diez minutos en recogerte”*- Me escribe Diego.

*“Tiene usted suerte de que ya esté casi lista. Me dijo a las seis y media y aún no son ni las seis. Que no se vuelva a repetir o se verá obligado a tener que esperar”*- Le contesto.

*“Procuraré que no se repita. Ya salgo, nena”*- Responde. ¿Nena? Es un término que siempre me ha parecido de lo más ordinario, pero siendo sincera, me acaba de poner muchísimo al leerlo y me he distraído pensando en las cosas que me gustaría hacerle ahora mismo.

Acabo de retocarme el maquillaje de labios y ojos y me dispongo a salir por la puerta cuando mi madre me llama para que vaya al salón.

- ¿Llevas dinero? –Pregunta.

- Sí, tranquila. Creo que con lo que tengo es suficiente-

Respondo.

- Está bien. Tened cuidado y abrígate que en el paseo hace frío- Contesta. Es cierto, en ese paseo a menos que sean las cinco de la tarde siempre hace fresco.

Mientras voy bajando la escalera de mi edificio caigo en la cuenta de que Diego vive en una de las calles que dan al paseo. ¿Pretenderá llevarme a su casa? ¡Qué intriga!

Cuando llego a la calle él aún no ha llegado, así que me siento en el escalón del portal a esperarle. Mientras estoy sentada esperando, llega mi tía Carla. ¡Uf! Espero que entre rápido porque como vea que me voy con Diego en seguida empezará a hacer preguntas.

- ¡Hola chiqui! ¿Qué haces aquí sentada? - Preguntaba mientras me da un beso. Detrás de ella entran mis primos Dani y Leo quienes también me saludan con un beso.

- Pues...nada, esperando por Marta que va a venir a recogerme para ir a merendar un helado al paseo marítimo - Respondo. Marta es una de mis mejores amigas de toda la vida así que espero que diciéndole eso no sospeche nada y se dé prisa en entrar.

- Genial, pues pasadlo bien. ¡Ah! y abrígate que está refrescando- Responde mientras entra en el portal.

Mi tía siempre ha sido como una segunda madre para nosotros. Cuando éramos pequeños era quien nos cuidaba cuando mami y papi trabajaban, y a día de hoy tenemos mucha confianza, pero es un poco metiche así que creo que es pronto para contarle lo de Diego porque sé que en seguida querrá hacerle un interrogatorio sobre sus intenciones conmigo, y aún no quiero pasar por eso. Aproximadamente unos dos minutos después de que mi tía entre a mi casa, llega Diego. ¡Uf! Ha faltado poco.

Me subo al coche cerciorándome de que no haya nadie asomado a las ventanas de mi casa. En cuanto me siento y le miro, Diego me besa en la boca. A pesar de que lo vi ayer, echaba de menos el sabor de sus besos y su olor. El perfume de hombre es algo que siempre me ha fascinado, pero el suyo en concreto me pone muchísimo además de que me encanta como huele. Lleva puesto un polo azul de marca a juego con sus náuticos y un pantalón vaquero oscuro. ¡Está guapísimo! Me alegro al ver cómo va

vestido porque me doy cuenta de que, al igual que yo, ha decidido ir en modo "sport".

- Yo también me alegro de verte- Le digo en cuanto separa sus labios de los míos después de haberme besado inesperadamente. Él sonríe.

- Te echaba de menos y no me pude resistir- Responde. Seguidamente vuelvo a besarle y ponemos rumbo hacia el paseo marítimo. En cuanto vamos llegando veo que se dirige hacia el garaje de una casa gris y especialmente imponente por sus dimensiones. ¡Lo sabía! ¡Sabía que me llevaría a su casa! Menos mal que he conjuntado mi ropa interior...

- Voy a dejar el coche en el garaje- Me dice mientras entramos- Tengo que subir a por una cazadora, ¿me acompañas? - Pregunta. Claro, claro...una cazadora, ya...

- Sí, claro. Te acompaño-Respondo.

En cuanto aparca el coche, me bajo y entramos por una puerta que nos lleva hacia la escalera, dejando a la derecha la entrada principal de la casa. Sinceramente nunca imaginé que pudiera vivir en una casa así él solo. Cuando me había dicho dónde vivía imaginé que sería un piso ya que es una persona joven y vive solo, pero me sorprende ver que no es así. No sé cuál es la razón, pero en mi cabeza eso le hace parecer más maduro. Al subir las escaleras hay un descansillo antes de abrir la puerta de la casa. Diego saca las llaves del bolsillo derecho de su pantalón y abre la puerta:

- ¿Diego? - Pregunta una voz de hombre.

- Sí, soy yo. Traigo compañía así que vístete- Responde en tono de burla. Cuando entro a la casa sale, desde lo que parece ser la puerta de la cocina, un señor mayor de unos sesenta y siete años con el pelo canoso, ojos marrones, estatura media y complexión delgada.

- ¡Hola! Tú debes de ser Mía, ¿no? -Pregunta- Yo soy Miguel, el padre de este elemento- ¡Qué vergüenza! No sé ni qué decir, me tiemblan las manos y me estoy mareando.

- Hola... sí, soy yo. ¿Qué tal? - Es lo único que se me ocurre decir. A propósito, ¿cómo sabe mi nombre? Ya veo que Diego tampoco ha perdido la ocasión de contarle a sus padres lo nuestro aparte de haberlo contado a sus primos.

- Pues muy bien, estaba leyendo algo. Pasa cielo, ¿quieres tomar algo? – Pregunta.

- No, no te preocupes papá he venido a por una cazadora y nos vamos a tomar algo al paseo- Responde Diego- ¿y mamá? - Pregunta.

- Tu madre está en la habitación del fondo planchando. Ya sabes que ella no puede estar quieta- Responde el señor. En ese pequeño instante algo me descuadra. ¿Por qué están los padres de Diego en su casa? Debe tener demasiada confianza con ellos como para que estén aquí planchándole la ropa y demás o... ¡un momento! ¿Será que vive con sus padres? ¡Vaya faena! Y yo que venía preparada para la ocasión...

- ¡Mamá! -grita Diego- Sal un momento, por favor – Añade.

En cuestión de tres segundos se acerca por el pasillo una señora de una edad muy parecida a la de su padre, con el pelo castaño, unos ojos y pestañas muy grandes, estatura media y unos labios casi idénticos a los de Diego. Ahora entiendo de dónde los ha sacado.

- Mamá, ella es Mía. Mi novia- Dice Diego- Mía, ella es Victoria, mi madre - Añade- ¡¿Novia?! Esa sola palabra me produce mareo. ¡Se ha referido a mí como su novia! Creo que ya no hay vuelta atrás. No es que quiera que la haya, pero dudaba de que estuviera tan seguro de estar conmigo.

- ¡Hola cariño! Estaba deseando conocerte. Hemos oído hablar mucho de ti estos días. Parece que Dieguito iba en serio, eres guapísima- Responde la señora. No puedo evitar que me salga una pequeña risa cuando le llama "Dieguito". Es muy gracioso. La señora es encantadora, tengo la sensación de que estoy hablando con alguien muy cercano. Espero caerle bien porque ahora mismo estoy pasando el peor trago de mi vida. Nunca pensé que me pondría tan nerviosa aun habiendo tomado la pastilla hoy. Le agradezco el cumplido con la mejor de mis sonrisas.

- Voy a por un abrigo que vamos a ir a tomar algo y hace fresco - dice Diego- Acompáñame y te enseño la casa- Añade mientras me coge de la mano y me dirige en su dirección.

Avanzamos hacia la derecha y entramos en el salón que se une con la

cocina a través de una isla. La cocina está hecha de madera de cerezo a conjunto con los electrodomésticos de acero, y en el salón observo un sofá en color gris oscuro enorme, junto a una butaca con respaldo dónde está sentado su padre ahora mismo, frente a un gran mueble en el cual se encaja una televisión que es tan grande como toda mi habitación. Entre el sofá y la tele hay una mesita de la misma madera de la que está hecha la cocina y encima de ella tiene unos adornos en color gris pálido, entre ellos un portarretrato dónde se ve a Diego con sus padres en una playa de arena blanca hace ya algunos años. Detrás del sofá hay dos enormes ventanales que dan hacia la calle al igual que una pequeña ventana que se sitúa justo encima del fregadero.

Seguimos avanzando por la casa y llegamos a la habitación dónde su madre está planchando. Es una especie de habitación doble, es decir, son dos habitaciones sin ningún tipo de tabique que las separe, simplemente un pequeño escalón que permite apreciar la diferencia entre ambas. En la parte superior del escalón, visiblemente más pequeña que la inferior, hay una mesa de estudio junto a un armario, y en el medio está ubicada en ese momento la mesa de planchar. En la parte inferior del cuarto hay una televisión igual o más grande que la del salón y un sofá en color beige oscuro a juego con una mesita al lado del sofá y un pequeño armarito situado junto al televisor. Todos ellos de madera de un color marrón muy claro. Justo entre el sofá y la televisión hay una gran alfombra de color marfil que destaca muchísimo entre los muebles. En una de las paredes hay un cuadro de lo que parece ser un bosque en otoño y en otra de ellas está colgado un retrato de cuando Diego era pequeño en blanco y negro hecho con carboncillo. ¡Era adorable de pequeño! Tenía unos mofletes muy gorditos y el pelo cortado en capa. ¡Para comérselo!

Al salir de esa habitación, a la derecha queda un cuarto de baño más bien mediano, en el cual todos los muebles son de madera de nogal, incluida la tapa del retrete y el borde de la ducha. En una de las paredes del baño hay una puerta de lo que parece ser un armario, también a juego con el resto de la madera del baño. Es precioso.

Avanzamos hacia el cuarto de Diego y de camino observo la puerta de la habitación de sus padres. Está abierta y Diego me invita a pasar para mostrármela. Es enorme. Tiene una cama de al menos dos por dos metros con un cabecero de hierro que va a juego con dos mesitas de noche grises y un tocador que queda justo al lado de una cajonera,



también del mismo color que las mesitas. Justo a la derecha de la cama hay un vestidor de madera de roble sin puertas en el que se observan infinidad de bolsos y zapatos de la madre de Diego, además de varios cajones y percheros perfectamente ordenados. Siempre he querido tener uno de esos. A partir de hoy me lo propondré como objetivo en la vida. Habrá que empezar por algo fácil de conseguir...

- ¡Me encantan los vestidores! Siempre he querido tener uno para ordenar toda mi ropa- Le comento a Diego mientras aprecio el orden en el interior del vestidor.

- Yo también. Mi intención, cuando tenga mi casa propia, es hacer uno igual pero más grande. Para mí y para ti- Contesta. ¡¿Para mí?! Siento que me estoy derritiendo y en este momento me salen corazoncitos por las orejas. Sé que soy una cursi, pero, ¿a qué chica no le gusta que su chico piense en ella al hacer planes?

No sé qué decirle porque no me salen las palabras, así que le contesto con una gran sonrisa y un abrazo con el que estoy a punto de estrangularlo.

Al salir de la habitación de sus padres, avanzamos un par de metros y entramos a la izquierda en otro cuarto de baño. Este es mucho más grande que el que vimos antes. Tiene una ducha enorme, en la cual podría caber una bañera perfectamente. En la pared que queda a la derecha de la ducha hay dos lavamanos con un mueble debajo y un espejo que ocupa casi toda la pared y justo en frente se encuentra el retrete junto a un mueblecito de dos cajones. Este cuarto de baño al igual que el anterior, es de madera de nogal, y sus apliques son de acero inoxidable. Salimos del baño y por fin llegamos a la habitación de Diego. ¡Es un sueño!

Tiene tres paredes blancas y la pared donde se encuentra el cabezal de la cama es de un gris muy clarito. Su cama es de matrimonio, de un metro cincuenta aproximadamente. Al contrario que la de sus padres, no tiene cabecero. Es un canapé de color blanco, de esas camas que se levantan para guardar cosas debajo. A los lados hay dos mesitas pequeñas, y justo a la derecha, un armario enorme y una cajonera, todos de color blanco. Junto a la cajonera hay una televisión colgada de la pared.

- ¡Guau! No te lo montas nada mal eh...- Le digo mientras abre el armario para coger un abrigo. Toda su ropa

está perfectamente ordenada por colores. Si hay algo que destaca en esta casa es el orden, todo está correctamente colocado en su sitio. Supongo que será cosa de la madre de Diego, aunque me inquieta un poco que le ordene su cuarto con la edad que tiene él- Encima por lo que veo tu madre te ordena hasta el cuarto - Añado.

- Es lo que tiene ser hijo único, vivir con tus padres y que tu madre no pueda estar quieta un minuto - Me contesta entre risas - Pero tranquila, que no soy de esos hombres que no hacen nada en casa. Cuando mi trabajo me lo permite ayudo a mis padres en casa, al fin y al cabo, yo también vivo aquí. Pero no te puedo negar que la mayoría de las cosas las hacen ellos, ya que están retirados y yo me paso el día en el hospital - Añade. Quiero creer que sea verdad, así que me tranquiliza que me diga eso. Sinceramente, a pesar de que se nota que siempre ha sido un niño mimado, no parece una persona que se evada de sus responsabilidades.

Cuando Diego coge su abrigo nos dirigimos hacia la entrada de la casa. A medida que camino me quedo sorprendida de nuevo por la belleza de todo los rincones y el perfecto orden que tienen las cosas.

- Ya nos vamos, no me esperéis para cenar. Tomaremos algo ahí abajo así que no creo que luego tenga hambre - Les dice Diego a sus padres.

- Está bien, pasadlo bien - Contesta su padre- ¡Y no volváis tarde! - Añade con una carcajada. No entiendo muy bien la broma, pero le devuelvo una sonrisa.

- Encantada de conocerte guapa. Espero que vengas por aquí más a menudo - Me dice Victoria- ¡Pasadlo bien!

- Si tu hijo me lo permite, vendré cuando me invitéis- Respondo.

- ¡Ah! Por cierto, ¿te ha comentado Diego que el martes es el cumpleaños de su prima? Estás invitada, si te apetece ir- Me dice.

- Sí, ya me lo ha dicho. Le he dicho que sí, así que, ¡nos vemos el martes! - Le respondo sonriendo, a lo que ella me contesta con un gesto cariñoso.

Después de despedirnos de sus padres, bajamos a la calle. No hay

que caminar mucho hasta el paseo, Diego vive casi en la misma playa. Llegamos a la avenida y observo que hay una cantidad considerable de gente. Me empiezo a poner un poco nerviosa, me sudan las manos y noto un pequeño temblor. Pero la verdad es que no me preocupa demasiado porque es un sitio al aire libre, y en los sitios abiertos me encuentro algo más cómoda. Empezamos a caminar y casi al final del paseo, Diego se para delante de una terraza que han inaugurado hace muy poco. Me han comentado que es algo cara y que suele venir gente medianamente importante, así que me inquieto un poco al pensar que quizá no pueda permitirme tomar algo ahí.

- ¿Entramos? - Pregunta- Aún no he probado este sitio y me han dicho que se come bastante bien.

- ¿Aquí? He escuchado que es un poquito caro...- Le respondo con cara de disgusto.

- Tranquila, el dinero no es problema - Responde- a menos que te apetezca comer en el restaurante más caro de Nueva York o Dubái... ¡Que tampoco es un problema! Pero, habrá que saberlo con tiempo para ahorrar... - Añade mientras se ríe - Pero si no te apetece estar aquí, podemos ir a otro sitio.

- No, no, por supuesto que me apetece, pero...es que no sé si podré pagarlo- Le contesto sinceramente.

- ¡Mía! Olvídate del dinero. Jamás voy a permitir que dejes de hacer algo mientras esté en mis manos que lo hagas - Me dice- Así que, quita esa cara de palo amargado y entra ahí a tomarte algo conmigo- Añade dándome un beso en la frente. Yo le sonrío porque me hace gracia la expresión de "palo amargado", pero en realidad el hecho de depender de alguien no me gusta para nada.

Nos sentamos en la terraza y observo la inmensidad del mar y como pasean la gente por la avenida. Veo una familia sonriente con tres niños. La madre lleva un carrito de color rosa, así que supongo que el bebé que va dentro es una niña. El papá lleva sobre sus hombros a uno de los niños que aparenta tener unos tres años, y el otro niño va montado sobre una bicicleta. Los tres son morenos, tanto de piel como su color de pelo. El padre es alto y lleva una barba recortada, y la madre es de estatura media y con un pelo castaño claro muy parecido al mío. Al ver esa escena me pregunto cómo sería una vida así con Diego. No sé exactamente cómo

sería, quizá yo misma no pueda tener niños o quizá mañana Diego me diga que no quiere tener una familia o que no quiere tenerla conmigo, pero el simple hecho de imaginármelo ya me parece maravilloso. Cuando llega el camarero para atendernos, pido un mojito de fresa. Realmente no me gusta el mojito tradicional, me resulta muy ácido. Diego pide una cerveza y el camarero se va.

- ¡Jo! Pidiéndote una simple cerveza me haces sentir como una alcohólica- Le digo riendo.

- ¡Qué miedo! La gente va a pensar que mi novia es una alcohólica... creo que voy a tener que llevarla al psiquiatra para tratar su adicción- Me dice irónicamente. Sabe que me molesta que me recuerden que voy al psiquiatra así que por eso lo hace. ¡Le encanta incordiarme! Es su hobbie favorito... Le miro con cara de enfado y una ceja levantada.

- Bueno, al menos mi madre no me hace la cama...- Le respondo para fastidiarlo. Pero él se ríe y me abraza.

- No te enfades que se te pone una cara muy fea- Me contesta mientras me besa.

- Te equivocas. Mi cara es fea por naturaleza, lo que pasa es que tú me ves con buenos ojos- Le digo. Le respondo a su beso con otro muy largo e intenso. En ese momento escucho que alguien me llama desde afuera de la terraza. Miro hacia el paseo y veo a tres de mis amigas paseando con sus perros. ¡Uf! Ha llegado el momento de explicarles lo que me ha pasado estos días...

Ellas no pueden entrar a la terraza con sus perritos, así que salgo yo. Le pido a Diego que me espere ahí y me responde con un guiño de ojo. Salgo a saludar a las chicas, pero sin duda, lo primero que tengo que hacer es saludar a Mike y Nala. Mike es el bulldog francés de mi amiga Ana y Nala es la labradora de pelo blanco de mi amiga Carla. Marta también tiene un pequeño chihuahua, pero hoy no ha salido con ellas. Antes de saludarlas ya me están preguntando quién es ese chico con el que me estaba besando así que, me veo sometida a la presión de contarles todo.

- ¡¿Y por qué no nos habías dicho nada?!- Exclama Marta - No querías que te lo quitáramos, ¡eh! - Añade con guasa.

- No sé, no pensaba que fuera nada serio, la verdad. Pero por lo que parece...ya soy su novia- Respondo sonrojada. Todas ponen cara de asombro.

- ¡Qué me dices! Joder tía, no te lo montas nada mal eh... mira dónde te veo. ¡Braguetazo en toda regla! - Contesta Ana. Esas palabras me sientan como una patada en el estómago. Inmediatamente me cambia la cara y me pongo seria. Sabía que en cuanto la gente se empezara a enterar, lo primero en lo que pensarían sería en eso; el dinero de Diego. ¡Qué rabia! ¿Acaso llevo toda la vida estudiando para que llegue un hombre a sacarme las castañas del fuego? ¡Joder! Que si hubiera buscado eso me habría ahorrado los cinco años de universidad... Creo que ese pensamiento de la gente es algo con lo que me va a tocar lidiar si quiero estar con él.

- Qué bien, le cuento a mis amigas que he conocido a alguien que consigue hacerme feliz y en lo primero que piensan es en que me aprovecho de su dinero. ¡Genial! - Contesto irónicamente.

- Tía, no te lo tomes así, pero es que... estás sentada en la terraza más cara de todo el paseo y a tu... ¿novio?, no le cabe una marca más de ropa encima. ¿Qué quieres que piense? - Pregunta- Pero bueno que si tú eres feliz es lo que realmente importa.

Ya, claro... pero por dentro siguen con ese pensamiento. Sé que Carla no suele prejuzgar de esa manera a la gente, por eso no ha dicho nada. Me dirijo a ella y para cambiar de tema le pregunto qué tal le va en la universidad y empezamos a hablar de eso. Después de un rato hablando, me despido de ellas un poco molesta por los comentarios que me han hecho. Vuelvo a la mesa donde Diego me espera ya con su cerveza y mi mojito servidos.

- ¿Qué te ha pasado? Traes una cara...-Pregunta Diego.

- Bueno, que parece ser que eres un "braguetazo" y yo una mujer que busca vivir a costa de tu dinero. Solamente eso- Respondo cabreada.

- ¿Eso te han dicho tus amigas?

- Sí, y creo que no son las únicas que lo piensan. Está claro que todo el que se entere que estoy contigo va a pensar lo

mismo...

- Cariño- Me dice cogiendo mis manos- No puedes controlar lo que piense la gente. Lo único importante es lo que pensemos tú y yo, y yo pienso que no puedo tener más suerte que estando contigo- Responde.

- Ya, pero... me da rabia que piensen eso ¡Joder que se supone que son mis amigas! Pero bueno, supongo que tendré que acostumbrarme a que el resto de la gente piense así- Contesto.

- No, no tienes que acostumbrarte a nada. Simplemente tienes que hacer lo que yo hago; ¡pasar de todo! - Dice- A mí me da exactamente igual todo y con ese pensamiento soy el tío más feliz de la tierra, aparte de porque esto contigo- Sonríe y me besa la mano.

- ¡Qué pelota eres! - Le respondo- Pero bueno, en el fondo tienes razón. Lo realmente importante es lo que pensemos el uno del otro y lo a gusto que estemos juntos - Añado y él vuelve a guiñarme el ojo.

La verdad es que tiene una filosofía de vida bastante envidiable. Es capaz de reírse hasta de su propia sombra y todo se lo toma con serenidad. Esa forma de ser es la que me hace sentirme en paz cuando estoy con él, porque todo parece estar bien y siempre encuentra una solución para lo que pueda surgir. Somos polos opuestos; yo me agobio por cualquier cosa y él es la calma en persona. Supongo que por eso nos compenetramos, porque tenemos cada uno lo que le falta al otro.

Después de acabar con las bebidas, pedimos algo para comer. Sinceramente no hay mucha variedad en la carta, y la comida es un tanto "extraña". Bueno, quizá no sea extraña, sino que yo soy muy clásica para todo. Decidimos que vamos a pedir para compartir y me gusta la idea. Así no me agobio por tener que comerme un plato entero yo sola. Yo elijo una ensalada de queso de cabra con cebolla caramelizada, nueces y bacon. Diego elige unas bolitas de paté con bizcochitos y unas tiras de pollo con limón y miel. Está todo para chuparse los dedos. La verdad es que de esta forma disfruto más de la comida porque no tengo la presión de tener que comer rápido para acabar el plato. Soy muy lenta comiendo, y el hecho de que tengan que esperar a que acabe me pone tan nerviosa que al final acabo por desistir de la comida. Cuando acabamos, el

camarero pregunta si queremos postre. Quizá la comida no me la acabe, pero jamás puedo irme de un restaurante sin comer el postre, y si es de chocolate, mucho mejor.

Me vuelvo loca con el chocolate, y al entrar a la terraza vi cómo le servían a otra mesa un brownie con helado de stracciatella, mi favorito, así que pido eso.

- Comer no comes mucho, pero, ¡el postre no lo perdonas! - Exclama Diego. ¡Qué vergüenza! Acabo de quedar como una tragona.

- Jo... es que al entrar lo vi en una de las mesas y me apeteció- Le contesto con cara de pena. Él se ríe y me mira como si no tuviera remedio. Luego, el camarero nos trae el brownie con dos cucharitas y Diego coge un pedazo.

- ¡Oye! ¡Que tú no querías postre! - Le digo para molestarlo. En este caso no me importa que coja un trozo, pero si hay algo que no soporto en la vida es que cojan de mi plato. ¡No puedo con eso! Tú has pedido tu plato y yo el mío, ¿por qué tienes que coger del mío?

- Disculpe, no volveré a tocar su brownie -Me dice intentando dar pena y le contesto con una risita. - Oye, mañana tienes que ir a ver al psiquiatra, ¿no? - Pregunta.

- ¿Cómo lo sabes? - Le pregunto sorprendida- Sí, tengo cita a las once - Añado. Solo de pensar que tengo que ir sola porque mami nadie puede acompañarme me produce náuseas. Pero, por otro lado, el saber que Diego estará cerca me tranquiliza.

- Yo lo sé todo- Responde haciéndose el interesante - Podrías pasar a verme. Mañana estaré pasando consulta así que puedo escaparme unos minutos si me visita una preciosidad como tú.

- Podría pensarlo...- Le contesto sarcásticamente - Quizá las abuelitas se molesten si me cuento en tu consulta- Añado con guasa.

- No te preocupes por eso, las tengo a todas bajo control- Me dice en tono seductor- Soy "el terror de las abuelitas"- En ese momento me entra la risa y no puedo parar. A Diego se le acaban contagiando mis carcajadas y la gente

empieza a mirarnos de forma extraña.

- Está bien, pasaré a visitarte. Pero espero que nadie me dé con su bastón- Le digo entre risas.

Después de pagar la cuenta, salimos de la terraza y empezamos a pasear por la avenida en dirección a su casa. Cuando me acuerdo de mirar el reloj me doy cuenta de que es algo tarde, y Diego tiene que ir a trabajar mañana. Me siento mal si noto que le quito horas de descanso, porque sé que su trabajo es sacrificado entre guardias y cirugías, y apenas le dejan descansar en el hospital.

- Oye, es un poco tarde. Yo creo que me voy a ir a casa para que puedas descansar - Le digo.

- No te preocupes por eso, pero si quieres irte yo te llevo a casa. No voy a dejar que te vayas sola. Corro el riesgo de que te vayas con otro por el camino - Me dice tratando de darme pena.

- Yo soy mujer de un solo hombre, concretamente del que tengo delante de mí-Le respondo.

Me agarra por la cintura y me besa de manera apasionada. Tanto que me empuja hacia una pared, por donde por suerte no pasa nadie, y empieza a meter sus manos por debajo de mi camisa. En ese momento le pido que pare. No me gusta hacer ese tipo de cosas en plena calle, y sé que a él tampoco, pero nos dejamos llevar. Cuando se separa de mí me mira con una sonrisa tan seductora que me provoca algo más que mariposas en el estómago. Nos separamos y seguimos caminando hacia su casa. Sé que, si no viviera con sus padres, en ese mismo momento me habría subido hasta su cama.

Cuando llegamos a su casa, entramos en el garaje para subir al coche. Una vez dentro, Diego vuelve a cogerme de la cintura y me empuja hacia la puerta del vehículo donde empieza a besarme con desenfreno. Ahí ya me dejo llevar del todo. Nadie nos ve, pero en cualquier momento pueden entrar sus padres, así que yo misma abro la puerta trasera del coche y entramos. De nuevo en el asiento de atrás de su coche, no podemos aguantar más. Le beso desde el cuello hasta las orejas, pasando por sus mejillas. Siento como vuelve a meter sus manos debajo de mi camisa y luego bajo mi sujetador. Agarra mis pezones y comienza a masajearlos suavemente. Sabe que eso me vuelve loca. Le quito la camisa y observo su torso. Empiezo a besarle por todos lados hasta



llegar al límite de su pantalón. Lo desabrocho y se lo quito. Él hace lo mismo conmigo hasta que ya no queda ropa y empezamos a perder el control...

- Voy a tener que contratar un guardaespaldas. Ya se está convirtiendo en costumbre eso de "atacarme" sin previo aviso- Le digo sentada sobre sus piernas y con la cabeza apoyada en su hombro.

- No, gracias. No me van los tríos, a menos que tu guardaespaldas sea una mujer. En ese caso acepto- Me responde sarcásticamente.

- ¡Já! ¡Muy gracioso! Lo mío ni se toca ni se comparte. Te quiero solo para mí- Le contesto.

- Eso me gusta- Me responde besándome con pasión.

- Creo que ahora sí es hora de irme a casa- Le digo. Él asiente, me besa en la frente y se incorpora para vestirse. Llegamos a la puerta de mi casa y para el coche justo delante.

- Bueno, te veo mañana en el hospital, buscaré un mapa para no perderme- Le respondo mientras me río.

- Lo necesitarás- Contesta con una sonrisa- Hasta mañana, nena. Qué descanses-Añade. Cada vez que me dice "nena" me sube un cosquilleo por la espalda que me pone a cien.

- Hasta mañana, guapetón- Le respondo con un beso muy intenso provocado por ese cosquilleo de mi espalda. Me bajo del coche y cuando llego a la puerta observo que, como siempre, está esperando a que entre a casa para irse.

Al entrar en casa, mis padres están tumbados en el sofá viendo una película y mi hermana en el cuarto de estudio leyendo.

- ¿Qué tal te ha ido? - Pregunta mi padre.

- ¡Muy bien! Hemos ido a ese sitio nuevo del paseo y la verdad es que me ha gustado mucho. Se come muy bien- Respondo.

- ¡Guay! - Contesta. Como siempre, mi padre es un hombre de pocas palabras.

- ¿Había mucha gente? - Pregunta mami.

- No, lo normal. Se estaba a gusto- Contesto. Ella sabe

que en los sitios donde hay mucha gente mi ansiedad aumenta, así que supongo que por eso lo pregunta. - Voy a darme una ducha que ya hemos cenado allí- Añado.

Después de ducharme y quitarme el maquillaje, ordeno un poco el cuarto porque tengo varias piezas de ropa tiradas por ahí. Me tumbo en la cama y le escribo un mensaje a Diego:

*"Muchas gracias por esta tarde. Lo he pasado muy bien y cada vez me gusta más pasar tiempo contigo"*

¿Será muy cursi? ¡Uf, qué apuro! Espero que no piense que soy demasiado tierna. Unos cinco minutos después suena mi móvil con su respuesta.

*"No me des las gracias por nada. Todo es gracias a ti. A mí también me gustas tú cada vez más"*

¡Ah! ¡Me derrito en corazones! Nunca me había puesto tan nerviosa con los mensajes de un chico. Siento unas cosquillitas en el estómago que me hacen saltar sentada en la cama. Cuando estaba con mi ex novio, siempre me enviaba mensajes bonitos o me dedicaba canciones. Al principio me ilusionaban, pero a medida que pasaba el tiempo empezaron a volverse monotonía y me di cuenta de que no me provocaba ninguna sensación especial cuando lo hacía. Quizá por el hecho de que nunca estuve enamorada de él.

Le doy las buenas noches a Diego y me voy al cuarto de estudio con mi hermana para ver un rato la televisión. Allí empiezo a contarle a dónde he ido esta tarde. Le digo que he visto la casa de Diego y que he conocido a sus padres. Mi hermana flipa con todo lo que le cuento y me dice que quiere ver esa casa. Yo me río y le digo que algún día la verá. Nos ponemos a ver una película que están dando en la televisión y al cabo de una hora y media empiezo a quedarme dormida, así que me voy a la cama sin terminar de ver la película. Mañana tengo que ir al hospital, por tanto, tendré que levantarme medianamente pronto. De nuevo pienso en que tengo que ir sola hasta allí y comienzo a sentir mareos y náuseas. Trato de relajarme recordando que voy a ver a Diego para que se me pase, y mientras tanto, me acabo quedando dormida.

## 7.

A las nueve en punto me suena el despertador. En otras condiciones me habría costado media vida levantarme, pero los nervios por tener que ir sola al hospital y evitar que se me haga tarde me ponen en pie rápido. Sinceramente no me apetece para nada maquillarme ni vestirme bien, al fin y al cabo, solamente voy a ir al hospital. Pero Diego me va a ver así que tengo que estar presentable. Me levanto de la cama y abro el ropero. Cojo un vaquero de cintura alta, unos náuticos beige a juego con el bolso y una camisa blanca de botones y manga tres cuartos. Luego me pongo el reloj dorado que me regaló mi madre por mi graduación y unos pendientes color beige. No suelo ponerme otros pendientes que no sean mis perlas, pero hoy me siento especialmente guapa así que decido ponérmelos. Me voy a la cocina y preparo mi café con cereales. ¡Qué tranquilidad! No hay nadie para hablarme mientras desayuno así que disfruto mientras cómo. Luego me lavo los dientes y me maquillo. Entre una cosa y otra ya son las diez y cuarto, así que tengo que salir a coger el autobús. Cuando pongo un pie en la calle ya me tiemblan las piernas, se me nubla un poco la vista y empiezo a marearme. Todo esto a pesar de haberme tomado ya las pastillas. Respiro hondo y trato de relajarme. Pienso en Diego, en que voy a verle. Pensar en él me da valor para empezar a caminar hasta la parada del bus. Mientras camino voy tratando de controlar la respiración tal y como me dijo la psicóloga cuando estuve acudiendo a su consulta. Parece que me voy encontrando mejor. Justo

cuando voy llegando a la parada aparece el autobús y me subo. Son unos veinte minutos hasta el hospital así que trato de relajarme. La última vez que subí sola a un autobús me dio un ataque de ansiedad y tuve que bajarme porque sentía que me iba a desmayar. Saco mi móvil del bolso y a duras penas, porque me tiemblan muchísimo las manos, y le escribo un mensaje a Diego para intentar evadirme de la situación.

*"Buenos días, guapetón. Ya estoy camino del hospital. Te escribo porque estoy yendo sola en el autobús y no me encuentro muy bien. Estoy tratando de pasarlo lo mejor que puedo, pero el ir sola ya es un gran paso para mí y todo gracias a ti. Sí, gracias a ti. Porque si no fuera a verte no me habría atrevido ni a salir de casa. Lo veo luego, doctor Ruiz"*

*"Buenos días, preciosa. Nada es gracias a mí, lo has hecho tú solita. Sabes que puedes y yo sé que lo puedes hacer, eres una campeona. Aquí te espero, impaciente por ver ese cuerpito que me vuelve loco y que me alegra los días. Te veo luego, nena"*

Al leer el final del mensaje vuelve a recorrerme por la espalda ese cosquilleo y me encuentro mucho mejor. Ya no noto el cuello rígido y la sensación de mareo ha disminuido. Saco de mi bolso mis auriculares y me pongo a escuchar música, concretamente "Make you feel my love" de Adele. Antes de ponerme enferma solía hacerlo cuando volvía de la universidad en autobús y ese era mi momento favorito del día. Escuchaba la música y observaba a la gente desde el bus. Eso me relajaba muchísimo, hasta el día en que se convirtió en una agonía para mí. De un momento a otro, muchas de las cosas que me encantaba hacer se transformaron en mi peor pesadilla. Adoraba estudiar, me pasaba las tardes enteras delante de mis apuntes con mis bolígrafos de colores y los subrayadores, pero de repente empezó a costarme un mundo el poder concentrarme, hasta que llegó un momento en que el tener que sentarme a estudiar solo significaba empezar a llorar sin parar. Lo mismo me pasaba cuando me quedaba sola, cuando leía algún libro, cuando salía sola a la calle o me quedaba sola en casa, cuando escuchaba música con mis auriculares, cuando iba a clase... todas esas cosas me encantaban, pero de la noche a la mañana supusieron un tormento para mí.

Levanto la cabeza y observo que ya solo queda una parada para

llegar al hospital, pero ya lo puedo apreciar desde aquí. Dejo que termine "Photograph" de Ed Sheeran y guardo mi móvil con los auriculares en el bolso. Pulso el timbre para que el autobús pare y me bajo en mi parada. El hospital me queda de frente, así que solamente tengo que cruzar la calle. Al entrar me pongo un poco nerviosa porque recuerdo lo mal que lo pasé dentro del ascensor cuando nos quedamos encerrados, pero también me acuerdo de que le insinué a Diego que tenía alguna enfermedad rara en sus zapatos y empiezo a reírme sola pensando en el ridículo que hice. Avanzo por el pasillo del hospital y encuentro el ascensor. Creo que aún no me veo capaz de hacerlo sola, pero en ese momento se para a mi lado una enfermera que me pregunta si voy a entrar. Le pregunto a qué planta va y casualmente va a la misma que yo. Me inspira confianza así que me subo con ella al ascensor. Al llegar a la sexta planta todo transcurre sin sobresaltos. Las puertas del ascensor se abren e intento salir lo más rápido posible sin que se note mucho mi nerviosismo. No recuerdo exactamente en qué zona estaba la consulta del doctor Pérez Gallardo, pero en cuanto voy viendo los carteles voy orientándome hasta que llego a la antesala de la consulta y me siento a esperar.

La chica delgada está de nuevo ahí. No habla, solo mira a su alrededor como si tuviera la mirada perdida y su cara refleja mucha tristeza. Está tan delgada que se le marca la mandíbula, y sus ojeras hacen un fuerte contraste con el color pálido de su cara, incluso se le notan las venas. En ese momento me pongo a pensar en lo que me sucede a mí. Hace una semana llegué a ese mismo sitio sin maquillaje, sin haberme peinado y vestida con una sudadera y unas zapatillas de deporte. Y hoy me miro de arriba abajo y soy una persona totalmente diferente. Me he peinado, me he maquillado e incluso me he preocupado por conjuntar mi ropa. Ahora mismo me doy cuenta de que soy una persona afortunada.

Paso en esa antesala unos quince minutos hasta que la enfermera del doctor me llama para que pase a la consulta.

- ¡Buenos días señorita Ferrándiz! - Me dice el doctor sin levantar la mirada de su cuaderno- ¡Guau! Solo al verla aprecio que se encuentra mucho mejor- Añade cuando me ve.

- Sí, la verdad es que me encuentro mucho mejor- Le respondo.

- Me alegro mucho- Dice- Cuénteme, ¿qué tal le ha ido

con el tratamiento?

Empiezo a contarle cómo me ha ido la primera semana con las pastillas, aunque él me añade que no veré realmente los resultados hasta pasado aproximadamente un mes. Le cuento que he seguido el tratamiento a raja tabla pero que aún tengo malos momentos. Además, le detallo cosas que he hecho esta semana y que antes no podía hacer, como por ejemplo haber ido a comer a un restaurante, pasear por la avenida o coger sola el bus. El doctor asiente y sonríe mientras yo hablo. Evidentemente no le cuento con quién he salido. En primer lugar, porque se trata de un compañero suyo, y en segundo lugar porque no considero necesario contarle eso.

- Parece que has hecho muchos avances esta semana. No es algo común, porque la gente con ansiedad, cuando se pone en tratamiento suele hacer ese tipo de cosas pausadamente, pero si a ti te ha ido bien y te has visto capaz de hacerlo, mejor que mejor- Dice. De repente deja a un lado los formalismos y empieza a tutearme- Con las pastillas, ¿todo bien? Es decir, ¿ningún efecto secundario del tipo cefalea o por el estilo?

- No, la verdad es que no he notado nada extraño. Lo único que he notado es que descanso mucho más por las noches, pero supongo que es algo normal - Le comento mientras río.

- Sí, tranquila. Eso es algo muy normal. Lo extraño sería que no te sucediera- Me dice con una sonrisa.

Después de hablar durante un buen rato y darme las pautas a seguir, que básicamente son las mismas de la semana pasada, me da cita para dentro de un mes. Me despido del doctor, le doy las gracias por el trato y le deseo un buen día. Al salir de la consulta veo a un chico sentado en el suelo de la antesala y gritando algo que no soy capaz de entender. Me asusto un poco y camino muy rápido hacia el ascensor. Con los nervios ni me doy cuenta de que he cogido sola el ascensor, pero por suerte me acuerdo de cuál es la planta donde está Diego. Al salir de allí no sé a donde tengo que ir, porque no tengo idea de dónde está su consulta, solo veo pasillos y puertas marrones con cartelitos. En ese momento veo a un chico alto y joven pasando junto a los ascensores así que decido pararle y preguntarle si sabe dónde está Diego.

- Buenos días, disculpa, ¿sabes dónde está la consulta del doctor Ruiz? Bueno, Diego Ruiz para ser exactos- Le digo riendo.

- ¿La consulta del doctor Ruiz? - Me contesta a mi pregunta con otra pregunta y con una carcajada que casi se asfixia riéndose- Disculpa, es que, te explico; no tenemos consulta propia, sino que cada consulta tiene su nombre, es decir, la consulta de A, la consulta de B, etc., ¿me explico? - Pregunta y asiento disculpándome por mi ignorancia- Por eso me ha entrado la risa, pero no me estaba riendo de ti, de verdad. Discúlpame- Añade.

- No te preocupes, si es que en este tema de la sanidad soy un poco inculta- Le contesto intentando restarle importancia al hecho.

- Tranquila, a todos nos pasa- Me dice- Ven, te acompaño a buscar a Diego. Tú debes ser Mía, ¿verdad? - Pregunta.

- Sí, ¿te conozco? - Le pregunto asombrada.

- No, pero yo a ti sí. Aunque solo de oídas, porque Diego no para de hablar de ti a todas horas- Me responde. Empiezo a ponerme roja de la vergüenza, pero el saber que habla de mi a sus compañeros me hace sentir cosquillitas en el estómago- Yo soy Pablo, encantado- Se presenta dándome dos besos.

- ¡Ah! Sí que te conozco, claro. En realidad, de quien no para de hablar Diego es de ti. Tú eres su compañero de aventuras- Le digo en tono de guasa.

- Algo así...-Me responde entre carcajadas- Espera por aquí que entro a buscarle.

Cuando voy avanzando por el pasillo, sale alguien de la que parece ser la consulta de Diego. Me quedo parada ahí en medio y tengo la sensación de que acabo de ver un fantasma. Veo a Carlos salir de la consulta, mi ex novio. Observo como él también se queda parado delante de mí. En ese momento está tan pálido como la chica enferma que vi en psiquiatría.

- Hola...-Espeto con dificultad. Estoy tan asombrada por verle en esa situación que ni siquiera siento nada. Ni

mareos, ni náuseas, nada....

- Hola, ¿cómo estás? - Pregunta. Parece que poco a poco el color va volviendo a su cara.

- Pues...bien, ¿y tú? ¿qué te ha pasado? - Le pregunto intentando evitar que me pregunte qué hago ahí. Observo que tiene un brazo vendado con algo que parece ser una férula.

- ¡Ah! ¿esto? Nada, me caí jugando al fútbol la semana pasada y me he fastidiado un dedo, pero nada serio- Me dice- Te veo diferente. Estás muy guapa y ¡demasiado delgada! Anda que... ¡Hay que comer más! - Añade tratando de hacer la situación menos incómoda.

- Sí, la verdad es que he perdido algo de peso, pero no puedo decirte a ti que te vea muy bien con esa cosa en la mano- Le respondo riendo a lo que me contesta con una carcajada. En ese instante sale Diego de la consulta y me ve hablando con él.

- ¡No puedo despistarme ni un segundo! Desde que me ausento un momento mis pacientes tratan de robarme a mi novia- Dice entre risas- Hola, preciosa- Añade mientras me besa delante de Carlos. Me doy cuenta de que eso le sienta como una patada en el estómago. Por la cara que pone, me sorprende que no haya levantado el puño que tiene sano para darle un puñetazo a Diego. No es que sea algo que yo quiera que pase, pero sé que él es así y esa es su forma de responder a lo que no le gusta.

- Tranquilo, te dejo con tu...novia. Ya yo me iba- Dice con un tono de molestia- Hasta luego. En menos de tres segundos ya ha recorrido el pasillo y se para delante del ascensor. Observo como me mira desde lejos y sube al ascensor para irse.

- Joder, parece que le ha molestado la broma, ¿no? - Me pregunta Diego asombrado.

- Es...es mi ex novio - Le respondo.

- ¿Ese es tu ex? ¿Dónde tenías el gusto en ese momento? - Me pregunta riendo- Entiendo que se haya molestado, pero me da igual - Me dice cogiéndome de la cintura- Ahora eres toda mía - Me besa.

- ¡Eh! ¡Que hay señoras mayores delante! - Exclama



Pablo tratando de que las señoras no lo escuchan- Si queréis yo os alquilo mi piso - Se ríe.

- No nos hace falta- Responde Diego uniéndose a la broma. ¡Qué vergüenza! Seguro que las señoras lo han escuchado - ¿Te apetece desayunar? - Me pregunta.

- Bueno...ya me he tomado mi café, pero, siempre tengo hueco para otro- Contesto.

Nos dirigimos a la cafetería y Pablo se une a nosotros para desayunar. Cuando nos sentamos en una de las mesas, ya con nuestros cafés servidos, se sienta con nosotros una doctora. Es rubia, alta y con un cuerpo esbelto. Es de esas chicas que se les nota que hacen deporte, es decir, todo lo contrario, a mí. Me pongo un poco celosa porque espero que no sea compañera de Diego, pero antes de que a mis celos les dé tiempo a manifestarse le da un beso en la boca a Pablo y mis instintos primarios se relajan.

- ¡Buenos días! ¿Qué tal? –Saluda en general.

- ¡Buenos días! Mía, ella es Alma, la esposa de Pablo- Dice Diego dirigiéndose a mí- Alma, ella es Mía, mi novia.

- ¡Genial! Me moría de ganas de conocerte - Me dice mientras me da dos besos- Bueno, en realidad Pablo y yo no estamos casados, pero después de seis años de relación es lo más parecido al matrimonio que he tenido- Contesta a la broma de Diego mientras se ríe- ¿Qué tal? ¿Cómo te trata Dieguito? ¡Espero que esté tratándote bien!

- Sí, por ahora no tengo quejas de él- Le contesto entre risas- Espero que siga comportándose así - Añado mientras paso mi mano por la mejilla de Diego y le doy un beso.

Ellos empiezan a hablar de asuntos médicos y yo mientras, presto atención. Hay muchísimas cosas que no entiendo, pero escuchar hablar sobre ese tema me fascina porque aprendo mucho, y si hay algo en esta vida que me encante es aprender cosas nuevas.

- Oye, vamos a cambiar de tema, que Mía tiene que estar aburrida- Dice Alma.

- No, no. Por mí no os preocupéis de verdad. Me gusta aprender cosas- Le respondo sonriendo.

- Bueno, pero para salir de ahí, ¿por qué no vamos esta noche a tomar algo? -Pregunta Alma- Podemos ir al Sixts, ¿qué

os parece? - Añade.

- ¡Genial! Me parece una buena idea- Responde Pablo.
- Por mí está bien, ¿te apetece? - Me pregunta Diego.
- Sí, claro. Me parece bien- Respondo sonriendo.

En realidad, me da un poco de apuro. El Sixts es una especie de pub en el que ponen música, puedes tomar algo y picar algo de comer, y normalmente suele estar lleno de gente. Es por eso que no estoy muy segura de mi decisión. Sé que cuando esté ahí adentro, en ese sitio cerrado, y me vea rodeada de tanta gente me voy a agobiar, pero bueno, no les puedo decir que no ya que les acabo de conocer y tienen ganas de tomar algo con nosotros. Trataré de llevar el tema de la agorafobia lo mejor que pueda, además, estando con tres médicos me siento más segura.

Pablo y Alma vuelven al trabajo después de desayunar. Quedamos en vernos esta noche sobre las nueve en el pub. Diego y yo nos quedamos un rato más sentados en la mesa, mientras le cuento como me ha ido con el doctor. De repente suena mi móvil. Es un mensaje de Carlos. Era predecible...

*"Veo que lo que necesitabas para enamorarte de alguien no era más que un poco de dinero... Lamento no haberte podido dar eso. Que lo disfrutes y espero que seas feliz."*

Este tío definitivamente ¡es gilipollas! ¡Ala! Otro que piensa lo mismo, será posible... Aunque viniendo de él no me sorprende, siempre estuvo acomplejado porque según él "no podía darme lo que yo merecía". Al leer el mensaje tiro el móvil sobre la mesa del cabreo que me pillo.

- ¿Te pasa algo? -Pregunta Diego. Le doy mi móvil y dejo que lea el mensaje- ¡Qué tío más impresentable! ¿En serio estuviste con alguien así? Increíble...

- Pues sí, ¡qué rabia! ¿Por qué todo el mundo tiene que pensar lo mismo? - Pregunto desesperada mientras me sale una pequeña lágrima.

- ¡Ey, ey! ¡Ni se te ocurra llorar por eso! Olvídate de la gente y, sobre todo, olvídate de ese gilipollas. No vale la pena ni siquiera pensar en un tipo que le habla así a una mujer- Me responde. Diego me abraza muy fuerte y me besa varias veces. Después de eso me encuentro mucho mejor.

- No te merezco- Le contesto abrazándole.
- Dices muchas boberías- Me dice en tono de burla- tendré que pedirle al psiquiatra que revise ese tratamiento- Añade mientras ríe.

Después de darle un abrazo con el que casi le asfixio, nos levantamos de la mesa y ponemos rumbo hacia la puerta del hospital. Allí me despido de Diego y le observo por última vez en el día de hoy con su pijama verde. Me encanta, le queda muy sexy. Nos besamos muy intensamente y me dirijo hacia la parada del autobús. Una vez estoy ahí, observo como Diego aún está en la puerta esperando a que me vaya. Mientras, veo llegar el bus y levanto la mano en señal de despedida, a lo que me contesta con el mismo gesto. Cuando me subo en el autobús, me siento en los asientos de atrás. Recuerdo el mensaje de Carlos, y por más que le prometí a Diego que no iba a llorar por eso, no puedo evitarlo y las lágrimas empiezan a salir por mis ojos. Por suerte llevo puestas las gafas de sol así que nadie se da cuenta. Sigo sin entender por qué, lo primero en lo que piensa la gente es en el dinero. Me da exactamente igual lo que tenga Diego. Me da igual su dinero, su coche, su casa ¡me da igual todo! Lo único que me importa es la manera en que me ha cambiado la vida, como ha logrado que vuelva a reírme con ganas y, sobre todo, que vuelva a tener ganas de vivir. Es la única persona, en toda mi vida, que ha conseguido que estando con él me sienta libre y feliz. Lo que siento por dentro cuando estoy con él es una sensación que creo que jamás conseguiré explicar, pero sé que quiero sentirla siempre.

Me doy cuenta de que una niña en el asiento de al lado me está observando. Se ha dado cuenta de que estoy llorando y no para de mirarme. Saco un pañuelo de mi bolso y me seco la cara. Luego le sonrío y ella me devuelve la sonrisa en señal de alegrarse porque esté bien.

Cuando llego a casa no hay nadie, así que me toca a mí hacer la comida. Mientras cocino mi especialidad, o sea, pasta, llamo a Luci para hablar con ella un rato y así ponerla al día. No me parece justo que mis amigas ya sepan lo de Diego y mi prima aún no. En cuanto descuelga el teléfono empezamos a hablar como dos locas que llevan años sin verse, a pesar de que nos vimos hace una semana. Le cuento lo de Diego y lo único que escucho al otro lado del teléfono son signos de sorpresa.

- ¡Pero tía! ¿Por qué no me habías llamado antes? Pero... ¡esto es súper fuerte! - Exclama- ¡¿y lo de Carlos?! Es

que... ¡alucino con las cosas que te pasan! - Añade- ¡Joder! Mi vida al lado de la tuya es un documental sobre la reproducción de las algas marinas...

No puedo evitar reírme a carcajadas cuando me dice eso. Sé cómo es mi prima, es muy expresiva, así que me la puedo imaginar haciendo señas desde el otro lado del teléfono y más me entra la risa. Acabo de explicarle todo y ya llevamos una hora y cuarto al teléfono.

- Bueno chiqui, lo más importante es que tú eres feliz - Me dice- A mí lo demás me da igual, sinceramente. Mientras ese chico te haga sentir bien, con eso me vale- Añade- ¡Oye! A ver si me lo presentas, ¡que tendré que conocer a mi nuevo primo!

- Tranquila, en cuanto pueda te lo presento, te lo prometo- Le respondo- Ahora tengo que colgar. Mis padres y Pao están a punto de llegar así que voy a poner la mesa. Ya hablamos, ¿sí? ¡Te quiero! -Le digo para despedirme- ¡Ah! Dale besitos a Adri de parte mía - Añado.

Después de despedirnos cuelgo el teléfono y en cuestión de dos minutos suena el timbre de casa. Es Pao con papá, y justo detrás de ellos llega mami. Me apresuro en colocar la mesa mientras ellos se ponen cómodos, y nos sentamos juntos a almorzar. Me preguntan qué tal me ha ido en la consulta y les cuento lo que me ha dicho el psiquiatra. En sus caras noto que se alegran mucho de que me haya dicho que estoy mejor. Hacía tiempo que no notaba a mami tan contenta y eso me anima. Seguimos hablando de la universidad de mi hermana y acabamos de almorzar.

Recogemos la cocina y me tumbo con Pao en el sofá del cuarto de estudio a ver una serie que nos gusta mucho a las dos. Al final acabo quedándome dormida, y para cuando me despierto son las cinco. Me despierto porque suena mi móvil con un mensaje de Diego.

*"Te recojo sobre las ocho, ¿vale? Necesito besarte"*

Le respondo a su mensaje y me incorporo en el sofá. Me doy cuenta de que tengo que ducharme, plancharme el pelo y prepararme, así que me levanto y me pongo manos a la obra. Cuando acabo aún me queda media hora para que Diego me recoja, así que me vuelvo a sentar en el sofá y doy un repaso a mis redes sociales. Justo entonces entra mami en el

cuarto.

- ¿Vas a salir con Diego? - Pregunta

- Sí. Unos amigos suyos nos han invitado a tomar algo así que iremos los cuatro- Le respondo.

- ¡Genial! ¿Y qué tal os va? -Pregunta. No me gusta nada que mi madre me haga esa clase de preguntas. El hecho de contarles a mis padres mis intimidades no es algo que sea precisamente de mi agrado, pero tampoco le quiero contestar mal porque sé que lo pregunta con buena intención.

- Pues muy bien, me siento muy a gusto con él. Me trata bien y eso es lo más importante- Le respondo tratando de no dar muchos detalles. Mami asiente con la cabeza y responde sonriendo. Yo sé que eso significa "me alegro mucho", pero es su manera de decirlo. Nunca hemos sido muy cariñosos entre nosotros, supongo que por las circunstancias que hemos pasado, pero estamos acostumbrados a demostrar el cariño a nuestra manera. Justo en ese momento suena mi teléfono, ¡salvada por la campana! Luci me está llamando. No me da tiempo ni de descolgarlo y ya ella me está hablando.

- ¡Hola chiqui! ¿Dónde estás? -Pregunta- Oye, Adri y yo estamos pensando en salir a tomar algo y queríamos que vinieras con nosotras, ¿te apetece?

- Bueno...la verdad es que iba a salir con Diego y unos amigos suyos - Respondo- Vamos a ir al Sixts. ¿Por qué no venís con nosotros y así os lo presento?

- Pues...la verdad es que me da un poco de apuro, no los conozco de nada- Responde vergonzosa- Pero, pensándolo mejor, en algún momento tendremos que conocernos así que... ¡Vale! ¡nos apuntamos! - Exclama

- ¡Genial! Hemos quedado a las nueve, ¿os da tiempo? – Pregunto.

- ¡Sí, sí! - Exclama- Nos vemos en la puerta. Espérame allí, que me muero de la vergüenza- Me pide. Le respondo y luego colgamos el teléfono.

Me fijo en el reloj y ya son las ocho, así que supongo que Diego está a punto de llegar. No es precisamente puntual, pero no me gusta hacer esperar a nadie así que me despido de mis

padres y de Pao y bajo a la calle a esperarle. Justo cuando abro la puerta de la entrada ya está llegando. Me apresuro en subirme al coche y le saludo con un intenso beso.

- Estás preciosa- Me dice cuando me inclino para besarle, tratando de no mancharle con mi labial rojo.

Es la primera vez que utilizo tacones desde que estoy con él. Bueno, realmente es la primera vez que utilizo tacones desde hace meses. Los he combinado con un vestido negro ajustado que marca todas mis curvas, y un bolso rojo mate a juego con los tacones. Para darle algo de brillo al look me he puesto mi reloj dorado y una cadena del mismo color que hacía años que no utilizaba.

- Muchas gracias, tú también estás para quitarte la ropa-  
Le respondo descarada.

Me encanta verle con su uniforme de trabajo, pero cuando va con ropa suya me gusta aún más. Lleva puesto un pantalón azul marino de pinza muy ceñido, unos zapatos marrones combinados con su cinturón y una camisa blanca de botones con las mangas recogidas al codo. Todo de diversas marcas para no variar. A veces estando con él me siento un poco extraña porque yo lo máximo que tengo de marca son mis Converse, y a él nunca lo he visto vestido con algo que no lleve algún logo. No es que me preocupe especialmente, sé que le encanta vestir bien, pero me preocupa lo que la gente piense cuando nos vea juntos. Está mal pensar en eso, lo sé, pero es algo a lo que no puedo evitar darle vueltas en la cabeza.

- Pues ya puedes empezar - Me contesta desafiante a lo que yo le respondo con un guiño de ojo.

- Oye, mi prima me ha llamado para salir a tomar algo con ella y su chica - Le cuento- Le he dicho que iba a salir con vosotros, así que las he invitado a venirse, ¿te importa? - Le pregunto un poco cortada.

- ¡Qué dices! ¡Para nada cariño! - Exclama- Así al fin empiezo a conocer a tu familia- Responde con una sonrisa. ¡Es que es para comérselo!

- Está bien - Contesto- He quedado con ellas en la puerta del Sixts- Añado sonriente y él asiente con la cabeza.

Hemos dado unas diez vueltas por los alrededores del pub y no encontramos ni un aparcamiento, así que hemos tenido que aparcar en un

parking. Al llegar a la puerta del Sixts ya están allí Pablo y Alma.

- ¡Buenas noches! ¡Qué elegantes os habéis puesto! -  
Exclama Pablo con una sonrisa de oreja a oreja.

- Muchas gracias, lo mismo digo- Contesta Diego.

- ¡Venga, entremos! - Exclama Alma- Hay que pillar una mesa y un par de taburetes antes de que esto empiece a llenarse -  
Añade. Yo asiento con la cabeza, pero me fijo en que mi prima aún no ha llegado así que decido esperarla en la puerta. Diego no quiere dejarme sola, pero al final accede a entrar con ellos y yo espero allí. Hay dos porteros en la entrada con una espalda que mide al menos medio metro así que no creo que nadie intente robarme ni nada por el estilo.

- Está bien, pero si en diez minutos no has entrado, vendré por ti- Responde Diego- Y te castigaré- Añade hablándome al oído haciendo que me recorra un escalofrío por todo el cuerpo. Me sonrojo y él me sonrío travieso hasta que entra en el local. Una vez me quedo sola, decido sacar el móvil de mi bolso y llamar a Luci.

- ¿Dónde estáis? ¡Estoy en la puerta esperando! - Le pregunto cuando descuelga el teléfono.

- ¡Tía! ¡Se nos ha hecho tarde! En seguida llegamos- Responde desde el otro lado.

Cuando cuelgo, le envío un mensaje a Diego para decirle que tardaré un poco más en entrar porque a las chicas se les ha hecho tarde.

*"Te estás jugando un castigo. Primer aviso"*- Me responde en su mensaje

*"Asumiré las consecuencias, dudo mucho que puedas conmigo. Primer aviso"*- Le respondo.

*"No me tientes. Sé muy bien cómo hacerlo"*- Contesta y yo esbozo una pequeña sonrisa traviesa al pensarlo.

Levanto por un momento la mirada de mi teléfono móvil para ver si Luci está cerca y no encuentro precisamente lo que estaba buscando. Desde lejos veo como Carlos se acerca caminando por la esquina de la manzana con tres de sus amigos. Esto es lo único que no habría deseado que me sucediera hoy...

En cuanto le veo empiezan a temblarme las manos y me pongo nerviosa. No sé qué de lo que soy capaz después de haber recibido su

mensaje esta mañana. Puedo perfectamente romperle la nariz de un puñetazo con la rabia que tengo dentro. Viene hablando con uno de sus amigos y no se da cuenta de que estoy ahí, pero Rodri me ve y no duda en levantar la mano para saludarme. Carlos se da cuenta, mira en mi dirección y me ve. Su cara es más pálida incluso que la de esta mañana. Diría que se siente avergonzado de lo que me dijo, pero conociéndolo lo dudo muchísimo. Ambos se acercan hasta mi posición seguidos por los otros dos.

- ¡Ey! ¿Qué tal?, ¡Cuánto tiempo! - Exclama Rodrigo. Nunca tuve una especial relación con ninguno de los amigos de Carlos, pero Rodrigo siempre fue más cercano conmigo y me caía mejor que el resto. Me alegro muchísimo de verle, así que le doy un abrazo y le pregunto por su chica. Me cuenta que les va genial y que ya viven juntos. Después de saludarles a todos, por educación, le doy dos besos a Carlos y lo saludo.

- Buenas noches- Le digo con una clara expresión de enfado.

- ¡Hola! ¿Qué haces por aquí? Cuando estábamos juntos no te gustaba salir por las noches- Responde con burla intentando sosegar la tensión de la situación.

- Ya, pero ya no estamos juntos y he decidido hacer cosas que antes no hacía- Le respondo con contundencia. Por la cara que pone parece que mi respuesta no le gusta.

- Es cierto, ahora te codeas en otras clases sociales con tu nuevo novio -Me dice mirándose el brazo que Diego le había revisado esa mañana- Se me olvidaba- Responde con coraje. En ese momento Rodrigo decide apartarse junto a sus otros dos amigos. Supongo que se le hace incómoda la situación y no quiere estar en medio. Está claro que mi relación con este hombre siempre va a tener que basarse en alguna discusión.

- Mira Carlos...-Respiro hondo y trato de serenarme- sé que nunca has pensado cosas buenas de mí desde que lo dejamos, pero sinceramente, me da exactamente igual lo que tú o el resto del mundo quiera pensar sobre mí o sobre mi relación -Le digo- es cierto que me jode que piensen que estoy con Diego porque probablemente tenga una posición social algo "mejor" que cualquier otro, pero te aseguro que jamás en



la vida había sentido por una persona lo que siento por él. Más bien, nadie me había hecho sentir tan bien como lo hace él. Ni puedo ni me apetece describirte mis sentimientos, pero lo único que te puedo decir es que nunca había sido tan feliz como lo soy en este momento - Añado- Sé que mi felicidad no te importa una mierda, porque lo único que te ha importado siempre es que estuviera contigo y ya, pero solo quería dejártelo claro. Aunque no tendría por qué darte explicaciones sobre mi vida.

Por la expresión de su cara noto que la rabia le está recorriendo todo el cuerpo. Por lo que lo conozco, no creo que sea rabia hacia mí. Sino rabia consigo mismo, por no haber conseguido hacerme feliz ni haber sabido hacerme sentir lo que siento ahora con Diego.

- Pero ¡qué estás hablando! - Exclama acercándose a mí con soberbia como si fuera a empujarme- ¿Tú sabes lo que estás diciendo? ¿Cuánto llevas con ese gilipollas? ¿dos días? ¡Y ya estás enamorada! ¡Já! Deja que me ría...- Exclama con un intenso sarcasmo- ¡Anda ya! Si yo tuviera el dinero que tiene él para comprarte todo lo que se te antoja y llevarte dónde te diera la gana también estarías conmigo- Añade- ¡Mírate! No hay más que verte, ¡si hasta usas vestido y tacones! - Se ríe- ¡No vas a engañar a nadie!

En ese momento el coraje y la rabia se fusionan en mi estómago y mis instintos primarios se activan. Automáticamente levanto el brazo, cierro el puño en dirección a su ojo derecho y le doy con todas mis fuerzas. Le doy tan fuerte que caigo de espaldas y me golpeo en la cabeza, pero antes de perder la conciencia veo que Diego está saliendo por la puerta del pub en dirección hacia mí y ha observado lo que ha pasado. Después de eso ya no recuerdo nada más. Estoy inconsciente apenas dos segundos, y cuando despierto Diego está a mi lado sujetando mi cabeza.

- ¡Mía! ¿estás bien? ¿qué ha pasado? - Pregunta algo desesperado.

- No lo sé...-espeto aturdida- ¿qué me ha pasado? ¿por qué estoy en el suelo? - pregunto desconcertada- Me duele mucho la cabeza.

- Te has caído de espaldas y te has golpeado contra el

suelo-Responde. Mientras Diego me habla observo que Carlos y sus amigos están detrás suya. Observo en su cara que está muy asustado- ¿Qué coño le dijiste?!- Grita Diego enfurecido mirándole.

- ¿A ti qué cojones te importa?!- Le grita Carlos mientras se dirige hacia él con la intención de pegarle, aunque no sé cómo pretendía hacerlo teniendo un brazo escayolado. Sus amigos lo paran antes de que acabe de acercarse. De lo contrario acabará dándome sin querer a mí también.

- ¡Carlos, vamos! - Exclama Rodrigo- ¡Ya es suficiente! Disculpa Mía - Me dice mientras se alejan llevándose a Carlos casi a rastras.

Me duele muchísimo la cabeza y me siento muy abochornada en esa situación. No puedo incorporarme, siento que la cabeza va a estallarme y rompo a llorar.

- ¡Me duele muchísimo la cabeza! - Le digo a Diego entre sollozos.

- Tranquila, estoy aquí contigo - Me dice - Es normal que te duela la cabeza, te acabas de dar un golpe muy fuerte. ¿Puedes levantarte? - Pregunta intentando tranquilizarme.

- No puedo, me duele- Le respondo. Pasa sus manos por detrás de mi espalda y me ayuda a incorporarme para que yo no tenga que hacer fuerza. Una vez estoy incorporada, apoya mi espalda contra la pared.

- ¿Mejor así? -Pregunta. Asiento como puedo intentando hacer únicamente movimientos faciales- ¿Sientes esto? - Me pregunta mientras pasa sus manos por mis dos mejillas y luego mueve su dedo índice por delante de mis ojos. De fondo observo como se acercan por la esquina mi prima y Adriana que vienen corriendo hacia mí.

- ¿Qué ha pasado?! ¿Qué tienes? - Exclama mi prima muy asustada mientras ambas se agachan a mi lado.

- ¿Te has caído? - Pregunta Adriana.

- No lo sé...me encontré con Carlos, me estaba diciendo cosas feas y le pegué un puñetazo. Ya no recuerdo nada más- Contesto confundida. Ninguna de las dos puede evitar una pequeña risita.

- ¿Carlos? Pero, ¿Estás bien? ¿Tienes sangre? -  
Pregunta Luci preocupada.

- Tranquila, está bien - Responde Diego intentando tranquilizarlas- Se ha dado un golpe muy fuerte y le duele mucho la cabeza, pero no se ha hecho ninguna brecha. Por cierto, yo soy Diego. Vosotras debéis de ser sus primas, ¿no? -  
Añade. Mi prima suelta una pequeña carcajada.

- Es cierto, perdona - Se disculpa por no haberse presentado. - Yo soy Luci y ella es mi novia Adriana. Encantada- Le dice mientras se dan dos besos.

- Oye que me duele la cabeza, dejáros de presentaciones... -Exclamo quejándome.

En ese momento y al ver que tardábamos mucho, Alma y Pablo salen a buscarnos y observan la situación.

- ¿Qué ha pasado? - Pregunta Pablo- ¿Ya te has mareado? ¡Si ni siquiera has bebido! - Exclama con guasa.

- Se ha caído de espaldas y se ha golpeado en la cabeza- Responde Diego- Creo que voy a llevarla al hospital para que le pinchen algún antiinflamatorio y la vean en urgencias.

- ¡No! Al hospital no, por favor. Las vías me marean-  
Le ruego. Diego se ríe.

- Tú decides si quieres quedarte con ese dolor-  
Responde. Pongo cara de pena, pero no me queda otro remedio.

Por dentro estoy muy asustada, los golpes en la cabeza me dan mucho miedo y en realidad me gustaría que me revisaran en unas condiciones óptimas y no en medio de la calle. Todo el mundo me está mirando y estoy formando un espectáculo, pero estoy tan aturdida por el golpe que ni siquiera puedo ponerme nerviosa por el hecho de ser el centro de atención.

Pablo y Alma llevan a Luci y Adriana en su coche hasta el hospital. La suerte de ir con tres médicos a urgencias es que no tienes que hacer cola en la sala de espera. Entramos todos y Diego me mete en una consulta de enfermería. Pide que me pinchen algo para el dolor, así que me ponen una vía. Cuando miro hacia mi mano me mareo, no soporto las vías, así que trato de no mirar. Los chicos salen de la consulta y Diego se queda conmigo y la doctora que está atendiéndome en ese momento. Es

compañera de Diego así que me trata con mucho cariño. Me ausculta y hace todas esas cosas que hacen los médicos para comprobar que no tengas nada, o que no haga falta hacerte alguna prueba. Me muero de vergüenza porque la situación me resulta patética. Por suerte, Diego no le cuenta por qué me he caído. Para terminar, entre los dos confirman que todo está bien y me despido de la doctora que ha sido muy amable conmigo. Diego me acompaña hasta una sala donde están esperándonos los chicos. Es como una especie de sala para que los médicos descansen y allí están. Mi imagen entrando en la sala con el carrito donde está la medicación enganchada por la vía es bochornosa. Mis adentros gritan ¡tierra trágame! y cuando me ven entrando no pueden evitar empezar a reírse todos a la vez.

- ¿Estás mejor? - Pregunta Alma que es la única que se apiada de mí.

- Sí, ya el dolor es menos intenso-Respondo- Gracias por preguntar, porque si es por los demás puedo estar muriéndome y ellos tronchándose de risa- Añado irónicamente molesta.

- Lo siento chiqui, pero es que la situación es muy graciosa- Responde Luci entre risas.

- Pablo se atreve a preguntarme qué fue lo que pasó, así que les cuento mi conversación con Carlos. Ninguno sale de su asombro, excepto Luci, que ya conoce su forma de ser y lo único que expresa es indignación.

- ¡Qué tío más asqueroso! - Exclama mi prima- pero por suerte le respondiste muy bien, aunque te hayas llevado el golpe, él también se llevó el suyo- añade con una risa.

- ¡Sí! Ya veo que te defiendes muy bien sola, Mike Tyson - exclama Diego entre carcajadas.

- Te advertí que había visto muchas pelis de acción, ya vez que tienes que tener cuidado conmigo- Le respondo retadora. Él se ríe y me da un beso en la sien. Yo hago un gesto de dolor porque roza la parte donde me he golpeado. Espero que no me salga un chichón, aunque sé que me saldrá. Pero por suerte el pelo lo podrá tapar.

- Oye, ¿por qué no vamos a comer unas pizzas? - Pregunta Pablo- Al Sixts ya es un poco tarde para volver así

que... ¡qué remedio! - Exclama riendo.

- Lo siento muchísimo, os he fastidiado la noche-  
Respondo avergonzada por la situación.

- ¡Anda! ¡Qué boba! -Contesta Alma- Además, me  
apetece una pizza barbacoa- Responde con una sonrisa.

En cuanto se vacía la bolsita con la medicación, vamos a la consulta de enfermería y me quitan todo ese armatoste. Salgo un poco atontada aún por el golpe, pero mucho mejor. Nos vamos a comer a una pizzería que queda muy cerca de allí y está vez Luci y Adriana vienen con nosotros. Las dos alucinan con el coche de Diego, aunque a mí nunca me ha impresionado. No quiero decir su coche en particular, sino todos los coches en general. Sí, algunos son mejores y otros peores, pero al fin y al cabo todos hacen la misma función; llevarte y traerte. Aun así, mi prima no duda en pedirle que la deje subir en el asiento del conductor cuando ya hemos aparcado. Parece que se ha enamorado del coche.

Después de comer y haber pasado un rato muy agradable entre risas, nos despedimos. Pablo y Alma se van por su lado y Diego se ofrece a llevar a Luci y Adriana hasta dónde habían aparcado su coche. Me despido de ellas y les prometo volver a vernos esta semana. Por fin mi chico y yo nos quedamos a solas. La noche no ha salido precisamente como esperaba, y me siento muy abochornada por lo que ha sucedido, por eso de camino a mi casa no pronuncio palabra durante el trayecto. Al llegar a la puerta de mi casa, Diego para el coche.

- ¿Estás bien? - Pregunta- No has dicho nada desde que se ha ido tu prima.

- Sí, estoy bien -Respondo- Solo estoy avergonzada por lo que ha pasado... le he fastidiado la noche a todo el mundo- Añado cabizbaja. Diego se acerca a mi posición y pasa su mano por encima de mis piernas.

- ¿Avergonzada? No tienes de qué avergonzarte, cariño-  
Contesta- Vergüenza debería darle a ese tío por cómo te ha tratado. Debía haberme quedado contigo afuera...- añade pesaroso.

- No, no- Respondo- No es culpa tuya. Además, prefiero que hubieras estado dentro. Podría haberte pegado o algo por el estilo, y eso sí que no me habría sentado nada bien. Prefiero que me pase algo a mí antes que a ti.

- ¡Anda! No digas boberías- Contesta- Además, aunque tú seas campeona de boxeo, yo también sé defenderme - Me dice riendo. Yo le respondo con una sonrisa.

- Lo siento muchísimo...digas lo que digas, sigo estando abochornada -Respondo- Quizá si no estuvieras conmigo, estás cosas no te sucederían...-Añado abrumada- pero no pude contenerme. Sé que actué impulsivamente, pero no estoy dispuesta a que pongan en duda lo que siento por ti, porque es algo real y es lo más sincero que he sentido por nadie jamás. Quiero que todo el mundo tenga claro que lo quiero todo contigo y que no voy a dudar ni un minuto de mis sentimientos.

- Cásate conmigo para que todo el mundo se entere de que yo te pertenezco y tú eres solo para mí- Me dice muy contundentemente. Esas palabras suenan en mi cabeza como si tuviera dentro el ruido de una campana retumbando.

¿Casarme?! ¿ya? ¡pero si solo tengo veinticuatro años! Está claro que firmaría dónde hiciera falta hoy mismo para pasar el resto de mi vida con Diego, pero... el hecho de casarnos no era algo que hubiese contemplado aún. Ni siquiera he encontrado un trabajo, ¿cómo voy a casarme? ¡Uf! Qué agobio... Me quedo en blanco y no sé qué contestarle, lo único que se me ocurre preguntarle es si está hablando en serio.

- Nunca en mi vida había hablado tan seriamente- Responde.

- Pero...Diego... ¿no crees que es algo precipitado? - Le pregunto asustada- Yo tengo claro que quiero pasar mi vida contigo, pero aún no había pensado en algo tan serio como una boda...

- No tiene por qué ser ya- Responde- Tú tienes claro que quieres estar conmigo, y yo tengo más que claro que quiero pasar contigo el resto de mi vida. Hagámoslo entonces- Añade.

Me siento un poco confundida. No sé si es por el golpe que me he dado, por lo que me está diciendo o quizá sea un conjunto de todo. Sé que quiero pasar la vida con él y ser su mujer, pero creo que necesito tiempo para sopesar bien la decisión. ¿Y si empeora mi enfermedad? No quiero que se vea obligado a tener que cuidarme si vuelvo a estar mal como lo estaba hasta hace una semana, o incluso, peor. No es justo para nadie, y mucho menos para él. Además, ¿qué pensará la gente si me caso con él

tan precipitadamente? Está claro que alimentaré el pensamiento de que solo busco su dinero, y no sé si aguantaría tanta presión.

- Prométeme que lo pensarás, y en cuanto tengas una respuesta me lo harás saber- Contesta- No quiero agobiarte, tómate el tiempo que necesites para pensar. Te prometo que no volveré a nombrar el tema- Sus palabras me tranquilizan.

- Está bien, lo pensaré. Te lo prometo- Le respondo y a continuación le beso en los labios. Él sonrío como un niño con un juguete nuevo- Creo que es hora de irme, mi cabeza parece el bombo de una lavadora y lo único que quiero es acostarme a en la cama- Le digo

- Sí, descansa para que se te pase el dolor- Responde- Me encantaría poder dormir contigo y cuidarte. Sé que ahora mismo no puede ser, pero, te prometo que muy pronto lo será - Me dice mientras coge mis dos manos y me besa en los nudillos. Yo le abrazo.

- Hasta mañana, cielo. Que descanses- Respondo y le beso.

- Hasta mañana, preciosa. Te recojo a las dos para almorzar en casa de mis tíos- Contesta mientras me besa en la frente. Yo asiento con la cabeza y me bajo del coche.

¡El almuerzo! ¡No me acordaba de que era mañana! Mientras entro a casa ya empiezo a ponerme nerviosa. No sé qué pensarán de mí, si les caeré bien o mal. ¡¿Y qué me pongo?! ¡Ay, qué nervios!

Después de haberme dado una ducha y estando ya en la cama, me llega un mensaje de Diego:

*"No quiero agobiarte. Ya te he dicho que te tomes el tiempo necesario. Pero por favor, no me dejes nunca. Descansa mi boxeadora"*

*"Y ya yo te he dicho que lo pensaré. Pero si lo que te preocupa es eso, puedes estar tranquilo; desde que te he conocido no concibo mi vida con otra persona que no seas tú. Hasta mañana cielo"*

Dejo mi móvil en la mesita de noche y me acuesto tratando de no rozar la parte trasera de la cabeza con la almohada. Creo que ahora mismo el hecho de conocer a su familia no es tan importante. La petición de Diego me aturde más que cualquier otra cosa. Lo tengo claro, sé que lo quiero todo con él. Pero lo que no tengo claro es si lo quiero ya o

cuándo...

## 8.

Son la diez de la mañana y el timbre me despierta. Es un repartidor con un paquete para mí. Abro la puerta y me entrega un ramo precioso formado por tulipanes, lirios y rosas blancas; mis favoritas. Firmo la entrega y me da una caja de tamaño mediano cerrada. Cuando el repartidor se va, me dirijo a la cocina para abrir la caja y poner las flores en agua. Me resulta extraño que las flores no traigan ninguna tarjeta. La última vez que Diego me envió flores venían con una tarjetita suya. ¿Quizá no sean suyas?

Abro la caja y la cara se me ilumina. ¡Está llena de chocolate de todo tipo! Bombones, chocolatinas, corazoncitos de chocolate... ¡me encanta! Me fijo en que en el fondo de la caja hay un papel; es una tarjeta. La abro para leerla.

*"Sé que adoras el chocolate, así que espero que esta sea una manera de convencerte. Sé mía, ahora más que nunca. Diego"*



Me entran ganas de comérmelo a él junto a todo este chocolate. Aunque, por otro lado, me paro un momento a pensar en que, por más que intente seducirme con la idea de casarnos debo meditarlo con paciencia. Mientras, me comeré todo lo que me ha regalado. Cojo mi móvil y le escribo un mensaje.

*"Por más que trates de comprarme con chocolate, no me conseguirás tan fácilmente. De todas formas, muchas gracias por el regalo. ¡Están riquísimos!"*

Pasa la mañana y aún no me ha contestado al mensaje. Me resulta extraño, pero supongo que estará ocupado. A media mañana comienzo a prepararme porque ha quedado en recogerme a las dos. Le escribo un mensaje a mi madre diciéndole que comeré por fuera con él para que no se preocupe si llega y no me ve en casa. Cuando ya van a dar las dos en punto por fin recibo un mensaje de Diego.

*"Ya salgo a buscarte"*

Ni siquiera me ha respondido a lo que le dije en el mensaje anterior. Es algo raro, siempre suele contestarme. Tal vez no le haya gustado lo que le dije...

Bajo a la calle y le espero sentada en el bordillo de la acera. Tarda unos cinco minutos hasta que llega. Abro la puerta del coche y en el asiento del copiloto hay una caja parecida a la que me ha enviado esta mañana, pero algo más grande.

- Sube, esa caja es para ti- Me dice desde el interior del coche. Me subo y lo saludo con un beso, como siempre.
- ¿Para mí?, ¿qué es? - Pregunto ilusionada.
- Ábrela- Responde.

Cuando abro la caja veo que está llena de pequeñas cajitas con diferentes variedades de bombones de chocolates de todos los sabores: chocolate negro, blanco, con leche, chocolate con fresa, con avellanas, con caramelo... ¡qué delicia!

- Pero... ¡¿Y esto?!- Pregunto asombrada y empieza a entrarme un hambre atroz.
- Es para ti- Responde- Me dijiste que no te iba a conseguir fácilmente, así que te compraré con chocolate hasta

que consiga tenerte solo para mí.

- ¿En serio? Pues me aprovecharé de la situación y se te irá el sueldo de cada mes en bombones...- Respondo chistosa. A continuación, le doy un abrazo enorme y muchos besitos por los mofletes y el lateral derecho de la cara hasta terminar dándole un gran beso en la boca. Él ríe y pone el coche en marcha.

Al llegar a casa de sus tíos aparcamos justo en la puerta. Es una casa terrera preciosa, de color amarillo con las ventanas blancas. En cuanto me bajo del coche empiezo a notar un sudor frío y me tiemblan las manos. Diego se da cuenta.

- ¿Estás bien? - Pregunta- Tienes mala cara.

- Sí, estoy bien. No te preocupes- Respondo- Solo es un poco de lo mío - Añado con tono gracioso.

- Tranquila, no te pongas nerviosa- Contesta- A mis padres ya los conoces, y mi familia es muy amable- Me dice riendo. No lo pongo en duda, pero aun así sigo nerviosa.

Su padre nos abre la puerta de la entrada. Le saludo con dos besos y entramos. Apenas puedo observar con detenimiento la casa porque la vista se me nubla, el cuello se me tensa y empiezo a agobiarme. Diego me coge de la mano y caminamos por un pasillo hasta la cocina. Es enorme, los muebles son blancos y el frigorífico es incluso más grande que mi cama. Justo en la pared que queda en frente de la cocina hay una puerta corredera grandísima por dónde se sale a la terraza. Nos dirigimos hacia allí y al cruzar la puerta veo que está toda su familia afuera. Todos empiezan a saludar y Diego no me suelta de la mano. Eso hace que me sienta más tranquila.

- ¿Dónde está mi nueva nuera? - Grita una voz de mujer desde el fondo de la terraza.

Es su tía. Si no llevara gafas podría decir que es la madre de Diego. ¡Son idénticas! Aunque ella es notablemente más joven que su madre. Se acerca hasta mí y me saluda con un fuerte abrazo. En ese momento me siento como si la hubiera conocido toda la vida; como si fuera parte de mi familia. - Pero, ¡qué guapa! ¿cómo estás?

- Muy bien, gracias- Respondo y la saludo con dos besos y una gran sonrisa. De repente todos los nervios desaparecen. Ese abrazo me ha hecho sentir como en casa y me

encuentro muy a gusto ahí.

Después de saludar a su tía, empiezo a saludar a toda su familia uno a uno: su tío, sus primos y sus respectivos, su madre y un pequeñín que es la cosa más adorable que he visto en mi vida. Es el hijo de uno de sus primos. La verdad es que no se parece en nada a Diego, solamente en los mofletes. Son iguales de regordetes y achuchables. Nos sentamos los dos a la mesa y su madre comienza a servir los platos, Diego se sienta a mi lado y pasa su mano por mi muslo para hacerme sentir tranquila.

- ¿Estás mejor? - Me pregunta.

- Sí, muchísimo mejor - Le respondo sonriendo. Él me devuelve la sonrisa y comenzamos a comer.

Durante la comida el tema principal es el trabajo de Diego. Se nota que toda su familia está orgullosísima de él. A su tía se le cae la baba cuando le mira, se nota que le quiere muchísimo. Su tío es también un señor muy atento y cariñoso, durante todo el almuerzo está pendiente de su mujer y de que no le falte nada. Adoro a los hombres así, creo que son los verdaderos caballeros. Además, se ve que se desvive por su nieto. No hace más que jugar con él y estar atento a todos sus movimientos, mientras que el pequeño correo de un lado a otro como buenamente puede porque aún está aprendiendo a caminar. Pasamos un rato muy agradable y la comida está riquísima. Hablamos de todo un poco, aunque cuando me preguntan por mis estudios me siento un poco abochornada. Hace tiempo que acabé de estudiar y con todo el proceso de la ansiedad aún no me he puesto a buscar trabajo. He enviado algunos curriculums a varias academias para dar clase, pero no me han respondido y el hecho de no estar trabajando me hace sentir algo inferior con respecto a Diego. Él trabaja y es independiente, yo aun dependo de mis padres. Quizá si su familia sabe que no soy autosuficiente crean que me aprovecho de él y piensen como piensa el resto de la gente...

- Tranquila cariño, las cosas ahora mismo están mal-  
Responde su madre- Seguro que encontrarás un buen trabajo cuando menos lo esperes - Añade con una sonrisa. Eso me tranquiliza un poco, porque al menos sé que no piensa como el resto.

- Sí, verás que pronto te sale algo- Añade su tía.

La verdad es que no puedo quejarme. Son una familia muy cercana y estupenda. Me han acogido con los brazos abiertos.

Pasamos la tarde allí, charlando sobre diversos temas y jugando a algún que otro juego de mesa. Me lo paso genial. Desde que era niña no había tenido una reunión familiar así, en la que me lo pasara tan bien. Solíamos organizarlas en casa de mi abuela, con mis tíos y mis primos, pero de buenas a primeras cada uno empezó a ir por su lado, empezaron los problemas y no volvimos a reunirnos tan asiduamente. Solamente nos vemos en navidad y en algún que otro cumpleaños, pero ya no es lo mismo de antes.

Llegada la tarde sacan la tarta para cantarle cumpleaños feliz a su prima. Es de chocolate con avellanas y chocolate blanco para cubrirla. En cuanto la veo me acuerdo de la caja que he dejado en el coche. ¡Esta noche me pondré las botas!

- No te podrás quejar de que no hayas comido chocolate hoy...- Me dice Diego tratando de poner cara de enfado irónico. Yo le respondo poniéndole una sonrisa traviesa.

Cuando casi son las siete de la tarde ya hemos recogido toda la terraza y es hora de irse. Me despido de toda su familia deseando volver a verles. Lo he pasado en grande y me he sentido muy cómoda.

- ¿Te apetece dar un paseo por la avenida? - Me pregunta Diego cuando ya hemos salido de casa de sus tíos.

- Pues... ¡sí! - Exclamo- Así reduzco las calorías que he ingerido hoy - Le digo riendo. Él me mira con cara escéptica y levanta una ceja, y le devuelvo otra sonrisa.

Tras aparcar el coche empezamos a andar por el paseo. Me encanta sentir el aire fresco en la cara, me ofrece una sensación de paz indescriptible. Cuando llegamos casi a la mitad, Diego me propone sentarnos en uno de los bancos y aunque me apetece caminar, accedo a sentarme para observar el mar con él.

- ¿Te puedo hacer una pregunta? - Le consulto.

- Sí, claro- Responde- Y dos, si quieres.

- ¿Por qué estás conmigo?, es decir, ¿qué ves en mí? - Pregunto- No tengo nada de especial, soy una chica morena, de ojos marrones, con las piernas gordas y cortas, y encima las ojeras me ocupan toda la cara casi...podrías estar con cualquiera más guapa que yo.

- Mía, no eres tú por tu físico- Responde- eres tú por lo que me haces sentir cada vez que te voy a recoger y veo cómo te acercas a mi coche para besarme y abrazarme. Y ojalá no tuviera que volver a dejarte cada día en tu casa y despedirnos, porque te aseguro que pasaría las veinticuatro horas del día a tu lado - Añade. No sé qué contestarle, me he quedado sin palabras.

- Gracias- Le digo al oído mientras le abrazo.

- Pero, mírame- Me pide- ¿Por qué piensas esas cosas tan negativas de ti misma? Eres preciosa, tienes la cara más perfecta que he visto en mi vida y unas piernas que me gustaría verlas cada mañana cuando me despierto para pasar mis manos por ellas - Añade- No me gusta que pienses así porque, ¡para mí eres perfecta! - Exclama cogiendo mi cara entre sus manos.

- En mi opinión nunca he tenido un buen cuerpo, ni una cara bonita - Le digo- Pero es cierto que desde que estoy contigo, incluso me veo más bonita cuando me miro al espejo - Añade- No sé qué has hecho conmigo, pero me has roto todos los esquemas.

- Lo único que he hecho ha sido enamorarme de ti- Me dice. Yo sonrío tiernamente- Sé que quizá es algo pronto, pero... te quiero, Mía. Y creo que te he querido desde que te conocí en aquel ascensor- Añade. Me quedo en blanco. No sé qué hacer ni qué decir, pero es cierto que deseaba escuchar esas palabras de su boca. Creo que nunca en mi vida había deseado tanto algo, y es que, necesito decirle que yo también le quiero, aunque sea una locura.

- Yo también te quiero- Le respondo- Y no es que lo crea; lo sé. Estoy segura de que nunca me he enamorado de una persona como lo he hecho de ti, de una forma tan pura.

Veo en sus ojos que se emociona al escuchar lo que le digo. Tal vez no esperaba que le dijera eso. Me mira, sonrío y me abraza de una forma especial. Se acerca a mi oído y repite "te quiero" unas veinte veces. Cada vez que lo escucho siento un cosquilleo en el estómago y la emoción me invade. Todavía sigo preguntándome cómo he podido ser tan afortunada.

Siento algo de frío, así que decidimos irnos del paseo. Ha aparcado el coche en su casa, por lo tanto, vamos hacia allí. Cuando entramos,

observo que su madre ha dejado una nota sobre la isla de la cocina en la que dice que han salido a cenar. La leo en voz alta para que Diego también sepa lo que pone. Aún no he acabado de leerla y ya está cogiéndome en brazos. Me sube sobre la isla y comienza a besarme apasionadamente. Pasa sus manos por mi espalda hasta acabar agarrando mi cabeza para poder besarme con más intensidad. Yo le sigo el juego, pero recuerdo que estamos en medio de su cocina, así que le paro los pies.

- ¿Y si viene alguien? -Pregunto algo asustada.

- Tranquila, tardarán - Responde- Confía en mí.

Diego me coge de nuevo en brazos y me baja de allí. Me lleva en volandas hasta su habitación y con suma delicadeza me tumba en la cama. Para que esté más tranquila, cierra la puerta pasando la llave. Luego vuelve hacia donde estoy yo y se tumba sobre mí. Comienza de nuevo a besarme y de una manera muy tierna trata de quitarme la ropa, empezando por mi camisa, luego el pantalón y acaba con mis zapatos para dejarme únicamente con la ropa interior. Pone una rodilla a cada lado de mi cintura y se alza encima de mí para contemplar mi cuerpo casi desnudo. Observo en su cara como disfruta de ese momento. Pasa sus manos por mis pechos como quien tiene entre los dedos un gran tesoro. Luego, introduce su mano derecha por debajo de mi espalda para desabrocharme el sujetador. Cuando ya lo ha quitado, aprecia el panorama con un gesto en su cara que denota una máxima excitación, mientras se muerde el labio inferior. Lleva su boca hasta mi cuello para comenzar a besarlo bajando hacia mis pechos y entretanto trata de quitarme la parte de abajo de mi ropa interior para luego hacer lo mismo con la suya. En ese momento pierdo la noción del tiempo, no me importa el lugar ni la hora que sea, solo me importa él y lo que me hace sentir en ese momento. La única palabra que lo podría definir es "increíble".

Al terminar, nos acostamos abrazados y yo pongo mi cabeza sobre su torso. Siento como su corazón aún bombea a un ritmo acelerado.

- Te quiero- Escucho. Me incorporo y le miro a los ojos.

- Yo también te quiero- Le digo justo antes de besarle.

Pasamos como media hora acostados uno junto al otro, acariciándonos con los ojos cerrados. Estoy a punto de quedarme dormida pero noto como las tripas empiezan a sonarme.

- Cielo, creo que es hora de irme a casa - Le digo.
- Está bien, nena -Responde- ¿No te apetece cenar aquí?
- Pregunta. La idea de cenar en su casa me agobia un poco, ya que me da mucha vergüenza que lleguen sus padres y esté yo ahí cenando, así que rechazo su oferta.
- No te preocupes, cenaré en mi casa- Respondo.

Nos levantamos de la cama sin muchas ganas, y empezamos a vestirnos. Me encantaría poder quedarme allí con él toda la noche y dormir abrazados. Supongo que algún día mi deseo se cumplirá.

Cuando llegamos a la puerta de mi casa para el coche justo delante como de costumbre.

- Hasta mañana, cielo- Le digo- Que tengas un buen día de trabajo. Te echaré de menos- Mañana trabajará veinticuatro horas, y supongo que pasado mañana querrá descansar, así que no volveré a verle hasta el viernes.

- Adiós, nena- Responde- Te aseguro que yo te echaré muchísimo más de menos- Añade- A propósito, el viernes debo ir a la cena de bienvenida de dos compañeros nuevos, te vienes conmigo, ¿verdad? - Su pregunta no me deja mucho margen de respuesta.

- Pero... ¿dónde? - pregunto- No sé si tendré algo bonito que ponerme- contesto sonrojada y un poco agobiada.

- Contigo es suficiente- Contesta- La cena es en el restaurante "El gusto" e irán mis compañeros con sus respectivos, así que tranquila, no seremos el centro de atención- Me contesta con una sonrisa. Saber que Pablo y Alma estarán me tranquiliza un poco porque al menos habrá alguien conocido. Pero ir a un sitio donde apenas conozco a la mayoría de las personas y encima a comer, me agobia un poco.

- Está bien, si tú me lo pides, te acompaño - Respondo. Si no quisiera que lo acompañase no me lo habría pedido, así que creo que le hará ilusión que vaya. Ya me buscaré la vida para encontrar un vestido elegante. Ese sitio es de los más caros que hay por aquí y si vas con un vaquero y camisa te miran raro.

- Gracias preciosa- Responde- Ahora sí, hasta mañana.

Puede que no te haya quedado claro, por eso te lo repito: te quiero - Me dice cogiendo mi cara con ambas manos.

- Tal vez tu tampoco lo tengas claro así que: yo también te quiero- Le respondo haciendo el mismo gesto que hace él con mi cara. Le doy un tierno beso en los labios y me bajo del coche.

Al llegar a casa me voy directa a la cocina. Preparo mi cena y cuando acabo de comer me doy una ducha y a la cama.

## 9.

- ¡Mía! ¡Despierta! Está sonando tu teléfono- Pao me despierta mientras escucho el ruido de mi teléfono móvil de fondo.

¿Quién es? Pero, si son las nueve de la mañana, ¿quién me llama a



esta hora? Y, ¿qué hace mi hermana aquí en lugar de estar en la universidad? Puede que esté espesa porque aún no he podido casi abrir los ojos, pero no entiendo nada. Miro la pantalla de mi móvil y el número no es conocido, ni siquiera lo tengo apuntado en mis contactos.

- ¡Hola! ¿Quién es? - Respondo después de descolgarlo.

- ¡Buenos días! ¿Eres Mía Ferrándiz? - Preguntan al otro lado del teléfono.

- Sí, soy yo, ¿quién me llama? - Contesto aún aturdida.

- Buenos días, mi nombre es Marga. Te llamo desde el centro de estudios "Briton" porque estamos buscando un profesor o profesora de inglés para el turno de mañana -Me dice- Hemos visto tu currículum y nos ha gustado bastante, ¿te interesaría realizar una entrevista con nosotros? - Pregunta. Estoy alucinando al otro lado del teléfono. ¡Una entrevista de trabajo! Estoy tan histérica que no me salen las palabras. Observo como Paola me mira y hace gestos intentando preguntarme qué sucede. Vuelvo en mí y le respondo a la chica del teléfono.

- ¡Sí! ¡Por supuesto! ¿cuándo sería? -Pregunto exaltada.

- Mañana por la mañana. Sobre las once, ¿te viene bien? - Pregunta. Le respondo afirmativamente y la chica con mucha amabilidad me facilita la dirección del sitio. Luego nos despedimos y cuelgo el teléfono.

¡Mi primera entrevista de trabajo! ¡Qué fuerte! Desde que cuelgo le cuento a mi hermana la noticia y en seguida se le ilumina la cara de la alegría. Lo primero que hago es llamar a mami para decírselo y se alegra muchísimo por mí. Repito la llamada, pero esta vez para contárselo a mi padre, el cual también se emociona muchísimo, incluso más que yo misma me atrevería a decir. Luego pienso en llamar a Diego para contárselo, pero recuerdo que está trabajando, así que le envío un mensaje:

*"Buenos días, cielo. Adivina quién tiene mañana su primera entrevista de trabajo cómo profesora. ¡Estoy de los nervios! Que tengas un buen día, te quiero."*

Pasados unos quince minutos recibo su respuesta:

*"¡Esa es mi chica! Felicidades cariño, lo harás genial. No estés nerviosa, y cuando lo estés, cómete uno de mis chocolates, seguro que*

*te sentirás mejor. Quiero estar  
contigo ahora. Te quiero, preciosa".*

Dejo a un lado el teléfono y vuelvo a pensar en esa llamada. ¿Qué preguntas me harán? ¿Cómo debo ir vestida? ¡Dios mío qué nervios! Empiezo a agobiarme y siento una presión en el pecho. Me cuesta respirar, así que me tumbo en la cama de nuevo. Mi hermana se da cuenta de mi situación y se acerca hasta mi cama.

- ¿Qué te sucede? - Pregunta- ¿No te apetece empezar a trabajar?

- Sí, claro -Respondo- Pero es que... no sé cómo vestirme para la entrevista y Diego me ha invitado a cenar el viernes a un sitio elegante. Creo que no tengo nada que ponerme para ir a ese lugar - Añado acongojada.

- ¿Tienes dinero? - Pregunta Paola. No entiendo muy bien su pregunta, pero le respondo que sí.

- ¡Está bien! Esta tarde vamos de tiendas para ver si encontramos algo, ¿te parece bien? -Pregunta. En realidad, no me apetece mucho ir de compras. La última vez que lo hice tuve que salir corriendo del centro comercial porque me dio un ataque de pánico. Pero necesito un vestido para la cena, así que no me queda otra solución.

- Está bien, iremos - Respondo. Cuando estoy algo más relajada me levanto de la cama y empiezo a hacer cosas.

Ya que es temprano, pensaré en posibles preguntas que me puedan hacer en la entrevista y anotaré las respuestas para tenerlas preparadas. A media mañana suena un mensaje en mi teléfono. Es mi amiga Sofía.

*"¡Hola hola! ¿Qué tal todo? ¡Me he enterado de que estás enamorada! ¿Te apetece que nos veamos hoy y me cuentas todo? Les diré a las chicas que vengán también. ¡Un besito!"*

Qué poco han tardado mis amigas en contarlo. En realidad, no me molesta que se lo hayan contado a Sofí, al fin y al cabo, es una más del grupo. Lo que me molesta es pensar que lo hayan podido contar por ahí a alguien más. Pero no puedo hacer nada por evitar eso. Le contesto a Sofía diciéndole que tengo que ir a comprarme el vestido, a lo que ella me responde que me acompañarán. Me parece bien, así pasamos la tarde juntas. Desde que me puse enferma he visto a mis amigas muy pocas

veces. Hablamos por teléfono, pero mi desgana a la hora de salir de casa hacía que no nos viéramos apenas.

- Pao, ¿te importa que se vengas las chicas esta tarde? -  
Le pregunto a mi hermana desde la cocina.

- ¡No! ¡A mí me da igual! - Responde. Adoro la filosofía de vida de mi hermana. Todo le da igual, todo le gusta y para ella todo está bien, sea lo que sea. Es tan feliz...- Si quieres yo me quedo en casa y vas con ellas- Añade. Aún no me siento preparada para salir de mi zona de confort sin alguien con quien sé que me sentiré mejor.

- No, no- Respondo- Es decir, si no quieres venir no hay problema, pero preferiría que vinieras- Añado. Pao me responde que no tiene ningún problema en acompañarme.

Después de almorzar, comenzamos a prepararnos y más tarde nos vamos a coger el autobús. Cuando ya estoy en el asiento, empiezo a sentirme mal al pensar en que voy a ir a un centro comercial. Me agobio bastante, de repente. Me sudan las manos y me mareo.

- ¿Estás bien? -Pregunta mi hermana. La verdad es que no estoy bien, pero no quiero preocuparla así que le digo que sí. Aunque sé que ella sabe perfectamente lo que me sucede, por eso trato de tranquilizarme y pensar que estaré bien. Al llegar a la entrada del centro comercial, las chicas están sentadas en uno de los bancos esperando por nosotras.

- ¡Ey! Qué guapa te has puesto, ¿no? - Pregunta Sofía. Realmente no me he esmerado mucho al prepararme. Llevo unos vaqueros, unas sandalias color negro a juego con mi bolso y una camisa blanca con detalles negros. No es nada del otro mundo, pero entiendo que hace tiempo que Sofía no me ve y está acostumbrada a que vaya siempre con un jersey, zapatillas y sin maquillar. Pero eso era antes, ahora las cosas han cambiado.

- Bueno... mis ganas de maquillarme han vuelto- Le digo riendo mientras le doy dos besos y un abrazo. Hago lo mismo con Ana, Carla y Marta y mi hermana me sigue.

- No seas modesta, di que ahora perteneces a la "high class"- Me dice Ana entre risas. Levanto una ceja y la miro con el cejo fruncido.

- ¡Qué idiota eres! - Le contesto intentando que parezca de broma, aunque en el fondo es algo que me sale del alma. Mi hermana se da cuenta y me hace un gesto tratando de decirme "pasa de ella".

Posteriormente nos adentramos en el centro comercial. Veo demasiada gente en un sitio tan cerrado y empiezo a notar un sudor frío en las manos y la nuca. Ni siquiera sé a dónde voy porque apenas coordino mis movimientos del agobio que siento. Al avanzar, encontramos una tienda con ropa muy bonita, pero nada de vestidos para la ocasión. Después de salir de allí me siento más tranquila. Creo que mi vicio por las compras está reapareciendo, todo me gusta y lo quiero todo, lástima que solo tenga el dinero para el vestido, y si acaso unos zapatos a conjunto. Después de casi una hora dando vueltas por el centro comercial, entramos en una de mis tiendas favoritas. Observo desde lejos un vestido blanco que me absorbe por completo. No lleva mangas, el cuello es redondo y es completamente liso, con la parte superior ajustada. La parte inferior cae en forma de campana, pero sin la necesidad de ser excesivo. Además, la tela de la que está hecho resulta muy elegante, así que no necesito mirar más, ahí está mi vestido. Me acerco hasta el lugar y busco mi talla, lo cojo con la intención de dirigirme al probador cuando Carla me asalta por la espalda.

- ¡Es precioso! ¡Me encanta! - Exclama- ¿Tienes un salón beige para combinarlo? - Precisamente mi madre me regaló el año pasado dos pares de Stiletto, unos en negro y otros en beige. Ella es de las que piensan que un zapato negro o marrón, en este caso beige, pegan con todo. Y para el vestido me vienen perfectos.

- No, pero tengo unos Stiletto beige- Respondo.

- ¡Mejor que mejor! - Exclama Marta mientras mi hermana y las demás se acercan a escuchar la conversación.

- Mami tiene un bolso beige que podrías ponerte a juego. - Dice Paola- Solo hay que buscar unos pendientes bonitos y una gargantilla. En la mano podrías ponerte la sortija que te regalaron por tu graduación - Añade. A veces me sorprende la rapidez mental de mi hermana para combinar la ropa, creo que si se dedicara a ello no le iría nada mal.

Asiento con la cabeza y nos dirigimos a la zona de joyas de la tienda

para encontrar los pendientes y la gargantilla. Podría buscar en otro sitio, pero ya que estoy aquí y hay cosas preciosas, no me complico la vida. Encuentro una gargantilla con una cadena dorada y fina y una pequeña piedra blanca justo en el centro de la cadena. En cuanto a los pendientes, escojo unos que parecen venir a juego con la gargantilla. Son una piedrita blanca con el borde bañado en dorado. Puede que sea algo muy clásico, pero es que yo soy muy clásica y no me gusta innovar. Si algo me queda bien, sigo siempre el mismo estilo y a poder ser, no salgo de la ropa de colores lisos. El estampado o los accesorios demasiado grandes me parece arriesgar demasiado.

Cuando ya tengo todo, nos vamos al probador y allí me pongo el vestido con los accesorios. Como no tengo aquí los zapatos ni el bolso, cojo unos muy parecidos para tratar de hacerme una idea de cómo combinan.

- ¡Estás guapísima! O sea, ¡Me súper encanta! -  
Exclama Ana de una forma exagerada.

- Te queda perfecto- Me dice Paola- Cuando mami lo vea le va a encantar.

Las demás asienten y se deshacen en halagos hacia mi vestido. Creo que alguna hasta me tiene envidia sana por comprármelo y no dudo en que me lo copien en breve. O peor aún, que me lo pidan prestado. No es que me moleste que me pidan las cosas prestadas, pero conozco a mis amigas y sé que no son nada cuidadosas con las cosas, al contrario de lo que pasa con mi hermana. Creo que le he estropeado yo más ropa suya que ella a mí. Después de pagar y salir de la tienda, Marta propone que vayamos a merendar a una heladería riquísima que hay en el centro comercial. Es casi una parada obligatoria cada vez que vamos, porque no solamente hay helados, también hay crepes, brownies, gofres, sándwiches, batidos... Vamos, que es el paraíso y, además, ¡está todo riquísimo!

Nos sentamos en una mesa grande y la mayoría pedimos un crepe con helado. El mío es un crepe de Nutella con helado de stracciatella. No concibo comer otro helado que no sea ese, ¡me encanta!

- Por lo que veo tus gustos no han cambiado- Me dice Carla riendo mientras lame su cuchara cubierta de batido de Kinder.

- ¿Para qué cambiar? ¡Si es el mejor helado del mundo!

- Exclamo haciéndole un gesto cómplice.

- ¡Oye! A propósito de cambios... ¡cuéntame todo acerca de tu nuevo novio! - Exclama Sofi.

- Joder tía, lo dices como si tuviera un novio cada dos meses, y solo he tenido tres novios en toda mi vida- Le respondo.

- Bah, tú me entiendes- Contesta.

Comienzo a contarle a Sofía toda mi historia con Diego mientras saboreo mi delicioso crepe. He de añadir que sufro alguna que otra interrupción inoportuna por parte de las chicas, pero no les pongo atención. Tal vez no sean inoportunas, pero no me gusta nada que me interrumpen cuando hablo. Me entra una rabia interna que me dan ganas de largarme del lugar dónde esté y mandar a la mierda a todo el mundo. Sofía me mira atenta, casi sin poder creerlo. Más que nada se asombra porque esté con un chico "tan mayor". Ninguna de nosotras ha tenido un novio que pasara los veintiocho años de edad, pero simplemente ha sido por casualidades de la vida. Ese tema nunca ha supuesto un problema. Es más, yo soy de las que pienso que entre mayor sea un chico, más madurez tiene. Y a las pruebas me remito, espero no equivocarme.

- Jolines tía, pues por lo que cuentas es todo un partidazo- Responde Sofi- Algo debe esconder, porque dudo que exista el hombre perfecto.

- Yo no he dicho que sea perfecto- Contesto- Tiene muchos fallos como todo el mundo. Además, me ha confesado que antes era algo mujeriego, así que supongo que ese es uno de sus fallos - Añado. No pretendo engañar a nadie. Puede que para mí Diego sea el hombre perfecto, pero tengo que admitir que tiene miles de fallos. Como estar todo el tiempo hablando de su trabajo como si no hubiera vida más allá, por ejemplo. Si fuera perfecto me dejaría hablar a mi durante todo el rato y dejaría a un lado sus cosas. Pero en realidad no quiero eso. Me gusta él por como es, con sus fallos y virtudes. No necesito que cambie nada.

- Bueno, el hecho de seguir viviendo con sus padres a su edad y con un trabajo estable, debo admitirte que es un gran fallo- Añade Ana mientras ríe. La verdad es que en eso no le puedo quitar la razón así que asiento y pongo los ojos en

blanco.

Después de dos horas charlando largo y tendido sobre nuestras vidas, es el momento de irse a casa. Mañana tengo la entrevista y me gustaría descansar bien, aunque dudo que pueda porque desde ya estoy nerviosa. Mi hermana y yo nos despedimos de las chicas y ponemos rumbo hacia la parada del bus. Cuando llegamos a casa le enseño a mami lo que he comprado, y por más que me empeño en decirle qué zapatos y bolso me pondré, no para de sacar bolsos para hacer combinaciones, me tiene como veinte minutos combinando. Una vez acaba, me doy una ducha, me pongo el pijama y me tomo un vaso de leche con Colacao. Después del crepe me he quedado llena así que no tengo mucha más hambre. Cuando ya voy a meterme en la cama, recibo un mensaje de Diego.

*"Buenas noches, nena. Espero que tu tarde de compras haya sido productiva. Solo quería desearte muchísima suerte para mañana, aunque sé que no la necesitarás porque eres la mejor. Quería llamarte, pero he tenido mucho trabajo y ha sido imposible. Te lo compensaré. Hasta mañana preciosa, que descanses. Te quiero".*

Tengo que admitir que echaba de menos un mensaje suyo. Desde esta mañana no habíamos hablado, pero entiendo que está trabajando así que no he querido molestarle. Respondo al mensaje dándole las gracias y aprovecho para explicarle dónde es la entrevista, ya que esta mañana se me ha olvidado. No creo que importe mucho, pero procuro contarle todo, porque a mí me gusta saberlo todo, es una manía que siempre he tenido. Le doy las buenas noches y justo al poner la cabeza en la almohada caigo rendida.

A la mañana siguiente me despierto sobre las nueve menos diez. Realmente he puesto el despertador a las ocho y media, pero era incapaz de salir de la cama. Después de desayunar, y cuando ya soy persona, me dispongo a prepararme. Por suerte anoche me hice una pequeña idea sobre cómo podría ir vestida, así que no tardo mucho en escoger la ropa. Me peino, me maquillo y como me sobra tiempo, aprovecho para hacer mi cama y dejar algo recogido mi cuarto. Sobre las diez y media salgo a coger el bus. En estos momentos es cuando desearía no tener miedo a conducir. Y no es porque no tenga el carnet, que lo tengo, sino porque

cuando lo saqué mi padre no paraba de decirme lo que tenía que hacer conduciendo, cómo debía coger el volante y cuando tenía que reducir las marchas, así que cogí miedo y me harte. Decidí que nunca más volvería a conducir hasta que no tuviera mi propio dinero para comprarme mi propio coche y, además, deberá ser automático. Estoy tan nerviosa por la entrevista que hasta se me olvida que estoy cogiendo el bus sola de nuevo. Solo pienso en qué me van a preguntar, si querrán que hable en inglés o simplemente me harán preguntas extrañas del tipo "¿qué puedes ofrecernos?". Nunca he entendido por qué te preguntan esas cosas en las entrevistas, ¿a quién le importa? Lo único que quiero es trabajar, para desarrollarme profesionalmente y poder ser independiente económicamente.

Cuando me bajo del autobús tengo que caminar algunos metros hasta llegar a la puerta de la academia. La puerta y las paredes de afuera son unas grandes cristalerías con vinilos de colores, y si te acercas un poco a la puerta puedes ver desde afuera lo que ocurre adentro. Veo un mostrador, y tras él una chica apuntando cosas en lo que parece ser una agenda. Además, como toda recepcionista tiene su propio ordenador y teléfono. Respiro hondo, ya más relajada debido al efecto de las pastillas, abro la puerta y entro en el sitio.

- ¡Buenos días! ¿En qué puedo ayudarte? - Pregunta amablemente la chica de recepción.

- Buenos días, vengo a una entrevista. Me llamo Mía Ferrándiz- Contesto.

- ¡Ah, sí! Espera un segundito aquí- Me responde y se dirige hacia una puerta blanca con una ventanita pequeña en lo alto. Cuando abre, puedo observar una gran pizarra blanca, pupitres del mismo color y entre ellos una mesa bastante grande en la que está sentada una señora que más o menos debe tener la edad de mi madre. La chica le dice que estoy allí y ella se levanta de la mesa, se asoma a la puerta y me invita a pasar.

- ¡Good morning! How are you? Nice to meet you, Mía! My name is María- Me dice. ¡Mierda! Sabía que la entrevista sería en inglés. En realidad, es lo más lógico porque soy profesora de inglés, pero me pongo más nerviosa aún. Le contesto en el mismo idioma evidentemente.

- Tranquila, te haré la entrevista en español. Solamente



realizaremos algunas preguntas en inglés, que las iré intercalando para ver tu fluidez- Contesta. Joder...pues no sé qué es peor... Asiento con la cabeza educadamente mientras trato de relajarme. Sé que puedo y lo voy a conseguir. Necesito demostrarme a mí misma que puedo conseguir lo que me proponga. María sigue hablando, y comienza por explicarme cuales serían mis condiciones de trabajo. Sorprendentemente no me hace preguntas del tipo " ¿qué esperas de este trabajo?", a pesar de que va intercalando ambos idiomas, me hace preguntas muy lógicas como, por ejemplo, si tengo experiencia, si me gusta enseñar, por qué, etc.

- Muy bien Mía, pues...creo que no se me queda nada atrás - Dice- ¿Quieres preguntarme algo?, ¿alguna duda?

- Sí, me gustaría saber cuándo debería incorporarme en caso de que me dieran el puesto - Pregunto.

- ¡Cierto! Se me ha olvidado por completo - Responde- La incorporación sería dentro de dos semanas puesto que la antigua profesora aún tiene su contrato vigente hasta entonces - Añade.

- Perfecto, pues por mi parte no tengo ninguna duda más- Contesto. Acabamos la entrevista de una manera muy cordial y me acompaña hasta la puerta del aula. Me comenta que en caso de que me contraten, o no, me llamarían mañana por la tarde. Asiento y me despido muy amablemente tanto de ella como de la chica de recepción.

Cuando abro la puerta de la salida, veo el coche de Diego aparcado justo en la acera de en frente. Él está apoyado en la puerta del acompañante. ¡No me lo puedo creer! ¿Cómo ha sabido dónde estaba? Ah claro, se lo expliqué yo... ¡qué torpe soy a veces!

- ¿Qué haces aquí? - Exclamo asombrada y sonriente. Está guapísimo con sus vaqueros ajustados, un polo de color gris oscuro y unos zapatos de ante del mismo color. Además, huele súper rico.

- ¡Hola preciosa! - Me dice mientras me atrae hacia él con las dos manos y luego me besa apasionadamente- Te echaba de menos y no aguantaba más tiempo sin verte, ¿qué tal te ha ido?

- Pues espero que bien- Respondo- Yo he salido contenta, pero la señora me ha dicho que me llamará mañana por la tarde, tanto para una cosa como para la otra-Añado- Pero se me ha olvidado decirle que tengo un novio exageradamente sexy y adulator.

- Haces bien- Contesta- En otra vida me gustaban las maduritas, así que podías haberte quedado sin novio- Añade sarcástico. Le doy un golpecito en el hombro a modo de protesta y aprovecho para abrazarle y oler de nuevo su perfume - ¿Te apetece almorzar con este chico sexy y adulator? - Sonríe y asiente con la cabeza.

- ¿A dónde me llevarás? - Pregunto.

- ¿A dónde te apetece ir? - Contesta en forma de pregunta.

- ¿A mí? ¡Pero si me has invitado tú! ¡Tendrás morro! - Respondo y él suelta una carcajada.

- En ese caso, es una sorpresa -Me dice

Nos subimos al coche y durante el camino le voy haciendo un resumen grosso modo tanto de mi tarde de ayer como de la entrevista de esta mañana. Él aprovecha para ponerme al día de sus hazañas en el hospital durante su día de trabajo de ayer y cuando llegamos al sitio es casi la una del mediodía. Nos adentramos en una especie de playita con un paseo que apenas tendrá trescientos metros y un pequeño puerto, dónde observo algunos barquitos y yates de pequeño tamaño. No puedo negar que la playa es preciosa, tiene un paisaje de lo más pintoresco. Al aparcar, nos bajamos del coche y caminamos algunos metros. Diego me coge de la mano y nos adentramos en un restaurante que queda casi al nivel del pequeño paseo, dónde hay una terraza con unas vistas inigualables. ¡Es bellissimo!

- ¡Guau! Qué bonito, nunca había estado aquí - Le digo.

- Tengo que llevarte a sitios bonitos que vayan a juego contigo- Responde. Yo pongo los ojos en blanco y le hago un gesto con el que trato de decirle que es un adulator. Él se ríe y me besa muy fuerte en la frente con un gesto de cariño.

- Oye, pero debo decirte que soy alérgica a cualquier producto que venga del mar- Le digo- Así que, si me has traído aquí para comer un buen pescado, creo que voy a

decepcionarte...-Añado.

- ¿Olvidas que tengo acceso a tu historial médico? -  
Responde- Conozco cada una de las enfermedades que has tenido desde que pusiste un pie en este mundo - Añade riendo, aunque creo que eso se lo acaba de inventar para no quedar mal, pero yo le sigo el rollo.

- Es cierto, se me olvidaba que tengo un novio controlador- Añado con un gesto simpático. Él frunce el ceño tratando de parecer enfadado, pero pongo cara de pena y en seguida se le pasa.

Nos disponemos a pedir la comida. Él pide pescado y yo pollo, y para los dos, una ensalada. Me siento un poco niña pequeña pidiendo pollo, pero es que no había otra cosa dentro de la carta que me apeteciera dentro de lo que puedo comer. La mayoría es pescado o marisco, y no me apetece morir de un shock anafiláctico por muy médico que sea mi novio. Me da un poco de apuro pedir un plato para mi sola, porque sé que no me lo comeré entero, pero es cierto que ya no me da tanto reparo como al principio. Cada vez disfruto más de la comida cuando salgo por ahí.

La verdad es que, para ser un lugar de mar, el pollo está bastante bueno. Mientras comemos, Diego continúa relatándome sus proezas del día anterior, casi sin dejarme hablar. Al acabar, me apetece pedir un postre, pero me da un poco de vergüenza porque no he sido capaz de comer todo mi plato.

- ¡Venga anda! Sé que te apetece un postre de chocolate-  
Me dice Diego- Pídelo.

Sonríó y le pongo cara de niña buena intentando obviar el hecho de que no me he acabado la comida. Después de acabar con el almuerzo, ambos nos dirigimos como por inercia hacia el pequeño paseo que hay junto a la playa. Caminamos durante un rato y disfruto saboreando el olor del mar y el ruido de las olas. De repente Diego se detiene frente a una especie de parcela abandonada que hay junto al paseo. No se ve nada de lo que hay dentro, puesto que está rodeada por una especie de tela metálica.

- Me encantaría vivir aquí, ¿y a ti? – Pregunta.

- ¡Por supuesto! ¿Quién no querría una casa con vistas al mar y casi en la playa? -Respondo mientras río- Aunque me daría un poco de respeto cuando hay mal tiempo.

- ¡Ah bueno! ¡Pero eso no es ningún problema! - Exclama- Si yo viviera aquí, construiría una pared alrededor de la parcela, para que nadie pudiese ver cómo te hago el amor en el jardín de nuestra casa, o quizá en la planta alta. En nuestra habitación con una cristalera que tenga vistas al mar- Añade. Yo me río y por un momento creo que se le está yendo un poco de las manos la imaginación, pero luego pienso que sería un lugar ideal para vivir con él. Y la forma en la que me lo explica, me convence aún más.

- -Vale, está bien- Contesto siguiéndole el juego- Pero prométeme que tendré un vestidor con paredes y muebles blancos - Añado- Es lo único que pediré. Y a cambio, te dejaré que me hagas el amor dónde te apetezca. Incluso dentro del vestidor.

- Está bien, trato hecho- Contesta. Ambos nos reímos juntos y durante un rato fantaseamos sobre cómo sería vivir ahí. Por dentro me muero de ganas, pero sé que quizá sea un poco difícil por ahora. Después de crearnos una película en nuestras cabezas digna de Walt Disney, seguimos caminando y bajamos hasta la pequeña playa. Me descalzo y comienzo a caminar por la arena, pero observo como Diego se queda parado al principio de la playa.

- Me llenaré los pies de arena- Me grita desde lejos.

- ¡Oh, disculpe señorito refinado! - Respondo- No quisiera que se le estropeará su perfecta ropa de marca- Añado

mientras le tiro un puñado de arena desde lejos, que, con suerte, aunque no con intención, solo impacta en su pantalón vaquero. Él no sale de su asombro cuando ve lo que hago y decide quitarse los zapatos para correr detrás de mí en busca de venganza. Cuando consigue alcanzarme, me coge por la espalda, me gira hacia él y no para de mirarme a los ojos de forma intensa.

- Te haría de todo ahora mismo, pero quisiera salir en la prensa por algo bueno y no por exhibicionismo en lugares públicos - Me dice. Yo suelto una carcajada y mientras tanto me recorre un cosquilleo por la espalda. Le atraigo lo más que puedo hacia mí y le beso con toda la pasión que me es posible. Luego, él me coge en peso y simula que tratará de lanzarme al agua mientras yo chilló como una loca. Por suerte, el tiempo no acompaña y no hay nadie en la playa en ese momento.

De vuelta a casa, para su coche delante de mi puerta como de costumbre.

- Gracias por la sorpresa- Le digo.

- Gracias a ti por existir- Responde- Disfruta de tu última noche como chica sin trabajo- Añade riendo. Ya ni me acordaba de la entrevista. Me pongo algo nerviosa al pensar en que cada vez queda menos tiempo para que me digan algo.

- Espero que tengas razón en eso que dices- Respondo- Aunque para serte sincera, estoy empezando a ponerme nerviosa- Añado. Él pasa su mano derecha por detrás de mi cuello y pone la otra sobre mi muslo.

- No te preocupes, todo saldrá bien- Contesta mientras se acerca para besarme.

- Te quiero- Respondo.

- No más que yo a ti- Contesta mientras sonrío.

Tras despedirnos me bajo del coche y me dirijo a casa. Cuando abro la puerta, me encuentro a mi madre mirándome fijamente desde el salón. ¡Se me había olvidado decirle que estaba con Diego!

- ¿Se puede saber dónde estabas? Hace dos horas que hemos llegado todos y pensaba que ya estarías aquí - Pregunta en un tono que pretende parecer desenfadado.

- Diego me recogió después de la entrevista y

almorzamos juntos - Respondo- Se me olvidó por completo avisaros, lo siento- Añado.

- Supuse que estabas con él, por eso no te llamé-  
Contesta- Te he guardado un poco de arroz, pero si ya has almorzado no pasa nada- Añade.

Me siento en el sofá con ella y comienzo a contarle qué tal me ha ido esta mañana. De repente aparece mi hermana para unirse a la conversación. Ambas me animan bastante y me tratan de tranquilizar, ya que se dan cuenta de que estoy nerviosa por la respuesta. En ese momento me siento muy cómoda y me entran unas ganas terribles de contarles que Diego me ha pedido que me case con él. Pero no lo puedo hacer. No estoy segura aún ni he tomado ninguna decisión, así que prefiero mantenerlo en secreto.

Son las doce de la noche, y a pesar de que llevo ya una hora en la cama no puedo dormir. No paro de darle vueltas a todo lo que me ha sucedido esta semana. Me encantaría comenzar a trabajar, pero me agobia el hecho de pensar que no sea capaz de hacerlo... ¿y si en medio de mi trabajo me encuentro mal y tengo un ataque de ansiedad? Si me pasara eso continuamente, estoy segura de que me echarían a la calle. No sé si estoy preparada aún para hacer una vida "tan normal". Pero si no consigo empezar a trabajar, no me voy a sentir realizada jamás, y nunca podré ofrecerle a Diego todo lo que él me ofrece a mí. ¡Joder! ¿Cómo pretendo casarme con él? Si ni siquiera sé si soy capaz de enfrentarme a un puesto de trabajo. ¿Y si nunca vuelvo a estar bien del todo? Aunque está claro que jamás volveré a ser la misma de antes, pero lo malo no es eso, sino que vaya a peor. Que quizá este momento que estoy viviendo, en el que me encuentro mejor sea solo pasajero. Tal vez dentro de un tiempo vuelva a estar peor que antes. ¿Cómo puedo darle a él una vida si estoy enferma? En este momento las dudas se agolpan en mi cabeza de repente. No aguanto la presión y no me queda otro remedio que comenzar a llorar sin que Paola se dé cuenta. Duerme en la cama de al lado, y sé que si me escucha llorar se preocupará, y no quiero eso, así que trato de que no se escuchen mis sollozos, hasta que me canso de tanto llorar y me quedo dormida.

## 10.

A la mañana siguiente me despierto sobre las siete y media. El ruido que hace Paola al vestirse para ir a la universidad me acaba por desvelar. Pero no me apetece levantarme, solo quiero dormir. Me siento tan mal anímicamente que lo único que me apetece es dormir durante todo el día, ni siquiera tengo ganas de ir a esa cena a la que me ha invitado Diego, ni de ponerme mi vestido nuevo. Solo quiero quedarme en la cama.

Cuando me vuelvo a despertar, miro el reloj y son las doce. No quiero levantarme, pero debo hacerlo si no quiero escuchar los sermones de mi madre. Después de comer, me acuesto en el sofá del cuarto de estudio a ver la televisión un rato. Mi hermana se da cuenta de que algo me pasa, y no porque yo le diga nada, sino porque cuando estoy mal la cara se me queda blanca como un papel y se me notan las ojeras a doscientos kilómetros.

- ¿Qué te pasa? – Pregunta.
- Nada, ¿por qué? - Respondo intentando disimular.

- No sé, tienes mala cara- Contesta.
- Nada, solo que no me apetece mucho ir a esa cena- Respondo- Me da miedo ponerme mal.
- Pero... ¿por qué? -Pregunta- Si estabas muy ilusionada con ir.
- Ya, pero...no sé- Respondo.
- Anda, no digas boberías-Contesta- En un rato empiezas a prepararte que yo te ayudo con el maquillaje si quieres.

Quizá en otro momento me habría animado más, pero ahora mismo no me siento muy receptiva con los ánimos. Cojo mi teléfono y le envío un mensaje a Diego preguntándole si le molestaría que no fuera con él a cenar, ya que no me encuentro muy bien. A los dos minutos recibo su respuesta.

*"No es por mí, es por ti. A mí no me importaría para nada ir solo, pero me apetece que vayas conmigo. No puedes venirte abajo cuando tengas una recaída, porque tendrás más. Eres fuerte y sabes cómo hacerle frente, así que ponte más preciosa de lo que ya eres que te recogeré a las ocho y media. Te quiero, nena"*

Su mensaje me alegra bastante porque, como siempre, hace todo lo posible por ayudarme. Sin embargo, en mi subconsciente hace que me sienta peor, porque la respuesta que esperaba era otra. Así que, sin poder evitarlo empiezo a llorar desconsoladamente. Menos mal que Pao se ha quedado dormida y no se da cuenta de que estoy llorando. Al rato, suena mi teléfono. Es un número desconocido, pero presupongo que es la chica de la academia así que lo cojo.

- ¡Hola! ¿Eres Mía? Te llamo por la entrevista de trabajo que hiciste ayer con nosotros. Quería decirte que has sido seleccionada y nos gustaría que te pasaras por aquí la semana que viene para ponerte al día sobre tus funciones y demás - ¡Dios mío! ¡Tengo trabajo!

Estoy en shock, ni siquiera sé qué contestarle a la chica y me quedo en blanco. Cuando vuelvo a la realidad consigo responderle a la chica que está al otro lado del teléfono. Le doy las gracias y quedo en pasarme por allí un día de la semana que viene. Luego cuelgo el teléfono. No sé qué hacer ni siquiera sé si estoy preparada para decírselo a mis padres.



Sé que les va a alegrar muchísimo la noticia, pero mi estado anímico no está hoy como para dar buenas noticias. Creo que es mejor guardármelo y ya mañana lo cuento si me encuentro mejor. Creo que a Diego sí se lo diré esta noche.

Cuando ya son las seis, me levanto del sofá casi por obligación y empiezo a prepararme. Sorprendentemente acabo con tiempo de sobra. La verdad es que me veo más guapa de lo normal, supongo que es por el color del vestido, nunca había tenido uno blanco. Diego llega cinco minutos antes de lo previsto. Bajo lo más rápido posible la escalera intentando no matarme con los tacones, y me subo a su coche con mucho cuidado para no manchar el vestido.

- ¡Joder! Estás preciosa- Me dice poniendo su mano derecha sobre mi muslo.

- Muchas gracias, tú también estás muy guapo, pero deberías controlar ese vocabulario- Le digo con sorna. Me besa suavemente en los labios tratando de no mancharse con mi labial rojo mate. Está realmente sexy. Lleva un traje de chaqueta y pantalón gris oscuro, corbata negra y camisa blanca. Daría lo que fuera por quitárselo todo ahora mismo- ¡Eh! nunca te había visto con corbata, te queda muy sexy- Añado haciendo un movimiento de cejas.

- Tú sí que estás sexy- Responde- No sabes las ganas que tengo de quitarte ese vestido- Añado introduciendo la mano por debajo del vestido. Me entra la risa nerviosa.

- Anda, vamos que llegaremos tarde- Respondo apartándole la mano con complicidad.

Durante el camino vamos hablando y Diego me pregunta si me encuentro mejor y por qué me he puesto así esta mañana. No soy capaz de contestarle el verdadero por qué de mi malestar, creo que no le sentaría bien si le dijera todo lo que pasa por mi cabeza al pensar en compartir mi vida con él. Simplemente me limito a decirle que no me encontraba bien. De repente me acuerdo de que me han llamado para lo del trabajo así que se lo cuento para tratar de cambiar de tema.

- ¿En serio nena? ¡Felicidades! ¡Eres la mejor! - Contesta muy alegre.

- Bueno, bueno, tanto como la mejor...-Respondo entre risas- En realidad no sé qué habrán visto en mi pero bueno, les

he gustado. Como a ti, aunque tampoco sé qué viste en mí-  
Añado.

- Si tuviera que empezar a nombrar todo lo que me gusta de ti no llegaríamos a cenar- Contesta. Yo me río, pero la verdad es que la idea no me haría gracia. Me muero de hambre. Puede ser que no coma mucho, pero cuando tengo hambre o sueño me pongo de muy mal humor.

Después de media hora buscando aparcamiento, por fin llegamos al restaurante. Algún día me gustaría ir a comer a uno de esos restaurantes en los que llega el aparcacoches y te pide la llave para aparcarlo, así no perderíamos tiempo de la comida cuando tenemos hambre.

El sitio es precioso, tiene un aire muy moderno, pero se nota que es un restaurante que no mucha gente se puede permitir. Al llegar a la mesa ya todos sus compañeros están sentados. Somos los últimos en llegar, ¡qué vergüenza! Hay tres chicas jóvenes y bastante guapas sin acompañante. Siendo sincera, al verlas y pensar que pasan tanto tiempo trabajando con Diego me pongo algo celosa, pero ya luego se me pasa cuando él me coge de la mano para que me sienta más segura. El resto son hombres, hay como unos nueve al menos. Algunos de ellos van acompañados por sus novias y esposas, como Pablo por ejemplo, que le acompaña Alma. Me habría gustado sentarme a su lado ya que son los únicos a los que conozco, pero al haber llegado tarde es imposible. Nos ha tocado la última esquina de la mesa. Después de presentarme y saludarlos a todos nos sentamos. En ese momento empiezo a notar mucho calor y un sudor frío en la nuca. Me estoy poniendo algo nerviosa. No sé ni de qué hablar con todas esas personas y no quiero causarles una mala impresión.

- ¿Estás bien? - Pregunta Diego y yo asiento con la cabeza regalándole una sonrisa. Él me besa tiernamente en la mejilla. No quiero que sepa que estoy nerviosa porque sé que estará más pendiente de mí que de disfrutar del momento.

La cena avanza de lo más normal. No paran de hablar sobre su trabajo, y yo de vez en cuando me introduzco en la conversación para preguntar alguna que otra duda. Pero no puedo negar que en ciertos momentos me aburro de hablar tanto sobre el mismo tema.

- ¿Te aburres? - Me pregunta Diego. ¡Mierda! se me debe de notar en la cara.

- Por momentos sí, es que entiendo que no estoy metida en ese tema...-Respondo.

- No te preocupes, haré que te lo pases bien- Responde. De repente mete la mano derecha por debajo de la mesa y de mi vestido. No sé cómo lo hace, pero consigue llegar hasta mi ropa interior y es ahí cuando empieza a hacer movimientos con los dedos desde afuera. Me pongo muy nerviosa, ¡pueden darse cuenta!

- ¿Qué haces? ¿Estás loco? - Le digo al oído aprovechando el despiste de los demás mientras hablan. No me gustan nada este tipo de espectáculos, pero no puedo negar que me está poniendo muy cachonda.

- Me encanta cuando te mojas así- Me dice al oído. Noto como mi temperatura corporal va subiendo cada vez más.

- Como no pares pienso montar un espectáculo aquí mismo delante de todo el mundo- Le digo. Él esboza una sonrisa traviesa guiña un ojo. Luego me da un beso en la mejilla y saca su mano de debajo de mi vestido.

El resto de la cena transcurre sin sobresaltos. Al acabar proponen ir a un pub a tomar una copa. Algunos se apuntan y otros deciden marcharse a casa. Nosotros nos apuntamos, aún es pronto y Diego mañana no trabaja. Alma y Pablo también se apuntan y me alegro porque así tendré con quién hablar. No me cuesta nada integrarme, pero sí que soy un poco vergonzosa al principio.

Al entrar en el pub suena “Uptown Funk” de Bruno Mars y empiezo a meterme en ambiente. Mientras ellos piden su copa en la barra, aprovecho para hablar a solas con Diego.

- Que sea la última vez que me haces eso delante de la gente, que me muero de la vergüenza si se llegan a dar cuenta- Le digo. Él sonrío.

- Lo siento nena, pero es que tengo muchísimas ganas de quitarte ese vestido-Responde mientras me atrae hacia él.

- Yo también quiero que me lo quites, pero cuando estemos solos- Contesto.

- Tus deseos son órdenes- Responde- ¡Chicos! Lo siento, pero Mía y yo tenemos que irnos, me encuentro algo indispuerto- Le dice a los demás.

- ¿Te encuentras bien? - Le pregunto en voz baja.

- Perfectamente- Responde- Pero yo también quiero que estemos solos- Añade. Yo me quedo sin saber qué hacer, pero al ver que ya está despidiéndose de sus compañeros, hago lo mismo y nos vamos.

Llegamos al coche y casi sin dejarme que abra la puerta del acompañante, me agarra por la cintura y me dirige hacia la puerta trasera. Me pone contra ella y me coge de la nuca para empezar a besarme apasionadamente. Noto como se mancha los labios y las mejillas con mi labial, pero no me importa porque me dejo llevar, a pesar de que alguien pueda estar viéndonos. Por suerte es una calle poco transitada. Pasa sus manos por todo mi cuerpo una y otra vez, haciendo que me sienta cada vez más excitada. Mete la mano en uno de sus bolsillos y siento como aprieta el botón de la llave para abrir el coche. Abre la puerta sobre la que estoy apoyada y como si de un acto reflejo se tratara me meto dentro del coche para que él me siga. Una vez estamos sentados en la parte trasera de su coche, me coge por la cintura y me sube encima suya para empezar a bajar la cremallera trasera de mi vestido. Por suerte su coche es grande, porque si no me costaría un trabajo poder moverme en la parte trasera. Cuando lo consigue, yo misma me saco el vestido y me quedo en ropa interior mientras voy quitándole la corbata y desabrochando uno a uno los botones de su camisa.

- Me gustaría haberte follado con ese vestido puesto, pero me gustas más cuando no llevas nada- Me dice al oído. Eso hace que me agite aún más, así que me apresuro en quitarle toda la ropa casi a punto de romperla. Mientras estoy encima suya me percató por el cristal trasero que está pasando una pareja justo al lado del coche. Pero los cristales están tintados y es de noche, no se ve nada y me pongo aún más caliente.

Cuando llegamos a la puerta de mi casa, Diego se para y abre la guantera. Saca un sobre blanco y me lo da.

- ¿Qué es esto? – Pregunto sorprendida.

- Es una sorpresa, ábrelo- Me pide. Cuando lo abro veo que son dos entradas para un musical precioso que está durante estas semanas en el Teatro Tívoli. Había visto la publicidad y me apetecía mucho ir, pero el estar en un sitio cerrado con tanta gente durante dos horas me había echado para atrás. Está claro

que ahora no tengo más alternativa que enfrentarme a mis miedos.

- ¡Qué guay! ¿Son para mí? ¡Me encanta! - Exclamo contenta.

- Para ti y otra para quien quieras que te acompañe. Es mañana- Contesta con una sonrisa,

- ¡¿Mañana?! ¡Qué guay! - Exclamo como una niña pequeña con un juguete nuevo- Pues claro que quiero que me acompañes tú cariño, ¿quién si no? - Añado.

- Me alegro de que te haya gustado la sorpresa- Contesta. Diego no suele ser muy expresivo cuando se trata de sus sentimientos. Sé que por dentro está muy ilusionado porque me haya gustado, pero no lo demuestra- Así que ya sabes, mañana te invito a cenar y luego vamos a disfrutar del teatro - Añade sonriente. Le abrazo y le beso todo lo fuerte que puedo. A pesar de que le he limpiado con pañuelos, aún le quedan restos de mi labial por toda la cara. Nos despedimos apasionadamente y me bajo del coche.

Me muero de ganas de enseñarle a Pao las entradas, pero dada la hora que es puede que ya esté durmiendo. Por suerte, veo que aún está despierta, ya que la luz está encendida, pero antes de entrar a la habitación debo limpiarme mi cara manchada de rojo.

- ¡Mira lo que me ha regalado Diego! - Exclamo ofreciéndole las entradas para que las vea.

- ¿En serio? ¡Qué suerte! Dicen que está increíble el musical- Responde

- Me ha dicho que vaya con quien quiera, y yo le he dicho que iría con él, pero si a ti te apetece, le puedo decir que voy contigo- Le respondo.

- ¿Estás loca? le debe de haber costado muchísimo conseguirlas. Están agotadas por todos lados, así que ve con él- Contesta mi hermana. Yo sonrío. Luego me pregunta qué tal ha ido la cena y empiezo a contarle. Por supuesto obvio el detalle de que Diego me ha metido mano durante la cena, me da muchísima vergüenza.

- Cuando terminamos nuestra pequeña charla, me doy una ducha y me voy a la cama con una sonrisa de oreja a oreja

y pensando en lo afortunada que soy.

## 11.

- Buenos días pequeña, ¿qué tal la cena de anoche? - Me pregunta mi padre mientras se prepara un café en su apreciada cafetera exprés.

- Muy bien- Respondo dando vueltas con la cuchara a mi café recién hecho- Un poco aburrida porque solo hablaban de cosas de trabajo, pero no estuvo mal.

- Me alegro de que lo pasaras bien, ¿hoy no sales? - Pregunta dándole un sorbo a su café casi hirviendo. Entretanto mi madre, que ya lleva un buen rato despierta, entra en la cocina para meterse en la conversación, pero intenta disimular haciéndonos creer que en realidad va a fregar los platos.

- Sí, Diego me ha regalado unas entradas para ir a ver el musical de "Dance with me" así que iremos esta noche a verlo- Respondo antes de echarme a la boca un trozo de galleta mojada en el café.

- ¡¿En serio?! ¿y eso? - Pregunta mi madre asombrada. Ya estaba tardando en meterse en la conversación.

- No sé, me las regaló anoche- Contesto- Quiso darme una sorpresa. A propósito, hablando de sorpresas...me han dado el trabajo- Añado preparando mi mente para escuchar todo tipo de consejos y aportaciones innecesarias por parte de

mis padres, que, aunque ellos creen que me resultarán útiles, luego nunca los pongo en práctica.

- ¡¿De verdad?! ¡¿Cuándo te lo han dicho?!- Pregunta mi padre exaltado. Tanto que casi se atraganta con el café- ¡Felicidades hija! - Exclama dándome un beso en la sien.

- Pues me llamaron ayer por la tarde, pero como ya iba a salir preferí contároslo hoy, que no tendría prisa- Contesto intentando restarle importancia al tema. No quiero decir que no sea un acontecimiento importante, pero es que mis padres se ponen muy pesados cuando se trata de algo en lo que debo ser independiente- Me han dicho que empiezo dentro de dos semanas y que me pase la semana que viene por allí para que me expliquen un poco la rutina a seguir y demás.

- ¡Qué bien cariño! - Exclama mi madre dándome un tierno y suave abrazo. Acto seguido empieza la ronda de consejos y aportaciones que supuestamente debo seguir.

Pongo cara de que presto atención a lo que me dicen. Pero eso no es lo peor, sino que también me bombardean a preguntas sobre cosas que aún ni siquiera sé, como por ejemplo si vendré a comer a casa todos los días o si mi jefa es de fiar. ¿Mi jefa? Qué raro me suena. Nunca he tenido de eso. No puedo negar que me estoy agobiando un poco con tanto consejo y pregunta así que me invento que tengo muchas cosas que hacer y me voy a mi habitación.

- Buenas noches preciosa, y nunca mejor dicho. Estás guapísima- Me dice Diego cuando me subo a su coche. No me he puesto nada del otro mundo. Un pantalón negro, camisa de tiros y raso beige, a conjunto con mis Stilletto beige y un bolso negro de noche. Sin embargo, a él le veo extremadamente sexy. Lleva un pantalón gris claro, una camisa azul celeste y unos zapatos azul marino muy elegantes. La verdad es que en comparación con los otros hombres con los que he estado, es el que mejor viste.

- Muchas gracias, a mí también me gusta tu camisa

nueva- Respondo. No sé exactamente qué me pasa, pero me siento algo inquieta. Tengo una ligera presión en el pecho, quizá provocada por la ansiedad. Intento distraerme para que se me pase, pero prefiero no decirle nada a Diego para no fastidiarle la noche- Estoy impaciente por ver el musical- Añado- Nunca he estado en uno.

- Para todo hay una primera vez, cariño- Responde con sorna. Creo que se intenta reír disimuladamente del poco mundo que he visto, y lo entiendo. A mis veinticuatro años apenas he ido al teatro y lo más lejos que he ido es a Disneyland cuando hice la comunión. Yo le respondo con un golpe en el brazo para demostrarle mi falso enfado.

Cenamos en un restaurante que está junto al teatro. Pedimos varios platos para picar, pero apenas puedo comer nada. Tengo el estómago cerrado, náuseas y siento mucho agobio. Para que Diego no sospeche que no me encuentro bien, le digo que he almorzado muy tarde y no tengo hambre. Después de la cena nos dirigimos hacia el teatro, ya casi es la hora de que empiece el musical. Al entrar en el hall del edificio aprecio que hay muchísima gente que viene a verlo. Empiezo a agobiarme cada vez más. Subo las escaleras con mucha dificultad porque el aire apenas entra en mis pulmones y siento que me asfixio. Trato de disimularlo como puedo hasta que llegamos a nuestro asiento y nos sentamos. Ahí ya me siento algo más calmada, pero el corazón aún me va a mil por hora. La sala está hasta la bandera de gente, y yo tengo la sensación de que todos están pendientes de mí. En el fondo sé que no es así, pero la ansiedad no me deja pensar en otra cosa. Yo aparento que no me pasa nada y, mientras Diego hace fotos con su móvil para guardarlas como recuerdo. De repente se apagan las luces porque va a empezar la actuación. Ya me encuentro mejor. Con las luces apagadas nadie puede ver lo que me pasa.

- Ya empieza, cielo- Me dice dándome un tierno beso en la mejilla. Yo le respondo con otro beso igual. Es lo único que me sale hacer en ese momento. No puedo hablar porque la voz me tiembla.

Las luces vuelven a encenderse y empieza el espectáculo. Noto que vuelvo a agobiarme. Cada vez tengo más y más náuseas. Siento que en breve puedo vomitar, o peor, desmayarme. Me sudan las manos muchísimo. Tengo el cuello rígido y mi cuerpo es como un flan. Por



momentos parece que no siento las extremidades. Necesito salir de ese sitio, hay demasiada gente. De repente siento una necesidad extrema de empezar a llorar y sin poder controlarlo, las lágrimas empiezan a salir por mis ojos. No puedo respirar, tengo la garganta cerrada por completo y la vista se me nubla. No puedo más, necesito irme de aquí.

- Diego... me encuentro muy mal- Le digo a duras penas. Él se gira hacia mí y ve que estoy llorando y temblando.

- ¡Cariño! ¿Qué te pasa? - Pregunta asustado.

- No lo sé, me encuentro muy mal. Por favor sácame de aquí- Le respondo entre sollozos.

- Necesitas coger aire- Responde- Vamos afuera un rato- Añade. No quiero salir un rato. Quiero irme a casa, meterme en mi cama y no salir de allí.

Difícilmente me pongo en pie y casi levitando me dirijo hacia la salida. Noto como la gente se da cuenta de que estoy llorando porque debo tener toda la cara manchada de rímel. Percibo que Diego me lleva agarrada del brazo, y ya cuando hemos bajado las escaleras y estamos en el hall del edificio no puedo con el agobio y pierdo durante unos segundos el conocimiento. Por suerte, Diego me agarraba y no me golpeo contra el suelo. Al abrir los ojos veo que me tiene agarrada por la espalda para que no me caiga y estoy sentada en el suelo. No sé qué hago ahí, pero observo como se acerca de lejos el portero del edificio.

- ¡Cariño! ¿Estás bien? - Pregunta atemorizado- ¿Qué te ha pasado?

- ¿Está usted bien? ¿Quiere que llame a una ambulancia? - Pregunta el portero dominado por el pánico.

- No, no se preocupe. Yo soy médico, muchas gracias- Responde Diego inclinándose hacia atrás y levantándose los pies.

- ¿Qué me pasó? ¿Qué hago aquí? - Pregunto desorientada. No puedo casi moverme, es como si todo el cuerpo me flotara. No recuerdo nada de lo que ha pasado en los últimos cinco minutos. Tengo una sensación de vacío en la mente.

- Te ha dado un ataque de pánico y has perdido la conciencia- Responde-Tranquila, no te ha pasado nada grave.

- ¿Me he golpeado la cabeza? - Pregunto. La última vez

que me desmayé me di un fuerte golpe en la cabeza. Aún puedo sentir el dolor cuando me acuerdo. No se lo desearía a nadie.

- No, no- Contesta- Yo te he sujetado a tiempo. No te preocupes, respira hondo y se te pasará.

Le miro y me miro las manos llenas de manchas negras del maquillaje. Aún estoy aturdida. No entiendo muy bien lo que ha pasado, pero poco a poco voy reaccionando y me doy cuenta de lo que ha pasado. No he sido capaz de controlar la ansiedad; me ha controlado ella a mí. En estos momentos me siento literalmente la peor mierda de este mundo. Acabo de protagonizar un espectáculo bochornoso por no poder controlarme y encima mírame, aquí tirada en el suelo de un sitio que ni siquiera es un sitio conocido para mí. Puedo adivinar lo que pensaría la gente que me ha visto ahí adentro y lo que está pensando el señor que está junto a Diego “pobre chica enferma”. Pero lo que no quiero ni pensar es lo que le puede estar pasando a Diego por la cabeza. Apuesto a que cree que soy una enferma dependiente y en estos momentos está sintiendo mucha lástima de mí y quizá, de sí mismo. Empiezo a pensar en todo lo que he vivido estos meses desde que empecé a estar así. Todas las veces que he tenido que salir corriendo de los sitios porque no soportaba estar allí y todo lo que han sufrido mis padres conmigo. Se me va formando una bola enorme de pensamientos en la cabeza y rompo a llorar desconsoladamente. Definitivamente no puedo permitirme joderle la vida a Diego de esta manera.

- Llévame a mi casa, por favor- Le pido.

- ¿No estás mejor? - Pregunta- ¿Has traído tus pastillas?

- No- contesto tajante- llévame a mi casa, te lo pido por favor- Le digo entre lágrimas.

- Está bien cariño, pero tranquilízate- Me pide desesperado y con miedo- Ya ha pasado y yo estoy aquí contigo, no te va a pasar nada.

Por más que intento tranquilizarme, no puedo parar de llorar. Diego me levanta del suelo con la amable ayuda del otro señor y me lleva agarrada de la mano hasta el coche. Durante todo el camino reina un silencio sepulcral en el coche, a excepción de las veces que Diego aparta la mirada de la carretera para preguntarme si estoy mejor. Yo no puedo parar de llorar. Con las lágrimas en la cara asiento con la cabeza cada vez que me pregunta, pero lo hago sin quitar la vista de la ventanilla del

copiloto. No puedo verme desde afuera, pero me doy cuenta de que tengo la mirada perdida, apenas aprecio nada de lo que veo. De vez en cuando agacho la cabeza y me miro las manos y el pañuelo de papel que tengo, absolutamente lleno de manchones negros. No me atrevo ni a mirar al espejo retrovisor porque me da muchísima vergüenza ver mi cara en este momento. Voy pensando en todo lo que ha pasado, en mí, en Diego y en nuestra relación. Cuando llegamos a la puerta de mi casa, no para el coche delante como siempre. Lo aparca bien, supongo que porque querrá acompañarme a subir.

- No hace falta que aparques- le digo- me bajo aquí.
- Pero cariño, te quiero acompañar a casa- responde-no estás bien y me gustaría hablar con tus padres sobre lo que te ha pasado.
- No hace falta- contesto- yo les explicaré lo que ha pasado, no te preocupes.
- ¡Anda! ¡No seas cabezota! – Exclama.
- Diego, por favor...- contesto con la mayor calma posible.
- ¿Qué? - pregunta con una voz muy suave.

Me giro hacia él y le miro directamente a los ojos. Cuando lo hago, me vienen a la cabeza todos los recuerdos bonitos de lo que hemos vivido estas últimas semanas y vuelvo a romper a llorar como si me hubieran arrancado de repente el corazón.

- Por favor, no vuelvas a llamarme, ni vengas a buscarme, ni siquiera pienses en mí- Le pido como si le estuviera pidiendo que desconectara los cables que aún me mantienen con vida- No puedo con esto, no puedo sentir que le estoy jodiendo la vida a la persona que más quiero. Te mereces algo mejor, una persona que pueda ofrecerte una vida distinta. Alguien que no esté enfermo - Él me mira atónito con los ojos rojos a punto de romper a llorar.

- ¡¿Qué dices?! ¡No por favor! ¡No! ¡No! No me pidas eso, sabes que no puedo- Me grita desesperado agarrándome por la cintura como si yo fuera a salir corriendo de allí para no dejarme escapar. Levanta la cabeza y con las dos manos une su frente con la mía para mirarme directamente a los ojos- Yo no quiero otra cosa, no quiero a nadie más ¡Te quiero a ti! ¡No necesito nada más joder! Por favor quédate conmigo- Me pide agobiado y sin saber qué más hacer.

- Lo siento Diego. No estoy siendo justa contigo- Respondo-

¡Mírame! ¡Soy una jodida enferma! – Grito encolerizada-Tengo veinticuatro años y ya tomo antidepresivos y pastillas para dormir ¡joder! No pienso estropear más vidas que la mía- Contesto desesperadamente entre lágrimas.

- Por favor, no me hagas esto- Me pide atemorizado por perderme- Desde que te he conocido no quiero nada más, no tengo más aspiraciones en la vida que tratar de hacerte feliz. Por favor, quédate conmigo- me suplica.

- No puedo de verdad, lo siento- le respondo - sé que encontrarás a una persona que pueda hacerte feliz, y sé que lo que estoy haciendo es lo mejor para ti- Añado- Por favor, no me lo pongas más difícil. Siento que estoy muriendo ahora mismo, pero es la mejor decisión.

- Lo mejor para mí eres tú, y no hay nada que me haga más feliz en la vida que estar contigo- Responde- Créeme, por favor.

- Lo siento Diego, no puedo... necesito pasar esto yo sola, sin nadie que tenga que estar cuidando de mí- Contesto- Te pido por favor que me entiendas. Te lo dije cuando te conocí, que no me iba a permitir ser un lastre para nadie más. Gracias por esto que hemos vivido. Te juro que eres lo mejor y más bonito que me ha pasado en la vida, y dudo que pueda olvidarte nunca, pero tendré que sacrificarme yo para no sacrificarte a ti.

Noto en su expresión que ya no sabe qué decir. Me suelta las manos y se queda en silencio mirando hacia el volante. Luego se gira hacia mí con un semblante muy serio y una mirada que jamás había puesto. Es la mirada de alguien que parece rendirse a pesar de saber que está perdiendo lo más importante.

- Está bien- Responde tajante- Puedo tratar de entenderte, pero solo te voy a pedir algo; prométeme que si te das cuenta de que podemos ser felices juntos me lo dirás. Yo te prometo que voy a esperarte siempre - Sus palabras son como una punzada en el centro de mi estómago. Me siento vacía por dentro. Sé que sin Diego no me va a quedar nada, pero lo quiero demasiado y lo único que quiero es que sea feliz y eso estando conmigo es imposible.

Le miro a los ojos y asiento sollozando con la cabeza. Acercó mis manos a sus mejillas y me dispongo a besarle por última vez. Cuando

junto mis labios con los suyos noto el sabor salado de mis lágrimas y cómo le mojo la cara con ellas. Desearía no tener que haber dado nunca ese beso, porque es el más triste de toda mi vida.

Me bajo del coche intentando no alargar más este momento que solo nos hace daño a los dos. Trato de reponerme y me dirijo al portal de mi casa. Observo como espera hasta que entro y luego se va. Subo las escaleras casi sin ver los escalones donde piso. Cuando llego a la puerta de casa no me atrevo a entrar. Me siento en el último escalón y comienzo a llorar con más tristeza que nunca. Tengo la sensación de que me voy vaciando poco a poco a medida que van cayendo las lágrimas por mis mejillas. Tengo la cara tan empapada que ya es inútil secarla con el pañuelo. ¿Cómo voy a vivir sin Diego? ¿Qué voy a hacer ahora sin él? Jamás había tenido la sensación de que mi vida se quedara completamente vacía sin alguien. Es como si me hubiera arrancado yo misma el eje principal sobre el que giraba todo mi mundo. ¿Cómo se puede querer tanto a una persona? Nunca me había enamorado de una manera tan profunda. De repente, escucho pasos detrás de la puerta de mi casa. Se abre y sale mi madre.

- ¡Pero cariño! ¡¿Qué te ha pasado?! – Grita confundida. No me salen las palabras, no sé qué decirles a mis padres. Lo único que me pide el cuerpo ahora mismo es abrazar a mi madre y llorar. Así que es lo que hago.

Mi madre me pregunta una y otra vez qué me pasa, pero no soy capaz de contestar. Entramos en casa y nos sentamos en mi cama. Mi padre y Pao se dan cuenta de la situación y van a la habitación para tratar de entender qué me pasa. Cuando por fin me calmo y reúno las fuerzas suficientes, les explico lo que ha pasado y por qué he tomado esa decisión. Percibo como sus semblantes se van poniendo cada vez más serios, como si estuvieran decepcionados, aunque no me lo digan.

- Pero, ¿por qué te ha pasado eso? - Pregunta mi madre- ¡Si ya estabas bien! - Exclama impotente ante la situación.

- No lo sé, mamá- Contesto seriamente- Simplemente perdí el control de mi cuerpo y de todo.

- ¿Quieres que te pida cita al médico para mañana? - Pregunta mi padre tratando de buscar una solución a mi situación - Tal vez te pueda subir la dosis de las pastillas.

- No, no te preocupes papá- Respondo con semblante muy serio ante la posibilidad de aumentar mis pastillas- No creo que esa sea la solución. Quédate tranquilo, que yo trataré de ponerme bien.

- ¿Ahora te encuentras mal? ¿Quieres que te traiga algo? - Pregunta mi madre cariñosamente.

- No, no te preocupes - Respondo- Ya me encuentro mejor, me duele muchísimo la cabeza y solo quiero acostarme a dormir - Mi hermana permanece ahí sin decir nada. Sabe que no me gusta hablar de mis cosas con mis padres, así que adivino que está esperando a que se vayan para hablar conmigo. Mis padres entienden que quiera descansar, así que me dicen que me ponga el pijama, me lave la cara y me acueste a dormir. Una vez lo hago, me tumbo en la cama y siento la necesidad de mirar mi teléfono para ver si Diego me ha escrito o llamado. Pero nada. Mi padre se acerca para cerciorarse de que ya me he acostado, me da un beso en la sien y sale de la habitación apagando la luz. A los dos minutos vuelve a entrar Paola en la habitación.

- ¿Estás bien? - Me pregunta sentada en su cama que está frente a la mía.

- No, no estoy nada bien, pero bueno...

- ¿Crees que ha sido la mejor decisión dejar a Diego? Él te quiere, y no creo que seas una carga para él porque no lo eres para nosotros a pesar de lo que te pasa - Contesta intentando consolarme.

- No lo sé, no sé si es la mejor decisión, pero creo que en este momento es la más correcta- Contesto apesadumbrada- No quiero que tenga que vivir pendiente de una persona enferma.

- Pero Mía, algún día estarás bien y tal vez en ese momento te arrepientas de la decisión que has tomado- Contesta de forma sensata.

- Puede ser...-Respondo- Pero si llega ese momento será dentro de muchísimo tiempo, y no quiero que pierda tiempo de su vida por mí.

- Está bien, como tú quieras-Contesta- Pero si quieres un consejo, piensa bien en lo que has decidido, porque creo que te arrepentirás...

Le prometo a mi hermana que lo pensaré, pero creo que no voy a cambiar de decisión. Estoy segura de que lo que he hecho es lo más

sensato. Después de acabar de hablar con ella, pongo la cabeza en la almohada y apago la luz tratando de dormirme, pero es imposible. Paso unas tres o cuatro horas tumbada en la cama, sin poder dormir y secándome las lágrimas cada dos minutos, hasta que por fin me duermo del cansancio.

A la mañana siguiente nadie se atreve a despertarme. Son las doce del mediodía y aún sigo en la cama, pero no me apetece levantarme, me pesa el cuerpo y siento un dolor interno, pero nada físico. Mi madre se asoma a mi habitación y me pide que me levante a desayunar algo. Me levanto arrastrando mi cuerpo fuera de la cama, me miro al espejo y mi cara da auténtica pena. Las ojeras me llegan hasta la mitad de las mejillas, tengo los ojos hinchados de llorar y la cara pálida como una pared blanca. Cuando llego a la cocina mi madre me ha preparado un café con mis cereales favoritos, pero no me apetece comer cereales así que solo me tomo el café y vuelvo a la cama. Allí paso dos horas tumbada mirando mis redes sociales, evitando mirar el perfil de Diego.

A eso de las tres de la tarde mi padre me llama para comer. Ha hecho espaguetis, mi comida favorita, pero no tengo ganas de comer. Me pide que coma algo, así que para no escucharlo me siento en la mesa con ellos y me como cinco espaguetis contados, con cuatro cucharadas de una natilla de chocolate. No puedo más, tengo el estómago cerrado. Me levanto y me tumbo en el sofá. Voy cambiando de canal con el mando a distancia sin poner nada en concreto, hasta que encuentro una comedia familiar de las que les gustan a mis padres. Al cabo de un rato ellos se unen a mí en el sofá y comienzan a reírse a carcajadas con la película. Es muy buena, pero me siento tan triste que ni siquiera me río, y después de media hora viendo la película, caigo en un sueño profundo.

Cuando me despierto son las siete de la tarde y en breve anochecerá. Lo único que me apetece es levantarme del sofá para meterme en la cama. Llevo un día entero sin saber nada de Diego, y la desesperación de no saber cómo está me está matando, pero supongo que tendré que aprender a vivir con ello. Si le escribo solo conseguiremos hacernos daño a los dos.

Después de darme una ducha y enfundarme el pijama, me tumbo en el sofá del cuarto de estudio a leer un libro que había dejado a medias hace como un año. No creo que sea lo más adecuado leer una novela

romántica en estos momentos, pero no tengo nada mejor que hacer. Espero estar bien para dentro de dos semanas, de lo contrario no sé ni cómo podré ir a trabajar...

- Buenos días, pequeña. ¿Has descansado? - Escucho a mi padre despertarme, pero aún me cuesta abrir los ojos. Cuando lo consigo, veo que está de pie entre mi cama y la de mi hermana esperando a que me despierte. Paola ya se ha despertado. Eso es muy extraño, así que deben ser al menos las dos de la tarde, porque ella siempre se despierta la última de todos.

He pasado la peor semana de mi vida, con diferencia. He estado yendo de la cama al sofá y del sofá a la cama, casi por inercia y escuchando a todas horas canciones melancólicas como "Someone like you" de Adele o el repertorio completo de Luis Fonsi. Apenas he comido y he adelgazado unos dos o tres kilos. No he vuelto a hablar con Diego, pero Alma me ha escrito y me ha dicho que está mal, que ha estado dos días sin ir a trabajar, casi no come y no sale de casa. Eso ha hecho que me sienta peor aún, pero me consuela saber que sus amigos están apoyándole. Echo de menos sus abrazos, el olor de su perfume cuando me subía en su coche y la forma en la que me agarraba tiernamente la cara para darme un beso. Me va a costar un buen tiempo acostumbrarme a estar sin él. Si es que algún día lo consigo...



## 12.

Hoy es el cumpleaños de Luci y lo celebraremos con una merienda en casa de nuestros abuelos. Nadie sabe nada de lo que ha pasado, solo Luci y Adriana, así que desde por la mañana intento prepararme mentalmente para los comentarios y preguntas de mis tías. Aunque trataré de mantenerlas a raya.

Al llegar a casa de mis abuelos saludo a todo el mundo como si no hubiera pasado nada. Los primeros días me habría costado un poco más, pero ya consigo tratar de aparentar que estoy bien. Mis primos pequeños corretean de un lado para otro por la terraza y Paola se pone a correr detrás de ellos jugando. Me voy tropezando con todo a mi paso hasta que llego a dónde está mi prima. A su lado está sentada Adriana. Me siento e medio de las dos y ambas me abrazan por los lados.

- ¿Cómo estás? - Pregunta Luci con cara de pena.

- No estoy bien, pero al menos ya puedo salir de la cama- Contesto tratando de quitarle hierro al asunto.

- ¿Has hablado con él? - Me pregunta apartándome el pelo de la cara y pasándolo por detrás de la oreja.

- No, con él directamente, no- Respondo- Pero he hablado con Alma y me ha dicho que no está bien, incluso ha dejado de ir a trabajar algún día.

- Bueno...no te preocupes, eso es normal - Contesta Adriana- Los primeros días, incluso semanas estará mal, pero ya se le irá pasando cuando pase el tiempo. Tú tranquila - Añade. Yo asiento con la cabeza y pongo cara de resentimiento.

- ¿No lo has pensado mejor? - Pregunta mi prima con la esperanza de que haya cambiado de idea- Tal vez tomaste la decisión de forma impulsiva controlada por la situación.

- No, he pensado y sé que fue la decisión correcta-  
Contesto- Estoy segura de que a Diego no le costará encontrar a una persona que le pueda dar todo lo que yo no puedo, y será feliz y ya no se acordará de mí - Añado. Las palabras que salen de mi propia boca son como si me clavara dardos a mí misma en medio del pecho.

- Eso no se sabe- Responde Luci- Quizá en menos de lo que pienses estarás bien y podrás volver a estar con él. Solo hay que tener paciencia- Dice con un tono de hada madrina de Cenicienta. Su tono me hace gracia y a Adri también, así que nos reímos las dos a la vez - ¿De qué os reís? ¡Tiempo al tiempo! - Añade. Si hay algo que destaque en mi prima es su pensamiento positivo. Siempre tiene unas palabras esperanzadoras para cuando algo va mal. Es un rasgo que la define. Ya puede haber una catástrofe mundial, que ella siempre pensará que va a pasar algo bueno.

Desde lejos como mi tía se levanta de su silla ondeando su abanico y se acerca hacia donde estamos sentadas con cara de necesitar enterarse de nuestra conversación. ¡Uf! Noto que ya empiezan las preguntas, y aún no ha abierto la boca.

- ¿Qué hacéis? - Pregunta sin dejar espacio a que respondamos- ¡Oye! ¿por qué no has traído a tu chico para que lo conozcamos? - Pregunta dirigiéndose a mí. Noto que mi madre la está observando desde el otro lado de la terraza y acude en mi rescate.

- ¡Está trabajando! No ha podido venir, ¡chismosa! - Le reprende en tono de burla.

- ¡Pues yo tengo que conocer a mi nuevo sobrino! Así que... ¡ya sabes! - Contesta con un enfado irónico. Luci, Adriana y yo nos reímos para intentar acabar con ese momento y como por arte de magia, Adriana saca otro tema para salir de ese bucle. Desde mi posición la observo con una mirada que grita "gracias". Ella me entiende y me guiña un ojo.

El resto de la tarde pasa sin darme cuenta. Supongo que después de una semana encerrada en casa, el pasar tiempo con otra gente que no sean mis padres y mi hermana me ha distraído.

Al llegar a casa vuelvo a sentir que las paredes se me vienen

encima. Me doy una ducha y me pongo el pijama. Me acuesto en el sofá del cuarto de estudio a seguir leyendo, pero solo puedo pensar en cómo estará Diego. No quiero escribirle, pero se me ocurre enviarle un mensaje a Pablo para preguntarle si sabe algo de él.

*"No está bien, Mía. Pero va saliendo como puede y nosotros le estamos tratando de apoyar. No te preocupes, que no le vamos a dejar solo. Muchas gracias por preguntar. Espero que tú estés bien y, desde lo más profundo deseo que esta situación tenga arreglo. Un beso"*

El mensaje de Pablo me entenece muchísimo, porque me da a entender que en realidad quiere que estemos juntos, y que sus amigos piensen eso, es muy importante para mí. Cuando dejo mi móvil en la mesita me sumerjo en la lectura de mi novela romántica. Son las once y ya se me están cerrando los ojos. Me levanto perezosa del sofá, me tomo un vaso de zumo y me acuesto a dormir. Mañana será otro perdido y diría que igual que el resto de la semana, pero lo cierto es que el martes debo ir a la academia para que me pongan al día con mis funciones y me entreguen el material necesario. Desde ya estoy temblando al pensar en que voy a empezar a tener alguna responsabilidad en mi vida.

Es domingo. Ya hace dos semanas que no veo a Diego y el tiempo cada vez se me hace más y más largo. Aunque solo hace quince días

desde que lo vi por última vez, parece que ha pasado una eternidad. En este tiempo no he hecho absolutamente nada productivo con mi vida, he pasado los días metida en casa entre la cama y el sofá, con la única distracción de mi saga romántica, a excepción del día que fui al trabajo. Creía que me iría peor, pero la verdad es que cuando llegué me desenvolví muy bien. Sí, sentí ansiedad, pero al igual que todos los días desde hace dos semanas. No sé si tendrá algo que ver con el hecho de que he estado decaída por el tema de Diego pero he sentido muchos más síntomas durante estos días, lo cual ha provocado que haya tenido que aumentar la ingesta de ansiolíticos. Mañana es mi primer día y estoy más nerviosa de lo normal, pero me tranquiliza saber que es un sitio en el que me he sentido dentro de mi zona de confort.

- ¿Tienes todo preparado para mañana? - Pregunta mi madre entrando en el cuarto de estudio. Yo estoy sentada en el escritorio repasando algunas de las actividades que he preparado para mañana. Me resultan un poco pobres, pero a medida que vaya viendo el nivel de los chicos las iré mejorando poco a poco.

- Sí- respondo- estoy acabando de revisar las actividades, pero creo que lo tengo todo controlado- Añado cortante. No me gusta que me interrumpan cuando estoy concentrada en algo importante, pero sé que mi madre está muy ilusionada con que empiece a trabajar, así que dejo a un lado lo que estoy haciendo y dirijo la mirada hacia ella- ¿ya habéis cenado?

- Sí, tu padre y yo sí- Contesta- Oye... ¿no has sabido nada de Diego? - Pregunta con cierto reparo. A mi madre nunca le ha gustado inmiscuirse en mis problemas sentimentales, pero con Diego era diferente. Sé que le tenía un cariño especial, porque desde que se conocieron hicieron buenas migas.

- No...-contesto titubeante- lo único que sé es que está más o menos bien y que sus amigos están animándole a salir y eso...

- Ajá...-responde con tono de tristeza- cariño, sabes que nunca me he metido en tus cosas, porque son tuyas y punto, pero soy tu madre y tengo que pedirte que medites bien las cosas. No te quiero decir que hayas tomado una mala decisión, pero quizá no fue la más adecuada - me aconseja como solo una madre puede hacerlo- Piensa bien las cosas, ¿sí? - Yo asiento con la cabeza y le regalo media sonrisa que más que alegría refleja toda la tristeza que puedo

sentir por dentro. Ella sonríe, me da un beso en la sien y sale de la habitación.

- No te agobies, sabes que mami le tiene mucho cariño a Diego- me dice Paola que est  sentada en el sofá del cuarto.

- Lo s , pero la verdad es que ahora mismo tengo que centrarme en el trabajo- contesto- ya pensar  mejor lo de Diego cuando est  más tranquila.

-  Pues s ! A propósito, déjame ver lo que has preparado, por fa- me pide desde el sofá sin indicio alguno de que vaya a levantarse para coger los papeles. Me dedica una risa maléfica y yo le lanzo el bolígrafo a la cabeza como respuesta para luego dejarle los papeles.

Cuando llega la hora de irme a dormir, siento que me empiezo a poner mucho más inquieta. Realmente no estoy nerviosa por ir a trabajar, sino por el hecho de que es el primer día. S  que cuando pasen algunos días se me quitarán los nervios y todo ir  como la seda, pero ahora mismo necesito un ansiolítico. Me encantaría poder hablar con Diego en este momento, decirle lo nerviosa que estoy y que me dijera que todo va a salir bien, como siempre hace.  Qu  estar  haciendo? Mejor no pensarlo porque si no empezar  a darle vueltas a la cabeza... Cojo el móvil y le doy un repaso a mis redes sociales antes de dormirme. La tentación de mirar el perfil de Diego est  siendo más fuerte que yo, necesito saber que ha hecho estas dos semanas.  Habr  salido de fiesta?  Habr  conocido a chicas nuevas?  No puedo con la intriga! Pulso en el buscador y escribo su nombre para abrir su perfil. Lo reviso de arriba abajo, pero lo único nuevo que veo es una foto con su familia en alguna fiesta familiar a la que me habría encantado asistir. Un momento... veo que hace dos semanas compartió una canción en su perfil.  Qu  extraño! He revisado sus redes sociales de arriba abajo y no es una persona que suela compartir canciones, así como así. Se trata de "I won't give up" de Jason Mraz, me encanta esa canción, es preciosa y me s  la letra de memoria. Es por eso que presiento que la ha puesto por mí... cojo mis auriculares y pulso sobre la canción. Automáticamente las lágrimas empiezan a caer por mis mejillas, y es que tengo que destacar que la melodía de la canción ayuda demasiado a que salga el llanto. No paro de escucharla, una y otra vez pensando en él y en las ganas que tengo de estar a su lado ahora mismo. De esa, paso a otra aún más triste, y así hasta que me entra el sueño y

caigo rendida en los brazos de Morfeo, o, mejor dicho, del Orfidal.

- ¡Buenos días trabajadora! - Grita mi padre desde la puerta de mi habitación- ¡Arriba, que hay que ir a trabajar!- A mi hermana empieza a salirle humo por las orejas del cabreo y le lanza uno de los cojines de su cama pretendiendo que se calle.

Me veo sometida a la presión de mi despertador que empieza a sonar a las ocho en punto. Como un rehilete me levanto de un brinco de la cama y me dirijo a la cocina para desayunar. Sé que esta tarde esa salida brusca de la cama me va a pasar factura. Normalmente tardo unos quince o veinte minutos en salir de la cama desde que me despierto, pero hoy los nervios pueden conmigo, así que cuando llegue a casa y coma, el sueño y el cansancio se van a apoderar de mí.

Después de desayunar y prepararme, ya mis padres y mi hermana se han ido. Salgo hacia la parada del autobús para ir al trabajo. Me siento especialmente guapa con mi look deportivo de sneakers, leggins, camisa básica y chupa de cuero. Antes de salir de casa me he visto en la necesidad de tomar un ansiolítico para prevenir los nervios y un betabloqueante para evitar que el corazón se me salga por la boca cuando empiece con la clase. Sé que no debería haberlo hecho, porque ese tipo de pastillas no están creadas para prevenir, pero en estos momentos estoy desesperada y no quiero que me pase nada en mi primer día de trabajo. Me bajo del bus que me deja justo en la puerta de la academia y entro con muchísima ilusión.

- ¡Buenos días! - saludo a Marga, la chica de la recepción a la cual me presenté la semana pasada cuando estuve aquí.

- ¡Buenos días señorita Mía! Bienvenida a tu primer día de trabajo- me responde con un cariño notable en sus palabras. Presiento que es una chica muy humilde y amable, y creo que nos vamos a llevar muy bien- ¿Estás nerviosa?

- Pues no te puedo negar que sí, pero se me pasará seguro- contesto en un tono afable. Ella sonrío y le pone la tapa al bolígrafo con el que estaba escribiendo. Cierra la agenda que tiene sobre el mostrador y se levanta de la silla para ponerse por el lado dónde yo estoy.

- Ven, acompáñame a buscar a María que debe estar en su clase y ella te presentará a tus alumnos - ¿Mis alumnos? ¡Qué ilusión

me hace escuchar eso! Se me pone una sonrisa que abarca la mitad de mi cara. Me dirige hasta la clase de María y le hace señas desde afuera para que salga ya que tiene la puerta abierta.

- ¡Buenos días! ¿Preparada para tu primer día? - Pregunta mi jefa con la intención de crear un ambiente relajado.

- ¡Sí! Estoy deseando conocer a los chicos- Respondo.

Tengo varios grupos de alumnos y todos rondan edades entre diecisiete y veinticuatro años. La verdad es que me siento muchísimo más cómoda trabajando con adolescentes, pero estos son los grupos que me han tocado así que pienso conocerlos y llevarme muy bien con ellos para ayudarles en todo lo que pueda. María me señala una puerta abierta que está en la pared que hay frente a su aula y nos dirigimos hacia allí las dos juntas. Marga me desea suerte y vuelve a su puesto de trabajo. Cuando entramos en el aula ambas damos los buenos días, aunque yo personalmente lo digo casi sin mirar al grupo. Cuando me paro junto a la mesa y dirijo la mirada hacia ellos, empiezo a observarlos uno a uno mientras María me presenta a la clase. Es un grupo de seis alumnos, cuatro chicas y dos chicos. ¡Son súper monos! Para tener solamente un par de años menos que yo me parecen adorables y más pequeños de lo que en realidad son. María les dice que soy la nueva profesora y que, a partir de ahora, cualquier duda que tengan o lo que necesiten, deben consultarlo conmigo. Luego me desea suerte y regresa a su aula. Por primera vez en mi vida soy la única y exclusiva profesora del aula. Cuando estudiaba siempre era la “profesora de prácticas” pero ahora ya tengo mi propia aula y mis propios alumnos. En ese momento me recorre una sensación de orgullo que no sabría describir. Me siento muy orgullosa de mi misma por haber conseguido estar aquí hoy, y sé que mis padres ahora mismo también deben sentirse muy orgullosos de mí. Me presento a la clase y les pido a ellos que hagan lo mismo, no obstante, las actividades que he preparado para el día de hoy van enfocadas a conocer mejor a mis alumnos, así que en seguida las empiezo a poner en práctica. La mañana va transcurriendo y voy haciendo lo mismo con los otros dos grupos de chicos. A mediodía me doy cuenta de que he pasado mi primer día de trabajo sin ningún tipo de sobresalto y sintiéndome como si estuviera en casa o llevara toda la vida haciendo esto. ¡Es increíble! Estoy contentísima y no puedo ocultarlo.

Al llegar a casa mi madre ya ha puesto el almuerzo sobre la mesa.

Me lavo las manos y nos sentamos todos a comer. Bueno, si es que a eso se le puede llamar almuerzo, porque más bien parece un interrogatorio. El tema central del día es mi trabajo, así que me bombardean a preguntas que empiezo a responder sistemáticamente una tras otra. Mis padres no pueden ocultar la alegría que sienten por mí en estos momentos, incluso les brillan los ojos, y hacía tiempo que no los veía tan contentos. Mi hermana también está muy contenta e incluso me ofrece su ayuda por si la necesito para preparar mis clases. Ha sido una mañana intensa, así que nada más poner la cabeza en el cojín del sofá, cierro los ojos y ya no recuerdo nada más hasta pasadas dos horas.

- ¡Hasta el lunes señorita! - me dice Clara al salir de la clase.

Es la alumna más aplicada que tengo. Siempre tiene todo en orden y siempre tiene la respuesta a todo cuando pregunto algo. No es que no me gusten ese tipo de alumnos, porque al final realmente te facilitan el trabajo, pero prefiero los alumnos del montón. Esos que por fuerza no lo tienen que saber todo, los que se preocupan más por disfrutar de la vida, aunque eso suponga obtener un simple aprobado en el examen. Yo era una de esas y me he dado cuenta con el paso de los años de que, porque saques mejores notas o tengas siempre las cosas al día, no vas a conseguir llegar más lejos en la vida. Todos estamos destinados a algo y cada uno lo consigue a su manera.

- ¡Hasta el lunes Clara! Que pases un buen fin de semana- Le respondo. Justo cuando sale por la puerta, entra Marga al aula.

- Bueno, ¿qué tal ha ido tu primera semana? - pregunta recogiendo su brillante pelo negro en una coleta. Qué envidia,



ojalá yo tuviera un pelo así de bonito, no por el color, porque me gusta mi castaño claro, sino por lo brillante y sano que lo tiene. Le hace juego con sus ojos negros azabache y las pequeñas pecas que tiene en los pómulos. Realmente no es una chica del montón, es alta, delgada y bastante atractiva. A su lado me siento inferior en cuestión de belleza dada mi estatura de un metro sesenta y cinco, y mis muslos y caderas anchas que combinan a la perfección con mi nariz de cerdito y mis tobillos inexistentes.

- Pues muy bien, la verdad es que he congeniado a la perfección con los chicos- Respondo con satisfacción- me facilitan mucho el proceso.

- ¡Genial! Me alegro mucho de que te sientas a gusto aquí- contesta- ya eres una más de la familia- añade con una gran sonrisa- ¿te apetece almorzar con nosotras? María y yo solemos ir algún que otro viernes a comer al restaurante italiano que está aquí al lado, ¿te gusta la pasta?

- ¡Sí! Es mi comida favorita- contesto y me quedo pensando en la propuesta. No me desagrada la idea, pero... comer en un restaurante sin gente a la que conozca como para sentirme en confianza... me agobia un poco la situación, pero supongo que podré tomar un ansiolítico si me encuentro mal.

- Entonces, ¿te vienes?

- Bueno, vale ¡me apunto! - Respondo sonriente. Luego saco el teléfono y le escribo un mensaje a mi madre diciéndole que no iré a comer a casa.

Entre una cosa y otra, cuando miro el reloj son las cinco y media de la tarde. Me está entrando la morriña, pero nos hemos puesto a hablar sobre los alumnos y demás y se nos ha pasado el tiempo volando. Me ha gustado muchísimo la comida y me he llevado una grata sorpresa con María y Marga, son tremendamente simpáticas y muy graciosas. Realmente lo he pasado muy bien. Hacía tiempo que no salía solo con chicas y creo que necesitaba un poco de eso para despejarme.

Cuando llego a casa, directamente me pego una ducha y me pongo el pijama. Es un poco tarde para dormir la siesta, así que me pondré a corregir actividades hasta que llegue la hora de cenar e irme a dormir. Mi vida es totalmente rutinaria, a veces me gustaría coger las maletas y largarme a un país del norte de Europa para hacer una vida totalmente

distinta. Pero ahora mismo mi salud no está en su mejor momento como para hacer algo así, además de que mataría a mi madre de la angustia si me fuera sola. Me entra el bajón al pensar en que es viernes por la noche, y a esta hora siempre solía estar con Diego. Los fines de semana hacíamos cosas y salíamos por ahí, pero ahora mis fines de semana se han convertido en algo aburridísimo y completamente monótono. Le echo muchísimo de menos. Echo de menos que me venga a recoger en su coche, subirme y que me salude con un beso increíble después de haber estado días sin vernos. Echo de menos la forma en la que se reía de mí cuando me equivocaba al decir una palabra o la manera en que se pone a decir tonterías y a reírse solo cuando le entra sueño, como si fuera un niño pequeño que necesita una siesta. Echo de menos la sensación de saber que está ahí y que puedo recurrir a él si me siento mal para desahogarme. Empiezo a necesitarlo más que nunca. Quizá lo mejor sea que cene y me acueste pronto, así pasaré menos horas pensando.

### 13.

- ¡Mami se me hace tarde! - Exclamo mientras doy el último sorbo a mi café. Mi madre hoy tiene el día libre, pero se ha levantado pronto para aprovechar el día, según ella. Pero la verdad es que se ha puesto a buscar en internet productos de maquillaje mientras desayunaba y me está volviendo loca. Esta mujer es un peligro cada vez que utiliza internet, tiene la necesidad de enseñarle todo lo que ve a todo el mundo- Luego si quieres me enseñas eso, cuando llegue del trabajo. Hoy saldré antes, a eso de las once estaré en casa.

- Vale, cariño- Responde sin quitar la mirada de su teléfono móvil- Voy a ir al centro comercial a por unas cosas, que hoy es jueves y no creo que haya mucha gente ¿Quieres que te espere y vamos juntas? - solo al pensar en ir a comprar con mi madre me da calor. Entra en todas las tiendas y lo mira todo al detalle para luego acabar sin comprar nada, y sabiendo que se ha puesto a mirar

productos de maquillaje desde ya me estoy viendo probando todos los labiales que pueda haber en todas y cada una de las tiendas. A cualquier chica le encantaría ese plan, pero yo no soporto probarme cosas, ya sea maquillaje, ropa o zapatos ¡lo odio! Prefiero mil veces tener que ir a devolver algo que me ha quedado pequeño, después de habérmelo probado en casa, que probármelo en la misma tienda.

- Pues... ¡no sé! - Exclamo. De repente empiezo a sentir bastante calor y una pequeña sensación de agobio, pero no le pongo atención- Te envío un mensaje y te digo algo, ¿vale? Y ahora me voy, que se me escapa el autobús. Hasta después mami- Me despido de mi madre y pongo rumbo hacia la parada del bus.

Qué rabia me da no tener un coche propio. Bueno, más bien no tener dinero para poder permitirme un coche. Mientras tanto, el transporte público es mi mejor aliado. Me apresuro todo lo que puedo en llegar, porque ya casi es la hora en la que pasa el autobús. Tanto que casi voy trotando.

Cuando llego y me paro unos segundos empiezo a notar un calor aún más agobiante que antes, tengo una sensación de agobio asfixiante. Las manos me tiemblan y el corazón me late a doscientos por hora. Veo de lejos que llega el autobús y casi sin darme cuenta para justo delante de mí. Como buenamente puedo, saco el dinero de mi cartera. Ni siquiera sé lo que le doy al señor conductor porque no puedo ni contar las monedas del agobio que tengo encima. Él me devuelve el dinero que me sobra y me voy a uno de los asientos del final. La sensación de ahogo es cada vez mayor, un sudor frío me recorre la espalda. Meto la mano por mi camisa y siento que estoy empapada por la zona de la cintura. Cada vez me tiemblan más las manos y el corazón me va más y más rápido. Noto el cuerpo sumamente débil, como si no tuviera fuerza. Me siento tentada a tomar un ansiolítico, pero hace tres días que he dejado de tomarlo porque ya estaba excediendo la dosis diaria y me parecía demasiado. He decidido controlar yo sola mi ansiedad, sé que puedo. Si podía hace tres semanas, ¿por qué no ahora? respiro hondo y trato de calmarme. Parece que la sensación pasa un poco, pero solamente se asienta. Es como estar estable dentro de la gravedad. Creo que voy a vomitar, necesito llegar ya al trabajo y salir de aquí. Necesito respirar aire puro.

Al llegar, me bajo del autobús pensando que cuando esté en un espacio abierto me sentiré mejor, pero para mi sorpresa la sensación no

cambia. A pesar de que la parada del autobús está a escasos cincuenta metros de la academia, me parecen los cincuenta metros más largos que he recorrido jamás. Voy caminando y necesito ir más rápido, es como si todo el mundo se estuviera dando cuenta de lo que me sucede. Hay demasiada gente en la calle. Tengo que llegar lo antes posible.

Cuando llego, abro la puerta y veo que Marga está detrás del mostrador, como siempre. Cierro la puerta a mi espalda y le dedico una sonrisa para saludarla porque no puedo ni formular palabra.

- ¿Estás bien? Tienes mala cara, estás pálida- Me dice nada más verme. No puedo engañarla, no me encuentro nada bien. He tenido muchos ataques de ansiedad, pero jamás me había sentido tan mal y no estoy en condiciones para trabajar ahora mismo.

- No, la verdad es que no me encuentro nada bien- Le respondo mientras trato de respirar hondo y calmarme. Ella se levanta de su silla y se dirige hacia dónde estoy yo.

- ¿Qué te pasa? Ven, siéntate aquí- Me dice mientras me ayuda a llegar hasta un pequeño sillón que hay en la entrada- ¿Te duele algo o te ha pasado algo cuando venías?

- No, simplemente empecé a encontrarme mal cuando venía en el autobús- Le respondo. Agacho la mirada y observo como tiemblan mis manos. Por suerte el temblor del resto del cuerpo no se aprecia, pero siento que no tengo nada de estabilidad- De repente empecé a temblar y a marearme, no sé por qué.

- Quizá se te haya bajado el azúcar, ¿has desayunado? - Me pregunta mirándome preocupada- Te traeré un vaso de agua con azúcar.

- Sí, si he desayunado un café y tostadas- Respondo. Ella mientras se levanta y se dirige al cuarto del café para buscar un vaso de agua y azúcar. Cuando vuelve veo que trae en una mano el vaso y en otra un bollo de chocolate.

- Tómate esto- Me dice ofreciéndome lo que tiene en las manos- Verás que te sientes mejor- Añade con una sonrisa que arruga las diminutas pecas de sus mejillas.

- Me tomo el agua y doy dos mordiscos al bollo por no quedar mal con ella. No puedo más, tengo muchas náuseas. Unos minutos después de tomarlo me encuentro mejor, pero aún sigo temblando. De repente se oye una puerta abriéndose y María sale

para dirigirse desde su aula hacia la sala de profesores, pero se da cuenta del percal y redirige su rumbo hacia dónde estamos nosotras.

- ¿Qué hacéis aquí? ¿Ha pasado algo? ¡Uy, si tienes la cara pálida! - Exclama asustada cuando me ve blanca como la pared. Marga le explica lo que ha pasado, ya que yo sigo casi sin poder pronunciar palabra.

- Vete a casa, si es que no hace falta que digas que te encuentras mal. Se nota nada más verte- Me dice de manera comprensiva. Realmente no me siento bien como para estar ahí, tengo una sensación de debilidad increíble, pero no puedo dejar mi trabajo, así como así. Tengo que cumplir con mis obligaciones.

- Pero María, tengo que dar una clase, no puedo irme así como así del trabajo- Le contesto- Además, hoy tengo que recoger unas actividades que les pedí a los chicos que hicieran.

- ¡Anda! Ve a casa y recupérate- Exclama- No te preocupes por tu clase que yo me las apañó. Recogeré las actividades por ti y mañana te las doy- Añade restándole importancia al asunto y con un tono de lo más benevolente.

Después de un intenso debate sobre si irme o quedarme, ambas acaban convenciéndome de que me vaya a casa a descansar y vuelva mañana. María vuelve a su aula y Marga se queda acompañándome. No me siento capaz de irme sola, así que saco mi móvil y marco el número de mi madre para que venga a recogerme. Me da muchísimo apuro molestarla, porque sé que va a asustarse y, además, estará haciendo cosas, pero en estos momentos he perdido la poca valentía que me quedaba.

- ¿Mami? - Pregunto confundida al no saber si me escucha.

- Dime, ¿qué pasa cielo? - Contesta asustada. Era de esperar esa reacción por su parte.

- Oye... ¿puedes venir a buscarme? -pregunto titubeante- no me encuentro muy bien, creo que se me ha bajado el azúcar, he tenido que tomar un vaso con azúcar y me siento algo mejor, pero aún me noto rara.

- Pero, ¿qué ha pasado? ¿estás bien? ¿te has caído o algo? - Bombardea una pregunta tras otra con un tono cada vez más atemorizado.

- ¡No, no! Tranquila, estoy bien - Respondo intentando

calmarla- Solamente he tenido un bajón de azúcar y María me ha dicho que me vaya a casa a descansa, pero tranquila que estoy bien.

- ¿Estás segura? - pregunta aún alarmada- Está bien, ya voy a buscarte. No tardo.

Espero en la entrada con Marga. Mientras llega mami nos quedamos hablando y le cuento algunas de mis anécdotas con los ataques de ansiedad. Ella no sale de su asombro y me pregunta cómo ha podido pasarme eso tantas veces. Yo no sé ni qué responderle porque ojalá yo misma supiera por qué me pasa. Desde dentro de la cristalera de la pared veo como llega mi madre y para el coche en doble fila justo delante de la puerta. Se baja del coche y se dirige rápido y asustada hacia la puerta. Apenas me da tiempo de coger mis cosas y levantarme cuando la veo entrando con su coleta alborotada y su chándal de estar por casa. Pobrecita, se ha asustado tanto que ha salido de casa sin siquiera peinarse ni cambiarse de ropa. Me siento súper culpable por haberle dado ese sobresalto.

- ¿Qué te pasó? - pregunta exaltada. Está tan nerviosa que no se da ni cuenta de que no saluda a Marga. No se conocen aún, así que las presento en cuanto puedo.

- No te preocupes, estoy bien- respondo en tono tranquilizador- solo ha sido una hipoglucemia, tranquila que creo que sobreviviré- Añado con una risa para restar tensión al momento- Por cierto, ella es Marga. Marga, ella es mi madre, Judit.

- ¡Hola! Encantada de conocerte- responde Marga- Puedes estar tranquila que la hemos cuidado muy bien. Ahora que se vaya a casa y descanse hasta mañana- añade Marga con una de sus blancas sonrisas.

- Discúlpame, es que con el susto ni te he saludado- le contesta mi madre dándole dos besos- Nunca le ha pasado algo así y por eso me he asustado mucho.

- Tranquila, ya está mucho mejor- Añade Marga.

Nos despedimos de ella y mi madre le da las gracias por haberme acompañado hasta que llegara. Luego nos subimos al coche, y de camino a casa no para de hacerme preguntas sobre qué me ha pasado y cómo me he sentido. Está intentando buscarle una respuesta a lo que me ha sucedido, pero no puedo decirle nada en concreto porque ni siquiera yo sé por qué me ha pasado eso. De nuevo he conseguido darle un disgusto

más a mi madre. Vuelvo a sentirme una carga para ella, aunque realmente no sea así, pero mi conciencia no me dice lo mismo. Después de mi madre vendrán mi padre y mi hermana y mi sentido de culpa será aún mayor...

Finalmente, con lo que me ha pasado, mi madre no ha salido de casa. Me siento culpable por haberle roto el día así que me ofrezco a hacer la comida para que al menos pueda descansar, pero se empeña en que la hará ella, así que pongo la mesa.

- Mía, ¿tú estás tomando el tratamiento que te ha mandado el médico? - ¡Dios mío! Han pasado ya unas cinco horas desde que me puse mal y mi madre aún sigue dándole vueltas al tema.

- Sí, mamá- Respondo con pesadez- Tranquila, que no fue por eso- Si le digo que hace días que no tomo ansiolíticos sé que se va a enfurecer y empezará a darme la charla, pero sé que lo que me pasó no fue por eso, así que prefiero no decirle nada.

- Está bien...- Responde- ¿Te apetece un poco de refresco o tomarás zumo? - Pregunta intentando cambiar de tema.

- Tomaré zumo, que luego me duele la tripa- Respondo.

Llegan mi padre y mi hermana y nos sentamos los cuatro a la mesa. Mientras comemos mi madre saca el tema de lo de esta mañana con la intención de que yo se lo cuente a mi padre.

- ¡Es que apenas estás comiendo, hija! - Exclama mi padre en un tono de enfado- Te tengo dicho que tienes que comer todos los días, ¡aunque no tengas hambre!

- Lo sé, papá- Respondo cabizbaja. Sé que lleva razón, pero la mayoría de los días no me apetece comer- Intentaré comer más.

Mi padre se levanta de la mesa, y mientras me sirve otro poco más de arroz con la intención de que coma más, me sigue dando la charla sobre lo importante que es una buena alimentación para la salud mental. Al acabar de comer, entre mi hermana y yo recogemos la cocina. Luego me acuesto un rato en el sofá del cuarto de estudio a ver una serie, pero el cansancio vuelve a ser más fuerte que yo. Me despierto a media tarde y me siento en mi escritorio dispuesta a preparar actividades para mañana. Cuando estoy sumergida en pleno proceso de confeccionar un power point que me está quedando perfecto, empiezo a tener de nuevo la sensación de debilidad de esta mañana. Esta vez es más suave, pero puedo apreciar perfectamente cómo me tiemblan las manos sobre el

teclado. Si pruebo a dejar los dedos muy cerca del mismo, se escucha incluso un pequeño ruidito al chocar con las teclas. La percepción de debilidad en todo mi cuerpo es cada vez mayor y empiezo a asustarme. Está bien que me pase una vez, pero ya dos en un mismo día empieza a preocuparme.

Me levanto de la silla y me dirijo al roperito de la cocina dónde mi madre guarda su maquinita para medir el azúcar. La saco de la cajita y utilizo una aguja nueva para medir mi nivel de glucosa. Mi madre se percata de que he sacado la máquina y se acerca sigilosa y asustada hasta la cocina.

- ¿Qué haces? - Pregunta confundida.

- ¡Mira esto! - Exclamo en voz baja dirigiendo la mirada hacia el temblor de mis manos intentando que ella lo vea también.

- ¿Te has mirado el azúcar? - Pregunta asustada.

- Estaba en ello...

Efectivamente, el glucómetro marca un nivel de azúcar por debajo de lo que debería ser normal después de haber comido y en una persona de mi edad. Las dos miramos la diminuta pantallita en la que solo caben unos números y luego nos miramos confundidas la una a la otra.

- Mía, eso no es normal- Responde mi madre- Tienes que ir al médico.

- Lo sé, pero es que ¡no lo entiendo! ¿qué me pasa? - me pregunto retóricamente con mucha confusión - No le digas nada a papi, no quiero asustarle.

- No lo haré, pero toma un vaso de agua con azúcar y ve a llamar por teléfono para pedir hora y que tu médico te vea- Responde mi madre contundente- ¡Ni se te ocurra no hacerlo! - Mi madre me conoce, y sabe que siempre postergo las cosas hasta que pasa el tiempo y lo necesito de verdad. Aunque yo también la conozco a ella, y me juego las manos a que le contará a mi padre esto.

- Está bien, pero quédate tranquila, ¿sí? - Le pido- Se me pasará.

Después de tomar el agua con azúcar me encuentro mejor. Aún no tengo buen cuerpo, pero la tarde pasa sin sobresaltos. Al llegar la hora de la cena, mi padre propone que pidamos comida china para asegurarse de que ceno en contundencia. Adoro la comida china, sobre todo los



tallarines ¡son mi perdición! Aun así, no consigo comer mucho, porque aún tengo el estómago un poco revuelto, pero sí como algo más de la cantidad que suelo comer para que ninguno de los dos me eche la bronca.

- ¿Estás mejor? - pregunta mi padre durante la cena

- Sí, ya me encuentro mejor- Le diría que aún noto el cuerpo raro, pero es hora de empezar a quitarle importancia al asunto. Ha sido una anécdota y se acabó.

- Te lo he dicho siempre, que la comida es lo más importante- Contesta con un tono serio- ¡hazme caso hija! ¡Que te lo digo por tu bien! - Exclama apesadumbrado. Yo asiento con la cabeza, y sé que tiene razón, pero pongo los ojos en blanco. Mi hermana me mira y se ríe.

Después de cenar, escogemos una peli para verla, pero a los veinte minutos mi padre ya está roncando en el sofá y mi madre un poco más de lo mismo. Al final se van a la cama y siempre acabamos quedándonos Pao y yo viendo la película. Cuando acaba es la una de la mañana y los ojos se me cierran solos, así que nos vamos ya a la cama.

De repente abro los ojos en mitad de la madrugada, no sé ni la hora que es. Me quema la cabeza y la espalda, es como si estuvieran dándome con fuego. Me asfixio, siento que voy a morirme.

- ¡Mami! ¡Mami! ¡Mami! - Exclamo en voz baja al lado de la cama de mi madre a la cual no sé ni cómo he llegado. Ella se despierta sobresaltada. Yo no puedo más, voy a asfixiarme.

- ¡¿Qué pasó?!- Exclama atemorizada.

- Me encuentro muy mal, me quema la cabeza. Por favor dame un ansiolítico- Lo cogería yo misma, pero apenas soy capaz de coordinar mis movimientos.

Respiro entrecortadamente y hago aspavientos con las manos porque si estoy quieta el cuerpo me arde. Sin mediar palabra, mi madre me coge por el hombro y me lleva hasta la cocina. Me sienta en una de las sillas y me da un ansiolítico.

- Toma, pónitelo debajo de la lengua- Me pide asustada. Hago lo que me dice, pero la pastilla no se diluye- ¿te has mirado el azúcar?

- No, me quema la cabeza mami- Es lo único que soy capaz de decir. No puedo controlar los nervios y antes de mediar palabra tengo que respirar hondo porque de lo contrario me asfixio.

Mi padre en estos momentos está en un sueño profundo y no se entera absolutamente de nada, al igual que Paola. Mi madre saca del roperito la máquina del azúcar, la pone sobre la barra y me da una aguja para que me pinche yo misma. Me levanto y trato de hacerlo, pero tiemblo tanto que no soy capaz ni de pincharme una simple aguja. Tengo las manos sudadas y se me resbala.

- ¡No puedo! - Exclamo a punto del llanto. Estoy desesperada, así que mi madre me pincha ella misma y vuelvo a sentarme en la silla porque siento que voy a caerme. El nivel de azúcar es correcto, de lo más normal del mundo.

- Está bien, mira cariño- Responde mi madre desesperada. Deja la máquina y la aguja a un lado- Ven, vamos conmigo a la cama, le diré a tu padre que se vaya al sofá para que te duermas conmigo.

A partir de ahí no recuerdo nada más. Cuando abro los ojos, estoy tumbada en la puerta de la habitación de mi madre, y ella me tiene agarrada con los pies en alto. Solo la escucho gritarle a mi padre “¡la niña! ¡la niña!”. Yo no entiendo nada, es como si me hubieran reseteado la mente desde hace algunos minutos. Mi padre se levanta de la cama corriendo y asustado.

- ¡¿Qué ha pasado?! ¡¿Qué ha pasado?!- Pregunta una y otra vez atemorizado.

- ¡Se cayó al suelo! - Grita mi madre.

- ¡¿Qué pasó?!- Pregunta Paola que aparece corriendo desde nuestra habitación asustada.

Sigo sin entender nada. No sé qué hago ahí tirada ni qué me ha pasado. Pero sé que ya se me ha pasado la sensación de fuego que sentía en todo el cuerpo.

- ¿Qué me pasó? - Pregunto confundida cuando consigo mediar palabra.

- ¡Te caíste al suelo! ¿Estás bien? - Pregunta mi madre esta vez tratando de controlar sus nervios.

- Sí, pero, ¿me di en la cabeza? - Es lo único que me preocupa, haberme golpeado la cabeza.

- No, tranquila cariño. Yo te estaba agarrando- Responde mi madre.

- ¡Vamos a urgencias! - Exclama mi padre aterrorizado aún

por la situación.

Antes de que me dé cuenta, mi madre y Paola están quitándose el pijama y poniéndose algo de ropa. Mientras, mi padre me sostiene los pies en alto y no para de preguntarme una y otra vez si estoy bien. No sé si estoy bien o estoy mal, estoy terriblemente confundida. Me pregunta si puedo levantarme, pero lo intento y no tengo fuerzas. Me coge en peso y me tumba en la cama mientras ellos se visten a toda prisa. Todo pasa muy rápido. Estoy tumbada en la cama y observo desorientada cómo ellos corren a mi alrededor. De nuevo empiezo a notar ese fuego en la espalda.

- Papi, me quema la espalda- Le digo a mi padre asustada.

- Tranquila, ya nos vamos al hospital- Responde mi padre para tranquilizarme.

En pijama, con calcetines de colorines y zapatillas de andar por casa, sin pendientes y despeluzada. Así tal cual, mi padre me coge en brazos y me baja por las escaleras de mi edificio hasta el coche. Una vez allí, mi hermana se sienta a un lado, mi padre al otro y yo en el centro. Mi madre conduce. Me llevan al hospital, y cuando sé eso, lo primero que se me pasa por la cabeza es el nombre de Diego. Por favor, espero que no esté allí. Son las tres de la madrugada, así que supongo que no estará.

Mientras vamos de camino, le pido a mi madre que se dé prisa, me vuelvo a encontrar cada vez peor. La espalda me arde. Ella hace todo lo posible por ir rápido, y en menos de siete minutos nos ponemos en la puerta del hospital.

Mi padre se baja del coche, y observo como se acerca una enfermera con una silla de ruedas al percatarse de la velocidad con la que ha llegado mi madre hasta la puerta. ¿Esa silla es para mí? ¡Espero que no! ¡Qué vergüenza!

- ¿Puedes andar? - Me pregunta la enfermera desde fuera del coche.

- No, no puede- Responde mi padre por mí- Llévela en la silla, por favor.

Me ayudan a salir del coche de la manera más incómoda posible, y me siento en la silla de ruedas. Aún no tengo fuerzas, es como si me pesara toneladas todo el cuerpo.

Mi padre se va a aparcar el coche, y Paola y mi madre se quedan conmigo en el mostrador de urgencias mientras la auxiliar me toma los datos. De repente me percato de que Paola rompe a llorar a mi lado. La

miro y le doy un abrazo a la altura de su cintura, ya que es todo lo que puedo hacer.

- Tranquila, estoy bien- Le digo tratando de tranquilizarla.

- ¡No quiero que te pase nada! - Exclama entre sollozos y yo vuelvo a repetirle que estoy bien, aunque realmente no es así. Se seca las lágrimas y se recompone cuando la enfermera viene a por mí para llevarme a otra sala.

No permiten que nadie entre conmigo, así que debo entrar sola. Después de hacerme todo tipo de pruebas desde medirme la fiebre hasta la tensión y hacerme un electro, la enfermera me vuelve a llevar a la sala de espera y ya mi padre ha vuelto.

- He llamado a Diego- Dice mi madre- Me ha dicho que está aquí y que en seguida baja- No soy capaz de expresar el cabreo que siento en este momento porque no tengo fuerzas ni para levantar una ceja, pero me siento muy molesta con mi madre por haber hecho eso.

- ¿Por qué has hecho eso? - Le pregunto intentando parecer lo máximo enfadada posible.

- Porque no estás bien, y no pienso quedarme aquí horas sentada esperando a que me digan qué es lo que le pasa a mi hija- Responde mi madre contundentemente- Lo que haya pasado entre vosotros ahora mismo carece de importancia ¡quiero saber qué te pasa! - Añade desesperada. En realidad, lleva razón, si no es por Diego puedo estar horas aquí esperando a que me atiendan o incluso morir antes. Me encuentro muy mal, me arde muchísimo la cabeza y tengo frío.

¡Dios mío! Diego me va a ver con estas pintas. ¡Tierra trágame! ¿Por qué todo tiene que pasarme a mí? No quiero que se tenga que preocupar por mí, pero sinceramente me siento mucho más cómoda cuando él está porque sé que no puede pasarme nada malo. Sea lo que sea lo que me haya sucedido, cuando él esté sé que todo habrá pasado.

De pronto las puertas del ascensor de la sala de espera se abren y aparece justo en frente de mí. Lleva puesto su pijama verde y sus zuecos rojos, exactamente igual que el día en que lo conocí. Aparentemente más delgado y con esa barba de tres días que me vuelve loca. ¡Joder, cómo lo echaba de menos!

Mueve la cabeza con la mirada puesta en toda la sala con la intención de encontrarme entre toda la gente que hay allí. De repente se

da cuenta de dónde estoy y me mira tal y como lo ha hecho siempre; directamente a los ojos. Se le dibuja en la cara una sonrisa de oreja a oreja, y medida que va acercándose hasta dónde estoy, puedo observar cómo brillan sus ojos marrones. ¿Cómo pude haber dejado escapar algo tan maravilloso?

- Te estaba esperando- Me dice al oído cuando se agacha para darme un beso en la mejilla.

En cuanto se acerca a mí se me olvidan todas las sensaciones de malestar que tenía. Echaba de menos el olor de su perfume y el tacto de sus mejillas, de su barba, que a pesar de ser suave consigue picarme cada vez que me besa. Me quedo sin decir nada durante un rato, porque estoy disfrutando al máximo de su presencia. Él saluda a mis padres y a mi hermana y ellos empiezan a explicarle los sucesos desde ayer por la mañana. Yo vuelvo en mí y caigo en la cuenta de lo que me ha dicho, ¿estaba esperándome? ¿a qué se referirá?

De buenas a primeras vuelvo a sentir ese quemazón intenso en la zona de la nuca y regresa a mi cuerpo la sensación de debilidad. Es como si me dolieran todos y cada uno de los músculos del cuerpo después de haber pasado mi primera semana en el gimnasio.

- Me encuentro muy mal- Digo de manera general a los cuatro.

- Tranquila, vamos para adentro para que te vean- Dice Diego mientras se gira y con la pasividad que le caracteriza coge los mangos de la silla de ruedas para llevarme hasta adentro.

Si hay algo que destaque de él es su pasividad ante momentos que para mí son “graves”. Jamás se pone nervioso, y yo al principio pensaba que era porque ya estaba acostumbrado a estas cosas por su profesión, pero luego me di cuenta de que su personalidad es así. La situación es un poco patética, o al menos yo me siento así, me da muchísima vergüenza que me tengan que llevar en la silla.

- No os preocupéis, que no la voy a dejar sola- Les dice a mis padres y a mi hermana- esperad aquí o si queréis ir a la sala de al lado que hay sofás, podéis ir- Ellos asienten y ponen rumbo hacia la otra sala. A esta hora de la madrugada no hay tanta gente así que supongo que habrá sillones libres.

- ¿Tienes frío? - Me pregunta al parar la silla delante de la puerta de una consulta. Coge la manta que llevo por encima y la

recoloca de manera que me tape lo máximo posible. Yo asiento con la cabeza y caigo en la cuenta de que estoy en pijama y calcetines, sin pendientes y totalmente despeinada. ¡Estoy hecha un cuadro!

- Tengo unas pintas...-Le respondo avergonzada.

- Estás muy guapa- Me contesta con una sonrisa y toca en la puerta.

Entra y la deja medio abierta, así que lo escucho desde afuera hablando con una chica que presupongo que es médico porque le explica lo que me ha pasado y le pide que si puede verme. Ella le contesta muy amable y le dice que me pase para adentro.

Entramos y la veo sentada detrás de la mesa escribiendo en el ordenador.

Es morena, de pelo negro y muy joven. Aparentemente tendrá unos veintiséis o veintisiete años. Lleva un pijama azul celeste, diferente al de Diego. Me pongo un poco celosa porque la chica es guapísima y trabaja en el mismo sitio que él, pero me preocupa más lo que me pueda estar pasando.

- ¡Hola! ¿Qué te ha pasado, Mía? - Me pregunta con un tono del todo afable. Yo empiezo a explicarle de nuevo toda la historia. No es que no confíe en Diego, pero supongo que está obligada a preguntarle a los pacientes qué les ha pasado.

- Vale... ¿ya te había pasado esto con anterioridad? - Pregunta interesada en el tema.

- No, la verdad es que nunca se me había bajado el azúcar de esa forma. -Contesto perdida- Lo de la ansiedad sí, pero lo otro no.

- Okey...- Responde mientras escribe en su ordenador- aquí veo que te han hecho una glucemia y está todo perfecto. También el electro es normal, ¿ahora mismo sientes algo?

Le explico que me quema muchísimo la zona desde la nuca hasta el centro de la espalda y que me siento débil y con muchos temblores. Diego observa la situación apoyado en una especie de cajonera y con cara de tener mucho sueño. Es normal, a mi madre solo se le ocurre llamarle de madrugada...

- ¿Tomas algún medicamento para la ansiedad? - Pregunta la doctora.

- Sí, tomo ansiolíticos y antidepresivos- Respondo- Llevo

con ellos poco más de un mes- Añado. Luego ella me pregunta cuáles son exactamente.

- ¿Y en todo este mes te has sentido bien?, es decir, ¿no has tenido ningún síntoma parecido? - Pregunta.

- Sí, bueno... al principio me iba genial, pero hace como tres semanas empecé a sentirme peor- Me siento muy incómoda porque sé que Diego se está dando cuenta de que lo he estado pasando mal estas semanas- Aumenté la dosis del ansiolítico a dos veces al día, porque el psiquiatra me dijo que si lo necesitaba que lo hiciera. Pero hace tres días me pareció que estaba exagerando demasiado la ingesta, así que dejé de tomarlos porque creía que podía controlar sola la situación...-Las mejillas se me van poniendo rojas a medida que voy contando eso. Sé que esto no se puede hacer, aunque realmente no entiendo por qué, porque estos días he podido sola.

- ¿Dejaste de tomarlos de golpe? - Pregunta Diego de repente, incorporándose de un saltito de su cómoda posición.

- Sí...-Respondo cohibida.

- Pero Mía, ¡Sabes que eso no se puede dejar, así como así! ¡Hay que hacerlo poco a poco! - Exclama exaltado, pero tratando de no parecer molesto conmigo.

- Pero, ¿por qué? - Pregunto confundida- ¡Si he conseguido controlarlo estos días!

- Cuando tomas ansiolíticos a diario y dejas de hacerlo de repente, el cuerpo empieza a emitir una serie de señales como muestra de que necesita esas dosis de ansiolíticos que has retirado de repente, y eso es lo que te ha sucedido- Contesta la doctora-Te lo explico muy por encima, para que me entiendas.

- ¡¿Cómo los drogadictos?!- Pregunto asustada.

- Exacto, es lo mismo que les pasa a los drogadictos cuando dejan de tomar las drogas- Responde- Se llama síndrome de abstinencia - ¡Dios mío! ¿En qué me he convertido? ¡Soy una drogadicta!

- Tranquila, que no estás enganchada ni mucho menos- Contesta ella al ver mi cara descompuesta. Parece que incluso me lee la mente - Puedes dejarlos perfectamente, siempre y cuando lo hagas de manera gradual y reduciendo la dosis.

- ¡Ay Dios! ¡Es que no se te puede dejar sola! - Exclama

Diego. Ambos se ríen, pero a mí no me hace puñetera gracia la situación. Casi me muero y nadie me había explicado que podía pasarme eso si dejaba de tomar las pastillas.

- Pero es que... a mí nadie me dijo nada de que podría pasarme esto - Respondo en mi defensa.

- Tienes razón, fue un fallo por parte de tu médico y fallo por parte mía- Responde Diego reulando- Debía habértelo explicado.

- Bueno pues... ¡ya sabemos lo que te ha pasado! - Exclama la chica- ¡Ojalá todos mis pacientes fueran así de rápidos como tú! - Me dice sonriente.

Luego me explica el proceso que debo seguir si quiero dejar de tomar los ansiolíticos, aunque después de este susto creo que seguiré tomándolos al menos durante un tiempo y más adelante empezaré a reducirlos. Le doy las gracias y nos despedimos de ella. Al salir, Diego me pregunta si puedo ir andando. Creo que puedo intentarlo. Pongo un pie en el suelo y al dar los dos primeros pasos tengo la sensación de que el suelo se mueve y me tiemblan muchísimo las piernas. Poco a poco va desapareciendo esa sensación y puedo andar sin problema.

Él me para en medio del pasillo antes de salir a la sala dónde están mis padres. Se gira hacia mí.

- ¿Estás mejor? - Pregunta.

- Sí, me encuentro mejor- Respondo nerviosa por tenerle tan cerca- Aún estoy un poco aturdida, pero se me pasará. Ha sido una noche de locos - Él pone media sonrisa en su cara y empiezo a sentir unas pequeñas maripositas en mi estómago- Oye, discúlpanos por haberte despertado. Mi madre te llamó sin pedirme permiso...

- No te preocupes- Responde- Me moría de ganas de verte, y me daba igual la hora que fuera- Me dice poniendo su mano izquierda sobre mi mejilla, mientras con la derecha me aparta el pelo de la cara e intenta ponerlo en mi intento de moño prácticamente inexistente- Te he echado muchísimo de menos, Mía. Me has hecho mucha falta.

No sé qué decir en ese momento, lo único que me apetece es besarle y abrazarle y no volver a soltarle nunca más. Me doy cuenta de que he sido una estúpida con la decisión que tomé. Necesito a este hombre que está delante de mí, lo necesito las veinticuatro horas del día, todos los días. Doy un pasito hacia delante y pongo mis manos sobre los lados de



su cuello. Acerco mis labios a los suyos y le beso. Deseaba con todas mis fuerzas hacer eso, lo llevaba necesitando desde hace semanas. Echaba de menos el sabor de sus labios, el tacto de su cara y su cuerpo y sentirme cerca de él.

- Yo también te he necesitado muchísimo- Respondo. Él sonrío como un niño cuando le regalas un juguete nuevo y es el primer niño del colegio en tenerlo. Luego me abraza y yo saboreo el olor de su perfume. No lo suelto durante un buen rato- Lo siento...- Le digo mientras me cae una lágrima por el ojo derecho.

- Calla, no hace falta que me pidas perdón- Responde- Solamente prométeme que te quedarás siempre conmigo- No deseo nada más en la vida, solo estar con él cada día. Despertarme y verle a mi lado, dormir juntos la siesta y hacer mil planes que sabemos con exactitud que nos van a salir perfectos.

- Te lo prometo- Respondo sonriente- Pero yo que tú, me soltaría. A menos que quieras que todo el hospital piense que estás enrollándote con una paciente que se ha escapado en pijama y calcetines de colores de la planta de psiquiatría- Le añado entre risas.

- ¡Me da igual! ¡Eres mi loca! A los demás que les den - Contesta pletórico cogiéndome por la cintura- Oye, vamos a ver a tus padres que estarán preocupados.

Caminamos de la mano por el pasillo del hospital y la gente nos mira de una forma muy extraña. Mis mejillas están del color de un tomate molido, así que camino mirando al suelo porque me entra la risa floja. Diego va saludando a la gente a su paso como si la situación fuera de lo más normal, definitivamente no tiene vergüenza. Cuando llegamos a la sala donde están mis padres, mi padre y mi hermana están fritos, cada uno en un sillón con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados. Mi madre, sin embargo, está mirando su móvil. Cuando me ve aparecer, noto como la cara se le ilumina y se le forma una pequeña sonrisa. No sé exactamente si es porque me ve bien o porque se da cuenta de que Diego y yo vamos de la mano. Al llegar a donde están sentados les explicamos lo que me ha dicho la doctora y por qué me ha pasado eso.

- ¡Es que eso no se puede hacer! ¡¿Estás loca?!- Exclama mi padre enfurecido. Me gustaría contestarle porque no me hace nada de gracia que esté llamándome la atención delante de Diego, pero sé

que tiene razón así que mejor me callo. A mi madre le ha cambiado la cara, menos mal...

Después de estar un rato hablando, le dan las gracias a Diego y se despiden de él. Caminan delante para darme tiempo para que me despida a solas de él.

- Anda, ve a casa y descansa-Me dice cogiéndome de las dos manos.

- Sí, que mañana tengo que ir a trabajar...-respondo pesarosa.

- ¿A trabajar? ¡Ni de coña! Mañana te quedas descansando y a mediodía almorzamos juntos, ¿te apetece? - Me pregunta.

- Sí, claro que me apetece, pero debo ir a trabajar, no puedo faltar, así como así.

- No te preocupes, yo te haré un justificante médico, tranquila- Contesta- Además, tu jefa sabe que has estado enferma, ¿no? ¡Pues deja de preocuparte! - Añade- Mañana nos vemos y me cuentas qué tal ese trabajo.

- Está bien, ¡pesado! Me quedaré descansando- Exclamo poniendo los ojos en blanco. Me coge de la cintura y me planta uno de sus increíbles besos.

- ¡Hasta mañana, preciosa! Bueno, mejor dicho ¡hasta después! - Me dice riéndose.

Nos despedimos y camino hacia la puerta de salida de urgencias dónde me espera mi madre con el coche parado. Durante el camino a casa me toca la charla y las preguntas de por qué había dejado de tomarme las pastillas. No obstante, mi madre trata de suavizar la situación preguntándome si he vuelto con Diego. Le contesto que no sé, pero creo que sí. No me gusta nada hablar estas cosas con mis padres así que lo único que contesto son monosílabos.

Al llegar a casa me acuesto a dormir tal cual llevo. Es la primera vez en mi vida que no tengo que ponerme el pijama porque ya lo traía puesto de la calle. Miro mi móvil, que con todo el jaleo lo dejé en casa. Tengo un mensaje de Diego de hace unos minutos.

*“No me dejes nunca, por favor. Te quiero, nena. Más que nunca y más que siempre”*

*“Lo he prometido y yo cumplo mis promesas. Tendrás que*

*aguantarme toda la vida. Yo te quiero más que infinito”*

Me acuesto en la cama y tengo una sensación diferente. Siento que todo está en paz, que nada me preocupa. Me siento más feliz de repente. He vuelto con Diego, le he visto y le he abrazado. No podría definir lo que siento en este momento. Es como volver a tocar el cielo con los dedos.

#### 14.

Abro los ojos y me despierto confundida. ¿Qué hora es? Las ocho menos cuarto. Observo que mi hermana sigue dormida. Normal, con la noche que le he dado como para ir a clase hoy... Aprovecho que estoy despierta y le envío un mensaje a María. Le explico lo que me sucedió anoche y le aclaro que le llevaré un justificante médico. A los quince minutos ella me responde diciéndome que no me preocupe por nada y que descanse para que me recupere. Casi no acabo de leer el mensaje y vuelvo a cerrar los ojos. Me quedo dormida con el móvil sobre el pecho.

Para cuando vuelvo a despertarme son las once y media. Paola sigue durmiendo y me da pena despertarla así que la dejo dormir. Mis padres, en cambio, si han ido a trabajar. Me siento fatal por la noche que han pasado por mi culpa, deben estar agotados. Con un poco de miedo me pongo en pie y me voy a la cocina a desayunar. La última vez que estuve en esa estancia de mi casa perdí el conocimiento, pero no puedo dejar que el miedo me domine, así que trato de apartar esos pensamientos de mi cabeza. Directamente pienso en Diego. Me da un poco de temor lo que pueda contarme acerca de lo que ha hecho estas semanas sin mi... ¿habrá estado con alguna otra chica? Lo que está claro es que no ha conocido a nadie, si me ha dicho que quiere estar conmigo...

Me pica la curiosidad y mientras tomo mi café figoneo sus redes sociales. Examino su perfil de arriba abajo, pero nada. Empiezo a ver fotos hasta que llego a sus fotos antiguas con la chica rubia de ojos verdes. Es bastante guapa, en realidad más guapa que yo solo por el hecho de ser rubia y con los ojos claros. Aunque su cuerpo no es muy diferente al mío; estatura media, muslos y cadera anchos y complexión “fofa”. Por la cantidad de fotos que tiene con ella parece que estuvieron juntos mucho tiempo. ¿Por qué lo habrán dejado? ¿Estoy celosa por algo que pasó hace tiempo? Creo que sí, y eso no es buena señal. Cierro el perfil de Diego y dejo mi móvil a un lado para acabar de tomar mi café, pero de repente suena. Es él.

- ¡Buenos días preciosa!, ¿estás mejor? ¿has descansado? -  
Pregunta al otro lado del teléfono.

- ¡Buenos días! ¡Sí, ya estoy mejor! Aún tengo el cuerpo un poco extraño, pero estoy mejor- Respondo muy contenta al oír su voz- ¿y tú? ¿has descansado?

- Sí, he dormido toda la noche desde que te fuiste incluso esta mañana me he quedado durmiendo más tiempo- Contesta entre risas- Por cierto, ¿te parece bien si te recojo a las dos? Tengo que acompañar a mi tía a hacer algunos recados primero.

- Sí, sí- Respondo dándole un sorbo a mi café- Me viene perfecto.

- ¡Genial! Te veo luego preciosa ¡Chao! - Se despide.

- Hasta después, amor- Le contesto. Cuando cuelgo vuelvo a poner el teléfono sobre la mesa y me sale una pequeña sonrisa sin querer. Vuelvo a parecer una cursi enamorada.

Al acabar de desayunar me pongo los auriculares y empiezo a escuchar “Dear Future Husband” de Meghan Trainor seguida de “Ain’t your mamma” de JLo. Son las dos canciones que más me activan cuando las escucho. En seguida empiezo a bailar y a moverme, así que me encanta ponérmelas con los auriculares cuando tengo que limpiar o recoger en mi casa.

A las doce y media Paola se levanta y ya yo he recogido casi toda la casa, aún me queda por hacer mi cama, que no la había hecho por no despertarla.

- Creía que irías a trabajar- Me dice mirando su móvil unos minutos después de haber abierto los ojos.

- No, Diego me dijo anoche que me haría un justificante médico para entregarlo en el trabajo- Respondo desplazando las perchas de un lado a otro del ropero.

Aún no tengo claro qué ponerme, pero me apetece ponerme guapa, ya que hace semanas que no me visto elegante. Creo que me pondré un vestido rojo que me compró mi madre el invierno pasado. Ya está haciendo frío, así que puedo estrenarlo. Es de manga larga, súper ajustado y con dos volates que van desde el hombro hasta la zona de debajo del pecho en vertical, uno en cada lado. Me lo pondré con los Stilletto negros o ¿no? ¡uf! Empiezo a entrar en mi bucle de “no sé qué ponerme”, creo que es mejor que le pida consejo a Paola

- ¿Crees que este vestido quedaría bien con mis Stilletto negros?

- Sí, ¿por qué no?;quedaría guay! - Exclama- ¿a dónde vas a ir?

- No lo sé, Diego me ha invitado a almorzar, pero no sé dónde comeremos- Respondo observando cómo queda la combinación.

- Procura que te lleve a un sitio refinado, porque te vas a poner una ropa elegante- Contesta con sorna.

Al final he decidido quedarme con esa combinación. No voy a darle más vueltas al look porque si no puedo acabar deprimida en la cama, y no me apetece. Tengo ganas de salir y pasar tiempo con él. Antes de salir de casa me tomo mis pastillas y le envío a mi madre un mensaje para decirle que no comeré en casa.

Diego llega a las dos y cinco así que al subirme al coche le echo en cara que ha llegado cinco minutos tarde. Lo hago más que nada por molestarle.

- ¡Guau! Estás preciosa, aunque estás más delgada cariño, se nota que has estado un tiempo sin comer conmigo – Me dice.

- Sí, tú también lo estás y además has adoptado una nueva costumbre de llegar tarde- Respondo irónicamente levantando una ceja.

- ¡Pero si solo han sido cinco minutos, quejica! - Exclama Yo empiezo a reírme y le doy un beso que me sabe increíble. Me apetecía pintarme los labios, pero me apetecía más comérmelo a besos después de tanto tiempo, así que lo he dejado para otro

momento.

- ¿A dónde vamos? - Pregunto.
- ¡Ya verás! - Responde haciéndose el interesante.
- ¡Venga, bah! Dame una pista.

- ¡Vaaale! Vamos al sitio dónde comimos hace un par de semanas, el de al lado de la playa y el paseo pequeñito- Contesta.

- ¡Ah, sí! ¿Dónde nos quedaríamos a vivir?

- ¡Exacto! Dónde vamos a vivir.

- Para eso aún queda tiempo- Respondo entre risas- Pero por ahora podemos ir a comer, me encantó ese lugar. Él me responde con una sonrisa y enciende el Bluetooth de su coche para escuchar música. De entre toda la lista de canciones escoge “Perfect” de Edd Sheran. Como su propio nombre indica, esa es la canción más perfecta que he escuchado jamás.

- Escucha esta canción- Me dice sutilmente tratando de hacerme entender que me la quiere dedicar. Yo asiento con una sonrisa porque he escuchado esa canción miles de veces y me sé de memoria la letra. Hace años que no me dedicaban una canción, y eso es algo que a toda persona enamorada le encanta. A medida que va sonando, voy cantándola en voz baja, pero él se da cuenta. Me mira y se le pone una amplia sonrisa en la cara mientras pone su mano sobre mi pierna para cogerme mi mano que está ahí apoyada.

Cuando llegamos al restaurante me viene una oleada de recuerdos a la cabeza. Por suerte, esos recuerdos los hemos recuperado y espero no volver a perderlos. Mientras comemos le explico a Diego todo lo que he hecho en este tiempo sin él, como me va el trabajo y demás. Él hace lo mismo, pero siento que hay algo que no me está contando porque por momentos se queda en silencio mientras está narrándome lo que ha hecho. Puede que sea producto de mi imaginación, no lo sé, aunque si ha estado con otra persona está en todo su derecho. Al fin y al cabo, fui yo quien lo dejé. Pero la intriga es más fuerte que yo, así que paro de comer y pongo el tenedor sobre mi plato para preguntarle directamente.

- ¿Has estado con otra persona? - Pregunto directa- Puedes contármelo, no hay problema. Estás en todo tu derecho.

- ¿Qué? ¡No! ¡Para nada! - Exclama asombrado por lo que le estoy preguntando- Apenas he salido de mi círculo de confianza- Contesta antes de echarse un trozo de su solomillo a la boca.

- Bueno, tal vez hayas podido estar con alguien de tu “círculo de confianza”- Contesto- Todo puede pasar...

- ¡Que no cariño! Te lo prometo- Responde poniéndose serio- No he estado con nadie más- Lo dice con tal seriedad que le creo ciegamente y le respondo con media sonrisa. De repente me viene a la cabeza la chica rubia de ojos claros...

- Oye... ya que estamos hablando de esto, ¿puedo preguntarte cuánto tiempo estuviste con la chica rubia de tus fotos del perfil? - Pregunto avergonzada por mi atrevimiento- Sí, soy un poco chismosa y he visto tus fotos- Él esboza una risa antes de contestarme.

- ¿Te refieres a Nati? ¿mi ex novia? Pues...casi tres años- Responde dubitativo- No recuerdo muy bien el tiempo exacto, pero algo así. Fue hace ya cuatro años- Añade. Yo no le he pedido que me diga cuanto tiempo hace, pero me alivia saber que fue hace tanto tiempo.

- ¿Y qué pasó?

- ¿Qué pasó de qué? ¿Por qué rompimos? - Pregunta. Yo asiento con la cabeza- Pues porque ella vivía en otra ciudad y nos veíamos muy poco. Al final acabó por terminarse el amor y... ¡ya sabes! Son cosas que pasan- Añade- Pero me alegro muchísimo de que sucedan esas cosas, de lo contrario no estaría ahora mismo aquí contigo.

Sonríó como una niña pequeña después de escuchar sus palabras. La verdad es que me quedo más tranquila con lo que me ha contado. No temo porque no confíe en que sus sentimientos sean verdaderos, pero es que siempre he sido un pelín celosa, y con Diego tengo aún más miedo de perderle. Tras ese incómodo momento, seguimos hablando de mi trabajo y continúo contándole mis anécdotas en clase con los chicos. Me lo paso genial con ellos, y cada día aprendo cosas nuevas. Después de comer, salimos a la pequeña avenida que hay junto al restaurante con la intención de dar un paseo. Pero observo que Diego se para en seco y saca algo de su bolsillo. Es un pañuelo de color negro.

- ¡Toma! Ponte esto en los ojos- Me pide.

- ¿Esto qué es? ¿No pretenderás hacer algún juego sexual aquí a plena luz del día? - Pregunto confundida entre risas.

- No, tranquila- Responde siguiéndome las risas- Tengo una sorpresa para ti- ¿Una sorpresa? ¡Qué intriga! y ¡qué nervios! Pongo cara de confusión, pero no digo nada. Me limito a ponerme el



pañuelo en los ojos tratando de no mancharlo con el rímel.

- Tendrás que guiarme, ¿porque no veo nada! - Exclamo desorientada viéndolo todo en negro. Escucho como se ríe y seguidamente me coge del brazo.

- Tranquila que no te volverás a caer-Responde- Ya tuviste bastante anoche- Añade con una carcajada. Yo trato intento hacerme la enfadada y le doy un manotazo al aire tratando de encontrar su hombro.

Empezamos a caminar e interiormente siento que me muero de la vergüenza. Todo el mundo debe estar mirándome como la tonta que va con los ojos tapados. De repente nos paramos en algún lugar. Escucho unas llaves y cómo se abre una puerta. Diría que es Diego quien la abre, pero no veo absolutamente nada. Entramos a ese lugar y dejo de escuchar el ruido del mar y de la gente del paseo. El suelo es de madera, porque lo noto al pisar con mis tacones. Caminamos algunos metros hasta una escalera que empezamos a subir.

- ¡Me dan miedo caerme! ¡No veo los escalones! - Exclamo desorientada. Diego se ríe a carcajadas. Casi parece una risa nerviosa.

- Tranquila, que te estoy sujetando- Responde entre risas

- ¿Estamos solos? - Pregunto intrigada.

- Sí, tranquila que nadie te verá si haces el ridículo- Contesta sin poder parar re reírse.

Parece que ya se ha acabado la escalera, porque empezamos a caminar recto y vuelvo a escuchar el sonido de mis tacones sobre la madera. De repente nos paramos.

- ¿Estás mareada? - Me pregunta.

- No, no- Respondo- Estoy desorientada, pero estoy bien.

- Vale- Contesta Diego con un suspiro intenso y voz temblorosa.

Siento que pasa las manos por detrás de mi cabeza para quitarme el nudo del pañuelo. Empiezo a ver la claridad que me ciega un poco. Pasados unos segundos, observo lo que hay a mi alrededor. Estamos dentro de un vestidor con muebles blancos, un espejo enterizo y dos grandes ventanas. Es tal y como se lo describí la vez que estuvimos delante de aquella casa... ¡un momento! ¡Esta es la casa!

- Pero... ¿qué es esto? ¿Cómo has conseguido entrar aquí? -

Le pregunto confundida- Y, ¿ya esto estaba aquí?

- He comprado la casa- Responde ante mi asombro- Llevo un mes aquí, construyendo esto. Bueno, yo no, los obreros...-Responde sofocado.

- Pero... ¡Diego! - Exclamo aturdida- ¿cómo has hecho esto? ¡Es increíble!

- Pues... he invertido mis ahorros y he construido el vestidor que me pediste- Responde con una sonrisa, como si todo el tiempo hubiera estado seguro de que volveríamos a estar juntos.

- ¡Es impresionante! No sé qué decir... ¡quiero verlo todo! - Exclamo mientras camino por el vestidor. Diego se ríe.

- Creo que este roperito será el que más te pueda gustar- Me dice señalando una especie de roperito que parece ser para guardar cosas pequeñas como joyas o cosas así.

Me acerco hasta la puertecita y la abro para ver cómo es por dentro. ¡No lo puedo creer!

Dentro de esa pequeña puertecita hay una caja con un anillo de compromiso. Es el anillo más bonito que he visto en toda mi vida, de plata y con una piedrecita blanca y pequeña incrustada justo en el centro. Es perfecto, tal y como lo habría imaginado. Siento que el corazón me palpita a mil por hora y no tengo percepción del tiempo. Es como si se hubiera parado todo a mi alrededor.

- Sé que te prometí que iba a esperar a que me dieras una respuesta, pero no aguanto más- Me dice impassible parado frente a mí- quiero pasar el resto de mi vida contigo. Te necesito a mi lado, porque he pasado este tiempo sin ti y no he podido soportarlo. Quiero que seas mi mujer, la madre de mis hijos y que estés a mi lado cuando abra los ojos por las mañanas. Te amo, Mía y me haces la persona más feliz del mundo- Me dice mientras coge el anillo en sus manos. Luego hinca la rodilla en el suelo y siento que el corazón se me va a salir del pecho. He soñado toda mi vida con este momento, pero jamás lo imaginé tan perfecto- Cásate conmigo, Mía. Sé mi mujer.

Estoy en shock, pero muero de ganas por contestar que ¡sí! Quiero gritar y que todo el mundo se entere de que quiero casarme con el hombre más increíble que existe. Una pequeña lágrima brota de mi ojo derecho, seguida de otra por mi ojo izquierdo. Me agacho y cuando estoy a su

altura le miro directamente a los ojos.

- Sí, sí quiero -Respondo- ¡Por supuesto que quiero casarme contigo!

La cara de Diego se ilumina y se le dibuja la mayor sonrisa que he visto. De repente empiezan a asomar las lágrimas por sus mejillas por la emoción. Nos ponemos de pie al unísono y permanecemos abrazados durante al menos tres minutos que parecen una eternidad. Cuando nos separamos, él saca el anillo de su cajita y me lo pone en el dedo anular de mi mano derecha. Observo impresionada mi mano. También había soñado muchísimas veces con tener un anillo de compromiso, pero lo que siento ahora mismo no se iguala para nada a lo que imaginaba. Es mejor, increíblemente mejor. Me siento la persona más feliz y afortunada del universo.

Vuelvo a mirar a Diego y le abrazo con todas mis fuerzas. Luego empezamos a besarnos como si no hubiera un mañana. En este momento agradezco no haberme pintado los labios de rojo. Él baja sus manos por mi cuerpo hasta llegar a mis nalgas y las aprieta con fuerza. Me atrae cada vez más hacia su cuerpo y me dejo llevar por el frenesí del momento. Él introduce sus manos por debajo de mi vestido y yo empiezo a desabotonar su camisa hasta dejársela abierta. Me coge en brazos y me lleva hasta la mesita del tocador que está al fondo del vestidor. Me sube encima y uno mi espalda con el espejo que hay encima para posteriormente dar rienda suelta a toda la pasión que llevábamos dentro desde hace semanas.

- Te amo- Me dice sentado a mi lado sobre la mesita. Yo tengo la cabeza apoyada en su hombro derecho y mis manos entrelazadas con las suyas.

- Yo también te amo, cielo- Respondo con una sonrisa. Él me besa tiernamente en los labios.

- Parece que queda oficialmente inaugurada nuestra casa- Me dice riendo.

- ¿Nuestra? - Pregunto aún sin creérmelo.

- Por supuesto, cariño- Responde- Todo lo que ves es de los dos- Añade sonriente.

- Bueno...la verdad es que solo he visto el vestidor- Respondo riéndome. Con la emoción del momento nos habíamos olvidado de que no había visto el resto de la casa.

Nos ponemos en pie de un salto y él me va guiando para que vea el resto de mi nueva casa, “mi nueva casa”, hasta pensarlo se me hace extraño. De repente me siento una persona independiente y con muchas cosas por hacer. La casa aún tiene las paredes grises, sin pintar. La única estancia que está realmente acabada es el vestidor, sin embargo, la tarima del suelo sí que está puesta. No hay puertas, pero sí ventanas con persianas exteriores. Al salir del vestidor, observo la magnitud de nuestro cuarto. Al fondo hay una cristalera enorme con vistas al mar. Me dirijo hacia allí y observo las vistas. ¡Es precioso! Veo a la gente pasear por la playa y el horizonte que se une con el mar. Es incluso mejor de lo que me imaginaba.

En esa misma planta hay dos baños, el más grande con acceso desde nuestro cuarto, y el pequeño está afuera junto a otras dos habitaciones también bastante grandes. Al bajar las escaleras de loza, llegamos directamente al salón que se une a la cocina con una isla, como la casa de los padres de Diego. Supongo que habrá cogido de ahí la idea. Justo detrás del salón hay un jardín inmenso, pero aún le falta césped. Desde ya estoy pensando en poner una piscina enorme de gresite, pero creo que para eso aún queda tiempo y dinero que ahorrar. Salgo al jardín a echar un vistazo y veo que hay dos puertas, una para entrar a pie y otra para entrar con el coche hasta un pequeño porche que hay justo a la derecha de la casa, el cual supongo que Diego cerrará por los lados, ya que es muy cuidadoso con su coche. Me encanta este jardín. Puedo escuchar el mar y es tan grande que puedo hacer miles de cosas aquí. Quizá plante una palmera, lo pensaré.

Volvemos a entrar en la casa y tras salir del salón hay una especie de pequeño pasillo que no llega a medir ni cincuenta metros. Tiene un pequeño aseo a la izquierda, un cuarto enorme al fondo y otro más pequeño a la derecha, que queda justo detrás de la cocina.

- ¿Todo esto lo has diseñado tú? - Le pregunto

- Sí, le dije al arquitecto lo que quería y él me hizo los planos- Responde- Hice un par de cambios por temas de estructura y así quedó. ¿Te gusta?

- ¡Me encanta cariño! Es incluso mejor de lo que me podía haber imaginado jamás- Respondo ilusionada- ¡Es la casa de mis sueños!

Él se ríe, me coge en peso por la cintura y me besa de una

manera increíble.

- Bueno, aún queda mucho por hacer, pero calculo que en unas dos semanas podremos mudarnos porque ya habrán acabado lo más importante para podernos venir a vivir- ¡Dos semanas! Solamente dos semanas y ya estaré viviendo en mi propia casa. Aún no me lo creo.

- ¿Insinúas que dentro de dos semanas estaremos viviendo juntos?

- ¡Sí! - Exclama con una sonrisa.

- ¿Y si no te acostumbras a vivir conmigo o te molesta alguna de mis manías? - Pregunto dudosa

- La casa es grande, puedes vivir tú en una habitación y yo en otra- Responde con sorna- ¡Cariño! Lo que más deseo en este mundo es vivir contigo, me acostumbraré a tus manías si debo hacerlo.

- Está bien... ¡pero prométeme que no te enfadarás si ronco!

- Le digo entre risas. Él suelta una carcajada.

- Trataré de soportarlo- Responde entre risas.

Increíble... ¡mi propia casa! Y, un momento ¡qué también voy a casarme! ¿cómo le explico yo esto a mis padres? No sé de qué manera se lo puedan tomar. Mi madre me ha dicho toda la vida que no me case ni tenga hijos, que eso solo son problemas. Sé que lo dice de broma, pero intuyo cierta verdad en lo que me dice. Aunque con Diego ha cambiado mucho su percepción de las cosas. Se llevan tan bien que puede que incluso se alegre cuando le diga que me ha pedido matrimonio. ¿Se lo habrá contado él ya a sus padres? Imagino que el tema de la casa sí, porque lleva varias semanas construyendo esto, pero, ¿y lo de casarnos? ¡ay Dios mío! De repente tengo mil cosas que hacer y en las que pensar. ¡Qué agobio!

- ¿Se lo has dicho a tus padres? – Pregunto.

- ¿Él qué? ¿Lo de la casa? -Pregunta retóricamente- Sí, por supuesto. Ya han estado aquí y les encanta.

- No...me refiero a lo de casarnos- Respondo.

- ¡Ah! No, eso no lo sabe nadie aún- Contesta acalorado- Tendremos que hacerlo juntos.

- Está bien, pero si quieres que lo hagamos juntos deberás acompañarme para contarles a mis padres que de repente me voy de mi casa y seré la señora del doctor Ruiz- respondo con una

carcajada. Él me sigue el rollo, pero parece agobiarle un poco la situación.

- Supongo que debo hacerlo ya que te he metido en este embrollo- contesta.

Después de dar otra vuelta por la casa y empezar a planear los muebles que pondremos y el color de cada uno de ellos, salimos rumbo a casa de mis padres para contarles todo. Empiezo a ponerme nerviosa por la posible respuesta que me darán.

## 15.

Al llegar, Diego sube conmigo a casa. Me da un poco de vergüenza porque nunca ha estado aquí, no sé lo que pueda pensar de como esté la casa.

- ¡Mami! Traigo visita, ¿se puede pasar? - Le grito a mi madre desde la puerta por si acaso esté en ropa interior o algo así.

- ¡Sí, sí! Pasad - Responde desde el salón. Está medio dormida y es normal, anoche no descansamos nada. Sin embargo, no puedo decir lo mismo de mi padre porque está durmiendo como un tronco, pero al escucharnos abre los ojos y se despierta. Ya me

gustaría a mí estar durmiendo. Presiento que esta noche me quedará dormida en nada.

- ¿Qué hacéis aquí? – Pregunta mi padre aun despertándose.  
Mi hermana se acerca por detrás del sillón para saludar a Diego.

- Tenemos que hablar con vosotros- Respondo aterrorizada.  
- ¿Qué pasa? - pregunta mi madre asustada.  
- Pues... Diego y yo nos vamos a vivir juntos- contesto.  
- ¿En serio? – pregunta mi madre sorprendida.  
- ¡Al fin! Creía que nunca te irías de casa- Responde mi padre con guasa.

- ¡Papá! – exclama mi hermana.

Les explico la situación, la compra de la casa y dónde se encuentra. Mi madre y mi hermana no salen de su asombro, sin embargo, mi padre actúa como quien se quita un peso de encima.

- ¡Qué guay! ¡Yo quiero ver la casa! - Exclama Paola. Yo sonrío.

- Cuando quieras puedes ir a verla- Le responde Diego con una sonrisa.

- ¿Y ese anillo? - Me pregunta mi madre asombrada. Ya me extrañaba que aún no me hubiera dicho nada. Siempre está pendiente de lo que llevo puesto por si es algo suyo o algo nuevo, o de cómo me peino y me maquillo.

- Me lo ha regalado Diego- Le respondo. Cojo aire y creo que es el momento de decírselo- Nos vamos a casar.

- ¡¿Qué?!- Exclama mi madre impactada. Mi padre empieza a reírse a carcajadas.

- ¡¿De verdad?!- Exclama mi hermana. ¡Tierra trágame! ¿Qué les digo ahora? Por más que nos queramos es muy pronto para casarnos, pero lo cierto es que no me apetece otra cosa que no sea pasar el resto de mi vida con él.

- Sí, ¡culpa mía! - Exclama Diego avergonzado. Yo no sé dónde meterme. Mi madre suspira.

- Está bien... si es lo que vosotros queréis, hacedlo- Responde tajante. Su respuesta me indica que no está muy contenta con la decisión.

- ¿No estás de acuerdo? - Le pregunto.

- No es eso...-contesta- eres mayor de edad y puedes hacer

lo que te dé la gana, pero me parece un poco pronto- Añade convencida- Aunque sí, es cierto que sé que eres feliz, así que no puedo decirte que no me haga ilusión la idea. Sonrío y la abrazo.

- ¿Y para cuando la boda? - pregunta mi padre.

- ¡Yo quiero ser la madrina o como mínimo dama de honor! -  
Exclama Paola.

- Ni siquiera hemos pensado en eso, realmente no hemos tenido ni tiempo- Contesta Diego.

- Eso lleva su proceso- Añado.

Después de unas dos horas hablando del tema y explicándole a mis padres como es mi nueva casa, miro a Diego y veo que los ojos se le están haciendo pequeñitos. Tiene que estar muriendo de sueño, así que le digo que se vaya a casa a descansar. Ya mañana será otro día y nos esperan semanas de mucho trabajo. Lo acompaño hasta la puerta de casa y allí me despido de él.

- ¿Te apetece comer mañana en mi casa? Quiero que estés presente para contarle a mis padres la noticia- Pregunta.

- Hombre, me da un poco de miedo, pero supongo que también es mi responsabilidad- Contesto con sorna- Por supuesto, allí estaré.

- Te paso a recoger sobre la una, ¿vale?

- Está bien, cielo- Respondo dándole un beso en la mejilla- Hasta mañana, descansa esa cabecita- Añado besándolo en los labios.

- Hasta mañana, nena- Me da un beso en la sien y se va. Desde lejos observo como me dice “Te quiero” moviendo la boca, pero sin decir nada. Yo le sigo el rollo con una carcajada y le contesto que “yo también”.

A las nueve y media de la noche ya estoy en la cama. Tengo el cuerpo como si llevara tres días sin dormir. Cojo mi móvil y le envío un mensaje a Diego para darle las buenas noches.

*“Estás loco, pero te quiero, porque me tienes loca por ti. Hasta mañana futuro marido. Te amo”*

*“Me encanta que nos volvamos locos juntos. Que descanses mi vida, yo también te amo futura esposa”*



Pongo el móvil en mi mesa de noche y creo que antes de las diez entro en un sueño profundo.

A la mañana siguiente, abro los ojos y veo que son las diez. Tenía pensado ponerme a preparar las clases del lunes, pero creo que lo dejaré para mañana. A propósito de eso, cojo el teléfono para enviarle un mensaje a María y decirle que ya estoy mejor y el lunes me incorporaré de nuevo. La semana que viene es bastante corta, puesto que el jueves es día festivo y los chicos hacen puente el viernes, así que solo trabajaré tres días. Después de desayunar me doy una ducha, me seco y plancho el pelo y ya son las doce.

- ¡Mamá! No comeré aquí, voy a almorzar con la familia de Diego, ¿vale? - Le digo a mi madre desde la puerta de la cocina.

- Está bien, cariño- responde- ¿ya ellos saben la noticia?

- No...-contesto- es por eso que voy a almorzar con ellos. Queremos contárselo hoy.

- Me parece buena idea- responde mientras corta en pedacitos los pimientos para el almuerzo- ¡suerte! - Exclama con guasa.

Yo la miro levantando una ceja y le hago un gesto para mostrarle mi molestia por la broma. Luego me voy a mi habitación para decidir qué ropa me pongo. Creo que hoy me decantaré por un pantalón beige, tacones del mismo color y camisa blanca con estampados en colores cálidos. Es algo formal así que quiero tener un aspecto serio. Lo conjunto con unos pendientes dorados y un bolso color rojo-morado a juego con un cinturón del mismo color. Me llevaré un abrigo por si me hace falta.

- ¡Hola cielo! - Me saluda Diego cuando me subo a su BMW- ¿qué tal estas? ¿alguna novedad o desmayo? - Pregunta con sorna.

- Tranquilo, mi salud está en perfecto estado- Respondo besándole suavemente en los labios para no mancharle con mi labial morado- Estás muy sexy hoy- Añado observando su pantalón marrón, de igual color que sus zapatos y su camisa de botones en un tono verde botella.

- Gracias- Responde con una sonrisa- Lo mismo digo, aunque tú nunca dejas de sorprenderme.

Le respondo con una sonrisa y me abrocho el cinturón de seguridad. Cojo su teléfono móvil para buscar alguna canción interesante. Encuentro

“Walk of shame” de Meghan Trainor y la pongo mientras él conduce sin quitar ojo de la carretera.

- ¡Hola guapa! - Exclama su tía cuando nos abre la puerta de la casa- ¿cómo estás? ¡Hace mucho tiempo que no te veía!

- ¡Hola! Pues muy bien, con mucha hambre- Respondo entre risas. Pasamos al salón y allí está el resto de la familia al completo. Me pongo aún más nerviosa, porque no solo serán sus padres, sino también sus tíos y sus primos. Empiezo a saludarles uno a uno hasta acabar saludando a sus padres.

- ¿Qué tal guapa? ¡Te estábamos esperando para comer! - Me saluda su madre – Me alegro de que estés de nuevo aquí - Me gusta mucho el ambiente de su familia. Están muy unidos y se respira familiaridad cuando estoy con ellos. Todo lo contrario de lo que sucede en mi casa.

Cuando nos sentamos a comer la deliciosa paella, empezamos a hablar de todo un poco: trabajo, deportes, socialidad, etc. Yo dejo que hablen todo lo que quieran, participando de vez en cuando en la conversación y que así el momento de dar la noticia se alargue lo máximo posible. De repente se crea porque sí un momento de silencio, nadie dice nada.

- Familia, Mía y yo tenemos que decir algo...- dice Diego dubitativo. ¡No por Dios! Creo que no estoy preparada para este momento. Suelto mi tenedor sobre el plato y entrelazo mis dedos por debajo de la mesa plegable que ha montado la madre de Diego para que pudiéramos comer todos juntos- ¡Nos vamos a casar!

¡Lo ha dicho! No sé dónde meterme en este momento. Mis mejillas empiezan a ponerse coloradas y observo cómo todos paran de comer. Sin embargo, sus caras no son las mismas que pusieron mis padres y mi hermana. Por el gesto que ponen parece que se alegran mucho más por la noticia.

- Pero, ¡eso es una gran noticia! - Exclama su madre con una sonrisa que casi se le sale de la cara- ¡Qué felicidad!

- ¡Qué bien, hijo! - Exclama su padre también con una sonrisa igual de grande.

- ¡Qué buena noticia, cariño! - Responde su tía de lo más contenta- ¡Me alegro tanto por vosotros! - Exclama acercándose a nosotros para darnos la enhorabuena.

Detrás de ella vienen sus padres, su tío y todo el resto de la familia. Por la alegría que irradian parece que les acaba de tocar la lotería. Yo también me contagio de esa alegría y les enseño mi anillo de compromiso una y otra vez. Realmente no puedo dejar de mirarlo, es lo más bonito que he visto en mi vida. Empiezan a hacernos preguntas sobre la boda: lugar, fecha, vestido... no tengo nada claro, lo único que sé es que me gustaría casarme cerca de casa. Sin embargo, a medida que empiezan a hacer propuestas y preguntas, empiezo a agobiarme un poco. Entre la casa nueva y la boda, tengo un millón de cosas que preparar, y aunque sé que Diego hará su parte, me agobio igual porque pienso que también tengo que trabajar y todo se me junta. La cara se me empieza a agriar, y paso de la alegría del momento al estrés pre-preparatorios. Diego me mira y se percata de lo que me sucede sin tener que preguntarme. Rápidamente cambia de tema y empieza a hablar sobre su trabajo porque sabe que es un tema bastante recurrente. Desde mi lado de la mesa le dedico una sonrisa cómplice como muestra de agradecimiento por haberme sacado de ese bucle.

Tras comer un delicioso helado artesano como postre, Miguel propone que vayamos a una terraza del paseo a tomar una copa. Todos estamos de acuerdo, así que allí pasamos la tarde poniéndome al día con anécdotas de la infancia y juventud de Diego. Algunas me sorprenden bastante, porque por lo general son historias de lo que sería un niño travieso en toda regla. Todo lo contrario, al chico serio que aparenta ser hoy en día, pero no puedo dejar de reírme al imaginarlo haciendo todas esas travesuras.

Sobre las siete y algo de la tarde ya empieza a hacer frío, por tanto, decidimos volver a casa de los padres de Diego para estar mejor. Allí tomamos una última copa para celebrar la noticia de nuestra boda, pero hacia las ocho y media empiezo a sentir un hambre atroz. No entiendo por qué, si realmente almorzamos muy bien, y me resulta extraño porque llevo tanto tiempo sin comer bien, que el tener tantas ganas de comer me resulta extraño. En un momento a solas con mi chico, le cojo de la mano y

le doy un beso en la mejilla, ya que no hemos tenido intimidad durante todo el día. Le confieso que estoy muerta de hambre y me propone salir a cenar por ahí. Me apetece una pizza, hace tiempo que no como una.

- ¿Te apetece comer pizza? - Le pregunto.

- ¡Sí! No estaría mal- Responde entusiasmado.

- Está bien, podemos ir a algún buen italiano.

- Conozco uno magnífico- Responde.

- Vale, confío en tu sabiduría culinaria- Contesto con un guiño de ojo a lo que él me responde con el mismo gesto.

Se levanta del sofá comienza a despedirse de su familia. Yo le sigo y hago lo mismo, dándoles las gracias por haber pasado un día estupendo.

- ¡Hay muchas cosas por hacer Mía! - me dice su madre- Así que espero verte más a menudo por aquí- Añade con ternura. Yo le sonrío y le prometo que vendré más a menudo a visitarles. Luego cojo mi abrigo y mi bolso y nos vamos a cenar.

Me ha traído a un restaurante italiano, de sillones antiguos, mesas con manteles blancos e incluso hay candelabros sobre algunas de las mesas. Las copas son de colores, y las paredes están decoradas con papel de un estampado floral. ¡Súper auténtico!

- Te felicito por tu elección- Le digo a Diego mientras saboreo mi pizza boloñesa-Parece ser que también sabes de cocina, ¡lo tienes todo! - Él se ríe y se lleva un pedazo de pizza a la boca.

- Me gusta mucho este sitio- Responde después de deglutir- Lo descubrí gracias a Pablo, que me trajo un día a almorzar aquí- Añade. Aprovechando el momento le pregunto por Pablo y Alma, a lo que él me responde que están de lo más contentos con la noticia de que vayamos a casarnos.

- ¡Jo! ¡Te has adelantado contándoselo! - Le regaño- Por cierto...hay demasiadas cosas que preparar, ¿no crees? - Añado preocupada.

- Cielo, no te agobies por eso- responde tratando de tranquilizarme- lo haremos a tu manera y poco a poco. No hace falta que te diga que yo también participaré en eso, ¡es una cosa de los dos!

- Sí, lo sé. En ningún momento lo he dudado- Le respondo

cogiéndole de la mano por encima de la mesa- Pero me preocupa saber que aún quedan muchas cosas por hacer con la casa, y encima preparar una boda... ¡que no es algo sencillo! - Exclamo.

- Lo sé, lo sé – Añade tranquilizador- Pero quédate tranquila, de verdad. ¡Todo saldrá bien! - Exclama con una sonrisa mientras me acaricia suavemente el dorso de la mano.

- ¡Uf! Es que solo al pensar que aún no he preparado mi clase del lunes, siento que soy un desastre- Respondo sofocada- pero por suerte esta semana solo trabajaré tres días, ya que el jueves y viernes los chicos harán puente.

- Un poquito desastre sí que eres, pero yo te quiero igual- Responde con una risa- Tranquila, mañana te dejaré en paz durante todo el día para que puedas trabajar, pero con la condición de que desde el jueves por la mañana seas solo mía.

- Ya lo soy- respondo tajante-solo tuya.

- Pero cuando vivamos juntos lo serás más aún- Contesta sonriente. Yo le respondo también con una gran sonrisa y le beso tiernamente la mano.

Al terminar de cenar, Diego me deja en casa. No me he levantado temprano ni he hecho gran cosa hoy, pero siento que estoy muy cansada. Supongo que tengo sueño atrasado de estos días atrás. No obstante, son las doce de la noche y ya es hora de irme a dormir. Me quito el maquillaje, me doy una ducha rápida y me acurruco en la cama con el edredón. Mañana pasaré el día entero trabajando en casa, así que me puedo permitir levantarme un poco tarde.

## 16.

Después de almorzar, mientras estoy diseñando actividades, recuerdo que no le he contado aún a mi prima ninguna de las dos noticias, es más, ni siquiera le he contado que he vuelto con Diego. Cuando se entere puede reaccionar de dos maneras: o querrá matarme, o se alegrará muchísimo por mí y querrá ser la madrina de mi boda. Espero que sea la segunda. Aprovecho y cojo mi teléfono para escribirle un mensaje diciéndole que tengo algo que contarle. Me contesta diciéndome que quedemos mañana para tomar un café y acepto su propuesta.

Al día siguiente quedo con Luci y Adriana por la tarde en una cafetería que hay a dos calles de mi casa donde hacen unos pasteles deliciosos. Cuando llego, ellas están ya sentadas dentro esperándome.

- ¡Hola hola! Qué guapa te has puesto, ¿no? - Exclama mi prima cuando me ve. Le guiño el ojo en señal de agradecimiento, les doy un beso a cada una y me siento en la mesa.

- ¿Qué tal? ¿Cómo os trata la vida? - Pregunto con guasa después de haber pedido los cafés y pasteles.

- Bien, como siempre. Del trabajo a casa y de casa al trabajo- Responde Adri. Ella es peluquera y mi prima trabaja para un laboratorio clínico analizando muestras y cosas así- ¿y tú?

- ¡Sí, sí, eso! Cuéntanos ya lo que ibas a contar que nos tienes en ascuas- Añade Luci.

- ¡Vale, vale! - Exclamo- ¡Veo que vais directas al grano! - Cojo aire profundamente- He vuelto con Diego, nos vamos a vivir juntos y nos vamos a casar- Creo que me he pasado un poco diciéndolo todo junto.

- ¡¿Perdooooona?!- Exclaman impactadas las dos a la vez. La camarera se da cuenta y se queda mirando para nosotras.

- ¡No gritéis! ¡Que se va a enterar todo el local! - Exclamo.

Al ver que siguen con cara de no entender nada de lo que está sucediendo, procedo a explicarles todo lo que me ha sucedido desde el jueves por la mañana cuando empecé a sentirme mal en el trabajo.

- ¿Tú crees que me puedes todo esto así de repente? ¡Qué te vas a casar! Es que... ¡Flipo! - Exclama Luci.

- ¡Pues a mí me hace mucha ilusión! - Añade Adriana encantada con la noticia- ¡Qué guay!

- ¡Sí, sí! - responde Luci- A mí también me hace ilusión, pero así todo de repente me deja un poco... ¡en shock!

- Lo sé, si es que ha sido todo muy rápido...- contesto- Pero, me conoces y sabes que quiero a Diego por encima de todas las cosas. Nunca había sentido esto por alguien. Sé que me equivoqué al dejar la relación. Sigo pensando que puedo ser un estorbo para él, pero haré todo lo que esté en mis manos para curarme y que podamos estar felices.

- ¿Puedo ser vuestra madrina? - Pregunta ilusionada- ¡O al menos la madrina de vuestro primer hijo!

- Eso ya lo iremos pensando- Respondo con sorna.

- ¡Venga va! ¡Cuéntanos todo! ¿cuándo es la boda? ¿y dónde? - Pregunta mi prima con tanta ilusión como si la boda fuera suya.

- ¡Tranquilízate, mujer! Si se acaban de prometer, ¿cómo van a tener fecha ya? - Añade Adri riéndola. No puedo evitar reírme porque la situación es bastante divertida.

- Aún no sabemos nada, solo se lo hemos contado a nuestros padres y hemos decidido que lo iremos organizando poco a poco juntos- Respondo- ¡En cuanto tenga algo os prometo que seréis las primeras en saberlo!

- ¿Y cómo se lo han tomado tus padres? -Pregunta Luci- ¿y los suyos?

- Pues mi madre al principio estaba un poco en shock- contesto- piensa que somos demasiado jóvenes, pero cree que, si nos queremos, con eso es suficiente- Añado- La familia de Diego sin embargo, se lo ha tomado de lo más bien, están contentísimos con la noticia.

- Me alegro mucho de que nadie se lo haya tomado mal- contesta mi prima- es algo chocante, pero yo creo que estáis locos el uno por el otro, así que adelante- añade sonriente mientras me

acaricia de forma tierna el hombro- Por cierto, ¿se lo has comentado a tus amigas?

- No, aún no les he dicho nada- Contesto- Y no creo que lo haga por ahora. Ya sabes cómo es la gente, y en seguida empezarán a juzgar por la rapidez con la que nos hemos prometido...

No me importa en realidad lo que piensen los demás, pero me fastidian sus opiniones preconcebidas y el derecho con el que creen contar para juzgar a la gente sin saber absolutamente nada. Les diré que me voy a casar con Diego y lo primero que les pasará por la mente será su cuenta bancaria. Me juego las manos...

- ¡Me parece muy bien! - Contesta Adri- No tienes por qué darle a nadie explicaciones sobre tu vida.

- ¡Es cierto! Cuando ya tengas todo organizado y te veas preparada para contarlo, será el momento- Añade Luci.

Luego pasamos la tarde fantaseando sobre cómo podría ser la boda y también les cuento cómo es mi nueva casa. Están desesperadas por verla, pero creo que no la voy a enseñar a nadie hasta que no esté acabada del todo. Quiero que estas dos semanas pasen lo más rápido posible. Me hace muchísima ilusión irme a vivir con Diego, aunque aún no hemos pasado ni una noche juntos...

Cuando miro hacia la calle me doy cuenta de que ya ha anochecido. Son las siete y media, y creo que lo mejor será que me vaya a casa ya. Esta mañana he vuelto al trabajo y ha sido una mañana intensa, estoy bastante cansada y aún tengo que ducharme y preparar las cosas de mañana. Después de pagar la cuenta de los deliciosos pasteles que hemos tomado, nos despedimos y mi prima se ofrece para llevarme hasta casa, pero prefiero ir caminando, eso me relaja.

- ¡Buenas noches preciosa! - Escucho a Diego al otro lado del teléfono- Te echo de menos, ¿cómo estás?

- ¡Buenas noches cariño! Son las nueve de la noche, ¿no crees que es una hora un poco intempestiva para llamar a una chica?  
- Respondo en tono de burla.

- Me apetecía hablar con mi preciosa novia y ella se permite despertarme a las tres de la madrugada porque se ha desmayado, ¿no



crees que estoy en mi derecho?

- ¡Touché! - Exclamo riéndome- ¿Qué tal cielo? Yo muy bien, he pasado la tarde con Luci y Adriana y me han atiborrado a preguntas y proposiciones sobre la boda ¡Tengo la cabeza llena de cosas! - Exclamo de forma graciosa. Él se ríe al otro lado.

- Siento que hayas tenido que pasar por eso- responde- pero tranquila, que tenemos tiempo de sobra para pensarlo todo. Te llamaba para invitarte mañana a almorzar, ¿estás disponible?

- Pues...deja que mire mi agenda-respondo haciéndome la interesante- ¡sí, creo que tengo un hueco entre las dos y las cuatro de la tarde para ti! - Añado con una pequeña carcajada.

- ¡Qué chica tan simpática tengo! - responde con ironía - Está bien “señorita ocupada” te recogeré en el trabajo a las dos, ¿vale?

- Perfecto, amor. Te esperaré impaciente- Respondo riéndome aún.

- Hasta mañana mi vida, descansa- Responde para despedirse- ¡Te amo!

- Hasta mañana, cielo. ¡Yo también te amo!

## 17.

Sobre las nueve menos diez llego a la academia. Como cada día doy la primera clase, y a eso de las once tengo mi descanso de quince minutos. Aprovecho para tomar unas galletas y un café de la máquina, de lo contrario me muero de hambre hasta el mediodía. Cuando estoy dando un bocado a mi segunda galleta mientras reviso los mensajes que no he visto en mi móvil, entra Marga al cuarto del café, que es dónde desayunamos y se sienta al otro lado de la mesa con su café y un croissant.

- Ha llegado esto para ti hace una hora- Me dice dejando sobre la mesa un sobre blanco con mi nombre antes de dar un sorbo a su café- Lo ha traído un mensajero - ¡Qué intriga! ¿Qué será?

- ¿Para mí? ¡A ver! - respondo extrañada- ¡Quizá sea mi carta de despido! - Añado con sorna.

- Dudo mucho que llegara a través de un mensajero...- responde Marga riendo.

Al abrir el sobre encuentro una foto de un pueblo costero. Me suena muchísimo este lugar. Un momento, ¡lo conozco! Se llama Palafrugell, este lugar está en Gerona. Recuerdo que cuando era pequeña pasé con mis padres por ahí, pero no me acuerdo muy bien del sitio. Le doy la vuelta a la foto y veo que tiene escrito un texto por detrás.

*“Tendrás que perdonarme, pero me he permitido el lujo de reservar los cuatro días del próximo fin de semana en este lugar maravilloso junto a mi maravillosa futura esposa. Espero que estés de acuerdo y que te haga tanta ilusión como a mí. Prepara las maletas, ¡que nos vamos! Te quiero, Diego”*

¡Madre mía! ¡Este hombre está loco de remate! Como siga dándome sorpresas me va a provocar un infarto de la impresión. Pero ¿cómo voy a irme todo el finde? ¡si tenemos cosas por hacer! Hay que organizar una boda y una casa y...aunque pensándolo bien, no me vendrían mal algunos días de descanso antes de empezar con todo ese jaleo. ¡Qué ilusión! Pasaremos nuestra primera noche juntos. Bueno, y también las dos siguientes. ¡Me encanta la idea! Creo que se me debe haber dibujado una sonrisa de tonta en la cara del tamaño de una casa, porque cuando miro a Marga me está mirando como si llevara un cartel en la frente que pone “¡soy muy feliz!”.

- ¿Qué es? Que se te ha quedado una cara de tonta...-  
Pregunta en tono de burla.

- Pues es una nota de mi novio, que me ha preparado por sorpresa un finde en Palafrugell- Contesto con una sonrisa de adolescente que acaba de saludar a su amor platónico.

- ¿En serio? ¡Jo, qué guay! Tienes mucha suerte querida-  
Responde- ¡Ya no quedan hombres así! - Añade con sorna.

- Lo sé, si es que no puedo tener ninguna queja de él-  
Respondo atontada- Puede que luego sea un mentiroso infiel o algo así, pero mientras disfrutaré del momento - Añado en tono de broma a lo que ella me sigue el rollo y se ríe conmigo.

Cojo mi teléfono móvil para escribirle a Diego un mensaje. No puedo llamarlo porque ahora mismo debo entrar a clase y él también está trabajando, de lo contrario lo habría hecho.

*“Estás loco, pero ¡loco de remate! Claro que estoy de acuerdo y me hace muchísima ilusión poder pasar los días contigo. Desde esta misma tarde empiezo a hacer la maleta. Te amo infinitamente”*

A la media hora, ya estoy en clase, pero observo de reojo que Diego me ha contestado con varios emoticonos al mensaje que le he mandado. Supongo que estará ocupado y no habrá tenido tiempo de escribirme. Aun así, sigo pensando que me lo comeré a besos cuando le vea.

A las dos y diez, me asomo a la puerta de la salida y veo que ya está esperándome en la acera de enfrente dentro de su BMW. Me despido de Marga y me apuro lo máximo posible para llegar hasta el coche. Dejo mis

bártulos del trabajo en el asiento trasero y cuando me subo en la parte de delante, no le doy tiempo ni para saludarme. En seguida empiezo a darle miles de besos por toda la cara: boca, mejillas, frente, sien... ¡muchos besos! Al mismo tiempo le repito que le quiero una y otra vez.

- ¡Veo que te ha encantado la sorpresa! Yo también te quiero muchísimo cielo- responde.

- ¡Estás muy, muy loco! Pero ¡me ha encantado! - Respondo- Me encantan los sitios así, dónde parece que se respira mucha tranquilidad. No es que no me guste la ciudad, pero ahora mismo me hacía falta algo así. ¡Gracias! - Exclamo dándole un enorme beso en la mejilla y un abrazo con el que estoy a punto de asfixiarlo.

Llegamos al restaurante. Hoy he escogido yo el sitio. Se trata de un restaurante mejicano. Hacía meses que deseaba comerme un burrito y unos nachos.

Mientras comemos, nos ponemos al día de cómo han ido estos dos días de trabajo, pero yo no puedo evitar bombardear a Diego con preguntas sobre el viaje; ¿Dónde dormiremos? ¿Cómo iremos? ¿Qué haremos? ¡Me hace tanta ilusión!

- Cariño, tranquilízate- Responde a mis incesantes preguntas- si te lo cuento no es una sorpresa- Añade en tono de burla- solo puedo decirte que iremos en mi coche.

- ¡Buah! Eso era lo más evidente...-respondo intentando hacerme la desilusionada mientras doy un mordisco a uno de los nachos- ¡Jo! Tendré que esperar hasta el jueves- añado entristecida.

- Creo que podrás sobrevivir- responde con una pequeña risa- será increíble, ya lo verás.

- ¿Y tú qué? – le pregunto retóricamente- ¿No irás el viernes a trabajar?

- Bueno, digamos que me he pedido el día libre- responde con una sonrisa traviesa.

- ¡Ala! ¡Vaya morro! - contesto fastidiada, pero luego me doy cuenta de que yo tampoco trabajo porque mis alumnos han decidido no ir a clase. Así que no estoy en condiciones de reclamar nada- Aunque pensándolo bien, yo tampoco voy a trabajar “por todo el morro”- Añado avergonzada.

- ¡Entonces no me des la charla, guapa! - contesta tratando de

parecer molesto. Yo me río y le guiño un ojo, a lo que él me responde poniéndome una cara de burla.

Después de comer, Diego me deja en casa. Me encantaría pasar el resto de la tarde con él, pero tengo una maleta que hacer y una clase que preparar. A pesar de todo eso, la pereza puede conmigo y caigo rendida en las redes del sofá. A media tarde me despierto y empiezo a agobiarme porque tengo mil cosas que hacer, pero me lo tomo con paciencia y voy poco a poco.

Hoy ha sido un día realmente agotador. Hemos estado realizando actividades que requerían movimiento físico, y parece que me han pegado una paliza. Creo que debería apuntarme al gimnasio, porque mi fondo físico es el mismo que el de una estrella de mar. Al salir de trabajar, mami se ha ofrecido a recogerme, y durante el camino le cuento que pasaré el fin de semana con Diego.

- ¡Qué bien, cariño! -exclama alegrada- Ese lugar es precioso. Tu padre y yo estuvimos ahí un par de días hace años. ¡Te encantará!

- ¡Sí! Sé que es un lugar muy tranquilo, con unas playas preciosas-respondo- Así que estoy segura de que descansaremos y lo pasaremos bien.

A media tarde retomo la preparación de la maleta, una vez he dejado preparada la clase del lunes, ya que no estaré aquí durante el fin de semana. Tengo serias dudas sobre si llevarme bikinis o no. Es cierto que allí suele hacer sol, y me encantaría bañarme en la playa, pero el frío ya está empezando a notarse y no quiero coger una gripe. Lo meto dentro de la maleta por si acaso. Además de eso, meto también un conjunto de ropa interior que me había comprado hace unas semanas, pero lo estaba guardando para una ocasión especial. Sobre las nueve ya he acabado la maleta, me he duchado y estoy preparada para cenar cuando, de repente, escucho un mensaje en mi teléfono móvil. Es Diego.

*“Estoy impaciente por dormir contigo. Necesito que esta noche pase rápido, para que seas mía durante muchas horas seguidas. Te amo, preciosa. Buenas noches”*

*“Yo también estoy ansiosa cariño. Trataré de dormir esta noche, ¡si es que puedo! Descansa, amor. Que no queda nada para que descanses a mi lado. Yo también te amo infinitamente”*

## 18.

A la mañana siguiente, me despierto y al mirar el reloj veo que se me ha hecho tarde. Son las nueve y cuarto, y Diego me recoge a las diez. A toda prisa me levanto y desayuno. Me maquillo, me peino, y al ver que no llego a tiempo le envío un mensaje diciéndole que tardaré un poco más. Me despido de mis padres y mi hermana, que se han despertado con el escándalo que he montado con la maleta, y exactamente a las diez y veintidós estoy saliendo por la puerta de casa. Veo su coche aparcado en la acera de enfrente, y arrastrando mi maleta por en medio de la calle me dirijo hacia allí. Diego se baja del coche para ayudarme con la maleta y mi bolso. Está guapísimo. Lleva una camiseta azul marino, un vaquero y deportivas. Nunca lo había visto vestido tan sport, pero me encanta.

- ¡Buenos días cariño! - me saluda con un beso en los labios mientras coge mi maleta- ¿Qué llevas aquí? ¡Sí parece que te vas de viaje una semana! - añade sofocado cuando coge el peso del bolso.

- Yo siempre necesito muchas cosas cariño, ¡no podía dejar nada atrás! - Respondo poniendo cara de niña buena.

- ¡Anda, vamos! - exclama entre risas- que nos esperan dos horas de viaje, aunque teniendo en cuenta el peso de tu maleta probablemente tardemos más porque el coche va más despacio- Añade con una carcajada mientras me coge por la cintura para

besarme en la mejilla.

- ¡Já! ¡Qué simpático! - respondo haciéndome la enfadada-  
verás cómo todo me hace falta.

Nos subimos al coche y emprendemos el viaje. Cojo su móvil para poner la música y empieza a sonar “Let’s get Loud” de Jlo. Me siento súper motivada y empiezo a cantar como una loca, una canción tras otra durante todo el camino. Al principio Diego me mira asombrado, pero luego acaba por unirse a mi pequeño concierto. Agradezco este chute de energía, porque de lo contrario me habría quedado dormida, ya que durante los trayectos largos en coche me suele dar mucho sueño.

Casi dos horas después de salir de casa, observo un cartel que pone el nombre del pueblo, y solamente algunos metros más hacia delante, ya veo la playa. ¡Es preciosa! De arena blanca, y como el día está despejado, se observa la claridad del agua. Es un paisaje realmente indescriptible.

Al llegar a la puerta de una pequeña casita blanca, Diego para el coche justo delante de una puerta grande de madera.

- ¿Por qué te paras aquí? -pregunto extrañada.

- Porque ya hemos llegado- responde convencido con su increíble sonrisa.

- ¿Vamos a quedarnos aquí? ¡Pero si es una casa! – exclamo extrañada.

- Sí, cariño. Será nuestra casa estos cuatro días- responde- es una casa de alquiler, tranquila.

- ¡Ah vale, entiendo! - exclamo aliviada y él se ríe. Nos bajamos del coche y sacamos las maletas de la parte trasera. Veo que Diego se dirige a la puerta y da un par de porrazos. De repente sale de adentro un señor bastante mayor, de pelo blanco y piel oscura y arrugada por el sol.

- ¡Buenos días! Les estaba esperando- Nos saluda amablemente el anciano- ¡Bienvenidos!

Pasamos al interior de la casa, que tiene un pequeño porche justo en la entrada tras pasar la gran puerta de madera. Allí nos paramos y Diego empieza a charlar con el señor. Resulta que es tío de Pablo, y a través de él ha conseguido alquilar la casa. Pasamos un rato bastante agradable hablando con él y nos cuenta algunas cosas sobre el sitio, como dónde

podemos ir a comer, la playa y demás. Es una persona de lo más encantadora, y a juzgar por la sabiduría con la que habla, se nota que ha vivido bastantes cosas a lo largo de su vida. Luego nos enseña la casa. Es pequeñita, de paredes blancas y de piedra, puertas y ventanas de madera, pero sorprendentemente con unos muebles más modernos de lo que parecería al verla por fuera. Solamente tiene una habitación, un baño y un salón cocina, con una cristalera enorme que tiene vistas al mar, pero para nosotros dos es perfecta. Sin contar con el porche, que es un lugar idóneo para las noches de verano, con sus sillones y su columpio de madera. ¡No podría ser más perfecta!

Tras enseñarnos la casa y darnos las nociones necesarias, el amable señor se despide diciéndonos que si necesitamos algo podemos contar con él. En cuanto sale por la puerta Diego me coge en peso y me lleva hasta la cama de la habitación. Empieza a besarme por todos lados, desde el cuello hasta llegar a mi vientre, me seduce de una manera incontrolable y no me queda más remedio que dejarme llevar por su juego. Empezamos a quitarnos la ropa y cuando ya estoy completamente desnuda, acaricia suavemente mis nalgas con sus manos, y hace lo mismo con el resto de mi cuerpo. Es embriagador. Saboreo cada uno de sus besos y caricias, me dejo llevar hasta que la pasión se apodera de nosotros por completo.

- Creo que va siendo hora de comer, ¿no crees? – Me dice tumbado junto a mí al otro lado de la cama, mientras acaricia mi pelo.

- ¿Aún tienes hambre? - Respondo en tono de burla. Él se ríe y me da un pequeño mordisco en la mejilla.

Nos vestimos y salimos a comer. El anciano amable nos ha sugerido un restaurante que está junto a la playa, espero que tengan algo que no sea pescado. Al salir por la puerta de la casa, observo la playa en su inmensidad, ya que estamos justamente pegados a ella. No es especialmente grande, pero es preciosa. Para hacer fresquito, aún hay gente en bañador. Veo a niños correteando por la arena y señoras en bikini tumbadas al sol, pero a pesar de haber gente, solo se escucha el ruido de las olas. Es un paraíso de la tranquilidad.

Caminamos algunos metros y encontramos a un lado de la playa el



restaurante que nos habían comentado. Es un lugar totalmente costero, de esos que tienen el pescado en la entrada para que puedas elegir cuál quieres comer, aunque debo admitir que siento algo de náuseas al verlo. Al entrar nos ofrecen una mesita para dos, justo al lado de un ventanal con vistas al mar. Observo la carta y por suerte encuentro cosas que puedo comer sin necesidad de tener un shock anafiláctico.

- Este sitio tiene su encanto, ¿no crees? - Me dice Diego degustando el filete de pescado que ha pedido. Yo le miro y lo único que veo en su plato son los ojos de un pescado muerto con la boca abierta mirándome con cara de pena, así que procuro mirarle a él directamente a los ojos.

- ¡Sí! ¡Es precioso! Y la verdad es que mi ensalada para no tener nada de pescado está realmente buena- Contesto echándome a la boca un trozo de aguacate.

- ¿Te ha gustado el lugar en conjunto? - Pregunta Diego agarrándome de la mano.

- ¡Claro que sí cariño! ¡Es precioso! Y a tu lado aún más- Respondo con una sonrisa.

Después de comer decidimos ir a por nuestros bañadores para pasar la tarde en la playa. Por suerte me he depilado para la ocasión, pero me da un poco de vergüenza mostrar al mundo mi tez blanca como el papel. Tras un buen rato tumbada al sol, decido meterme en el mar a darme un baño. ¡El agua está helada! Así que solo me remojó un poco. Mientras salgo del agua muerta de frío, veo cómo Diego me observa desde la toalla como si estuviera viendo venir a un ángel o algo por el estilo. Al llegar hasta él observo que le brillan los ojos. Me siento a su lado y le beso tiernamente en los labios.

- Cariño ¡estás helada! - exclama- Pero, ¿sabías que eres preciosa? - añade con un tono de lo más tierno.

- Suelen decírmelo a menudo, pero creo que el mundo entero está ciego al pensar eso- Respondo con sorna y vuelvo a besarle mientras acaricio su torso desnudo y sorprendentemente moreno. Luego me vuelvo a mi toalla y me tumbo al sol de nuevo.

Tras una estupenda tarde de playa, al llegar el atardecer empieza a hacer fresquito, así que recogemos nuestras cosas y nos vamos a la casa para ducharnos y salir a cenar. Cuando llego al baño y me miro al espejo, observo que contra todo pronóstico no me he quemado. Al contrario, mi

piel ha cogido algo de color moreno. Diego decide meterse en la ducha sin preguntarme si quería ducharme yo primero, así que cuando me doy cuenta de que lo hace, me meto yo también junto a él.

- ¡Eh! Qué poco caballeroso eres - le digo en tono de enfado - ni siquiera me has preguntado si quería ducharme yo primero - Él se ríe.

- Lo siento cariño, pero sabía que si me metía en la ducha entrarías conmigo-responde en un tono muy sexy y comienza a apretar mis pezones lentamente. Masajea mis pechos de tal forma que pierdo la noción del momento, y de repente me gira, y me pone de espaldas contra la pared.

Para cuando él ha terminado de prepararse, yo aún estoy secándome el pelo con la toalla.

- Cariño, ¿te importa que vaya a dar un paseo por la playa mientras acabas de prepararte? - Me pregunta asomándose por la puerta del cuarto de baño.

- No, amor. Claro que no- respondo- a mí aún me queda un poquito. - añado sofocada. Suelo tardar una media de hora y media en prepararme, pero trataré de darme más prisa para que no tenga que esperar tanto por mí.

- Está bien, cielo-responde dándome un beso en la mejilla- volveré en un rato. ¡No tardes! - Exclama saliendo por la puerta el baño.

Sorprendentemente solo tardo tres cuartos de hora en prepararme. Eso se debe a que ya sabía que ropa iba a ponerme. Cojo mi teléfono móvil para llamar a Diego, ya que aún no ha llegado, pero cuando voy a marcar su número escucho que se abre la puerta de la entrada. Es él.

- ¿Ya estás lista? - Pregunta al entrar.

- ¡Sí! - exclamo- ¿a dónde has ido? ¡Has dado un paseo larguísimo!

- He recorrido toda la playa y también algunas calles del pueblo- Responde. No sé por qué noto cierta inseguridad en sus palabras, creo que está tramando algo- Es bastante bonito. Si quieres después de cenar podemos pasear por allí.

- ¡Me parece genial! – Exclamo sin darle importancia. Decidimos cenar en un restaurante italiano que hay dentro del

pueblo. Me pido un plato de pasta carbonara, que juraría que es la mejor pasta que he comido en mi vida. Diego se pide una lasaña, la cual también está buenísima. Después de cenar, damos un paseo para ver las calles del pueblo. Son preciosas, con casas completamente blancas, a excepción de alguna en tonos pastel. Algunas de las calles son de piedras, como si se tratara de la mismísima Grecia. Hay señoras sentadas en las puertas de las casas charlando, y familias comiendo en las terrazas que veo a nuestro paso. A pesar de toda la gente que hay en la calle, se respira una tranquilidad abrumadora. Cómo si nadie tuviera ninguna preocupación.

Tras de un rato paseando, acabamos en la playa observando la inmensidad del mar iluminado por la luz de la luna llena.

- Esto es increíble- digo sin quitar la mirada del mar- Me quedaría aquí toda la vida.

- Y yo también, cielo- responde Diego- pero por suerte tenemos una casa desde la cual también podremos observar el mar- Añade. Yo sonrío y me invade la emoción al pensar en vivir con él en nuestra casa. Le abrazo muy fuerte durante un buen rato.

- Tengo un poquito de frío- digo al notar mi piel erizada- ¿nos podemos ir?

- ¡Claro que sí! - exclama- yo también empiezo a notar frío.

Al llegar a la casa, me quito la ropa y me limpio la cara del maquillaje. Cuando me meto en la cama, ya Diego lleva un rato ahí mirando cosas en su móvil. Me acuesto a su lado y él pasa su brazo por debajo de mi cabeza para que me tumbe sobre su pecho. Me siento la persona más feliz del mundo en este momento; voy a pasar la noche con mi futuro marido, sin la necesidad de tener que separarnos. Tras un largo rato de caricias, en menos de lo que me doy cuenta, los dos nos hemos quedado dormidos por completo.

## 19.

Al día siguiente abro los ojos un poco desorientada, porque no estoy en casa. Tardo unos segundos en darme cuenta de dónde estoy. Me doy la

vuelta hacia el otro lado de la cama para abrazar a Diego, pero para mi sorpresa no está ahí. Me siento en la cama y miro confundida hacia los lados para ver si está, pero no le veo. En el baño tampoco está. Voy tan desorientada de la cama al baño que ni siquiera me doy cuenta de que hay un vestido colgado en la puerta del armario y no es mío. Es un vestido color perla precioso, tiene una especie de encaje a lo largo de toda la tela, cuello redondo y manga corta. La parte de abajo acaba por encima de la rodilla, con el encaje un poco más abajo de la tela del vestido, y parece quedar ajustado por arriba, pero suelto de cintura para abajo. En la misma percha del vestido hay una diadema de florecitas blancas con decorados dorados. No entiendo nada, ¿de quién será? Me acerco a la mesita que hay en una esquina de la habitación y veo que hay una nota junto a un pequeño ramo de rosas blancas y azules dentro de un jarrón.

*“¡Buenos días, princesa! Espero que hayas descansado bien. He salido a hacer algunas cosas. Por favor, ponte ese vestido y coge las flores que están en el jarrón, tengo una sorpresa para ti. Te vendré a buscar a las once. Te amo, Diego.”*

¡Pero qué significa esto! ¿Iremos a una fiesta ibicenca? No entiendo nada, ¡Por Dios, qué intriga! Miro el reloj y son las diez y cuarto. Será mejor que me dé prisa porque solo tengo tres cuartos de hora. Me apuro en meterme a la ducha y empezar a prepararme. Cuando me pongo el vestido veo que me queda perfecto. ¿Cómo habrá sabido cuál era mi talla? ¡Este hombre nunca deja de sorprenderme! Lo conjunto con unas sandalias beige que por suerte había traído y me quedan perfectas con el vestido. Me maquillo y me dejo el pelo suelto para poder ponerme la diadema. Cuando termino, me miro al espejo con las flores en la mano. ¡Si hasta parece que me voy a casar! Suelto una carcajada al pensarlo. Supongo que así me veré el día de mi boda y no puedo negar que me encanta.

Cojo mi móvil para ver si mi madre me ha enviado algún mensaje, y entre dos de mi prima, tres de Sofía y uno de Marga, encuentro uno de Pao preguntándonos qué tal lo estamos pasando. Cuando estoy contestándole, suena un claxon desde la puerta de la casa, debe de ser Diego. Dejo el móvil sobre la mesa y cojo las flores.

Abro la puerta y veo que efectivamente es él, así que me subo al coche. Veo que lleva puesta una camisa blanca de botones y un pantalón

beige con zapatos marrones.

- ¿Vamos a una fiesta ibicenca? - Pregunto desconcertada y él empieza a reírse a carcajadas.

- Algo así cariño- responde entre risas- Ya verás, es una sorpresa- añade sonriente.

Conduce durante algunos minutos y llegamos a una especie de explanada grande que da a una cala preciosa. Me bajo del coche y se me llenan los pies de arena, pero no me importa.

- ¿Estás lista? - me pregunta cogiéndome del brazo.

- Supongo que sí, pero, ¿qué hacemos aquí? - pregunto confundida.

- Ahora lo verás- Responde sonriente.

Caminamos algunos metros y de repente veo a lo lejos al señor mayor que nos dejó la casa, junto a una señora que también parece tener su misma edad. Ambos están vestidos de blanco y nos saludan sonrientes desde lejos. A su lado hay una especie de mesita y hay otro señor que va vestido con un polo blanco y un pantalón azul marino y al otro lado de la mesa, dos chicos jóvenes, ambos con un violín en mano tocando “Perfect” ¡No entiendo nada de lo que está sucediendo!

- ¿Qué es esto, Diego? - Le pregunto desesperada sin entender nada. Él se pone delante de mi dándole la espalda a las demás personas que están allí.

- Cariño, te he traído hasta aquí porque he pensado que es el lugar y el momento perfectos para casarnos- responde- solos tú y yo, sin agobios por preparativos, sin gente...porque lo único que necesitamos lo tenemos justo aquí- añade con los ojos a punto de lagrimear. Yo no salgo de mi asombro, y sin darme cuenta también me salen dos lágrimas de los ojos. No puedo creérmelo, me voy a casar con el amor de mi vida, aquí y ahora. En una playa preciosa, solos él y yo y los testigos necesarios. Jamás habría imaginado algo tan perfecto.

- Diego...esto es precioso- Respondo tratando de contener las lágrimas.

- Lo sé, por eso he querido que fuera aquí- responde con una sonrisa enorme- he pedido a tu madre tus papeles disimuladamente para poder hacerlo, y Pedro y su mujer Celia han accedido a ser los testigos de nuestra boda. ¿Sigues queriendo casarte conmigo? – me

pregunta esperanzado.

- ¡Por supuesto que sí cariño! - respondo ilusionada- ¡Nunca había deseado tanto algo en la vida!

- ¡Pues hagámoslo! - exclama cogiéndome del brazo de nuevo.

Caminamos hacia el pequeño altar que ha preparado a escasos metros de la orilla de la playa, mientras suena de fondo la canción perfecta. Allí Pedro y Celia nos saludan con una alegría inmensa en sus caras a pesar de que no nos conocen de nada. El señor juez empieza la ceremonia, y en cuanto me doy cuenta ya nos hemos dado el “sí quiero”. Cuando llega el momento de “besar a la novia” miro a Diego a los ojos y ambos nos secamos las lágrimas el uno al otro.

- Te amo, Mía. Te amo desde el día en que te conocí, y te juro que quiero pasar el resto de mi vida haciéndote sonreír cada día.

- Yo también te amo, Diego. Gracias por haber aparecido en mi vida.

## 20.

- Y ahora, ¿qué vamos a hacer? – Le pregunto a mi ya marido.

Estamos tumbados en la cama en nuestra noche de bodas, tras de haber disfrutado del día más bonito de mi vida. Después de la ceremonia, la familia del tío de Pablo nos había preparado una pequeña “fiesta” en su casa. No conocía a nadie, pero me dio la sensación de estar celebrando ese día con mi familia. Fue magnifico; música, comida, risas, bailes... todos iban vestidos de blanco. Está claro que me habría gustado que fueran nuestra familia de verdad, pero no cambiaría por nada del mundo el día que hemos pasado.

- ¿A qué te refieres? - Pregunta desconcertado.
- Pues, ¿qué le vamos a decir a nuestras familias?
- ¡Ah! – Exclama- No te preocupes por eso, cielo.
- ¡Nos matarán cuando se enteren! – Exclamo indignada- Se enfadarán por no haber pasado este día con nosotros.
- Lo sé, lo sé – responde intentando tranquilizarme – No te preocupes, nos volveremos a casar si es necesario.
- Entonces, no me he librado de los preparatorios de la boda, ¿verdad? – pregunto intentando darle pena.
- ¡Creo que no! – Responde incorporándose para comenzar a besarme el cuello. Luego baja hasta mis pechos y sigue hasta que ya no puedo aguantar más.

A la mañana siguiente, Diego se despierta antes que yo. Cuando abro los ojos observo que no está en la cama, empiezo a inquietarme, quizá se le haya ocurrido darme otra sorpresa como la de ayer, aunque dudo que pueda superarla. Salgo de la cama y camino hasta la puerta de la habitación, que da justo al salón. Cuando me asomo veo que está sentado en la mesita que hay junto a la cristalera con vistas al mar. En la mesa hay todo tipo de cosas para desayunar: cruasanes, pan, mantequilla, dulces de chocolate, café, zumo de naranja... ¡Qué hambre!

- ¡Buenos días preciosa! - Exclama cuando me ve asomada en la puerta – He ido a por el desayuno, ¿tienes hambre?
- ¡Mucha! – Exclamo acercándome a la mesa - ¡Qué rico, cariño! ¡Gracias! – Le doy un beso enorme justo antes de pegarle el primer mordisco a mi cruasán.
- Tienes que coger fuerzas, las necesitarás – Me dice dando un sorbo a su café. Yo le miro con cara extraña, sospecho que está tramando algo.
- ¿Para qué? – Pregunto levantando mi ceja izquierda.
- ¡Vamos a ir a bucear! – Exclama con una enorme alegría. A mí de un momento a otro se me queda la cara blanca como las paredes de la casa.
- ¡¿Qué?! ¿Estás loco? ¡Sabes que me da pánico! – Exclamo enfadada, pero él en lugar de enfadarse o frustrarse, se ríe - ¡No me hace gracia! Puede aparecer un tiburón y mordirme.
- ¡Vamos nena! – Exclama – No va a pasar nada, iremos con

un monitor.

- ¡Da igual! – Le digo enfurecida – Por muy monitor que sea no podrá parar un tiburón.

- Confía en mí, no pasará nada – Me dice cogiéndome de la mano – Además, en esta zona no hay tiburones.

Sobre las doce de la mañana llegamos a la zona del embarcadero de la playa. Aún no sé cómo me he dejado convencer, pero allí nos está esperando el monitor de buceo con los trajes para sumergirnos, las bombonas de oxígeno y todas esas herramientas que debemos usar. ¡Me estoy muriendo de miedo!

- ¡Buenos días! – Saluda el chico cuando nos ve llegar -  
¿Preparados?

Le pongo cara de no querer hacer lo que voy a hacer, pero creo que no se da cuenta, porque en seguida empieza a hablar con Diego sobre las condiciones del mar y demás. La verdad es que hemos tenido suerte, los días han estado increíbles y el mar está de lo más tranquilo. Cuando acaban de hablar, nos ofrece los trajes de buceo para que nos los pongamos. ¡Joder como aprieta! Pero debo admitir que está muy calentito. En estos momentos no quiero ni pensar en lo que voy a hacer, mi cara cada vez parece más un cuadro de Picasso.

- ¿Te da miedo? – Me pregunta el monitor.

- ¡¿No se nota?! – Exclamo temblorosa. Él y mi marido se ríen a la vez.

- No te preocupes, todo irá bien – Responde.

Nos subimos a una pequeña embarcación y el chico pone rumbo a mar abierto. Veo como se aleja la tierra cada vez más, y me voy sintiendo tan insegura que quiero llorar. Trato de calmarme, total, si me muero al menos moriré después de haberme casado. El monitor hace una especie de rodeo a la playa, y nos lleva junto a un acantilado. Allí para la embarcación con la intención de que buceemos por esa zona, ya que es donde mejor se aprecia el fondo marino. Nos ponemos las botellas de oxígeno, gafas, tubo y aletas, y nos indica que nos sentemos en el borde de la barca.

- ¡No puedo hacerlo! – grito cuando ya tengo todo puesto.

- ¡Sí que puedes! – me grita Diego. Observo como el chico le hace una seña, él pone la mano en mi pecho y me empuja hacia atrás para tirarse al agua conmigo. En ese pequeño instante me parece ver toda mi vida pasar por delante de mis ojos.



Estamos bajo el agua, no veo nada, solo peces y oscuridad. El oxígeno me incomoda y siento que no es suficiente. El corazón me va muy rápido, pero trato de calmarme, de otro modo me asfixiaré. Diego me coge de la mano haciéndome señas para que me tranquilice. Observo la inmensidad del mar y la cantidad de seres de aspecto extraño que hay en el fondo. Durante un buen rato recorremos la zona que nos ha indicado el monitor, hay peces de todos los colores y tamaños, y para mi sorpresa, hay una especie de coral que no esperaba ver ahí. ¡Es precioso! Voy de un lado a otro observando todo lo que hay a mi alrededor.

Tras un largo rato, Diego se percata de que nos queda poco oxígeno, y debemos volver a la superficie. Yo respiro tranquila, porque al fin podré pisar algo.

- ¿Qué os ha parecido? – Nos pregunta el chico mientras nos quitamos el traje de buceo. Estoy empapada y tengo frío.

- ¡Me ha encantado! – Exclama mi sexy marido en bañador.

- Bueno...me ha seguido dando miedo, pero ¡es precioso! –

Respondo secándome el pelo con una toalla.

Al volver a la playa, decidimos quedarnos un rato tomando el sol. En ese momento cojo mi móvil para enviarle un mensaje a Luci. No soporto guardar el secreto hasta volver a casa, necesito contárselo a alguien. En mi mensaje le escribo cómo ha sucedido todo, y a los cinco minutos exactos, ella me responde.

*“¡Sois las dos personas más locas que conozco! ¿Cómo vais a casaros sin la familia? ¡Ya hablaremos cuando estéis aquí, pero igualmente, ¡felicidades pequeña! Te mereces todo lo bueno que te pueda pasar en la vida. Te quiero”*

Ahora puedo estar más tranquila, al menos mi prima me ha dado su apoyo. Solo falta saber la opinión de mis padres, mi hermana, y los padres de Diego... ¡la que me espera al volver a casa!

Desde mi hamaca observo a lo lejos un pequeño restaurante que hay encima de la playa ¡me está entrando mucha hambre! Me incorporo y le propongo a Diego que nos vayamos a almorzar, pero antes de responderme se levanta de su hamaca y se abalanza sobre mí para empezar a besarme sin parar.

- Yo también tengo hambre, cariño – me contesta con una

sonrisa traviesa. Tras un momento de fogsidad, decidimos que debemos ir a comer; el postre vendrá luego...

Después de cenar por última vez en ese lugar maravilloso, me doy una ducha y apoyo en el porche de la casa a observar cómo rompen las olas al chocar contra la orilla. No hay absolutamente nadie en la playa, lo único que se escucha es el ruido del mar. De repente noto como Diego llega para abrazarme por la espalda, con su torso desnudo tras salir de la ducha.

- ¿Te pasa algo cielo? – pregunta.

- No quiero irme de aquí... - respondo pesarosa.

- Lo sé, amor – responde - Yo tampoco, pero debemos volver a la realidad algún día.

- ¡Quedemos un poquito más! – le pido poniendo cara de tristeza. Solo al pensar en lo que me espera mañana a la vuelta me dan ganas de esconderme en el mar y quedarme ahí para siempre.

- Te prometo que volveremos cuando quieras – Responde. Yo no quito mi cara de tristeza, pero asiento con resignación y le abrazo fuerte – Cariño...

- Dime – respondo levantando la cabeza para mirarle directamente a los ojos.

- Gracias por existir – responde – te juro que te haré la mujer más feliz del mundo.

- Ya lo haces cada día – contesto y le beso apasionadamente.

Nos quedamos durante un rato observando el mar la última noche que pasaremos en ese lugar. El sitio dónde Diego y yo nos hemos convertido en marido y mujer, dónde nos hemos prometido que nos querremos cada día, en lo bueno y en lo malo, pero, sobre todo, en la salud y en la enfermedad. Bendito sea el día en que subí a ese ascensor y vi por primera vez a ese médico con los zuecos llenos de sangre, a ese hombre que me ha devuelto a la vida y ha conseguido que vuelva a quererme por encima de todas las cosas. Definitivamente, me ha devuelto todo lo que creía haber perdido hace tiempo, y yo, sinceramente, no sé cómo agradecerse. Tengo toda una vida por delante, así que empezaré hoy mismo.

*Tres meses después:*

- ¡Cariño! Date prisa o llegaremos tarde- Me grita Diego desde su despacho en nuestra casa.

- ¡En seguida termino! - Respondo desde el baño.

Hoy almorzaremos con sus padres para empezar a organizar nuestra “boda oficial”. Ya hace tres meses que Diego y yo nos dimos el “sí quiero” en aquella pequeña playa de Palafrugell, y sigo pensando que es la mejor decisión que hemos tomado en la vida. Después de eso nos pusimos a terminar nuestra casa y a ultimar los detalles del aspecto decorativo, en los que por supuesto tuve que decidir yo la mayoría de las cosas. A pesar de que a Diego le gusta elegir ese tipo de cosas, al final acabó cansándose de tanto mueble, y me dijo que tomara yo las riendas con la decoración de la casa.

En cuanto a nuestra boda secreta, al contárselo a nuestros padres no se lo tomaron muy bien, pero como compensación decidimos organizar otra boda por la iglesia en la que tomarán partido todos nuestros

familiares y amigos. Hablando de amigos, cuando les conté a mis amigas que me había casado con Diego, lo primero en lo que pensaron fue en su cartera, como era de esperar. Pero decidí tomármelo con filosofía, porque me había casado con el hombre más maravilloso del mundo y ya nada me importaba.

Desde que decidí tomarme en serio mi tratamiento, no he vuelto a sufrir más ataques de ansiedad. Puedo decir que ya tengo una vida completamente normal, aunque aún me queda bastante tiempo para acabarlo, pero considero que ya he salido del todo de mi zona de confort.

La convivencia con Diego está siendo magnífica, al menos por ahora. Cruzo los dedos para que sea siempre así, ya que se implica tanto como yo en los asuntos de la casa, puesto que los dos trabajamos fuera también.

Mi prima y Adriana se han puesto celosas de nosotros, y Adri ha decidido pedirle matrimonio. Por lo tanto, ahora tenemos dos bodas que organizar, aunque cada una con la suya, pero ambas aportamos cosas a la otra y nos lo pasamos genial, además de que mi hermana nos echa una mano en lo que necesitemos, siempre y cuando sus estudios se lo permiten.

Bajo las escaleras y me quedo apoyada en el marco de la puerta. Observo a mi guapo marido leyendo su iPad en el escritorio de su despacho. Al tener tantas habitaciones para nosotros dos solos, por ahora, decidimos hacernos cada uno un despacho en el que tener nuestras herramientas de trabajo. El suyo está lleno de huesos y libros de medicina. Sin embargo, en el mío solo hay exámenes, cartulinas de colores y miles de cuadernos que corregir.

- ¿Ya estás lista? - Pregunta levantando la mirada de su iPad. Camino hacia dónde está y me siento sobre su regazo. Le paso las manos por la nuca para abrazarle y le beso tiernamente en los labios- No podría tener una mujer más guapa- Añade dejando el iPad sobre la mesa.

- Gracias- respondo con los ojos llorosos- pero no porque me hayas dicho “guapa”. Sino gracias porque desde que te conocí me salvaste la vida, y jamás tendré el tiempo suficiente para agradecértelo.

- No me tienes que agradecer nada, amor- responde- con que te quedes a mi lado toda la vida es más que suficiente. Tú has sido la suerte de mi vida.

- Te amo, Diego.

- Yo te amo infinitamente, Mía.